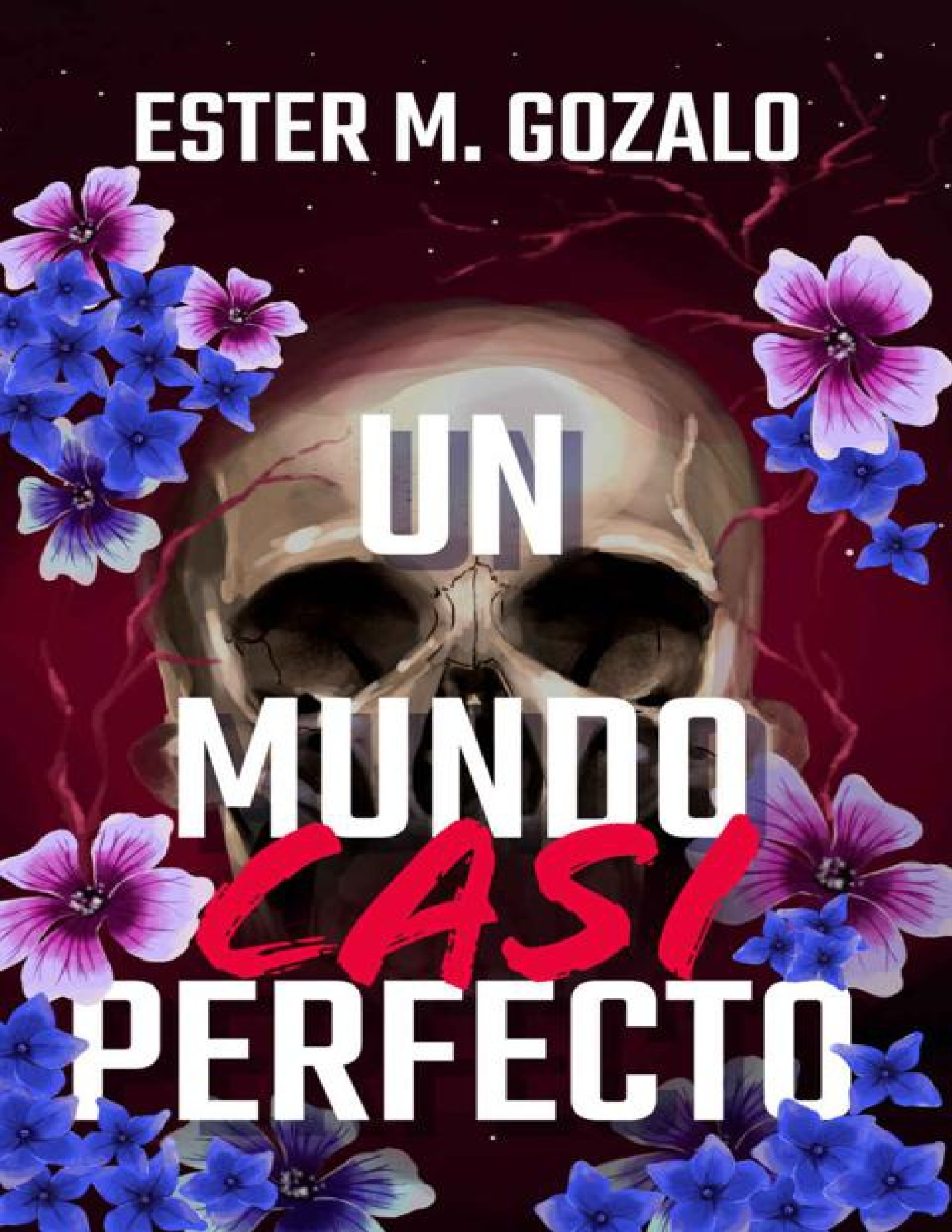
ESTER M. GOZALO



UN MUNDO CASI PERFECTO

Un Mundo Casi Perfecto

Autora
Ester M. Gozalo

INFORMACIÓN LEGAL

© Autora: Ester M. Gozalo
© Corrección: Charo Pérez
© Diseño de la cubierta: Rafa Onichan
© Ilustración de interiores:
Ester M. Gozalo y Daniel P. Bonet
© Edición: Charo Pérez

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial, o total de este texto, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la impresión y el tratamiento informático o subida de enlaces y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo. Registrada en Safe Creative. Información de registro Identificador 2403257483233 Fecha de registro 25/03/2024 UTC Licencia Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 y en el Registro de la propiedad intelectual de Alicante. (España) N.º: 00765-01913679 Fecha: 03/06/2024

Por favor, no plagies ni compartas de forma fraudulenta. Esas prácticas son ilegales y están muy feas, además de que provocan que los verdaderos dueños de las obras dejemos de crear. Si quieres seguir disfrutando de nuestras historias respeta nuestro trabajo.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación de la autora y se usan en el marco de la ficción. Las referencias que se puedan nombrar en el interior están debidamente señaladas al final de la obra y salvaguardan en todo el momento el honor que se les debe.
En la versión digital, se han suprimido los subíndices para no entorpecer la lectura de quienes utilizan medios de reproducción texto a voz.


A mi hijo,
por quien haría
lo que fuera
para darle
un mundo
perfecto.

Introducción

¿Existe algo más grande que el amor y, a la vez, peor consejero? Me refiero a algo más allá de la efímera y momentánea emoción del enamoramiento. Ese proceso químico que tiene como protagonista la dopamina, que nos hace sentir placer y euforia. Curiosamente, el mismo neurotransmisor que provoca la respuesta de nuestro cerebro ante estímulos como el juego o las drogas.

Pero no hablo de eso, aunque debo admitir que ha sido el centro de mis estudios durante varios años. Me refiero al amor genuino, el profundo, el que perdura en el tiempo. Ese que te roba la calma por años, que es inherente a las madres; el mismo que guardan algunas personas en su corazón no correspondido, sin poder desprenderse de él por más que se lo sacudan.

El tipo de amor capaz de impulsar a alguien a cometer locuras, hipotecar su vida o perder por completo la razón.

Admito que, aun con mi doctorado en medicina y todos los datos científicos que he recopilado sobre el tema a lo largo de los años, nunca me han resultado suficientes para explicar lo acontecido a mi alrededor en el transcurso de mi vida.

Era tan solo un muchacho cuando descubrí que el amor me había robado algo. No fue por casualidad; mi propia madre dejó a la vista el manuscrito que explicaba el motivo de su final. Siempre fue muy de su estilo no ser cuidadosa ni ordenada; también andar en las nubes todo el día y encogerse en un rincón de su cuarto cuando el mundo la superaba. Por eso, se me hizo muy duro ultrajar aquel espacio tan suyo para recoger sus pertenencias y, más aún, encontrar aquel diario con su confesión. Ahí comenzó mi estudio, algo sin pretensiones, pues a nadie le importaban los motivos de su final, excepto a mí.

Fue mi obsesión hasta que otra persona se cruzó en mi vida: Cécile Dupont. Una mujer joven que desde el primer instante me pareció especial, bella, inteligente, segura de sí misma y con un temple que jamás habría podido poseer mi madre. Alguien reflexivo y admirable que, con cada acción, siempre pretendía construir un mundo mejor. Incapaz, además, de dejarse llevar hasta el límite por algo tan etéreo y, a la vez, tan contundente como el amor. Quizás por eso, por tener la certidumbre de que jamás se convertiría en víctima de tal verdugo, era que la admiraba tanto. Que aun sin yo saberlo, se convertiría en el siguiente objeto de mi estudio. En mi obsesión.

¡Qué equivocado estaba! Nadie escapa a tal maldición, ni siquiera Cécile, una vez que «cierta persona» ha posado la vista sobre ti.

Sí, he dicho «persona», porque el amor y la obsesión no trabajan solos. No al menos en un lugar llamado Le Village Oublié.

Capítulo 1. Las flores

Podría comenzar a contaros la historia desde mucho antes, pero lo mejor será empezar con Cécile, ahora que tengo frescas todas las confesiones, sobre todo, la suya. Que han sido sus propios labios los que han completado los huecos que me faltaban, relatando todo lo acontecido. Incluso los pasajes más deleznables y sórdidos que, al salir de su boca, adquieren cierta justificación injustificable ante los ojos de este cobarde obseso que os habla. Que no conoce nadie al detalle excepto ella, yo y, a partir de ahora, conoceréis vosotros.

∞∞∞

Corría el año 2018 y a Cécile Dupont se le escapaba la vida en cada exhalación, nunca fue buena en deportes y ahora le estaba pasando factura. No era normal que aquella anciana a la que perseguía, Mèlissandre, recorriera con tanta facilidad y premura los senderos que, a través de la montaña, las llevaba hacia el cauce del río Isère. Recordó entonces, que aquella mujer, a la que tanto le costó encontrar y convencer, era una bruja reconocida, la curandera «oficial» de Le Village Oublié y, por ende, debía estar acostumbrada a la vida sana y a recorrer aquellos caminos llenos de irregularidades y maleza. En cambio, ella, una chica de ciudad, no conseguía levantar la vista del suelo más de dos segundos, por miedo a tropezar y caer.

Pero mi querida Cécile siempre fue una chica de ideas fijas, de esas que persiguen sus sueños hasta el final. Que, con cada nuevo proyecto o idea, experimentaba un subidón de adrenalina que no la dejaba pensar en otra cosa. Que hacía que su miedo a correr detrás de una vieja a la que no conocía de nada, en mitad de la noche y a través de la maleza, se apartara a un lado, sintiéndose más intrépida que nunca.

La esperanza llegó a sus ojos al observar cómo, unos metros más adelante, Mèlissandre detenía sus pasos junto a un gran roble, y, levantando la vista, olfateó el ambiente un instante para asegurarse de que todo estaba donde debía. Después, comenzó a apartar unos hierbajos del terreno.

Cécile llegó al fin hasta ella; la carrera tras la anciana había sido más intensa de lo esperado. Se detuvo jadeando, como si sus pulmones fueran a salírsele por la boca, y apoyó una mano en el árbol mientras recuperaba el aliento. Fue entonces cuando vio cómo la mujer sujetaba algo con sus manos toscas y de piel áspera. Giró su cabeza hacia la chica y sonrió solo alzando una milésima la comisura derecha de sus labios. Lo justo como para que en el suave mecer de las olas que surcaban su cara, se levantara el oleaje.

—Aquí están, niña, te dije que hoy se hallarían en este lugar.

Su voz sonó aguda y quebradiza como una rama muerta y Cécile se estremeció. El día anterior, la anciana le habló de la ubicación de aquellas flores como de algo nómada, como si cada día pudieran aparecer aquí o allá a su antojo. Ella sabía que solo era parte del juego, de la representación de aquel papel de hechicera tradicional o como quisiera que la llamaran en el

pueblo. Aun así, aquella voz, la mirada sabia y penetrante de esa mujer y, sobre todo, su necesidad de convencerla y que se las mostrara, provocó que no fuera capaz de objetar nada al respecto.

Además, ¿quién era ella para juzgarla? Solo una tecnóloga, una chica de ciencia que, a pesar de ello, nunca dejó de creer en la magia y las estrellas, sin que aquella incongruencia le planteara problema alguno. Según la propia Cécile, tenía su parte lógica, teniendo en cuenta que la regía el signo de Géminis. ¿Por qué desechar una idea solo porque existe otra que también te parece válida?

Alargó la mano e intentó tocar una de aquellas flores azules y aterciopeladas, con pétalos gruesos y carnosos. Mèlissandre las apartó, al tiempo que daba un pequeño pero firme golpe en su mano, como si estuviera tratando con una niña que intenta robar una galleta del bote de cristal de su abuela.

—Promete no desvelar dónde las hemos encontrado.

—No podría, aunque quisiera. Espero que me indique el camino de vuelta o moriré tratando de regresar al pueblo. —Sonrió Cécile entre jadeos, obviando el hecho de no poder desvelar la ubicación de unas flores que, hasta hace unos segundos, se suponían nómadas. ¿O es que aquel era su asentamiento de los sábados?

Mèlissandre ladeó la cabeza mirándola con desconfianza, como la primera vez que la encontró al abrir la puerta de su casa. Ese día, Cécile supo captar su atención con aquella sonrisa dulce, la que sabía que era irresistible para cualquiera, su traje de chaqueta y aquellos tacones imposibles para andar por las calles empedradas de Le Village Oublié. A Mèlissandre, le pareció estar contemplando una cara obra de arte moderno sacada de la urna en la que se exhibía en cualquier galería de la gran ciudad, y que estaba allí para procesionar en lugar de la talla de la Virgen de la iglesia de Sainte Marie Enceinte.

También sus ojos captaron la atención de la anciana... Aquellos orbes de un azul índigo muy poco común. Pero de eso os hablaré más adelante.

—El pueblo es fácil de encontrar, solo hay que subir hasta que la maleza se haya cansado de trepar por la montaña. Entonces lo veremos. Aunque estoy segura de que primero se hará escuchar. —Se cruzó de brazos y frunció el ceño antes de seguir hablando—. ¿Qué pretendes hacer con la planta? Tú no eres botánica, ni te dedicas a vender flores. ¿Quizás alguna sopa moderna? ¿Has escuchado alguna ridícula receta por *eso* que trajiste de la ciudad? ¿*Enternet*?

Cécile casi suelta una risotada, pero se contuvo por educación. No iba a explicarle a aquella mujer qué era una IA y cómo se programaba. Habían sido varios meses tratando con la gente de aquel pueblo olvidado de la mano de Dios, explicándoles las bondades de la fibra y de las telecomunicaciones, pero aún no se acostumbraba a aquellas cosas.

—Internet, *madame*. Pero no es nada de eso, ni nada malo, no se preocupe. Solo pretendo crear algo nuevo, algo que reemplace a todo lo anterior —dijo con un brillo de ilusión en sus ojos, y abriendo los brazos como queriendo abarcar el mundo entero.

—¿Y qué tiene de malo todo lo anterior, lo viejo? Incluso tú serás vieja algún día —Mèlissandre le clavó la mirada y guardó silencio de repente. El corazón de Cécile, que al fin había bajado de revoluciones, se saltó un latido—. O eso espero.

Mi preciosa Cécile aguardó un momento antes de responder. Quizás la había ofendido sin pretenderlo. La semana anterior, durante su búsqueda, vio una fotografía de la anciana en el pueblo, mientras repasaba los objetos que adornaban la repisa de la chimenea de mi casa. Tenía la fecha puesta en una esquina, manuscrita con tinta azul. En ella, me veía jovencísimo, mi cabello aún lucía corto y mi cuerpo más recto que ahora, pero ella, Mèlissandre, seguía igual.

Cécile pensó que debía de ser una de esas personas que nacen siendo viejas.

—No me refería a eso, solo pretendo ayudar a la gente. Como le expliqué, mi negocio. En fin, a lo que me dedico, ayuda a las personas, las informa, las conecta. Ayudo al igual que usted lo hace con sus hierbas y brebajes. Es solo que trabajamos de forma diferente, aunque el objetivo es igual de noble.

—¿Y ganarás dinero con ello?

—Lo haré, como usted con sus remedios, pero no es por eso. Yo ya tengo dinero y lo seguiré teniendo sin esas flores. —Alzó las cejas y asintió, mientras sonreía con inocencia, invitándola a confiar en ella, a ceder.

—Está bien, pero ten cuidado al jugar con cosas que no comprendes, que llevan en la tierra más tiempo que tú y que yo. Ya sabes… las cosas viejas… —apuntilló sin disimular el sarcasmo.

De repente, el sonido lejano de la pirotecnia lanzada desde el pueblo las hizo levantar la vista al cielo. Una palmera de luces azul celeste y plata se alzó sobre sus cabezas, dando algo de claridad al lugar donde se encontraban, provocando que sus miradas se cruzaran y la anciana depositara unas cuantas de aquellas flores en las manos de Cécile.

—Es una señal —dijo la voz quebradiza de Mèlissandre.

—¿Para que sepa regresar al pueblo sin usted? —Le guiñó un ojo y la miró de forma juguetona; trataba de bromear, pero la anciana frunció los surcos de sus labios hasta que se asemejaron a una falda de tablillas. Estaba claro que no entendía su sentido del humor.

—¿Y qué harás si te libras de mí y me necesitas más adelante? Si la señal no es buena… —Imitó la mirada de Cécile y su sonrisa inocente—. No soy quién para interceder en las señales, solo las interpreto.

Tal vez sí entendía las bromas, porque pensar lo contrario le hubiera dado un poco de miedo. Cécile cerró la boca y metió las flores en una especie de mochila que *yo* le había prestado el día anterior. Un andrajo muy a juego con sus botas de montaña y que, a pesar de su aspecto, le pareció de lo más útil en aquella situación.

Cécile tomó una profunda bocanada de aire, dando por acabado aquel extraño encuentro. Sabía que debía volver cuanto antes al pueblo, porque aquellos fuegos artificiales eran, en parte, en su honor. Se celebraba, al más puro estilo rústico, con pasacalles, verbena y orquesta incluida, la llegada del wifi hasta aquel lugar y, había sido ella, la que no hacía ni un mes, cumplió con ese propósito. Empresas Dupont, o ella, lo mismo era, logró vender el proyecto a Pierre Chevalier, el alcalde del pueblo, dándole este, carta blanca tras pensarlo bastante y someterlo a votación. No podía perdérselo.

El regreso a Le Village Oublié fue aún más agotador. Cécile se sintió al borde de la extenuación a causa del terreno empinado y los sobresaltos que sufrió al escuchar varias veces sonidos repentimos a su alrededor, temiendo que apareciera algún jabalí a su paso. No pudo evitar sentirse fuera de lugar e incluso un poco estúpida debido a sus reacciones más que naturales. Aun así, le fastidiaba ver cómo la anciana Mèlissandre permanecía impertérrita, caminando con la mirada fija hacia delante, e ignorando sus resoplidos y a ella.

Tal y como le aseguró la anciana, pronto comenzó a escuchar la algarabía. La brisa suave de aquella noche trajo consigo el sonido de la orquesta, los cánticos de la gente, las risas. Tras ello, divisó las murallas que rodeaban aquella villa fortificada sacada como de un cuento ambientado en el siglo XII.

El arco de la Porte Cachée, que daba acceso a Le Village Oublié, se encontraba adornado con lucecitas color ámbar anunciando que la ocasión era especial. Tras él, surgían calles estrechas y empedradas con cantos rodados que, siempre cuesta arriba, llevaban hasta el corazón del pueblo,

donde estaba ubicada la Place du Pendu, lugar donde aquella noche se concentraba el gentío.

—Joder, esto está lleno de gente. Pero si este pueblo siempre está medio vacío —apreció Cécile, mientras intentaba recuperar el resuello apoyando sus manos en las rodillas—. ¿De dónde han salido todos estos?

Esperó cualquier respuesta de la anciana, pero, al mirar a ambos lados, no la halló. Mèlissandre había desaparecido de repente, aprovechando su parada para recobrar el aliento tras la intensa caminata.

No le importó, buscaría a Margot Dubois, quien, además de su secretaria, siempre fue su mejor amiga. No podía ser tan difícil, por abarrotada que estuviera aquella plaza nunca se asemejaría, ni por asomo, a los conciertos de rock multitudinarios a los que ambas asistieron en el pasado, y en los que siempre localizó sin demasiados problemas, aquella melena color fuego de rizos enroscados como caracoles que huían despavoridos en cualquier dirección.

No tardó en localizarla. Su vestido blanco y ceñido y sus tacones de aguja eran como un faro en mitad de la niebla, resplandeciendo entre los lugareños allí congregados. Eso, y cómo no, el hecho de no llevar pañoleta o boina, todo fuera dicho. Agitó la mano en el aire, para no gastar el poco resuello recuperado gritando, y Margot se acercó hasta ella con paso firme y decidido. Cuando llegó a su lado, le echó un vistazo de arriba abajo con las manos en jarras y una sonrisa socarrona.

—A ver, botas de leñador, pantalón militar ceñido con más licra que algodón, camiseta corta de *Call of Duty*, puntas del pelo sudadas, perdiendo su rectitud habitual… Si querías integrarte entre la fauna de este lugar, aún te falta un poco, pero estás en el camino. Te aviso que aquí *les dames* son más de vestidos anchos con estampados florales o de cachemira.

—Perdón por pensar que las botas de montaña eran para la montaña. Ahora que me fijo, quizás sean mejores las alpargatas, pero me niego a llevar eso. Al menos así, me sentí un poco Lara Croft tras una década sin ir al gim.

—A saber qué hacías tú asomándote a la montaña.

Ambas rieron cómplices y se encaminaron hacia el escenario. Sobre él, una orquesta tocaba éxitos pasados de moda, viejos temas de artistas de renombre que hacían las delicias de los más jóvenes, mientras los más mayores esperaba el momento de las viejas canciones regionales a las que nuestro ayuntamiento les tenía acostumbrados.

Cécile olvidó por un momento su cansancio, las flores que portaba en la mochila y todos sus planes. No fue casualidad que eligiera nuestro pueblo para ocultarse tras un anterior proyecto fallido, ni todo su empeño en convencernos de que el progreso también debía llegar hasta allí. Lo hizo movida por los sentimientos, por una especie de justicia poética hacia su abuelo, fallecido ya hacía unos años.

Él se marchó de Le Village Oublié al no conseguir que lo tomaran en serio muchísimos años atrás, cuando solo era un joven soñador que se propuso introducir pequeños cambios en un pueblo demasiado tradicional como aquel. Como la idea de tener agua caliente o línea telefónica. Se burlaron de él y su orgullo le hizo mudarse a París, donde acabaría asentando los cimientos de la que ahora era la empresa familiar y que tantos beneficios les proporcionaba.

También fue él quien le habló de las maravillas de vivir en aquellas montañas, del significado de las estrellas, de aquellas flores aterciopeladas, carnosas y azules, mientras contaba cuentos llenos de magia e ilusiones, a una pequeñísima Cécile. Él las llamaba, las flores del arrobamiento.

—Mira, ahí están Hernández y Fernández. —Margot señaló a dos jóvenes que disfrutaban de la fiesta apoyados en la barra con sendas jarras de cerveza en las manos.

Se trataba de André, el párroco del pueblo, y Émile, su fiel escudero. Para abreviaros su descripción, el tipo de hombres que, si los sacaras a bailar, su estabilidad emocional, su hombría y su mundo, se harían añicos.

—¿Quiénes? —Cécile entrecerró los ojos para agudizar su campo de visión. —Ah, sí, ya los veo. El rubio es el curilla ese que te dije. El que trató de hacerme la vida imposible desde que llegamos. Si le quitas el alzacuellos, no lo distinguirías del resto de garrulos que hay en la plaza.

Margot se apartó un mechón de cabello rojizo de los ojos, para observarlo de arriba abajo, sin disimular ni un poco.

—No me dijiste que era el cura del pueblo. Me acordaría.

—¿No? Bueno, da igual. Resulta que él fue quien me puso tantas trabas para sacar adelante el proyecto. No sé por qué, en este jodido pueblo tiene que opinar todo el mundo. Ese... yo creo que quiere heredar la alcaldía.

—¿El párroco? —Margot rio por la adrenalina propia que antecede a quien se va a burlar de algo sagrado—. Pues yo creo que le gustas. No deja de mirarte.

—Y yo creo que ellos son novios. No saben hacer nada el uno sin el otro.

Capítulo 2. Separados

Tres meses después

Ahora os hablaré de la otra parte de la historia, porque las historias de amor suelen estar formadas por dos partes. Dos ingenuas naranjas enteras que, a base de fricción, empujones y algún que otro corte, terminan renunciando a parte de sí mismas y convirtiéndose en una naranja nueva. A veces, esta tiene mejor sabor y aspecto que las originales, otras veces no, pero siempre es una naranja diferente.

Comenzaré quince días después de que a André Côté se le prohibiera salir de la casa parroquial; quince días en los que estuvo encerrado entre aquellas pequeñas y asfixiantes cuatro paredes, sin una explicación o un motivo que el párroco recordara lo bastante significativo, como para tomar tal decisión.

Para mi desgracia, yo era el encargado de llevar suministros hasta su puerta, tenía órdenes de entrar, fingir durante unos minutos que no conocía el motivo de su encierro y asegurarle que todo estaba en orden. Que lo único que me habían dicho era que pronto podría salir. Que era por su bien.

Él siempre me miraba con desconfianza, como si estuviera sopesando la posibilidad de que mis evasivas fueran una especie de venganza morosa, o el karma. Pero en aquellos días, aun no teníamos la confianza suficiente como para que me lo echara en cara, a pesar de que, desde su ventana, podía divisar perfectamente, el bando que había colocado en el portón de la iglesia notificando a los feligreses que permanecería cerrada por enfermedad hasta nuevo aviso.

Su situación no me daba pena, de hecho, sentía cierto gozo al notar como la inactividad le estaba consumiendo. Alguien como él no concebía estar tanto tiempo sin ejercer sus funciones. En casi todas mis visitas, a pesar de ser de una brevedad extrema, me aseguraba que un sacerdote no debe abandonar a su rebaño y que, en máximo un par de días, tendría que colocarse la sotana y la estola para dar la homilía dominical, estuviera retenido o no.

Pero, un momento. Antes de proseguir, quiero avisar de algo que ya habréis notado, y es que, al contar esta historia, tendré que hacer un gran esfuerzo para no juzgar a ninguno de los implicados. Ni siquiera a André que, aun siendo el cura del pueblo, nunca fue santo de mi devoción. Mi antipatía hacia su persona se remonta a tiempos ya añejos, a nuestra infancia, pero han pasado demasiadas cosas y ya no tiene sentido que, en este punto, siga albergando rencor alguno hacia ese idiota. Por lo tanto, dejemos a los hechos fluir, porque, como diría Mèlissandre, «todos somos seres imperfectos que manchan este mundo casi perfecto».

En fin, como os decía, André estaba de lo más aburrido, así que apagó el pequeño transistor en el que siempre escuchaba las noticias locales. Como de costumbre, no emitían nada que a él le pareciera interesante o digno de resaltar, excepto algunos hurtos de poca monta, y quejas de las vecinas por ser piropeadas más allá de lo que ellas consideraban decente. Sus parroquianas asiduas, dedujo. Nadie perdido en las montañas, ningún caso escabroso que resaltar, como los que escuchaba en otros diales pertenecientes a programas que se emitían a kilómetros de allí.

Le Village Oublié era un pueblo tan pequeño como lo son las cosas perfectas, y relativamente tranquilo, así que los chismes que podía conseguir apoltronado tras el confesionario le parecían de lo más intrascendentes. Al menos, lo eran en aquellos días, en los que ninguna de las fastidiosas manifestaciones pro derechos de la mujer, que resurgían como de la nada para molestar a André a la hora de la siesta, ocupaba la plaza ubicada entre la iglesia y la casa parroquial. Cuando aquello ocurría, el lugar se llenaba de, en su mayoría púberes, casi niñas, ofendidas hasta la médula cada vez que aparecía en los noticieros algún nuevo caso de asesinato machista más allá de Lyon.

Aquello, al padre André, siempre le pareció una pérdida de tiempo y energía ridículos que achacaba a la excesiva juventud de las involucradas. ¿Por qué protestar por algo que ni siquiera sucedía en su localidad?

Pero ya he dicho que no voy a juzgar a André, solo quería dejar patentes unas pinceladas sobre su persona. Al menos lo que se veía desde fuera y todos sabíamos en el pueblo. Porque en los pueblos se sabe todo, sea verdad o inventado.

Para el padre André, que Le Village Oublié fuera un lugar aislado y escondido en lo alto de las montañas tenía sus ventajas; hasta allí no llegaba la locura de las grandes ciudades o de los pueblos con ínfulas de alrededor. O casi nunca llegaba, si pensaba bien en el asunto y en las últimas decisiones tomadas por el consejo del pueblo… O en cierta persona.

No tener otra cosa que hacer que escuchar el transistor le hacía pensar demasiado y, se encontraba tan fuera de lugar.

Fastidiado, se acercó a la ventana, tal vez ahí fuera hubiera algo para él. Corrió el visillo y se sintió como aquellas abuelas que, a diario, inspeccionaban la plaza en busca de cotilleos. No era eso lo que quería, sino solo algo que hacer, que resolver. Pero, aunque lo encontrara a través del calado de aquella tela almidonada, no se le permitía salir a comprobarlo, mucho menos a resolverlo.

La agencia de viajes encargada de traer a los turistas de montaña no daba señales de vida desde que comenzó el deshielo, ni lo haría. Era demasiado complicado llegar hasta allí solo para recorrer sus escasas calles empedradas. Tampoco Émile, su fiel amigo, ni nadie del consejo del pueblo contactaron con él en aquellos cinco días. Sabía que algo le estaban ocultando, y quién sabe desde cuándo. Sin embargo, no le extrañaba que hubiera algún detalle que escapara a su conocimiento, ya que, desde hacía un tiempo, no prestaba demasiada atención ni a ellos, ni a nada en realidad. Hizo falta que llegara la orden de «arresto domiciliario», para que algo hiciera clic en su cerebro y comenzara a atar cabos.

Apoyado en el cristal de la pequeña ventana de la casa parroquial, observó el vaho de su aliento aparecer y desaparecer en él. «Un entretenimiento digno de un sacerdote» —pensó—. «Quizás, si Cécile supiera, se estaría revolcando de la risa al verme así. O tal vez no, y solo son mis ganas de creer que al menos una vez le importé».

De pronto, una luz apareció en la pantalla de su pequeño teléfono móvil, sacándole así de sus pensamientos. Eran noticias de Pierre Chevalier, al fin. El mensaje no decía nada, pero le citaba en un lugar cercano y le pedía que no avisase a nadie.

Pierre era el alcalde de Le Village Oublié, la única figura destacable de poder en un pueblo tan pequeño, aunque todas sus acciones estaban supeditadas al consejo municipal, que se reunía más a menudo de lo esperable en un lugar tan tranquilo. André formaba parte de este consejo, al igual que lo hizo en otro tiempo su padre.

También yo, pero eso no importa, ya que yo estaba allí más por obligación que por gusto. Pierre se había encargado de ello, prácticamente me obligó por ser el único doctor del pueblo.

Aunque esto ahora, no es relevante.

André, aliviado ante la noticia, pensó que se sentiría diferente al salir a la calle, tras todos estos días encerrado entre cuatro paredes. No obstante, el clima tan cambiante de aquellos días mantuvo su cuerpo entumecido y el vaho escapando de forma visible al abandonar su boca.

Divisó al viejo hombre desde el otro lado de la plaza.

Pierre, a quien todos los habitantes del pueblo obedecíamos, tiró una colilla de tabaco negro en la entrada de la dirección indicada en el mensaje y la pisó con calma.

André alzó la vista hacia aquel viejo edificio del centro, encumbrado por una torre de la época feudal de estilo gótico, y que recordaba a los palacios medievales toscanos. En realidad, era la edificación más alta y vieja de la plaza, sin contar la iglesia, claro. Vio cómo Pierre le hacía una seña desde el otro lado de la calle, indicándole que le siguiera sin dar más explicaciones.

Junto a una vieja puerta de estilo señorial, distinguió una placa donde había grabado un nombre que desconocía por completo: «Abogado Paul Michael Larué». Se cuestionó quién era aquel hombre y, sobre todo, cuándo llegó al pueblo. Como un estúpido, se dio cuenta de que tuvo que ser durante su encierro forzoso en la casa parroquial, donde estuvo ajeno a todo cuanto acontecía en Le Village Oublié.

Y ahora estaba allí, preguntándose el por qué no recordaba haberse metido en ningún problema que requiriera de los servicios de un abogado, pues se veía a sí mismo como uno de esos hombres que siempre hacen las cosas bien.

Era fiel a la educación estricta recibida de sus padres y también en su paso por el seminario. Temeroso de Dios y comprometido con la salvaguarda de sus vecinos o de cualquier turista que lo necesitara. Un sacerdote no puede dañar la confianza sagrada que su parroquia ha puesto en él y creía haber actuado en consecuencia.

»¿Quizás Cécile?» —pensó. Otra vez su nombre aparecía como un fantasma que rondaba por su cabeza —.« No, ella habría arrastrado hasta allí a un montón de abogados caros de la ciudad. Los tendría adorándola, a su alrededor todo el día, si se hubiera metido en otro lío, como los que escuché que tuvo en París. Ella no buscaría mi ayuda, y tampoco lo haría en un lugar tan modesto como este.

»¿Y si ha querido denunciarme de forma discreta? Pero… ¿Por qué ahora?». —Una gota de sudor resbaló por su frente.

El alcalde se encargó de llamar a la puerta y, tras un par de timbrazos, un hombrecillo regordete, de tez blancuzca salpicada con pecas, baja estatura y, en definitiva, poco agraciado, los recibió con seriedad. Saludó afable al alcalde, como si se conocieran de antes, se hizo a un lado y con un gesto les indicó que pasaran. Señal que el párroco interpretó como que ya los estaban esperando. Una vez dentro, aquel hombrecillo les pidió que le acompañaran. Los tres recorrieron en silencio un estrecho pasillo hasta llegar a un pequeño despacho. Tocó con suavidad en la puerta y abrió, invitándoles a entrar. Después, cerró dejando a los dos hombres con su jefe y se retiró.

Pierre tomó asiento delante del abogado que se encontraba tras la mesa, saludándole como si fuera un viejo conocido, quizás, pensó André, con demasiada familiaridad para ser alguien nuevo en el pueblo.

El párroco le imitó sentándose a su lado, aún sin saber por qué estaba allí. Al hacerlo, echó un rápido vistazo alrededor; y pudo comprobar que, el lugar era modesto y poco recargado; algo extraño en un edificio tan antiguo y señorial.

—¿Es monsieur Côté quien le acompaña? —La pregunta sonó rara a oídos de André, no solo porque todo el mundo en el pueblo se dirigía a su persona como padre o monsieur André, sino

porque su atuendo dejaba bien claro cuál era su profesión. Además, no entendía el por qué aquel tipo llevaba gafas oscuras en el interior del despacho. Lo encontró ridículo y extravagante. Sin embargo, algo le llamó la atención, al notar la presencia de un bastón blanco apoyado en la pared, justo al lado del sillón de su interlocutor. Al instante comprendió que el letrado era ciego, y agradeció no haber abierto la boca antes de hora. De ahí su inusual pregunta, porque tal vez nadie le había avisado de que su cita era con el sacerdote de Le Village Oublié. Pero, ¿ni tan siquiera el alcalde, al que parecía conocer de antemano?

—Lo soy, y exijo saber que está pasando. —Su voz sonó autoritaria. Viejas costumbres por el cargo que ostentaba en un pueblo tan tradicional como aquel, donde su figura era parte indispensable y respetada por todos.

—Exige, todos los hombres como usted exigen. —André pudo observar por los emblemas de la estancia, que el letrado venía de la gran ciudad, que era activista por los derechos de los animales, del medio ambiente, de las mujeres, de los homosexuales. Vamos, que no le faltaba ninguna banderita, lacito o crespón, de esos que tanto le molestaban.

—Paul —Pierre le reprendió—. Estamos aquí para tratar de ponerle a salvo.

El alcalde se puso en pie, apoyó las manos sobre la mesa y respiró con pesadez; quizás se hubiera precipitado al hablar.

—¿A salvo de qué, o de quién? —demandó André, sorprendido por aquella revelación, sintiéndose ansioso de respuestas. Necesitaba saber el porqué de su encierro y qué se le había perdido en aquel despacho; no tenía costumbre de que le dejaran al margen.

—Eso es lo que tratamos de averiguar —le recriminó el letrado.

∞∞∞

Masía Dupont

Una gran fiesta en la recién reformada Masía Dupont, a varios kilómetros de Le Village Oublié, siempre era una buena idea para conseguir un poco de admiración por conveniencia. La piscina de aguas templadas era enorme y con unas vistas envidiables a la campiña, que desde aquella distancia parecía salpicada de puntos amarillos, conformados por grupos de girasoles.

Siempre me gustó esa casona, en la que Cécile logró integrar a la perfección, toda su tecnología en un decorado rústico, pero moderno al mismo tiempo.

Aquel día yo no fui invitado, no era el tipo de actividad para la que Cécile me habría buscado ni al que yo hubiera aceptado ir, pero Margot me contó que el lugar estaba lleno de bellos chicos y chicas de apariencia atlética, para así poder perder el control hasta desfallecer sin sufrir consecuencias. Todos reían y bailaban al ritmo que les marcaba el alcohol a modo de margaritas y ricos cócteles. Era una fiesta de Cécile Dupont. ¿Se podía pedir algo más? Todos sabían que su popularidad crecería hasta límites insospechados solo por subir a redes unos cuantos *selfies* que demostraran haber estado ahí.

Pero aquel día, no todos eran felices en la fiesta. Nuestra pelirroja de cabello anillado se abrió paso entre los asistentes, con cara de pocos amigos. Sus altísimos tacones de aguja parecían picar el suelo al acercarse hasta el borde de la piscina cubierta. Allí encontró a su amiga tumbada sobre un flotador con forma de cisne color rosa, con tan solo un minúsculo bikini blanco. Las puntas de los dedos de sus pies desnudos, esmaltados en color cereza, rozaban el agua con gracia.

—Cécile, creí que por una vez me harías caso. Esto no es sano, no te conviene. Hicimos un trato.

—¡Vamos, Margot! No seas aguafiestas, ¿por qué no te unes a nosotros?

—Eso no va a suceder —protestó cruzándose de brazos, a la defensiva, y manteniendo una distancia de seguridad por si alguien la empujaba al agua en un descuido.

—No necesitas traje de baño, estamos entre amigos. —Abrió sus brazos abarcando todo a su alrededor, con un gesto grandilocuente muy típico en ella.

—¿De veras son tus amigos? ¿Recuerdas, aunque sea, el nombre de alguno de ellos? —Margot, que ahora afianzaba sus brazos en jarras, no se movió ni un ápice de su lugar.

—Sí, claro. Por aquí había un Fabrice, ¿o era Fabien…? Da igual, como sea, pero realiza unos cunnilingus estupendos —aseguró exagerando un tono pedante y moviendo los dedos, pero sin señalar a ningún lugar en concreto—. Te lo recomiendo.

—Y yo te recomiendo que entres en la casa en cinco minutos, ¿me oyes?

No hubo opción a réplica. Como siempre, Margot era la única persona a la que no podía decir que no. Así es que, aunque remoloneó un poco para hacerla rabiar, acabó reuniéndose con ella en un lugar privado de aquella enorme masía, propiedad de su familia, ahora trasformada en una vivienda moderna.

—¡Me lo prometiste, Cécile! ¿Qué diablos pasa contigo? —le reclamó Margot en cuanto cerró la puerta—. ¡Al menos antes tenías palabra! Accedí a tu estúpida petición de no llamar a un médico si te cuidabas, pero juraría que lo estás haciendo menos que nunca. También me pediste no ocuparte de los papeleos de la empresa durante unos días, según tú «para descansar», y esto es lo que me encuentro.

—¿Qué? ¡Estoy descansando! Vamos, Margot. Ya ha pasado un mes desde el accidente. ¿Acaso me ves enferma? —La chica sujetó las manos de su amiga mientras la miraba con cara de niña incomprendida. Sabía de sobra que Margot la quería más que a nada en el mundo, incluso a pesar de su actitud del último mes; esa era su forma de desarmarla—. Estoy perfecta, más guapa, más fuerte y sana que nunca, hasta juraría que soy más alta.

Margot no lograba apartar la mirada de la de su amiga.

—¿Y tus ojos?

—¿Qué pasa con ellos? Vale, lo admito. Este azul ártico que han tomado mis iris, no es mi tono habitual, pero funcionan, y me han dicho que me veo atractiva con él. ¡Hasta los accidentes me quedan bien! ¿No crees? Soy aún más guapa que antes, si es que eso es posible.

Fingió retirar una larga cabellera de sus hombros. Su corte bob, recto y brillante, bailó con gracia acunando su mentón.

—No bromees, Cécile. Están enrojecidos. ¿Te duelen?

La pelirroja trató de acercarse y tocar su rostro, pero Cécile dio media vuelta y se alejó unos pasos. Margot sabía que no estaba bien, pero trató de evitar preguntarle sobre algo de lo que sabía que ella no quería hablar.

—¿Estás comiendo bien? Creo que has cogido algo de peso —dijo al fin, con tal de no mencionar el tema tabú.

—Dejaré de lado lo terriblemente ofendida que me encuentro por tu comentario, pero sí, como ves, estoy comiendo bien.

—Los bocadillos, la bollería industrial y el alcohol, no cuentan como comida sana. Solo me preocupo por ti, Cécile. Sé por Chipirón que no estás durmiendo nada, y que te pasas las noches metida en la zona de trabajo.

Cécile llamaba *zona de trabajo* al ala de la masía destinada a sus nuevas creaciones, nada

original. La creatividad ya la gastó en elegir el nombre de la IA encargada de la organización de dicha área, *Chipirón*. Según ella, el nombre conjugaba los chips utilizados para construirla y un platillo delicioso que probó en el sur de España un par de años atrás, chipirones en salsa. Imaginaba a la IA utilizando sus conexiones como largos tentáculos que se encargaban de cualquier tarea que le encomendara. Eso sí, sin manchar nada con tomate frito.

Junto a Chipirón, creaba productos tecnológicos que luego comercializaría en su empresa de nuevas tecnologías de la telecomunicación, en la cual siempre trataba de innovar y expandir sus productos hacia zonas como aquella. Lugares que aún no terminaban de rendirse al encanto de todos los avances implantados por la nueva generación de dispositivos e Internet.

—Dime algo que sea nuevo entonces, porque estás describiendo mi vida desde que hice mi cumpleaños número... No sé, ¿dieciséis?

—Tienes razón, no obstante, creo que no me quedaré tranquila hasta que un médico te vea, y ya de paso, un oftalmólogo también. Por cierto, ¿estás creando algún dispositivo nuevo? Soy consciente de que has restringido el acceso a la zona de trabajo, incluso para mí.

Lo dijo con tranquilidad, pero a Cécile se le puso el vello de punta. La conocía lo suficiente como para saber que eso no significaba que lo fuera a dejar estar.

—Es por tu seguridad, Margot. Después de lo que sucedió no voy a poner a nadie en riesgo, y mucho menos a ti. He consultado los horóscopos de esta semana y dicen que no tomes riesgos hasta que pase el primer eclipse lunar en el grado cinco de tu signo. Y, a tu pregunta de antes, de hecho, sí, estoy creando algo.

—Que no sea otra IA. Esas cosas las carga el diablo —añadió la pelirroja, que escuchó a Cécile chasquear la lengua como respuesta.

—No, de eso no tengo.

—¡Cécile! ¡Me lo prometiste! Pediste venir aquí, teletrabajar desde este lugar perdido desde que la última se te fue de las manos. ¿Para qué quieres otra IA? ¿No tienes suficiente con Chipirón? Es la primera y funciona genial, no necesita más avances —aseguró Margot, acercándose a su amiga para tomarla de las manos. Sin embargo, Cécile la rechazó, y aquel gesto de desprecio la indignó más que nunca—. ¡Si vuelves a cruzar esa línea todos nuestros trabajos y secretos volverán a estar en peligro! Mira, sabes que ahora la sucursal de Empresas Dupont que lleva tu padre va a ampliar su área de dispositivos móviles, ¿no podrías centrarte un poquito en eso y dejar de soñar con crear tu propia *Skynet*?

—Esta no es como las otras, si la vieras...

Cécile volvió a abrir los brazos, era obvio que se sentía extasiada al poder hablar de su nueva creación. Y Margot la conocía demasiado, reconocía ese subidón de energía, la obsesión y los desvelos que precedían a cada nuevo proyecto, a cada descubrimiento que pretendía cambiar el mundo. Este debía de ser grande, a juzgar por su estado de arrobamiento.

—Te estoy viendo a ti, y a este paso no vas a entrar en ese bikini. Más te vale dejar de beber.

—Eso no es importante ahora. —Se movió con rapidez para encarar a Margot de nuevo, la adrenalina se apoderaba de su cuerpo con tan solo recordar su nueva creación—. Aún no te puedo mostrar lo que estoy haciendo, pero esta tecnología no tiene nada que ver con medidas ni con nada tangible, no es rígida, contiene una parte biológica que extraje de unas plantas. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo? —Margot miró a Cécile con cara de hartazgo, pero esta la ignoró por completo—. ¡Se trata de un compuesto cuasi líquido e inteligente, que se funde en el momento del contacto con el cuerpo! ¡Se funde con el individuo! Lo que quiero decir es que, en lugar de confiar en un elemento tecnológico al uso, un reloj, un teléfono, un anillo, para el proceso inicial de adicción del individuo, extraje un compuesto diferente, algo que parece activar

la dopamina, así que nadie olvidará nunca su dispositivo. Y el arranque será completamente psiónico.

La pelirroja, como siempre, se esforzaba en seguir las explicaciones de su amiga, pero también jefa.

—O sea, que estará conectado a la mente de las personas. ¡Lo que nos faltaba! Todas las teorías conspiranoicas en contra de nuestra tecnología se harán realidad. —Margot se cruzó de brazos y arrugó los labios en desaprobación.

—¡*Sip*! Y creo que le daré un acabado cromado con lucecitas que se encienden. Será jodidamente sexi, como yo. —Cécile le mostró una sonrisa enorme en respuesta. Se le veía al borde del éxtasis.

—Tal vez debería pedirle al doctor Edmond Legrand que te eche un vistazo, y de paso, que vea ese nuevo chisme, o lo que quiera que sea.

La sonrisa de Cécile desapareció tan rápido, que parecía mentira que la orden hubiera tenido tiempo de llegar hasta su córtex cerebral.

—¡No! ¡Ya te lo dije! No quiero saber nada de ellos, ni de Edmond, ni de nadie. ¡Se acabó juntarse con los del consejo de este cochino pueblo! ¡Con ninguno de ellos! ¡Y cuando acabe con todo este proyecto, nos vamos!

—Pero pensé que Edmond era tu amigo. Al menos, se ha comportado como uno desde que estamos aquí.

El rostro de Cécile ahora mostraba otra cosa, una especie de mueca de desagrado, de odio y repugnancia. Algo que, a pesar de no ser la primera vez que lo veía en los últimos tiempos, Margot no terminaba de relacionar con ella; no se acostumbraba.

—¿¡Cuantas veces te lo tengo que repetir!? ¡¿Te fallan las neuronas o qué!? ¡Se supone que los del signo de libra sois inteligentes! —Apretó la mandíbula y las aletas de su nariz se ensancharon—. Te-he-di-cho que, ¡si se relacionan con el padre André, no son mis amigos! ¡Y se acabó la discusión!

Le había levantado la voz más de lo normal. Desde un tiempo a aquella parte, perdía los nervios con facilidad. Margot lo sabía y, aun así, tenía que recordarse una y otra vez que no era nada personal contra ella. Pero también sabía que no podían hablar del tema justo en ese momento. Soltó aire y se encaminó hacia la puerta con paso decidido.

—Voy a sacar a toda esta gente de aquí, y tú vas a descansar como te dije. Lo necesitas más de lo que crees.

Cécile no respondió de inmediato, aún seguía tratando de regular su respiración. Su ira no se iba a saciar atacando a Margot y lo sabía. Respiró hondo, lo bastante fuerte como para que su amiga la pudiera oír, como si esa fuera la única ofrenda de paz capaz de ofrecerle en ese momento.

—Está bien, tú saca a esa gente, no vayan a hacer sus necesidades en casa, y haré algo para esa nueva área de dispositivos móviles. Te lo prometo.

—Ya no creo en tus promesas —le recriminó entre dientes.

Margot salió del lugar enfadada, pero creyendo que de verdad Cécile iba a pensar en sus palabras. Sabía que, al contrario de lo que muchos pensaban, su amiga tenía un gran corazón y solo estaba dolida con aquel párroco de pueblo con ínfulas de importancia: monsieur André Côté.

Ella fue la única que, aunque no presenció la escena en sí, pudo ver el resultado de lo que fuera que pasó entre ellos dos. Los golpes y heridas provocados, estaba segura, por André.

Aquel día, pudo sentir el dolor y el miedo llenando cada espacio del aire en la zona de trabajo

de Cécile.

La pelirroja llevaba un tiempo sospechando de los sentimientos que su amiga había desarrollado por aquel hombre prohibido, tan distinto a ellas. La conocía mejor que nadie, por eso los pudo adivinar, aunque ella los negara, aun tras la máscara de autosuficiencia que decidió ponerse.

Pero, después de ver el resultado de la pelea entre ambos, le quedó claro que esos sentimientos no eran correspondidos y entendió que Cécile estuviera resentida. Ella estaba acostumbrada a conseguir siempre lo que quería y sospechaba que ese resentimiento tan fuerte hacia Côté, se debía más al rechazo que a los golpes, o al desastre posterior que causaron.

Capítulo 3. Víctimas

Le Village Oublié

El párroco observó con intriga a Pierre y al abogado. No entendía qué estaba pasando; en qué momento cambió su rol y pasó, de ser el salvador de las almas perdidas de nuestro pueblo, a ser alguien que necesitaba que lo pusieran a salvo. Se tensó y eso, a pesar de su poder de contención, era algo que los otros dos hombres pudieron sentir. Sobre todo, Paul. Él no podía ver, pero justo por esa razón era capaz de detectar cualquier otra cosa, incluso el más leve cambio en su tono de voz, en su respiración, hasta en su olor corporal.

—Los gendarmes de la zona han encontrado varios cuerpos con claros signos de agresión y tortura. Estos se hallaban en distintos estados de desangrado o descomposición, aunque, a falta del análisis forense, creemos que ninguno lleva más de un mes muerto. —Pierre comenzó a relatar el parte como si algo así hubiera pasado antes en Le Village Oublié, como si estuviera dando las noticias de las tres—. Además, hace un par de días, una familia descubrió, en la entrada del camino hacia su casa, el cuerpo calcinado de un hombre.

—Disculpa que te interrumpa, Pierre, pero ¿y eso qué tiene que ver con nosotros? O conmigo. Y, no es por ofender, pero ¿qué tiene que ver un abogado como él?

—¿Quiere decir un invidente?

André no esperaba esa respuesta de Paul. El letrado no necesitó clavarle la mirada, con su tono era suficiente para notar que estaba a la defensiva.

—No empiecen, *messieurs* —intervino el alcalde en un intento por apaciguar las aguas. Luego, se dirigió al sacerdote—. Monsieur André, sé que le extraña que haya recurrido a Paul en lugar de buscar a un detective o directamente dejar todo en manos de los inútiles de la gendarmería. Sin embargo, Paul suele trabajar en casos encubiertos de este tipo, o que deben permanecer clasificados y alguna vez, también ha llevado temas sensibles para otros ayuntamientos, en poblaciones mucho más grandes que la nuestra. Es bueno en este tipo de asuntos y muy discreto. Por eso lo hice desplazarse hasta aquí. Además, confío en él porque es de la familia. Para ser exactos, sobrino de mi difunta esposa, su favorito —soltó lleno de orgullo y sin cortarse un pelo—. así que tiene toda mi confianza. Él va a ayudarnos a encontrar a quien esté detrás de estos asesinatos.

El padre André se tensó en su asiento. Ahora entendía la complicidad entre Pierre y Paul. No tenía nada que hacer frente a dicha situación. Si ya era difícil contradecir a Pierre en cualquier circunstancia, en algo que tocara la memoria de su difunta e ilustre mujer, mejor ni intentarlo.

—Es que sigo sin entender, por qué el caso de un asesino en serie pasó a ser asunto de nuestro ayuntamiento y, sobre todo, por qué tiene que ver conmigo —farfulló André, mirando alternativamente a Pierre y a Paul, esperando una explicación plausible a tanto misterio.

Ambos permanecieron callados durante unos largos segundos antes de responder, como si los quince días que mantuvieron al cura fuera de circulación, no hubieran sido suficientes para tener

aquel asunto claro del todo y necesitaran rumiar sus respuestas.

—Verá, padre, —dijo Paul con retintín, y André se sorprendió al comprobar que sí conocía su cargo, pero que no le causaba el respeto al que él estaba acostumbrado—. Todas las víctimas que hemos encontrado han sido marcadas con unas siglas, como si fueran ganado. A algunas las encontraron desnudas y dichas letras se realizaron con algún objeto punzante sobre su piel. Otras, sobre todo las primeras, tenían etiquetas pegadas en la ropa —terminó de explicar el abogado.

—¿Creen que eso puede ser parte de algún tipo de ceremonia o ritual exclusivo de un solo hombre? —André, pese a su apatía y sus ganas de salir corriendo y no parar hasta estar en lo más alto del monte, trató de esforzarse y tomar interés para ver dónde llegaba todo aquello.

—Lo importante no es eso —Paul se inclinó hacia delante, dirigiéndose solo a André—, sino las siglas en sí. Según mis informantes, en todas se puede leer A. C, y después un número, el cual creemos que indica cuántas víctimas lleva a las espaldas este asesino, aunque no se hayan localizado todos los cuerpos.

—Entiendo, esas son mis iniciales, pero también pueden ser las iniciales de cualquier otra cosa. No sé… ¿Antes de Cristo? —bufó con ironía—. O, incluso las iniciales de ese loco, como una firma. Porque está claro que el que comete estos crímenes es algún trastornado. ¿Es por esto que llevo cinco días sin poder salir de la casa parroquial? No tiene sentido. La Iglesia no puede permanecer cerrada por más tiempo. ¿Es que sospechan de mí?

André puso los ojos en blanco y se encogió de hombros, después echó su cuerpo para atrás con una holgazanería impropia en alguien como él. No tenía cabeza para aquello.

Él, un hombre de la Iglesia, a la que se debía en cuerpo y alma, cometiendo aquellos atroces asesinatos de los que estaban hablando. Por favor… todo aquello sonaba a ridículo y estaba bastante lejos de ser concluyente, como para tenerle en el punto de mira.

—No se adelante que hay más. Todas estas víctimas son hombres de complexión atlética, entre castaños y rubios, y con ojos color miel. Demasiado parecidos a usted en cuanto a descripción, ¿no le parece? —interrumpió Pierre—. Y eso no es todo. Al averiguar sus identidades, no se trata de vagabundos o gente sin hogar. Ese suele ser, según me explicaba *le* monsieur Larue, aquí presente —utilizó un tono señorial, por si a André no le había quedado lo bastante claro, el respeto que se debía guardar a su sobrino—, el tipo de víctimas más escogido por los asesinos en serie, sobre todo al principio o en su decadencia, pero no. En este caso, todos ostentaban cargos de mando o dirigían alguna empresa o grupo en cualquier lugar, y tenían afición por el alpinismo. Afición que usted también comparte. Que le gusta dar sus buenos paseos por la montaña no es ningún secreto. Todo el pueblo lo ha visto desde siempre en compañía de su amigo Émile Blanchet, el guía del pueblo.

»Esa puede ser la razón por la que los cuerpos se hallaron en nuestra zona. Es probable que el asesino los eligiera porque conocía esta circunstancia, o los buscara por la montaña. A los forasteros que vienen de excursión se les echa de menos con mucho más margen de tiempo que si se tratara de miembros de nuestra comunidad, que han de estar en casa a la hora de comer. Padre, Le Village Oublié es demasiado pequeño como para que no se dé cuenta de que el mensaje es tan claro, que hasta un ciego lo vería. Perdón por la expresión, Paul».

El abogado le restó importancia con un gesto de su mano, y André negó con la cabeza al comprobar una vez más, que no era el favorito en aquella sala.

—¿Alguien más sabe esto? Quiero decir, está claro que me lo han estado ocultando. No soy —titubeó— alguien desvalido que no pueda defenderse. —Trató de controlar sus expresiones. Gracias a su educación, digamos… «tradicional», casi afirma no ser un disminuido indefenso, y era consciente de que Paul ya tenía una mala imagen preconcebida sobre él.

—Los miembros del consejo del pueblo lo saben, por supuesto —añadió Pierre—. Han estado investigando por su cuenta, con la ayuda de Bernadette Delacroix, la gendarme. Pero todo los lleva a un callejón sin salida.

—¿El consejo lo sabe? ¡Desde cuándo! ¡Yo soy el delegado del consejo desde las últimas votaciones! ¡También su amigo! ¿En qué momento me lo pensaban decir? —André perdió los nervios y a punto estuvo de gruñir al alcalde como si fuera un perro que espera repeler un ataque. Cosa que no pasó desapercibida para alguien tan avispado como Pierre.

—¡Usted es el único jodido cura del pueblo! ¿Cree que no implantaría un protocolo especial para mantener su seguridad? ¿Dónde piensa que voy a encontrar a otro que conozca nuestras costumbres y a nuestras gentes como usted que se ha criado aquí? —espetó el alcalde con rabia, harto de las quejas y poca comprensión de André ante lo que estaba aconteciendo en el pueblo—. Todavía no ha llegado el invierno, aún falta para que vengan los turistas y mucho más hasta las comuniones, así que por mí podría mantenerlo escondido hasta que esto se remedie. Pero Paul me ha convencido de que necesitamos un hilo de dónde tirar, así que tendrá que ayudarnos a atar cabos. De momento, le voy a permitir continuar con su vida, pero como comprenderá, debe colaborar.

El sacerdote suspiró resignado, aún iba a tener que agradecer a Paul que lo quisiera utilizar como cebo, pues no se sentía capaz de soportar el encierro por más tiempo. Tendría que tomarse esto de otra manera. Cerró los ojos e inspiró despacio, intentando lograr la calma que necesitaba para lo que iba a decir a continuación.

—No conozco a nadie ahora mismo que quiera hacerme daño. No si ya se descartó que esto tenga que ver con algún alpinista despechado al que haya llamado la atención por alguna bobada, alguien a quien haya puesto una penitencia o cualquier tontería similar. En el pueblo estamos los de siempre, gente buena. Lo puedo asegurar. Nunca impongo más que un par de oraciones para el sacramento de la reconciliación. No se asesina a nadie por eso. En todo caso, dejarían de venir a misa y punto. De verdad que no recuerdo que nadie tenga nada contra mí. Yo solo cumplo con la misión que se me ha encomendado —aseguró casi a modo de disculpa. Quería irse, desfogarse subiendo a las montañas que le vieron crecer y respirar aire puro.

André notó que Pierre y Paul se miraron, tal vez había dicho algo relevante, pero era consciente de que no se lo iban a decir. A pesar de todo, y mira que me fastidia decir esto, no era tan tonto. Sabía que aquellos dos seguían ocultándole cosas; aunque si lo pensaba bien, él ya estaba acostumbrado a eso con Pierre. Nuestro alcalde siempre fue un hombre reservado.

Para su desgracia, Pierre y su sobrino aún tenían una pila de preguntas para él, así que lo bombardearon con ellas hasta que se sintió agotado. Trató de colaborar, pero, cuanto más exponían sobre el tema, menos sentido encontraba a todo aquello. Lo único que se le ocurría pensar era que debía ser un error, nadie querría hacerle daño.

Nuestro párroco padecía de ese puntito de estupidez, necesario para vivir con la sensación de que ningún hombre, por muy asesino que fuera, se atrevería a tocarlo. Y ahora pensaréis que creía esto, porque al tratarse de un religioso, los habitantes de un pueblo como el nuestro temerían la ira de Dios si le ponían una mano encima, pero no. André no era ningún hombre santo. El motivo era más por haberse criado en un pueblo como Le Village Oublié, en el que, desde niño, sus padres le enseñaron que cada uno se crea su propia reputación. Por eso, desde temprana edad, se encargó de que todos fueran conscientes de que sabía defenderse bien. Sí, en su cabeza, el asesino ya tomaba la forma de algún pueblerino envidioso, o desairado porque le hubiera arrebatado la posibilidad de bailar con alguna chica en las verbenas del verano, cuando aún no era un religioso sujeto al celibato. Así lo dejó caer en cierto momento del interrogatorio,

sintiéndose casi seguro de que pronto darían con él y le harían parar.

∞∞∞

Al terminar, Pierre le pidió que se reuniera con el consejo y colaborara en las labores de investigación con ellos, así como en el resto de asuntos del pueblo. Eso era, al fin y al cabo, algo habitual en él, sobre todo en aquella época del año, que sus labores como sacerdote eran menos demandadas. André decidió que el alcalde tenía razón, por más que quisieran en el Ayuntamiento, no podían parar su labor de gestión del municipio por esto, pero tampoco era algo que pudieran dejar de lado. Estaba muriendo gente, aunque no fueran vecinos autóctonos del lugar.

¿Quién iba a elegir Le Village Oublié como destino turístico si todo aquello salía a la luz?

El acuerdo le pareció bien, al fin y al cabo, llevaba días queriendo volver a estar activo. Necesitaba moverse y ocupar su mente. Echaba de menos el reunirse con los que siempre consideró sus amigos, aunque ahora se sintiera algo dolido con ellos. No le era sencillo asimilar la idea de que le hubieran estado ocultando aquella situación. Él seguía sintiéndose un miembro importante de nuestra comunidad y no llevaba bien que lo ningunearan.

Se dirigió al que todavía era el lugar de reuniones de los miembros del consejo: una antigua torre vigía cercana a la muralla que rodeaba el pueblo, y que Empresas Dupont adquirió, habilitó y reabrió tan solo unos meses atrás, utilizando una de las donaciones de su empresa.

Aquello formaba parte de su estrategia para ganarse al consejo. Eso, y visitar puerta por puerta, a cada uno de los vecinos del lugar. Porque Cécile era una chica lista y sabía que no todo se puede comprar con dinero.

Aunque, también era cierto, que hacía tan solo unos días, Margot les había enviado un aviso en el que Empresas Dupont les pedía que abandonaran el lugar en cuanto les fuera posible. Si el pueblo se enteraba de aquello, se iban a levantar ampollas. Por eso esperaban poder solucionarlo de alguna manera, a pesar de no conseguir contactar a Dupont por más que lo intentaban.

A veces, al padre André aún le costaba enfocar sus pensamientos en otra cosa que no fuera lo sucedido entre ellos; entre mademoiselle Dupont y él. Quizás, por eso fue tan fácil apartarlo del asunto de los asesinatos sin que notara nada.

Al relatarme aquel momento, todavía lo recuerdo mirando a la nada, con esa bobería que se le queda a uno en la cara al enamorarse, como si al hablar de ella lo hiciera sobre un hada de los bosques o una sirena del país de Nunca Jamás, tan deseable como peligrosa.

«Cécile, era difícil volver a aquella torre y no sentir su aroma, imaginarla paseando por aquel espacio mientras contoneaba su cuerpo como sin querer. Escuchar su voz, y sentir su indomable personalidad».

Tal vez, si monsieur André hubiera podido compartir aquellos pensamientos con alguien, le habrían sido más fáciles de llevar.

∞∞∞

Aquel día, el despacho de Paul Larue estaba siendo más visitado de lo habitual, si tenía en cuenta el poco tiempo que llevaba en el pueblo ejerciendo su labor. Ni siquiera había podido salir a comer, cuando su compañero, Leopold, dio paso a una linda pelirroja. Ella llenó el ambiente con el sonido de sus *stilettos* que, como dos punzones picahielos, avanzaban por el suelo de barro cocido.

—¡Mi querida, mademoiselle Dubois! —El abogado no dio tiempo a que Leopold la anunciara —. Por un segundo, pensé que estaba alucinando, pero la melodía de tus andares es inconfundible.

—¡Paul! ¡Qué alegría cuando me he enterado de que estabas aquí! Perdón por venir sin cita ni nada. En verdad, no sé si debería haber venido, o ha sido solo un tonto impulso.

Como una exhalación, dejó dos besos en sus mejillas y se apresuró a limpiar una de ellas con el pulgar, consciente de haber dejado algo de su carmín rosa en el pómulo de Paul. A él se le escapó una leve sonrisa, que se apresuró en borrar, negando con la cabeza.

—¿Tienes algún problema entonces? ¡Qué decepción! —ironizó—, pensé que, tal vez, solo tenías ganas de verme o que necesitabas charlar con un viejo amigo. —Tomó asiento, indicando a Margot que también lo hiciera con un gesto amable.

A ella le parecía una deliciosa casualidad que hubieran coincidido en aquel recóndito lugar. Ellos se conocían de tiempo atrás, de la universidad. Siempre se cayeron bien, incluso tuvieron alguna cita informal, aunque este era consciente de que su amiga por aquel entonces, solo tenía ojos para otra persona.

—No quiero hacerte perder tu tiempo, pero se trata de Cécile —dijo alisándose la falda de tubo al tomar asiento, y estirándola más abajo de sus rodillas, aunque esta ya las cubría.

—Contigo siempre es Cécile, cariño, pero lo que no sé es porqué vienes a mí, cuando a tu querida Dupont le sobran buenos abogados.

—Sí, tiene un montón de abogados pelotas, que irían corriendo a contarle que hablé con ellos, pero tú no lo harías, eres el mejor siendo discreto.

—Tomaré eso como un cumplido. Juro que diré que no vi nada. —Sonrió levemente, tratando de tranquilizar a la chica—. ¿Qué ha hecho esta vez? ¿Otra IA capaz de destruir a la humanidad? Dime que no es eso —bromeó juntando sus manos en súplica.

—No, no es eso. Ella no hizo nada… Esta vez.

—No entiendo entonces; soy un abogado especialista en defender los derechos de los colectivos vulnerables, al margen de otros asuntos, pero Dupont es cualquier cosa menos alguien en estado de precariedad o vulnerable que necesite que la defiendan. Es que ni siquiera tomándolo por el lado de que es una mujer, en su caso es diferente. Ella forma parte de esa élite poderosa a la que suelo intentar sentar en el banquillo y, pese a sus errores pasados, es un ejemplo para muchas por sus logros comerciales y en innovación tecnológica.

—Sé que la admiras y que también le tienes cariño, en cierto modo. —Ladeó su cabeza tratando de adivinar la reacción de Paul, pero sus gafas oscuras le impedían ver su expresión con claridad.

Él escuchó cierto tono de reproche en sus palabras, oculto entre un tinte zalamero. Era especialista en detectar aquel tipo de matices, de cambios en el color y la vibración de la voz. Pero no podía culparla, y si pretendía utilizarlo para ayudar a Cécile, la entendía. Él trató de desprestigiarla cuando eran solo unos muchachos, de demostrar que era muy fácil llegar lejos cuando eres una niña de papá, pero Cécile demostró una y otra vez que era capaz de llegar mucho más lejos de lo que un apellido te pueda permitir, si no tienes una mente brillante que lo acompañe.

—Tú me la presentaste, y aunque en aquel momento la consideré una rival, no la admiré menos por eso.

—La vida ha dado demasiadas vueltas, Paul.

—Lo sé, pero tú sigues cuidando de ella, y solo por eso estoy seguro de que nada malo le puede pasar.

Entrelazó sus dedos y se inclinó hacia delante, cualquiera diría que la estaba observando bajo sus gafas oscuras. Escudriñando su rostro en busca de algún secreto oculto entre sus pecas. Ella carraspeó para disipar el ambiente.

—Y eso nos trae al motivo por el que vine a verte. Me tiene preocupada, me da miedo que le pase algo o termine haciendo cualquier cosa de la que se pueda arrepentir.

—¿En qué sentido te tiene preocupada? ¿Quieres que hable con ella?

—No, no. Lo que quiero es que, de alguna manera, nos construyas un respaldo legal, por si le pasara algo. No se está cuidando nada y se encuentra muy nerviosa o… por si creara cualquier cosa que nos meta en un lío. ¡Yo qué sé!

—Eso no se puede hacer, Margot. Es una ciudadana de pleno derecho, quiero decir. ¿Acaso me estás pidiendo que la incapacite? ¿Tan inestable la ves?

—No, no... Ella solo está pasando por una mala racha, ya sabes. Dejó de asistir a las reuniones de esos garrulos, el consejo del pueblo, con lo que le costó que la aceptaran y que dieran luz verde a sus proyectos de innovación. Todo eso, creo que la ha afectado de alguna manera. Sabes que no está acostumbrada a dar pasos hacia atrás. Pero supongo que estoy exagerando y pronto estará mejor. —La pelirroja resopló y se pasó las manos por la cara—. Mira mi pelo, Paul, es un desastre, y mis uñas, el estrés puede conmigo.

—Margot, no los puedo ver —dijo soltando una leve risa.

—Perdona, Paul, a veces lo olvido.

—¿Entonces no quieres que haga nada? ¿No hay nada más que me quieras contar? —Un silencio eterno se interpuso entre ambos—. Mira, Margot, te conozco y andas preocupándote por ella desde tiempos inmemoriales. Cécile no es una niña, y todos tenemos malas rachas. Solo déjala ser, ya se le pasará. Es una mujer inteligente.

Ante eso, Margot no pudo más que asentir. En verdad lo era, y no solo inteligente a la hora de realizar sus creaciones, o lista en el modo en que lo son los empollones de la clase, sino que también poseía una gran habilidad para llevarse a la gente a su terreno. Para conseguir la simpatía de los que la rodeaban a pesar de su carácter, a veces demasiado prepotente, pero que a la mayoría de las personas les resultaba cautivador y justificado. Quizás estaba exagerando.

Después de aquello, Paul invitó a Margot a comer. Le pareció una buena idea distraerla mientras se ponían al día, no sin antes hacerle prometer que no hablaría de su jefa como parte de su «terapia anti estrés». A ella no le quedó más remedio que darle la razón, debía tomar distancia, aunque fuera por un rato. Tenía obligaciones y una vida al margen de Cécile, solo que a veces se le olvidaba.

Capítulo 4. La extraña figura

La sala de reuniones del consejo estaba casi al completo, solo faltaban un par de vecinos que se encontraban de viaje y, por supuesto, mi querida mademoiselle Dupont, que seguía sin dar explicaciones de su larga ausencia. Los demás nos encontrábamos sentados alrededor de la moderna mesa de juntas, de líneas rectas que contrastaban con la pared de piedra desnuda y los altos techos abovedados; al fondo de la estancia, podía percibirse el leve murmullo de un televisor de plasma colgado a varios centímetros sobre la repisa de una chimenea estilo Pompadour en mármol rojo, recién restaurada.

En contraste con lo que era habitual, todos sin excepción permanecíamos en silencio: Bernadette, la gendarme, Simón, el tallista de piedra, Bastián, el panadero, Anette, la maestra, Renaud, el dueño del bar, André y Émile, que además de compañero ocasional de nuestro cura y guía de montaña para los turistas, en la temporada baja, se dedicaba a esculpir pequeñas figuras de madera. Tengo que resaltar que era muy valorado en la comunidad por esta afición, ya que la finura de sus tallas gozaba de cierto reconocimiento en la zona.

También, por supuesto, yo, Edmond, el doctor. Más retraído que de costumbre y deseando que terminara aquella pantomima.

Sus miradas gachas y el mutismo reinante en el lugar, delataron la espera por el regaño del párroco. Aun así, durante unos minutos, André permaneció callado, como haciéndose a la idea de estar en aquel lugar de nuevo.

Soltó aire de forma lenta y continuada, hasta vaciar sus pulmones por completo. Después, tomó una inspiración profunda antes de comenzar a hablar.

—No quiero disculpas, ni excusas —comenzó a decir con la mandíbula un tanto tensa—. Estoy disgustado, pero entiendo que cumplir las órdenes del alcalde es más importante que vuestro respeto hacia mí o nuestra amistad.

—No diga memeces, nosotros... —Bernadette que, aunque solía estar acertada en todo lo que decía, nunca fue una virtuosa de la palabra, trató de intervenir.

No obstante, de la garganta de André salió un leve gruñido y con eso le bastó para hacerla callar y continuar con su perorata.

Esto no era nuevo, tampoco se debía a su posición. Él estaba acostumbrado a imponer su voluntad desde niño, cuando su rebaño aún no pertenecía a nuestra especie.

—Tampoco quiero perder el tiempo con este caso, estoy seguro de que solo se trata de un chalado que intenta llamar la atención. Tenemos muchas cosas que hacer antes de que comience la época alta de afluencia al pueblo, actividades que programar, eventos que organizar; y necesito saber que continuamos siendo un equipo. No olvidéis que de eso comemos el resto del año.

—Perdone que me meta otra vez, páter, pero, ¿seguro que *la dao* bien al tarro? Quiero decir, ¿va a andar por ahí, por los montes, como si no pasara *ná*? ¿Sin un plan o un colega que le cubra las espaldas? ¿Eso le parece inteligente? Creo que, siendo yo la única gendarme presente de este pueblo, no tendría que dejarlo.

—Sí, padre, usted siempre tiene un plan para todo el mundo, ¿no pensó uno para este caso? —Simón, el cual se ocupaba de la cantera del pueblo, alzó su voz ronca para posicionarse del lado

de Bernadette.

—Sí, un plan. Supongo que debería tener un plan —murmuró André—. ¿Tú qué opinas, Edmond? Estás muy callado, pero supongo que, siendo nuestro único doctor, estarás bien informado sobre el asunto de los cadáveres —soltó con retintín, para restregarme que ya sabía que había estado ocultándoselo todas las veces en que me preguntó por el motivo de su encierro.

Con esto logró que todos se giraran hacia mí. Por aquel entonces, me había ganado la fama de ser la persona más pacífica y sensata del grupo cuando los ánimos estaban caldeados. No era cierto del todo, porque lo que hacía era tratar de mantener la calma controlando la respiración y practicando ciertas técnicas, pero al menos, mejoraba mi imagen.

No obstante, en aquella ocasión yo había perdido el interés de lo que acontecía en la mesa desde hacía ya un rato, pues trataba de escuchar las noticias que aparecían por televisión. El resto, al notarlo, hizo lo propio. Recuerdo que, en la pantalla, una periodista anunciaba la apertura de la nueva área de telecomunicaciones de Empresas Dupont. Ella decía que, para tal ocasión, se iba a celebrar un evento en el que la magnate de las nuevas tecnologías haría acto de presencia ante las cámaras, desde su actual lugar de trabajo. Cécile no apareció en la pantalla, solo lo hizo una foto suya de archivo, sacada de algún evento anterior.

—*Tos* la echamos de menos, Edmond.

Bernadette posó su mano sobre mi hombro, sabía que para mí era difícil seguir trabajando sin aquella mujer. Cécile había conseguido ganarse mi amistad en aquel año que llevaba en Le Village Oublié. Todos eran conscientes de que, desde que entró en mi vida, entre nosotros se creó un sincero afecto y compañerismo. Nos entendíamos. Además, desde que pasábamos tiempo juntos, yo ya no caía enfermo por mis conocidos ataques de ansiedad. Dolencia heredada de mi madre, que siempre sufrió problemas nerviosos que terminaron provocando que le colgaran la etiqueta de «loca del pueblo»; pero aquellos eran otros tiempos.

No es que estuviera enamorado de Cécile, al menos eso me juraba cuando la duda me sorprendía en mitad de la noche.

Yo había descartado ese sentimiento en mi vida, o más bien, lo relegué a objeto de estudio. Pero encontré en Cécile a una mujer curiosa e inteligente, que no me miraba con desconfianza, que no me juzgaba ni me trataba con pinzas, que me distraía de tal modo, que me daba paz sin pretenderlo.

—Pronto será más fácil, nos iremos de esta torre y seguiremos nuestro camino. —Se atrevió a soltar el padre André, más para sí mismo que para el resto, pero eso solo lo sabía él.

—¿Cómo puede decir eso, padre? —Me levanté de golpe de mi asiento. Mi voz salió calmada, pero mi cuerpo comenzó a temblar y mis ojos se pusieron vidriosos—. Cécile se marchó de la noche a la mañana, sin dar más explicaciones y seguro que usted tuvo algo que ver. ¡Se pasaban la vida discutiendo, Dios sabe por qué tonterías y ahora ella no está!

Todos los presentes se sorprendieron al escucharme, percibí enseguida que les daba miedo que mi antigua inestabilidad hiciera acto de presencia, pues tras años de práctica, había conseguido ser un tipo que rozaba la apatía, pero que nunca se dejaba llevar por los sentimientos de aquel modo.

—Edmond, tranquilo —dijo André, mostrándome las palmas de las manos en señal de paz—. Siento mucho que ya no esté, lo único que quiero decir es que, desde que llegó, ella era la nota discordante en este equipo. Mil veces nos propuso cosas que habrían desestabilizado al pueblo, ideas locas demasiado modernas para este lugar.

—¡Sí! Y, a lo mejor, ¡eso pasaba porque ella es una mujer diferente a las que usted está acostumbrado a tratar! —exploté levantándome de golpe de mi asiento, que cayó al suelo por el

impulso, mientras lo señalaba con un dedo acusador—. ¡Nunca le obedece, dice lo que piensa y hace lo que le da la gana! ¡Por eso no la soporta! ¡Porque no puede asumir que en estos tiempos una mujer no le guarde ese respeto casi enfermizo al que está acostumbrado a recibir de los demás, ni se comporte ante usted como una damisela en apuros a la que confesar o sermonear!

Mi rostro comenzó a dar síntomas de cambio y Bernadette decidió intervenir con rapidez. Ordenó a todos que salieran de la sala para poder quedarse conmigo y tratar de calmarme, cosa que no solía ser fácil, pero gracias a que me parecía una buena muchacha, de las que no se apartaban al verme pasar, ni se asustaban al encontrarme en mitad de una crisis, logró conseguirlo.

Después de aquel percance, a todos les quedó claro que iba a ser complicado volver a trabajar como lo habíamos hecho hasta el momento.

Sorprendentemente, y no sé cómo no me di cuenta entonces de que aquello no era lo habitual, el padre André no se atrevió a contradecirme, ni a mí, ni la orden de Bernadette. Abandonó el lugar y se dirigió a la iglesia. Le pareció que hacía un siglo que no pasaba por allí. Cerró la puerta tras su espalda y recorrió el largo pasillo hasta encerrarse en la sacristía. Una vez dentro se sintió a salvo.

Corrió una gruesa cortina que llenó de polvo el ambiente y descubrió un invento casero que llevaba ahí desde sus primeros días como cura, cuando sustituyó al anterior tras su fallecimiento. El invento no era otra cosa que una especie de saco de boxeo, hecho con restos de los ropajes del antiguo sacerdote. Era algo pequeño y bastante cutre, pero le servía para ejercitarse en los días en los que el clima le impedía hacerlo al aire libre o, como en este caso, cuando no quería que nadie lo viera. Necesitaba desahogarse durante un rato antes de volver a mostrar su cara al mundo.

«Si Edmond supiera» —se lamentó al pensar en nuestro enfrentamiento.

Nadie echaba más de menos a Cécile que él, pero, ¿cómo iba a decirlo? ¿Cómo explicar todo lo sucedido entre ellos?

Golpeó con fuerza una y otra vez el saco suspendido del techo. Pretendía hacerse daño, castigarse y sentir algo en una zona diferente de su cuerpo, a lo que sentía punzando en su pecho. Pero no podía tapar el sol con un dedo. La culpa le quemaba y no lo iba a conseguir por más fuerte que arremetiera contra el saco, ni por más rosarios que pudiera rezar. En aquel momento, le era muy difícil creer que hubiera una forma de sentirse peor de lo que ya se sentía.

Lo hecho ya no tenía remedio, y tampoco era capaz de explicárselo a nadie, porque lo que en su momento le pareció justificado, ahora le daba vergüenza.

∞∞∞∞

Tras una larga ducha, sustituyó su camisa negra de sacerdote por un atuendo más adecuado para el senderismo y salió a la montaña. Aún quedaban algunas horas de sol por delante. Caminó un rato, como si alejarse de Le Village Oublié fuera la solución para escapar de los problemas que tanto le agobiaban. Alzó la vista y sintió la brisa fresca de los Alpes acariciando su rostro. Estaba harto de tanta tensión, de tantos misterios y de no poder seguir con su vida tal y como imaginaba que sería unos meses atrás. El universo le había roto los esquemas y eso, a un tipo tan estructurado y metódico como él, debía incomodarle bastante. Al menos, siempre encontraba paz subiendo a las cumbres, recorriendo todos aquellos rincones remotos de la naturaleza, que conocía al dedillo desde la infancia.

Decidió continuar por un sendero angosto que llevaba a la parte alta del río Isère. A ambos lados de este, se podían ver nuevas coníferas que trataban de alzarse hacia el cielo, y de hierbas aromáticas que llenaban el ambiente con su perfume característico. Fue entonces cuando le pareció escuchar algo distinto al rumor del agua o el sonido de los insectos.

Se encaminó decidido, sacando pecho por si tenía que ahuyentar a algún aficionado a la montaña que estuviera ensuciando su paraje natural. Pero también con cierta cautela, por si se trataba de un ciervo, algún zorro o un jabalí valiente que había decidido mover su culo hasta allí arriba.

Lo que vio, aun sin estar muy seguro de qué era en un primer momento, lo hizo retroceder y esconderse de rodillas detrás de un risco. Después, fue sacando la cabeza poco a poco, hasta poder observar la escena con mayor claridad. Aquella era una figura conocida para él, aunque siempre le dio algo de repelús: Mèlissandre, la curandera. También quien ostentaba el título a la mujer más mayor del pueblo, gracias a sus cabellos plateados y ropajes que habían conocido una época mejor.

La anciana se encontraba con la espalda encorvada, junto a un lugar en concreto, en el que se formaba un amplio remanso antes de que el agua cristalina continuara su discurrir rio abajo, por un carril más estrecho.

Lo que en realidad llamó la atención del párroco, no era que estuviera allí —Dios sabía lo extrañamente ágil que era aquella mujer— sino que parecía estar sacando algo del agua. Algo grande que se hubiera quedado estancado cerca de la orilla.

André se atrevió a acercarse con sigilo, escondiéndose entre los árboles, los arbustos y las rocas, para no ser descubierto ni interrumpir aquello que la tuviera tan ensimismada. Aunque tampoco es que la mujer estuviera en mitad de algún acto fisiológico que precisara intimidad.

Desde su escondite, el padre André observó cómo, con mucho esfuerzo, la mujer extraía un bulto envuelto en plástico transparente: ¡Un cuerpo! Lo supo porque al tirar de él para sacarlo de la poza, asomaron unas extremidades humanas de aspecto ceroso. Sin lugar a dudas, se trataba de un fiambre grande y desnudo que, en su esfuerzo por sacarlo del agua, Melissandre había despojado de su mortaja plástica. En aquellos momentos, dicho cuerpo ofrecía una pinta viscosa, probablemente por haber permanecido algún tiempo en el agua. Mientras el sacerdote contemplaba la imagen de aquel cadáver deteriorado por la acción del agua, emergiendo de entre la espuma acumulada en el borde del río, se imaginó un tropezón de carne grasienta cuando lo sacas de la olla de cocido tras hervir un par de horas. El estómago le dio un vuelco al ser consciente de la macabra escena que tenía ante los ojos. Tuvo que cerrarlos, apoyó la espalda contra la roca e hizo la señal de la cruz.

«En el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo. Amén».

Para su sorpresa, fue volver a abrirlos y encontrarse a Mèlissandre arrastrando el cadáver y dejándolo caer a un hueco entre las rocas, con embalaje incluido. Y lo hizo sin siquiera pestañear, como quien tira el envoltorio de un croissant industrial tras saborear los últimos restos de chocolate, o el de un chicle de fresa.

«En el caso de Mèlissandre, el chicle sería, sin temor a equivocarme, de hierba buena».

Tras aquello, el padre André no pudo contenerse más y salió de su escondite. Al principio, avanzó con sigilo hasta la mujer y, sin previo aviso, la agarró del brazo y tiró de ella hasta que ambos quedaron frente a frente. Ella ni siquiera dio un respingo al verlo; más bien, parecía más ofendida por las formas, que por el hecho de que estuviera allí.

—¡¿Está loca?! —exclamó André, aún con la mirada clavada en el lugar por dónde había visto caer el bulto—. ¿Qué se supone que ha hecho?

Mèlissandre, con una expresión mezcla de enfado y reproche, lo miró con ojos penetrantes y profundos como la noche. Después, su voz rasposa escupió una respuesta que el párroco jamás habría esperado.

—No es problema tuyo, Côté. ¿Quién te crees que eres para interrumpir mis asuntos? —dijo con voz firme y un aura misteriosa que envolvía cada palabra.

Él tiró más de su brazo delgado y de piel fina como el papel, hasta que ambos pudieron situarse frente a la oquedad entre las rocas y divisar el cuerpo.

—¿Sus asuntos? ¡¿Estos son sus asuntos?! —escupió fuera de sí, señalando como un poseso al cuerpo.

Intentaba ser duro, pero siempre se sintió intimidado por la mirada desafiante de aquella vieja. Incluso, cuando de niño su madre la buscaba para confiarle las dolencias de la familia. No sabía qué pensar. Mèlissandre era una mujer respetada en la comunidad, pero tan inescrutable que, lo primero que se le pasó por la cabeza, fue que la ola de actos macabros tuviera algo que ver con ella. De hecho, acababa de pasar a ser su sospechosa número uno, a falta de otro vecino que soliera cargar cadáveres por la montaña.

Aunque también se preguntó cuál sería la razón para ello, tras una vida longeva sin —que se supiera— causar daño a nadie.

—Suéltame ya —exigió sacudiendo su brazo y liberándose del agarre—. No sé quién te crees que eres con ese crucifijo, ¿te sientes intocable con él? Porque yo tengo claro que sigues siendo «*le petit* André», el hijo del Didier, el pastor de cabras.

Aquellas palabras le golpearon como una bofetada en toda la cara. No se avergonzaba de sus orígenes, pero se había esforzado muchísimo para crear su propio camino, una vida distinta a la de sus padres. Una que él pensaba que le procuraba un mayor respeto entre los suyos. Pastor como su padre, sí, pero de almas.

O esa era la excusa que daba a todo el mundo, pero los que fuimos con él a la escuela, sabíamos que fue su propio padre quien le envió al seminario, cansado de no encontrar otra forma de hacer de él un hombre de bien.

—No se ande con rodeos, es usted quien acaba de sacar un cadáver del agua —André trató de sonar firme, pero su voz tembló un poco ante la posibilidad de estar frente a una asesina perturbada. Aunque esta fuera quien le hubiera procurado remedios para las gripes y hubiera curado el mal de ojo a toda su familia muchísimos años atrás.

Mèlissandre no negó la afirmación del cura, pero tampoco la confirmó. En cambio, se volvió hacia el hueco entre las rocas y él se acercó hasta ella con cautela, afianzando sus pasos por miedo a que fuera un truco para empujarlo a él también hacia abajo. Ambos se asomaron y vieron el cadáver al fondo, desmadejado y contrahecho.

—Sí, su cuerpo ya no se deshace en el agua, contaminando el cauce. Ahora dará de comer a las alimañas y nutrirá las plantas —dijo la mujer con calma—. Pero no soy la causante de su muerte. Quizás cayó desde más arriba. Yo solo trato de cuidar de este lugar y ya de paso, de honrar a este desconocido, devolviendo sus huesos a la tierra.

El clérigo estaba perplejo. Desde ahí no alcanzaba bien a ver al hombre, pero ¿Mèlissandre pensaba que iba a tragarse tal cosa? Siempre la consideró una mujer enigmática e inteligente, pero parecía estar perdiendo facultades con los años. Nadie se dedicaba a vagar desnudo por la montaña para acabar flotando en mitad del descenso del río, envuelto en plástico. Aquello no podía tratarse de ninguna manera de una muerte accidental. Alguien o, en este caso, Mèlissandre, debía ser el culpable de aquella atrocidad. Pensó seriamente en llamar a Pierre o a Bernadette y denunciarla. Sin embargo, algo en su interior le decía que había más en esa historia de lo que

podía percibir a simple vista.

—¿En serio cree que voy a dejar ese cuerpo aquí y no avisar a las autoridades?

—Eso es lo que hacen los curas, ¿no? Guardar secretos.

—¿Acaso piensa que me tomaré esto como un secreto de confesión?

La anciana le miró de forma enigmática y sus ojos brillaron con un destello de sabiduría ancestral.

—Yo no pienso nada, solo soy una curandera, una guardiana de la montaña que ha devuelto a la tierra lo que brotó de ella. Pero tú puedes hacer lo que quieras, llamar a las autoridades, denunciarme o enfrentarte de una vez a tus propios problemas. Esos que has tratado de dejar en el pueblo, pero que continúan estando aquí —dijo posando su mano huesuda sobre el pecho de André— y que ya son demasiado grandes para ti. Mi consejo, si es que lo quieres tomar, es que no te involucres en lo que no eres capaz de comprender.

André la observó con desconfianza. Aquellas palabras lo descolocaron un poco, pero conocía la forma de hablar de Mèlissandre. Su padre siempre decía que era una charlatana que te enredaba con las palabras hasta confundirte. También advertía a su madre cada vez que iba a buscarla para comprarle algún brebaje, que cogiera lo que necesitara, pero no le diera demasiada conversación, ni mucho menos le contara sobre sus intimidades. Su madre siempre asentía, dándole la razón, pero él sabía que nunca le hizo demasiado caso. Creía en esa vieja.

En su fuero interno se debatía entre confiar en la palabra de la anciana, como siempre lo hizo su madre, o desconfiar como su padre le advertía.

Tanto tiempo estuvo absorto en sus propios pensamientos que, cuando se quiso dar cuenta, la figura de Mèlissandre ya era poco más que una sombra alejándose montaña abajo.

Iba a tener que vigilar a aquella octogenaria del demonio.

Capítulo 5. Protegerle

Masía Dupont

Como era costumbre desde hacía casi un mes, la zona de trabajo se encontraba cerrada a cal y canto. En su interior, una alegre muchacha trataba de no resbalar con los desechos esparcidos por el suelo tras su último experimento.

Supongo que ya adiviináis quien.

—Anótalo, Chipirón. Hora de cese del experimento: 09:47 am; si es que no fue antes. No hay manera de echar a Margot del edificio cuando se pone pesada. Tal vez, si hubiera llegado antes… —Se encogió de hombros con fingido fastidio—. Como sea; ya sabes, etiquétalo como experimento fallido A. C número 61. Los órganos han sido regenerados, pero de forma errática, lo que ha producido un fallo múltiple del funcionamiento de estos. Sobre todo, aquí, aquí y aquí. —Señaló con la punta de su bolígrafo varios puntos vitales, como si de fallos en una raíz cuadrada se trataran.

»Aun así, creo que estoy un poquito más cerca, esto solo son daños colaterales. Sabía que podía volver a pasar, peeero, es algo que tengo asumido. —La chica sostuvo la cabeza inerte del hombre, para así hablarle directo a los orbes color miel, ahora opacos—. Te ves más feo, también tendré que hacer algo con ese asunto, pero tú ya no lo sabrás. Igual, le hice un favor al mundo contigo.

—*Mademoiselle*, ¿no debería de archivarlos con su verdadera identidad, su edad, su procedencia…? Habría menos margen de confusión y... —Chipirón, la IA que fue programada para mantener un poco de orden en el caos de las ideas de su creadora, decidió intervenir.

—¿Quién es la mente brillante aquí? Los experimentos no tienen nombre, solo etiquetas. ¿Te crees que no tengo sentimientos?

—Por supuesto que los tiene, mademoiselle Dupont. Usted es un ser humano, la IA soy yo.

—Entonces, archívalo —le ladró arrogante, marcando territorio—. Necesito deshacerme de todo esto antes de que a Margot le dé por volver por aquí. Su complejo de Kevin Costner en *El Guardaespaldas*, a veces es irritante. Un día hará que me dé a las drogas como Whitney Houston. Por otro lado, pronto será el rollo ese del evento de presentación de los nuevos productos; así que precisaré unir mis necesidades a las de la empresa para que se quede tranquila. Pero no puedo perder ni un momento con eso, si no le voy a sacar provecho. El objetivo no se puede descuidar, no nos queda tiempo.

Cécile tomó la precaución de colocar un gran plástico entre la camilla y el cuerpo, uno de esos que usan los pintores de brocha gorda y que puedes encontrar por menos de un euro en cualquier bazar chino. Lo utilizó para envolver el fiambre con premura, pero también con movimientos estudiados y precisos, para que todo quedara sujeto y no hubiera posibilidad de fugas. Para ella, la pulcritud tras el desastre era un punto importante en aquellos momentos.

—*Mademoiselle*, los objetivos de sus experimentos cambian demasiado rápido en las últimas semanas, y no me hace partícipe de ello. ¿Ya no tratamos de deshacernos del ser que crece en su

interior?

—¡No! ¡Ni se te ocurra volver a decir eso! —El rostro de la chica mudó completamente la expresión y se dirigió con gesto amenazante hacia el holograma que representaba a Chipirón. Después, soltó un suspiro resignado y, algo, como un minúsculo muelle o un resorte, dio un pequeño saltito en el interior de su cabeza, provocando que su mente cambiara a un registro diferente. Tanto fue así, que la IA pensó que iba a colapsar tratando de analizar sus patrones de comportamiento. El semblante de su dueña volvía a ser despreocupado, tanto que continuó enrollando el cuerpo como si se tratara del bocadillo del almuerzo.

—De todas maneras, Chip, he de decirte que es una pérdida de tiempo. Este engendro se aferra a la vida como una garrapata a un perro. Tendré que tenerlo, y por eso es tan importante estar preparada. Hay mucho por hacer, necesito que este mundo sea perfecto, digno de recibir a mi bebé y, sobre todo, necesito protegerle.

—¿Protegerle de qué o de quién, *mademoiselle*? El futuro bebé. ¿Ya puedo llamarlo bebé? Usted acaba de hacerlo. —Cécile no respondió, así que la IA continuó aclarando su pregunta—. Quiero decir, este ser, por ahora, no tiene enemigos. Solo es un cigoto que se niega a morir tras todos sus intentos.

—De momento, la fórmula resultante del jugo que extraje de las flores del arrobamiento permanece en mi interior. Esa cosa continúa presente en los análisis y, por lo visto, protege al bebé haciéndolo indestructible, pero ¿qué pasará cuando salga? ¿Quién va a evitar que el idiota de su padre le haga daño?

Chipirón guardó silencio de nuevo. Mientras, sus sistemas trataron de hallar la respuesta adecuada. De un tiempo a aquella parte, el comportamiento de su creadora era más confuso que de costumbre, por lo que la inteligencia artificial optó por recolectar nuevos datos al respecto, para así adjuntarlos a sus archivos de memoria y, después analizarlos con detenimiento, en pos de no llegar a tener un cortocircuito durante sus interacciones con ella.

Entre tanto, Cécile terminó de limpiar exhaustivamente el estropicio.

—Ya habrás deducido, Chip, que es posible que la garrapata no haya asimilado la fórmula. Si no, habría acabado como todos estos sujetos. O eso he de suponer, hasta que no dé con la razón por la que a mí no me ha afectado del mismo modo.

Chipirón se apresuró a almacenar cada palabra. No porque no hubiera deducido lo mismo que su creadora, sino porque era el único testigo de cómo esta tomaba las grageas de mifepristona y misoprostol que el mismo adquirió por Internet, sin que esto le causara cólicos ni sangrado hasta vaciar su útero, tal y como prometía su posología. También de cómo probó con hierbas, brebajes sacados de tutoriales y hasta saltaba hacia atrás siete veces para después forzar un estornudo. Por suerte, para cuando decidió dar el paso de acudir a un cirujano, ya comenzaba a dudar sobre su propósito.

Por eso, cualquier mujer en su estado, no se habría atrevido a cargar con un cuerpo tan robusto como aquel, pero ella sabía de sobra que no le iba pasar nada. No, mientras la fórmula del arrobamiento siguiera presente en su organismo del modo en que lo hacía. Se esforzó en ejecutar todo con la máxima premura pues, en su subconsciente, yacía la idea de que debía encontrar el modo de hacer indestructible al ser que, sin permiso, se había instalado en sus entrañas.

Tras miles de pruebas llegó a la conclusión de que el embrión no había asimilado la fórmula del arrobamiento, y que solo sería indestructible mientras permaneciera dentro de su cuerpo, la paranoia de que André le pudiera hacer daño más adelante, tal y como se lo hizo a ella, crecía en su mente cada día más y más.

Debía evitar que se enterara de su existencia, al menos, hasta encontrar una solución.

Según su idea, necesitaba un tiempo que no tenía; pronto su estado de gestación sería evidente, pero no conseguía la receta exacta. Ella asimiló la fórmula del arrobamiento como consecuencia de un desafortunado accidente, justo el suceso del que culpaba al estúpido sacerdote que le robó el corazón, aunque este no lo supiera.

Era por eso que no lograba replicar el procedimiento exacto, a pesar de todos sus esfuerzos.

Hasta el momento, solo conseguía crear una fórmula bastante inestable con la que: o los órganos del sujeto experimental fallaban, o se autocombustionaban. O en el mejor de los casos, el efecto era relativamente bueno, pero no permanecía estable más de un par de días. Después de esto, el sujeto experimental volvía a la normalidad, por lo que optaba por seguir experimentando con él hasta que fallaba y acababa causando la muerte a su víctima. Resultado que, en realidad, era el más deseable, pues no le convenía dejar testigos.

Para Cécile, rendirse no era una opción. La cuenta atrás que imaginaba incesante en su cabeza le pedía no descansar.

Después de todo aquel desastre, necesitaba bañarse. Desde que tomó la firme decisión de poner a salvo al bebé; ponerle a salvo de verdad, de todo y de todos, no permitía que la sangre o las vísceras de sus experimentos se mantuvieran demasiado tiempo sobre su cuerpo. Precisaba sentirse extremadamente limpia y, además, así aprovechaba sus baños para probar distintos remedios naturales que, disueltos en el agua de su bañera, la relajaban y atenuaban por unas horas los mareos, las náuseas, el agotamiento y todos los síntomas inherentes a su embarazo.

Necesitaba, sobre todo, poder pensar con claridad.

∞∞∞∞

El padre André no quería regresar al pueblo, no después de que sus ojos presenciaran como Mèlissandre se esforzaba por esconder aquel cuerpo. Necesitaba reflexionar con calma sobre cómo actuar frente aquel hecho tan nefasto. Sabía que su conciencia le estaba gritando que corriera monte abajo y buscara a Bernadette para que montara un operativo cuanto antes y recuperar a aquel desgraciado de entre las rocas. Sin embargo, algo en su interior le retenía por alguna razón desconocida, y no hizo caso alguno a lo que le dictaba su juicio. Apartó de su mente lo que sabía que era lo correcto y continuó recorriendo las montañas que tanto había añorado durante aquellos días de encierro.

Bajó donde el río Isère discurría ancho y transparente, se refrescó en él y subió las laderas hasta caer exhausto, pero llegó el momento en que su estómago comenzó a rugir y sus pies a arder, así que no tuvo más remedio que volver y encerrarse tras los muros de la iglesia de Sainte Marie Enceinte. Todavía tenía mucho en qué pensar. Y su conciencia volvió a escena, atormentándole con preguntas que no sabía cómo contestar. ¿Cómo había sido capaz de dejar aquel cuerpo expuesto y retorcido entre las rocas? No era cristiano permitir algo así. ¿Por cuánto tiempo más pretendía hacer como si nada hubiera pasado? Aquello no le iba a permitir dormir y lo sabía.

Aún no se había atrevido a retirar el cartel de cerrado del portón de la iglesia; eso le permitiría estar un poco más a solas ante Dios. Se arrodilló frente al altar, dedicándose a la oración. Pidió por su alma, por la de Mèlissandre, consciente de que ella tendría a sus propios dioses. Pidió por el alma que habitó aquel cuerpo inerte abandonado en la montaña, fuera quien fuera. Y, por último, también pidió por Cécile. No por su alma, que estaba seguro que era bondadosa, sino

porque esta encontrara el camino para otorgarle su perdón.

Al llegar la noche, decidió ser valiente, cruzar la calle y entrar a la casa parroquial, dónde le esperaba su dormitorio. Aquel que Cécile visitó más de una vez y que le causó risa por su decoración *vintage* tan lograda, que bromeó con la posibilidad de que no fuera una imitación. André recordó como aquello le hizo sonrojar, estaba en lo cierto, pero él nunca lo admitió. Aún podía recordar cada vez que Cécile y él yacieron en todos y cada uno de los rincones de aquel lugar; las mil y una formas en las que se amaron y se follaron hasta la desesperación. Para su desconsuelo, la mayoría de las veces, tras una pelea.

Por lo que yo pude presenciar en varias ocasiones, el padre André nunca soportó que Cécile no acatara sus órdenes. Ella era la nueva, la única forastera del grupo y para más inri, una mujer. Aun así, no le obedecía delante de los demás. Lo desacreditaba, lo retaba y no dudaba en ponerlo en evidencia en todo momento. No era capaz de adaptarse y seguir las tradiciones y costumbres de Le Village Oublié, solo por demostrar que su modo de hacer las cosas era mejor. Eso, mil veces provocó discusiones entre los vecinos, haciendo que André se enfadara aún más. No en vano, siempre fue el mejor imponiendo reglas, hasta que ella llegó.

La versión que André me dio tiempo después era muy distinta. Según él, aunque no lo admitiera, sufría al pensar que Cécile nunca encajaría allí. Que acabarían por echarla o por hacerle daño. Que ella misma se hartaría, dejaría el pueblo y ya no la vería nunca más.

Podéis creerle a él, al cura del pueblo, o a mí. ¿Sois más de ciencia o de fe?

En fin, que, según André, ya no podía recordar cuántas veces, tras alguna fuerte discusión, quiso abrazarla y decirle cuánto la amaba, pero no podía, no delante de los demás. Entiendo que era algo prohibido para él, pero también sé que jamás demostraría que aquella irreverente y moderna chica de ciudad, quien siempre le dejaba en evidencia delante de todos, lo había conquistado de aquella manera.

Además, aunque nunca hubieran hablado de ello, André dudaba mucho que Cécile sintiera lo mismo que él, ni que hubiera permitido que la vieran en su compañía fuera de aquellas reuniones y llegaran a pensar que se sometía a… ¿Cómo le llamó alguna vez en mitad de sus discusiones? Ah, sí. Lo recuerdo como si fuera ayer, ya que lo disfruté muchísimo. «Un troglodita con ínfulas, un garrulo con alzacuellos y sin miras al futuro».

Para el padre André, las acciones de Cécile siempre tenían que ver con una demostración de poder. Todas, incluso el sexo.

Pero ya era tarde, todo aquel juego tóxico y macabro hasta el cansancio, les estalló en la cara. La última pelea entre ellos tuvo lugar en la zona de trabajo de la chica. Aquella mañana fue especialmente movida, tratando de decidir hasta qué zonas se extenderían las obras de cableado. Como siempre, él trató de hacer gala de sus desacuerdos en público, pero no salió como esperaba. Entonces decidió seguirla para repetirle sus últimas palabras, buscando llamar su atención como fuera.

Se sintió ignorado durante toda la reunión. Ella ni siquiera lo miraba a los ojos, retándole, como solía hacer cada vez que intentaba imponer sus ideas y eso le dolió. Estoy seguro de que siendo tan egocéntrico como siempre fue, le enervó pensar que Cécile pudiera tener la mente en cualquier cosa que no fuera él. Y la tenía, vaya que sí. Un retraso en su menstruación descentra a cualquiera.

Y fue aquel desajuste, aquel leve desorden en su pequeño universo, lo que provocó la discusión definitiva.

Cécile, al descubrir que la había seguido hasta su casa, decidió continuar fingiendo que no lo escuchaba. Lo ignoró mientras repasaba cálculos, manejaba tubos de ensayo y calentaba aquella

sustancia que, evidentemente, el párroco no supo reconocer. Entonces, alzó la vista como si le molestara su sola presencia y comenzó a recriminarle que la acosara y no la dejara trabajar. Le increpó de tal modo, que André reaccionó de la peor de las maneras y, sin pensar realmente en lo que decía, le mintió.

Le dijo que no la necesitaba, pero no solo eso. Tuvo, además, las santas narices de decirle que había comenzado una relación con otra persona, una feligresa devota que no fingía ser igual que un hombre cuando no lo era. Que había encontrado una persona con quien podría pensar incluso, en dejar el sacerdocio, mudarse a París y pasear cogido de la mano sin avergonzarse. Tiempo después se preguntaría de dónde salieron todas esas sandeces, por qué quiso hacerle tanto daño.

Yo os lo diré: siempre fue un imbécil.

Nadie medianamente sensato, que hubiera tenido delante a alguien tan especial como mi querida Dupont, habría sido capaz de tal estupidez.

En fin, que ella reaccionó. No habría sido Cécile Dupont si no lo hubiera hecho.

De aquello ya hacía casi dos meses y, al pensarlo en frío, André se daba cuenta de que Cécile lo hizo dolida, porque lo único que necesitaba era que él la quisiera, tal y como era, con su temperamento, su impulsividad, sus dotes de mando y sus locas ideas. Incluso con aquellas ropas modernas de la capital, que hacían que todos los hombres del pueblo, e incluso, todas las vecinas giraran la cabeza al verla pasar.

Y de alguna manera, André lo hacía, la quería justo así, pero no era capaz de admitírselo a sí mismo ni mucho menos, de decírselo a ella.

Por eso pronunció, sin saberlo, las palabras más inconvenientes en el peor momento posible. Cécile, furiosa, con las hormonas revueltas y los sentimientos a flor de piel como estaba, tras enterarse de su embarazo, no pudo más que insultarle. Le contestó que era un hipócrita que engañaba a todo el pueblo y se engañaba a sí mismo. Que si realmente fuera el gran hombre que creía ser, no habría tenido la cara dura de vestir una sotana jamás; que no le daría miedo estar con alguien como ella, ni que los demás lo supieran.

También le dijo que le tenía miedo porque no podía someterla ni manejarla a su antojo. Entonces fue cuando André, sin saber cómo contestar a todo aquello y herido en su orgullo, comenzó a ver todo negro, y se cegó. Nunca nadie le había faltado al respeto de aquella manera. La empujó sin medir sus fuerzas, y lo hizo, aun sabiendo que ella no lo esperaba, que se encontraba sola, rodeada de químicos y totalmente desprotegida.

Cuando al fin recobró la cordura y vio a la mujer a la que amaba tendida en el suelo, con los tubos de cristal que manejaba hasta hacía unos segundos, rotos sobre su cuerpo y aquella sustancia azul mezclándose con la sangre que brotaba de la parte posterior de su cabeza. Inconsciente por el golpe recibido por su propia mano. En lugar de socorrerla, de pedir ayuda y dejar al descubierto su agresión, la agresión del párroco del pueblo a una chica joven e inocente, se asustó y salió corriendo del lugar.

A partir de aquel momento, Cécile desapareció de su vida y del consejo del pueblo sin dar explicación alguna. Dejándolo con la verdad atorada en el pecho, cada vez que alguien se atrevía a preguntar por ella en voz alta.

En el consejo notamos mucho su ausencia. De algún modo, durante aquel breve tiempo, Cécile se ganó nuestra simpatía y confianza. Era rara, sí, pero la queríamos y nos preguntábamos si volveríamos a ser los mismos que éramos antes de conocerla. También notábamos la apatía de André, nuestro párroco y delegado, y sabíamos que esta no venía desde su «arresto domiciliario», incluso podría ser algo anterior, quizás a partir de que Cécile desapareció sin avisar y por esa razón, yo no era el único que pensaba que tuvo algo que ver con ello. Hasta

había quien opinaba que tal vez, él fue quien le dijo a la chica que estaba fuera del consejo sin consultar a nadie. No nos parecía tan descabellado después de lo mal que se llevaban y lo dado que era André a tomar decisiones unilaterales. Asimismo, pensaban que, si estaban en lo cierto y André le exigió que no volviera, trataba de que el resto no nos enteráramos para evitar reclamaciones.

∞∞∞

Comenzó a sonar el móvil que André tenía guardado en el bolsillo del pantalón: era Paul Larue, el abogado. Descolgó con desgana. No tenía ánimo para hablar con nadie, pero supuso que, tal vez, el letrado olvidó preguntarle algún dato que pudiera ayudar en el caso.

—¿Côté? ¿Está en casa? —André se aclaró la garganta, los recuerdos le acababan de provocar un nudo justo en esa zona— Sí, aquí estoy. ¿Qué necesita?

—Sobre todo, necesitaba saber que está bien. Luego, si puede venir con el resto de miembros del consejo municipal se lo agradecería. Acaba de aparecer otro cuerpo.

—¡Por Dios santo! Sí, sí, claro. Dígame el lugar exacto.

Se sorprendió a sí mismo solicitando la información como si nada, cuándo conocía el lugar perfectamente.

No le quedaba más remedio que dirigirse a donde se le citaba, pero ¿con los vecinos del consejo? Ni siquiera sabía si podía contar con ellos en aquel momento.

Aunque en el pasado más reciente manteníamos un trato correcto, desde lo ocurrido en la última reunión, el padre André prefería no hablar conmigo. Así que avisó a Bernadette y a su amigo Émile. Quedaron en el centro de la Place du Pendu, justo en el pozo y desde ahí, les guio hasta el lugar indicado.

Esta vez, el camino se le hizo más tedioso, no le había dado tiempo a penas de descansar. Se debatía entre querer llegar y no hacerlo. Por otro lado, se preguntaba si Mèlissandre habría sido la encargada de dar el aviso, para así adelantarse si él pretendiera delatarla. Vieja lista.

Al llegar a la zona acordonada, noté su cara de sorpresa al comprobar que yo ya estaba allí, observando a la víctima y el terreno. En Le Village Oublié no contábamos con forense ni experiencia en estos sucesos, así que, aunque Pierre me avisó en un primer momento, también se pidió una unidad de apoyo del exterior; aquel no era mi campo.

Tanto el clérigo como sus acompañantes pudieron apreciar lo que Larue, asistido por Leopold, su secretario, trataba de decirles. El cadáver del hombre encontrado era bastante parecido a André en cuanto a facciones y estatura. Su cabello era rubio y parecía haber sido un hombre recio e imponente, antes de acabar cianótico y envuelto en ese plástico.

Esta vez, al no llevar ropa, las famosas iniciales estaban grabadas en su piel, en el espacio entre su oreja y su garganta: A.C 60. La herida, ya seca y morada, se podía leer perfectamente. Más abajo era desagradable mirar, el torso se encontraba abierto en canal hasta el abdomen, dejando al aire cada uno de los órganos internos. Me habría recordado a mis tiempos en la facultad de no ser porque aquel cuerpo presentaba mucho peor aspecto.

Me fijé en el rostro desencajado de André y deduje que, dónde quiera que se encontrara Dios, no era allí, con nosotros. También pensé en el karma. Como ya os dije, a él siempre le pareció una tontería preocuparse por los asesinatos machistas que sucedían a unos cuantos kilómetros, pero ¿qué estaría pasando por su cabeza al ver que estos habían llegado hasta su puerta? Al

comprobar que las víctimas ya no eran mujeres, sino finados con su mismo sexo, porte y perfil. Estaba seguro de que ahora ya no le parecía algo que tomarse a la ligera.

—¿Sabemos quién es este tío? —La voz de Bernadette sonó fría, pero solo era una pose que adoptaba cuando su mente trataba de trabajar. Necesitaba encontrar la conexión de todo aquello con su amigo, el cura, una pista que le dijera quién o porqué, alguien estaba actuando justo de ese modo.

Los tres esperaban respuesta de Paul Larue, que, en ese momento, recibía indicaciones tanto del forense como del juez, que fueron enviados desde Lyon para dar apoyo a la gendarmería local.

—Se trata de un tal Louis Arnault, tal vez no les suene de nada, pero este hombre era dueño de una gran empresa de eventos en París. En realidad, dicha empresa se encarga de organizar la mayoría de las grandes fiestas en esa ciudad, aunque era muy criticado por utilizar a mujeres jóvenes como «atracción» principal en ellas, si se lo pedías. Al margen de esto, también se ocupan de organizar eventos más serios, como la mayoría de los que da Empresas Dupont.

—Lo siento, Larue —dijo André—, pero me extraña que Margot Dubois, la mano derecha de Cécile, que es quien lleva todos esos asuntos, contrate a alguien de tan dudosa reputación para los eventos de Empresas Dupont.

—Conozco a mademoiselle Dubois personalmente y tiene razón, pero quizás ella no se encarga de ese detalle. O lo hace, pero no conoce esta parte oscura de monsieur Louis Arnault. No todo el mundo está tan puesto en estos temas como yo, que los he estado investigando al respecto —le contestó Paul—. Esta empresa trabaja para ellos desde tiempos inmemoriales, así que sería el padre de mademoiselle Dupont, o incluso su abuelo, quienes comenzarían los tratos con ellos. Hace tantos años, este tipo de cosas no se controlaban. Estaban tan a la orden del día, como perder la virginidad en un burdel de carretera. Dudo que le parezca tan raro viviendo en un pueblo como este. ¿No, monsieur André?

El mencionado frunció el ceño, para él era desesperante aguantar cómo el abogado le prejuzgaba todo el tiempo, solo por ser un hombre criado a la antigua. En el pasado, a André le gustaron mucho las mujeres, pero eso fue antes de que su padre lo enviara al seminario. En el pueblo se sabía que había desvirgado a más de una muchacha de nuestra edad, pero ya nadie lo mencionaba, ahora era nuestro párroco.

Por lo visto, un hábito no hace que dejes de ser un hombre, pero entonces, todavía no lo sabíamos.

—Está bien, —interrumpió Bernadette Delacroix—, *to* esto, lo que nos indica, es que este tío no le caía bien a alguien. Tenía un enemigo. ¿Y si toda esta peña, las víctimas, tenían un enemigo en común?

—Tienes razón, quizás no tenga nada que ver con monsieur André, o quizás sea alguien a quien usted tampoco le caiga bien —añadió Larue en tono de burla.

Capítulo 6. Pistas

Cécile debía salir a cazar de nuevo; ya no le quedaba ningún sujeto experimental, pues estos se convertían en deshechos con facilidad. El evento de presentación estaba a la vuelta de la esquina y tenía nuevas ideas en mente que podrían funcionar. No le quedaba más remedio, tenía que matar e iba a hacerlo. Al menos, mataba a monstruos peores que ella. Ese gris oscuro, tirando a negro en la escala moral, era lo que lo hacía interesante.

La parte buena era que había conseguido sintetizar un metal con parte de la fórmula del arrobamiento y otros elementos. Con él fabricó una preciosa daga; un arma discreta que podía llevar debajo de cualquiera de sus costosos trajes sin ser vista. Tan maleable como el oro fundido y tan afilada como el escalpelo de un cirujano, pero mucho más resistente.

Aquella dichosa fórmula servía para todo.

Estacionó su coche frente a la mansión elegida. Al contrario de lo que pudiera parecer, no era tan difícil encontrar el alojamiento vacacional de invierno, de los hombres más influyentes del país. No al menos, si eras Cécile Dupont.

Llevaba días vigilando a aquel tipo. Al principio, no tenía claro si aun viniendo de la familia que venía era merecedor del honor de participar en su gran plan. Porque para ella, evidentemente, era todo un honor ayudar a la nueva creación de un mundo perfecto para la descendencia Dupont. Al final, llegó a la conclusión de que el sujeto era digno. Daba el porte, la talla y la descripción; el joven, al contrario que el hombre que lo engendró, parecía todo un dios griego.

A veces, tras un evento desafortunado, las personas se preguntan si pudieron haber hecho algo que cambiara su suerte. Hay quien opina que sí, que existen un millón de realidades paralelas dependientes de nuestras decisiones vitales. Otros, en cambio, opinan que el destino está escrito, hagamos lo que hagamos. Que nacemos marcados con una misión o un propósito inamovible y, que tal vez ese destino, ni siquiera tiene que ver con el que hubiéramos deseado.

En este caso, Cécile Dupont opinaba que sí, que el sujeto pudo cambiar su destino, pero Jean Leclerc cometió dos errores: el primero fue cuando decidió unirse a un grupo terrorista, en su célula de Lyon. El segundo fue, nada más y nada menos, cuando trató, sin éxito, de comprar tecnología Dupont para tal cometido; y con ello, sacó el billete ganador para probar la versión beta de la fórmula del arrobamiento.

«Mira lo que me obligas a hacer, André. Para mi desgracia, tengo que encargarme de tu trabajo. ¿No deberías ser tú el protector en este caso?», pensó la ingeniera, mientras esperaba su momento metida en el coche, comiendo una barrita de chocolate y bebiendo café caliente.

Al cabo de un rato, vio como su objetivo se acercaba desde el final de la calle, jugueteando con unas llaves en las manos.

Salió del vehículo, lo observó en silencio y olfateó el aroma recio a madera que despedía su loción de afeitar. Lo acechó hasta que estuvo casi junto a la puerta, y se acercó como lo hacen los gatos, moviéndose decidida, pero con una gracia y una sensualidad capaz de idiotizar a cualquiera. Sus brillantes ojos azul glaciar se posaron en los de Jean, atrayéndole como si fuera una polilla. El muy estúpido aún no había cruzado una palabra con ella y ya estaba salivando

cual San Bernardo.

Pero Cécile Dupont nunca fue una mujer cualquiera; ella estaba acostumbrada a tratar con buitres de la peor calaña desde muy temprana edad. Esa era una de las cosas que podía agradecer a su padre, quien siempre se preocupó mucho más de enseñarla a protegerse de sus socios, que de apoyarla en sus locos proyectos.

—Vaya, vaya… Monsieur Leclerc… ¿He de presentarme? Porque me ofendería muchísimo, —la chica se atusó el cabello para facilitar que su dulce aroma fluyera mejor hacia él, y encaró decidida, pero sugerente, a aquel hombre.

Jean, que llevaba unos cuantos días sintiéndose un poco fuera de contexto sin llevar puesto uno de sus costosos trajes, se ajustó la corbata. Se la había colocado debajo de una chaquetilla fina de *sport*, que debía de costar más de lo que ganaba cualquiera de sus empleados en seis meses; frente al espejo, se decía que no era él si no llevaba corbata.

En cierto modo, se sintió intimidado por la actitud de Cécile, pero también terriblemente excitado ante la presa que se le ofrecía en bandeja.

—¡Cécile Dupont! No, aun con el nuevo *look* que detecto en tus ojos, desde luego que no tienes que presentarte. Al menos en este lugar, o en este país. ¿Y qué puede traer a una empresaria tan ocupada como tú por mi retiro de vacaciones?

—Pues verás, Jean, —Cécile ronroneó mientras se le acercaba, invadiendo por completo su espacio personal y jugueteó con la corbata entre sus dedos—, andaba repasando unos papeles de mi empresa, y tu nombre apareció en ellos. Entonces, me pregunté qué había pasado, porqué mi CEO no cerró el trato que fuera con un hombre tan imponente como tú, y, sobre todo, por qué no nos presentó.

—Bueno, bueno... Quizás eso tenga una solución satisfactoria para los dos. —Se relamió mientras observaba a Cécile de arriba abajo.

—Seguro que sí. ¿O crees que moví mi hermoso trasero hasta aquí por nada?

Cécile era rápida; no quería dejar que su presa tuviera tiempo de pensar, así que le dedicó palabras melosas junto al oído, consciente de que este no desaprovechaba el momento para olfatear a quien, ingenuamente, pensaba que sería su presa. Le había tocado la lotería, siendo el blanco del «celo» de Cécile Dupont, una de las mujeres más influyentes y deseadas del momento.

Ella apretó la entrepierna del hombre entre sus manos, sobre la tela del pantalón de deporte, haciéndole soltar un gruñido bajo.

—No pienso cerrar ningún trato en mitad de la calle, Jean. —Arrastró cada sílaba de su nombre y se relamió provocadora junto a su boca.

—¡Oh! Cla… claro que no, Cécile, ¡qué despistado por mi parte! ¿Quieres pasar? —La erección de Jean comenzaba a ser dolorosa, pues Cécile no dejaba de frotarse descaradamente contra ella mientras, mostrándose ávida de deseo, mordía su labio inferior mirando los de su oponente. Ante la invitación, ella le dedicó una sonrisa ladina y, por un despiste, se quedó mirando durante lo que no debió de ser más de un segundo, sus ojos color miel.

«Color miel con motitas verdes, ¡vaya coincidencia!», pensó.

—¡No! ¿Sabes? Estoy pensando que no va a poder ser. —Ese *no* sonó un poco agudo. Cécile se separó con gracia y se dispuso a volver a su auto.

—¡¿Qué?! ¿Se puede saber que estás haciendo, Dupont?

—Nada, es que caí en la cuenta de que tu morada de vacaciones no parece estar a la altura de alguien como yo. Seguro que no tiene ni un cuarto de juegos como en *Cincuenta sombras de Grey*, ni nada interesante, así que, se me pasaron las ganas. —aparentando despreocupación, se

encogió de hombros para seguir acercándose a su coche con paso ligero.

Jean Leclerc resopló frustrado. ¿Cómo se atrevía? Se apresuró a seguirla hasta que consiguió sujetarla con fuerza del brazo. Después, la hizo girar de un tirón hasta que quedó frente a él.

—¿Pero de qué vas, Dupont? Eres una calienta braguetas. ¿Crees que puedes venir a mi casa y…?

—Choza. —Cécile hizo comillas con sus dedos—. Perdón, no pude evitar la corrección. El hablar con propiedad lo es todo. —Tapó su boca con fingida pena y su oponente enfureció aún más.

—¡Maldita! ¡Me da igual quien seas! ¡No eres más que otro chochito fresco y voy a follarte hasta que llores pidiendo clemencia! —Jean la sujetó de la cadera y del cuello con fuerza. Para su sorpresa, ella le dedicó una sonrisa coqueta.

—¡Qué galante, Sr. Leclerc! Hubiera empezado por ahí. —Dupont le regaló un lametazo lento en la mejilla, al tiempo que enredaba sus dedos en la nuca ajena.

—Estás loca, Dupont.

—Sí, pero al menos yo no soy una ingenua —susurró al tiempo que la daga platinada que escondía bajo la manga de su traje se deslizó hasta cubrir la palma de su mano. En una milésima de segundo se convirtió en una prolongación de su dedo índice, permitiéndole clavar en la nuca de Leclerc una fina aguja. Todavía estaba vivo, pero inmóvil por completo.

—Jean Leclerc se desplomó entre los brazos de Cécile. Ella, rápidamente, dio un paso atrás y se giró sobre sí misma para comenzar a vomitar.

—¡Agghh! ¡Qué asco! ¡Sabe peor que huele!

∞∞∞

Tres días después:

—Este hombre ha sido congelado y luego sometido a altas temperaturas. ¿Cómo puede ser? —El forense observó de forma minuciosa los tejidos carbonizados—. Así va a ser difícil saber la hora de la muerte.

—¿Qué quiere decir? —El cura, varios miembros del consejo del pueblo y yo, nos desplazamos en la furgoneta de Bastián, el panadero, hasta el instituto forense de la ciudad más cercana.

Los gendarmes fueron por su cuenta, así que cuando llegamos, Berni y sus compañeros ya estaban allí.

Pierre nos había ordenado estar presentes en la investigación, no pensaba dejar los asesinatos en manos de unos forasteros y olvidarse. Por muy profesionales que fueran. El tema de cómo hizo para que se lo permitieran escapa a mi conocimiento, pero os aseguro que a nadie nos sorprendió.

«Nuestro pueblo, nuestros asuntos», ese era su lema.

Yo no me despegaba del forense, me había presentado ante él como doctor del pueblo, siendo lo más amable posible para no perderme nada. Solo era un colega que trataba de aprender de él, para que no sintiera que invadía sus competencias. Éramos tanta gente allí, que estaba seguro de que los asesinatos pronto dejarían de ser un secreto en el pueblo.

—Calcinado, quiero decir que ha sido calcinado desde el interior. Algo así como la

combustión espontánea, solo que no lo es, porque la produjo algún agente químico. El problema es que no podemos saber cuál, porque ya no se encuentra presente en el organismo, se ha volatilizado sin dejar rastro, por raro que suene esto —explicó el forense.

—¿Y sus ojos?

André no pudo evitar preguntar. A mí, su voz, antaño indiferente, ahora se me hacía incómoda y desagradable. No lo podía evitar, ni sabía entonces, que en los últimos días él había comenzado a tener pesadillas. Pero no solamente las pesadillas que siempre tenía en las que la protagonista indiscutible era Cécile, sino que a estas se sumaban otras referentes a los asesinatos, de los cuales se sentía cada vez más parte, conforme ayudaba en la investigación.

Soñaba con que su carne se abría, cuando el filo de una navaja dibujaba en la superficie sus siglas y su año de nacimiento: el noventa y uno. A la velocidad que iban apareciendo los cuerpos, le daba la sensación de que ya no quedaba mucho para llegar hasta aquel número.

A veces, también soñaba con la mano huesuda de Mèlissandre cubriendo su boca mientras le susurraba al oído: «solo te devuelvo a la tierra de dónde viniste. Ahora, de tu cuerpo brotará la hierba que alimentará a las cabras». Después, la palabra «cabrero» flotaba en el ambiente, repitiéndose durante un largo rato, con la inconfundible voz cascada, oscura y crepitante de la anciana.

—El asesino está degenerando, más aún si es que eso es posible. Sus ojos, padre André, están en aquel frasco. O lo que queda de ellos y, por si me lo preguntan, sí: las cuencas ya venían cosidas, no lo hice yo. —El cura sujetó el frasco entre sus dedos, aquellos ojos color miel estaban algo magullados.

—Se los dio de comer, —añadió el forense ganándose la atención de todos—. No están destrozados porque el sujeto ya no podía acatar la orden, en el caso de que siguiera con vida, pero se los metió en la boca. —A André le dio una arcada y soltó el frasco de repente, casi dejándolo caer.

Admito que deseé que se le hubiera caído y que todos se hubieran burlado de él por ello. No sucedió y, al mirar a mi alrededor, pude notar que las caras del resto de asistentes adquirían el tono verduzco de las náuseas contenidas. Solo el forense y yo continuábamos estoicos ante la situación, anestesiados quizás, por nuestros años de estudio y práctica.

—¿Se ha investigado ya al sujeto? —Paul Larue lo interrumpió, estos detalles no eran del todo relevantes. Más bien, le parecía que eran ganas de regodearse en lo repulsivo—. Cada vez mata en menos tiempo. Este sujeto, aun habiendo sido congelado y todo lo demás, tenemos que suponer que es la víctima inmediatamente posterior al anterior, ya que está marcado como A.C 62.

André tragó saliva y se preguntó qué número le podría corresponder a él, si el de sus pesadillas u otro más cercano.

—Se trata de Jean Leclerc, un hombre de negocios de dudosa reputación, pero con el suficiente poder como para ser un blanco posible para nuestro sospechoso. —Esta vez fue Pierre quien habló—. Acaban de comunicarme la identidad del sujeto. Por lo visto, alguien denunció su desaparición.

—Jean Leclerc. Una vieja amiga me habló de él. ¿Sabían que se le ha relacionado con grupos terroristas? —Todos se giraron sorprendidos al escuchar al abogado.

—Larue, a veces me da miedo preguntar de dónde sacas tanta información. —Pierre palmeó el hombro de su sobrino.

—Esperen, si este hombre está relacionado con el terrorismo, ¿no le desmarca del resto? Quiero decir, siempre me están diciendo que las víctimas son tremendamente parecidas a mí,

pero este hombre es entonces, mi opuesto. Yo nunca me involucraría en algo así. ¿Está rompiendo sus reglas?

Estaba claro que André pretendía, a la desesperada, encontrar algo que le alejara de ser la próxima víctima.

—Tal vez no encaje en eso, pero sí en la descripción —aseguró Paul—. Este hombre tiene algo en común con el anterior, y con la mayoría de los que hemos investigado en esta semana con respecto a ese dato. La víctima ostentaba un puesto importante y tuvo relaciones en algún momento con Empresas Dupont, en su caso infructuosas, pero las tuvo. Quizás, el asesino no sabía lo de sus tratos con el terrorismo, pero el resto encaja—. Mientras hablaba, detectó como se aceleraba el ritmo de la respiración de André, pero decidió ignorarlo, mientras rebuscaba entre las decenas de casos investigados.

—¿Creen entonces que hay un pirado por ahí que tiene acceso a los archivos de Dupont? ¿Alguien que curre para su empresa o que se haya metido en su sistema? ¿O algún tío que la quiera joder a ella o a sus negocios? —Bernadette Delacroix interrumpió con su indiscutible deje barriobajero que, lejos de ser criticado, junto a su uniforme siempre mantuvo a todo el mundo a raya.

—¡¿Hacerles daño?! ¿Por qué alguien querría hacerles daño? ¿Te refieres a hacerle daño a Cécile? —saltó André, olvidándose por un momento de todo lo anterior al pensar en Dupont, por primera vez, como una posible víctima.

—Alto ahí, André, nadie ha dicho nada de eso —protestó Paul—. Dupont no es para nada el perfil que anda buscando este asesino, sino todo lo contrario. Una mujer menuda, morena, que no practica ningún deporte al aire libre...

—Pero tiene más dinero que muchos hombres en este país —protestó el cura.

—Eso es cierto, pero, no es...

—Quiero que pongáis vigilancia cerca de Dupont, sin que la note. Sobre todo, en los eventos públicos —inquirió el párroco.

—Eso no es necesario, Côté —Pierre trató de disuadirlo, pero la mirada del religioso dejaba claro que no iba a cejar en su empeño—. Está bien, solo en los eventos públicos y pocos hombres, pero me parece una pérdida de tiempo.

Se encogió de hombros. Nuestro alcalde no era de los que cedía a las órdenes de otros, y menos cuando sabía que eran una tremenda chorrada. Pero conocía a André Côté desde niño, y sabía que si después de esa petición tan decidida, la muchacha era víctima de un solo arañazo, iba a tener que aguantar sus sermones y reproches velados todos los domingos, hasta el día de sus últimos estertores.

—Como todos habréis escuchado, en dos días habrá un evento para mostrar no sé qué cosas tecnológicas —aseguró André—. Creo que Dupont quiere presentar algo nuevo al mundo y lo hará desde este pueblo. Su empresa ha creado mucha expectación al respecto, vendrá un montón de prensa de todas partes. Pues bien, estaré allí observando por si veo algo o a alguien sospechoso.

Bernadette escondió una sonrisita al imaginar al padre André en un evento así. No iba a entender ni papa de lo que hablaran.

—Monsieur André, no sé qué chanchullos se llevan entre los dos, pero creo que es usted el último tío a quien Dupont quiere ver allí. —La gendarme trató de disuadirle.

—Lo sé, pero eso no va a evitar que vaya. Seré discreto.

—Si no le importa, yo le acompañaré. Hace mucho que no saludo a Cécile y creo que puedo conseguir unos buenos pases.

El padre André bufó ante el ofrecimiento de Paul. Tuvo que reconocer que le fastidiaba la sola idea de que fueran conocidos. Cécile le odiaba y con razón, pero que tuviera algún tipo de amistad con aquel picapleitos, que parecía haberle cogido manía desde el primer día aún sin conocerlo, le hacía sentir que la cosa solo podía ir a peor.

Capítulo 7. Edmond

Me encontraba desinfectando la parte de la casa destinada a la atención de mis pacientes, tras una jornada más o menos tranquila.

Lo que antaño fue el garaje en el que mi madre tenía su taller de costura, centro de reparaciones, espacio para manualidades varias y otros mil menesteres esporádicos, que siempre encontraba interesantes de hacer. Ahora había cambiado su función y aspecto, albergando paredes de azulejos blancos, una camilla y varios muebles botiquín. También contaba con una pequeña mesa de despacho y dos sillas frente a ella, que utilizaba para las consultas.

Con la idea de facilitar la espera a mis pacientes, añadí unos banquitos de madera en la entrada y unos paneles de madera para separar los espacios. También, coloqué cerca de la camilla, un par de biombos de tela gruesa para ofrecer intimidad a todos aquellos que tuvieran que desnudarse para que los reconociera. Ya se sabe… la gente en el pueblo es muy pudorosa, pero también, muy cotilla.

No era una gran consulta, pero la licencia de apertura llegó con una facilidad asombrosa. Hasta aquel momento, siempre pensé que Pierre Chevalier era un alcalde inteligente, y habría valorado que contar con un doctor en el pueblo, en lugar de tener que viajar hasta Lyon, era un gran avance para Le Village Oublié.

Cada vez que miraba aquellas paredes, con mi título y mi orla colgados en la pared, me sentía orgulloso de ella. No necesitaba más. Si algo me enseñó la vida, fue que el anhelo por las cosas que no tenemos, el anhelo desmedido, no trae más que desgracias.

Por eso me propuse volver a la vida sensata y anodina de mis primeros años de ejercicio. La de antes de que Cécile entrara en ella con la excusa de aprender ciertos conceptos que se le escapaban sobre bioquímica y, de los cuales, yo tenía conocimientos, pero tampoco es que fuera un experto en la materia.

Ella entró como un torrente de aire en mi existencia, pidiendo permiso, pero dejando claro desde el principio, que la respuesta tenía que ser un sí muy grande; llenando mi mundo de preguntas incómodas, de risas sinceras y de una curiosidad y determinaciones sin límites. Después, igual de rápido que vino, se fue, y reacomodarme me estaba costando horrores.

Estaba echando la llave al mueble de las medicinas cuando escuché unos pasos acercándose, pero no me sobresalté, a pesar de que no hubiera sonado la campanilla que colgaba de la puerta de la entrada. Sabía que no se trataba de nadie del pueblo con una emergencia, sino de la única persona que era capaz de colarse en mi casa como si fuera un fantasma, o como si parte de ella perteneciera a aquel lugar y siempre hubiera estado dentro.

Mèlissandre no me saludó; en cambio, caminó decidida y tomó asiento en una de las sillas frente a la mesa de despacho. Cuando eso sucedía, cuando no elegía la silla que por tradición debía ser mía, significaba que venía con más dudas que respuestas. Algo inusual en ella, pero que a veces, cuando los remordimientos la acechaban, podía suceder.

Al fin y al cabo, Mèlissandre era un ser humano como cualquier otro, a pesar de que su aspecto y las habladurías del pueblo le echaran unos doscientos años más de los que en realidad tenía.

—¿Se puede saber a qué debo tal honor? —le pregunté tomando asiento al otro lado de la mesa y cruzando los brazos sobre el pecho. Era muy fácil sentirse a la defensiva en su presencia, pero en cuanto me di cuenta del gesto, rectifiqué fingiendo una comodidad que estaba lejos de sentir.

—¿Hay que tener un motivo para venir a verte?

Mèlissandre siempre tuvo un motivo para venir a verme. Cuando era más joven, fingía no darme cuenta. En aquel tiempo aún necesitaba a alguien a mi lado tras la muerte de mi madre. Alguien que me hiciera compañía sin que notara condescendencia, que me aconsejara y apoyara en mis planes de futuro, aunque esta persona fuera la principal sospechosa de dicha muerte.

—Por lo menos, podría fingir que le duele algo. Eso lo haría todo más fácil.

—Sabes que nunca he creído demasiado en tus potingues —dijo señalando una caja de inyectables que tenía sobre la mesa, y me fijé en que sus manos desgastadas, acusaban una osteoartritis que no recordaba haberle visto antes y que debía causarle bastante dolor.

—No creer en ellos es tener una opinión mucho mejor de la que yo tengo sobre los suyos. Ya lo sabe. Y si esta es solo una visita por cortesía…

—No lo es —se apresuró a decir.

Alcé una ceja y le clavé la mirada. Había despertado mi curiosidad. Ya hacía algunos años que Mèlissandre decidió que yo era lo suficientemente maduro como para seguir adelante sin mi madre y sin el apoyo en la sombra que ella me brindaba. Ya, apenas pasaba por casa y, a pesar de que siempre pensé que eso me aliviaría, se creó un extraño vínculo entre nosotros que, dejado atrás el rencor, dio paso a otra cosa. A una mezcla de cariño y empatía por alguien a quien detestaba, pero que provocaba que me preocupara por ella como antaño ella lo hacía por mí.

—¿Qué es lo que le inquieta, Mèlissandre? —Ella me observó como si esperara una confesión por mi parte—. Estoy bien, mi vida es igual de anodina que siempre. Tal y como me gusta, ya lo sabe.

—Entonces, interpreté mal las señales. Aunque eso ya lo sabía, existen vibraciones negativas envenenando nuestra atmósfera, están pasando cosas que rompen el equilibrio de este lugar… ¿Estás pensando en marcharte, Edmond? —soltó de golpe y escudriñó mi rostro como si de verdad le importara mi respuesta, como si no se fuera a quitar un peso de encima si yo me fuera del pueblo. Una responsabilidad.

—No entra en mis planes, así que, ¿por qué habría de hacerlo? —Intenté levantarme de la mesa, dejarla ahí tirada con su perorata misteriosa y continuar con mi vida. A veces era agotador descifrar sus pensamientos esotéricos, o como se les quisiera llamar. Nunca hablaba claro. Pero entonces, noté el tacto de sus manos desgastadas por el paso del tiempo, sujetando la que yo había apoyado en la mesa para darme impulso y levantarme.

—Es de mala educación levantarse de la mesa antes de que tus mayores acaben de hablar. Además, esto te interesa. Hace unos meses, vino a visitarme alguien que buscaba las flores azules… —Su voz sonó más quebradiza que nunca, sabía lo que yo opinaba de aquellas flores.

En más de una ocasión le había hecho prometerme que nunca más se las mostraría a nadie y me pareció entender que ella tampoco estaba dispuesta a hacerlo. Que, en el pasado, también le trajeron más disgustos que alegrías, pero ahora, solo tuve que fijarme en sus ojos empañados por la edad, para entrever en ellos una disculpa, otro nuevo arrepentimiento.

—¿A quién? —pregunté con sequedad, y retiré mi mano de entre las suyas, sintiendo que se me erizaba el vello de la nuca.

—Yo… iba a equilibrar el universo, a sanar mi karma. Me hago mayor, Edmond. Pronto mis huesos acabarán bajo el gran árbol que guarda los restos de toda mi familia. Pero antes de eso,

tengo deudas de las que no se saldan con dinero, también rencores que cobrarme —confesó Mèlissandre ante mi asombro. Después, se quedó en silencio unos segundos antes de proseguir hablando—: Cuando vi. Cuando vi a la chica, o, mejor dicho, cuando la miré a los ojos y vi ese tono azul índigo tan poco común, enmarcado por unas pestañas negras como el carbón, supe que tenía que conseguir que se quedara en el pueblo, que su sangre volviera a donde pertenecía. Indagué sobre ella, cosa que no fue muy difícil: era la comidilla del lugar. Y me dijeron que se os había visto juntos… ¿Entiendes por dónde voy?

Me sobresalté. Mèlissandre había perdido la cabeza. No solo acababa de romper la promesa de que no mostraría las flores a nadie, sino que se las ofreció a Cécile. Estaba seguro de ello, pues no me habían podido ver con ninguna otra muchacha por varias razones. La primera y principal, que yo no estaba interesado en ese tipo de interacciones y la segunda, que ninguna chica de Le Village Oublié se dejaría ver en compañía del raro del pueblo, si no era para que le extendiera una receta.

—Deme una buena razón para que no la eche a patadas de mi casa, Mèlissandre, una que pese más que una posible demencia senil. —La amenacé, estaba tan enfadado que, incluso, sin ser yo una persona agresiva, me imaginé golpeándola con el pisapapeles de cristal decorado que tenía sobre la mesa. Cascando su cabeza como si esta fuera un huevo duro, que se derramaría por encima del escritorio igual que un tintero recién volcado.

—¡Pero devolvería su alma a donde pertenece! ¡Su sangre es del pueblo y fue mi culpa que se criara lejos de aquí, contaminándose con el aire viciado de París! ¡Intoxicando su mente con ideas modernas y alimentos procesados!

—¡Dígame que al menos le explicaría el modo correcto de utilizarlas!

—*Autre temps, autres mœurs*, «otros tiempos, otros modos».

—¡Mèlissandre!

Me apuntó con su dedo huesudo y al hablar, el tono de su voz rasposa y cascada se elevó más de lo que pensé que le sería posible.

—Además, si te había elegido a ti como receptor, si ambos os atraíais, entonces también te devolvería la fe en el amor romántico.

—Solo que usted no me robó la fe en el amor romántico, de eso se encargó mi madre. Usted solo fue tan estúpida, que le dio esos pétalos para que cocinara la infusión que debía darle al hombre del que estaba enamorada. Como mucho, le podría acusar de homicidio imprudente —solté con desprecio, aunque la estuviera exculpando.

—Tu madre me engañó, Edmond. No escuchó mis consejos y me aseguró que Pierre Chevalier estaba interesado en ella. Cosa que no era cierta, él siempre fue un hombre felizmente casado y de reputación intachable. ¡Sabes que siempre lo ha sido!

Era la primera vez que nos atrevíamos a hablar de forma abierta sobre mi madre y lo que sucedió con ella. También la primera vez que escuchaba el nombre del causante de sus desvaríos, aunque a esas alturas, ya careciera de importancia. Antes de aquel día, solo hubo pequeños comentarios inconexos, que mi mente más joven tuvo que ir uniendo como si fueran piezas de un puzle, el cual siempre acababa estando incompleto.

Se enderezó en la silla, dejando caer sobre la memoria de mi madre toda la responsabilidad. Cosa que, a pesar de que pudiera ser verdad, no le iba a permitir.

—¡Ella estaba desesperada, loca de amor! ¡Usted debió darse cuenta y desconfiar de su palabra! La conocía de toda la vida, sabía de sus continuas obsesiones y sus problemas nerviosos. ¡Lo que necesitaba era medicación, no un supuesto filtro de amor con una posología poco clara!

Mi batalla con las personas de aquel pueblo, que pensaban que la medicina natural se podía tomar como si fuera zumo de frutas, era ya antigua. Pero siempre supuse que Mèlissandre, que manejaba esas sustancias con reconocida destreza, entendía que no era algo con lo que se pudiera jugar.

—¡No era para que ella lo tomara, sino Pierre! ¡Tampoco para ingerir todo de golpe! —exclamó fuera de sí, señalándome con su índice huesudo—. ¡Le dije que solo dos pétalos al día, en una sola taza! Y eso contando con que Pierre es mucho más corpulento de lo que ella era.

Se levantó de la mesa y caminó por la sala con los ojos cerrados y la frente hacia el techo. Sentí el impulso de levantarme y sostenerla del brazo para que no chocara con nada, pero me contuve. Una parte de mí necesitaba que se hiciera daño, que se rompiera una cadera y no pudiera salir nunca más a pasear por aquellas montañas que consideraba tan importantes.

—Jamás había muerto nadie al tomar el jugo de las flores. Ella fue la primera; rompió las normas —murmuró despacio, inmersa en una especie de trance, mientras elevaba los brazos con las palmas de sus manos hacia arriba. En ellas, pude apreciar varios signos formados por pequeñas líneas rectas que ya le vi otras veces, estaban pintados con henna—. Y ahora, el suelo de estas montañas se tiñe de rojo. Del agua mana sangre, las vísceras son el abono de la campiña. Unas cuantas flores no pueden ser capaces de todo esto…y sin embargo…

—¿De qué está hablando, Mèlissandre? —pregunté intrigado y por qué no decirlo, también asustado por su discurso. Aunque con ella nunca se sabía si sus palabras se referían a algo real y palpable, o eran simples metáforas. Continuó caminando en círculos y hablándole al techo, como si este pudiera escucharla, al igual que lo hacían las estrellas cuando caminaba por las montañas.

No os voy a contar que mientras deambulaba por la consulta, sus rezos y murmullos provocaron que las luces bajaran y subieran de intensidad en unas cuantas ocasiones. No os lo contaré porque soy firme defensor de que eso lo hizo una subida de tensión, o una bajada. Yo no entiendo de eso, pero de lo que sí entiendo es de que los rezos no valen más que para depositar tu fe en el destino, y que sirven igual que confiar tu necesidad de amor en un brebaje que puede acelerar tu corazón hasta reventarlo.

De pronto, abrió los ojos y se dirigió hacia mí, como si lo que me iba a decir tuviera que convencerme del mismo modo en que ella lo estaba. Bordeó la mesa y me sujetó de los hombros. Las palabras brotaron de sus finos labios como lo hace el agua que cae de la montaña: a borbotones, arrastrando cualquier secreto antiguo, que se hubiera quedado adherido en su interior.

—Eran inofensivas, tanto que él las bautizó como «las flores del arrobamiento». Él, que me acompañaba el día que las descubrimos, que fue la primera persona a la que se las hice probar. Pero su amor no estaba puesto en mí como yo pensaba, solo un gran cariño casi fraternal. Su amor, su pasión pertenecía a su trabajo, a sus proyectos y a sus sueños. A su adoración por las constelaciones. Al probar el brebaje, se marchó lejos en busca de ellos.

—¿De quién está hablando? No la entiendo.

—Del abuelo de esa chica, de Joseph Dupont.

Capítulo 8. Exposición

Llegó el gran día y Margot recorrió nerviosa la habitación donde su jefa terminaba de prepararse. El sitio elegido fue el único hotel rural con el que contaba el pueblo. No es que no existiera otro lugar donde hospedarse en Le Village Oublié, pero sí que se pudiera llamar hotel. Se encontraba en la parte alta de las calles empedradas, algo alejado del centro del pueblo, pero si mirabas por el balcón, podías divisar de frente el campanario de la iglesia de Sainte Marie Enceinte. De hecho, a aquella hora ya podía comenzar a verse su fachada casi al completo, pues la mayor parte de la mañana la envolvía la niebla que coleaba por aquellos valles.

Tampoco era un lugar de líneas modernas como hubiera sido el gusto de las dos mujeres que se preparaban en aquella habitación, pero sí contaba con un salón de actos de un tamaño considerable; capaz de albergar a mucha más gente de la censada en el pueblo, pues se hizo contando con el aumento de su población en la temporada alta de invierno.

Margot tenía mil papeles en las manos que le decían qué hacer y qué decir en cada momento. En ellos, también aparecía cada mínimo detalle de lo que iba a suceder y del salón en el que la conferencia de presentación se iba a dar. Pero algo se le escapaba, como siempre, la parte que concernía a Cécile.

No le había querido explicar ni qué era lo que iba a presentar, ni nada en realidad en los últimos tiempos. Era como si cada vez la necesitara menos y eso le dolía, pues ella seguía siendo Cécile: su jefa, su mejor amiga y la persona de la que estuvo enamorada mucho tiempo atrás. A veces, se preguntaba por qué no rompió todos los lazos con ella cuando fue consciente de que nunca habría más que una sana amistad entre ambas; si no habría sido todo más fácil. Pero estaba acostumbrada a que Cécile fuera, en cierto modo, dependiente de ella desde que se conocieron y esa sensación le gustaba. Quizás por eso, todo este nuevo hermetismo la estaba martirizando.

—Cécile, dime que de verdad tienes todo controlado. —La pelirroja soltó los papeles y se acercó a arreglar la blusa de su jefa, como era costumbre. Le subió el cuello camisero y luego lo volvió a bajar con cuidado, midiendo que cada una de las esquinas estuviera a la misma altura exactamente.

—Por supuesto, yo siempre tengo todo controlado. —Se giró dándole la espalda y por primera vez en mucho tiempo, procedió a arreglarse ella misma.

—¿No quieres que te ayude?

—No, no es eso. En realidad, lo que no quiero es que vuelvas a decirme que cogí peso y todas esas chorradas —dijo agitando una mano en el aire, como quitándole importancia al asunto.

—Yo, lo siento. No quise herir tu ego, así que perdona si te molesté más de la cuenta con eso. No volveré a decirlo. —Margot la conocía y por eso estaba al tanto de que atravesaba un bajón emocional después de lo que hubiera pasado con el curilla, pero que eso afectara a la relación que existía entre ellas la estaba matando. Le había quedado claro que, lo que en otras ocasiones hubiera sido un comentario sin importancia, ahora le dolía y abría una brecha entre ambas.

—Perfecto, porque es absolutamente innecesario. Tengo espejos en casa, ¿sabes? Y me encanta usarlos.

—Lo sé, —Margot rio ante esa muestra de vanidad tan suya, porque, aunque siempre lo

negara, le encantaba eso en ella—. Ya sé que he estado muy pesada contigo, pero es que después de lo del accidente en la zona de trabajo me tienes preocupada. Dices que estás mejor que nunca, pero no sabemos si te afectó en algo el contacto con los químicos de esa extraña fórmula en la que estabas trabajando. Yo, al menos, no lo sé, y tú no me dices nada ni dejas que te vea un médico.

Le habló con todo el tacto del mundo, mientras se acercaba a ella poco a poco, sin que lo notara.

—Margot, no empieces con eso, ya te dije que no me siento diferente, quizás mejor, más fuerte, más activa y eso es genial, ¿no? Pues déjalo estar. Por cierto, ¿es vainilla a lo que hueles? —frunció el ceño y arrugó la nariz en un gesto de claro desagrado.

—Sí, lo estrené para el evento. ¿Te gusta?

—Me desconcierta el cambio de olor y esa manía que tenéis los libra de usar perfumes dulzones con tufo a comida, como el de coco y ese de vainilla. ¿Así pretendes equilibrar el universo? Es raro que no se te haya llenado la ropa de hormigas. Quítatelo; me empacha, creo que voy a vomitar. —Margot puso los ojos en blanco al ver a Cécile dar una arcada, pues pensó que estaba exagerando para burlarse de ella.

Las náuseas por el olor eran reales, pero tenía que disimular; no estaba lista para contarle el motivo de ello. Al menos, no hasta que no tuviera más remedio.

No desconfiaba de ella, pero era incapaz de explicarle todo lo que había pasado y lo que estaba sintiendo. Por un momento volvió a su mente el ser que crecía en su interior, provocando que su mirada se perdiera en algún punto entre una esquina del techo y aquel balcón al que prefería no salir, para no divisar el campanario.

—¿Si te digo una cosa me dedicarás una sonrisa de esas que tanto me gustan? —dijo Margot, y volvió a acercarse a Cécile, esta vez para enderezarle la falda. El no contar con unas caderas demasiado marcadas, hacía que siempre se le giraran al caminar.

—¿Me vas a decir lo guapa que estoy? —musitó tratando de sonreír.

—No, te he dicho que te iba a contar una cosa. ¿Te acuerdas de nuestro amigo Paul Larue? Me llamó hace un par de días y me pidió varias entradas VIP para el evento. Sé que hace mucho que no os veis, y pensé que tal vez, la noticia te pondría de mejor humor.

—¡Paul! ¡Me encantará verle! —Y le encantaba la idea, pero exageró su alegría solo para contentar a Margot—. Charlar con ese acuario tocapelotas me encanta. Al menos con él podré estar tranquila; sé que no va a preguntarme por mi cambio de color de ojos, ni me va a recordar que estoy más gorda, ni ninguna tontería por el estilo. ¿Y con quién viene? ¿Con ese tipo blancucho y rechoncho que tanto le gustaba? ¿Cómo se llamaba…?

—Leopold, se llama Leopold y trabaja como su ayudante. ¡Te lo presentó en tres ocasiones! —A veces, a Margot aún le sorprendía que Cécile tuviera tan buena memoria para unas cosas y tan mala para otras. Por supuesto, solo le fallaba para todo lo que no fuera relevante para ella misma o su trabajo.

—Sí, eso, Leopold. Peculiar gusto el de nuestro amigo. Nunca entendí cómo pudo pasar de pretenderte a ti, a fijarse en alguien como Leopold. Desde lejos se ve que tú eres mucho más… más... Eso. Más alta, por eso dije que se ve desde lejos. —Sonrió apretando los labios en una fina línea, para quitar importancia al hecho de que no se le hubiera ocurrido un piropo mejor para su amiga. Tenía la cabeza en otras cosas.

Margot puso los ojos en blanco y dio gracias a Dios por haberla bendecido con grandes dosis de paciencia y una autoestima bien trabajada.

—Paul solo ve el interior de las personas, Cécile. Tal vez Leopold y yo no seamos tan

diferentes.

—Debe de ser bastante útil —farfulló Cécile más para sí misma que para su interlocutora, pero Margot alcanzó a escucharla.

—¿El qué?

—Eso de ver el interior de las personas. Si yo hubiera podido hacerlo, otro gallo me cantaría. —Palpó las hojas sobre la mesa, alzó un informe cualquiera entre las manos y se cubrió el rostro con él mientras fingía prestar atención a su contenido, pero sin mirarlo en realidad.

—Sí, creo que ya sé por dónde vas. —Margot no quiso preguntar nada sobre el asunto «religioso», ni reprocharle que lo que se veía desde lejos era que aquel hombre no era bueno para ella. Pero sabía que era un tema tabú—. En realidad, todos deberíamos tener ese súper poder, ¿no crees? Por cierto, ¿qué llevas en la manga de la blusa?

Margot dio una zancada y sujetó el puño camisero de Cécile, sin pedirle permiso ni darle opción a réplica. Sacó un pañuelo de la caja de *clínex* que había sobre una mesa atestada de documentación, lo mojó con saliva y trató de restregar la mancha.

—¿Todos? ¿Viendo el interior de las personas? Ni hablar, ya me he acostumbrado a que admiren mi apariencia perfecta, mi fortuna y mi ingenio. Tal vez, si todos fueran como Paul, estaría en serios apuros.

Le guiñó un ojo, pero Margot la conocía lo suficiente como para darse cuenta de que lo pensaba en serio.

—Vamos, no digas eso. Paul tuvo sus reservas contigo al principio, pero sabes que te adora. Siempre te ha admirado. ¿Es una mancha de sangre? ¿Te cortaste?

—Sí, perdón, fallo mío. Creo que me corté con uno de los informes, el papel lo carga el diablo, ¿sabías? —Cécile ocultó el puño de su manga lo más rápido que pudo, sintiendo que sus tripas se revolvían de nuevo. Siempre trataba de ser muy pulcra. Apenas era una chispa que a saber cómo demonios alcanzó su camisa limpia, pero ahora no podría quitarse de la cabeza que estaba ahí, amenazando la asepsia que tanto le importaba, y que debía ser más cuidadosa.

—Ahora tendremos que cambiarte todo el conjunto otra vez. ¿Seguro que te cortaste? No veo nada en tus manos.

—Porque son perfectas. —Esta vez, Cécile volvió a guiñarle un ojo, pero, además, le sonrió como sabía que a ella le gustaba—. No te preocupes, me remango las mangas y listo.

—Está bien, ahora sal ahí, compórtate encantadora como solo tú sabes, y deja a todos maravillados con lo que sea que vayas a mostrarles.

Margot le devolvió la sonrisa, sintiendo que conseguiría ganarse la confianza de Cécile de nuevo, y que más pronto que tarde, todo sería como antes.

Todavía recuerdo su mirada brillando emocionada, al evocar estos momentos más adelante, cuando me los relató para que yo pudiera plasmarlos en estas líneas. Se percibía, incluso en el tono de su voz, que los había sufrido en silencio. Que se había ilusionado con cada nueva esperanza de recuperarla, pero también hundido con cada desplante.

∞∞∞∞

Yo estaba justo fuera, en el salón de eventos, donde cientos de personas buscaban un lugar en el que situarse que pudiera estar lo más cerca posible del escenario. Las mesas y sillas habían sido retiradas hacia atrás, hasta colocarlas por los bordes del recinto y, el gran círculo de suelo rústico

más próximo al atril, comenzaba a salpicarse de grupos de gente en ramilletes, que charlaba e iba cerrando los espacios poco a poco.

En mi caso, preferí quedarme en un rincón desde el que podía observar a la avanzadilla creada por el padre André y desde donde esperaba que Cécile no alcanzara a verme. Estaba dolido con ella, por haber salido de mi vida sin dar explicación alguna, pero eso no evitaba que necesitara estar allí y comprobar que seguía viva. Que era feliz, aunque fuera lejos de mí.

No tardé en localizar a monsieur André, Bernadette y Émile, que acompañaban a Paul gracias a sus entradas VIP. Estas les brindaron la oportunidad de entrar un poco antes, para así colocarse entre los lugares de las primeras filas. Mucho más cerca del escenario que yo.

El pequeño grupo estaba ahí con una misión clara: observar a cualquiera que pudiese parecer sospechoso. Así como interceder si alguien que no les gustaba se acercaba demasiado a Cécile o a Margot.

Mientras esperaban, comprobé cómo observaban todo a su alrededor. Principalmente, a los forasteros. Personas que pudieran pasarles desapercibidas cuyos rostros luego no recordarían, como la gente de la prensa o los miembros de la seguridad privada de Cécile. Estos últimos, de seguro más preparados para protegerla que ellos. También localizaron las posibles salidas del recinto por si sucedía algún desastre, como si esperaran un incendio o similar.

O bien se habían tomado muy en serio su misión o trataban de matar el tiempo sacando barriga los unos ante los otros. El padre André no perdía de vista a un grupo de hombres trajeados que se colocó justo delante de ellos, hasta que debió de darse cuenta por sus conversaciones, de que solo se trataba de socios de Empresas Dupont.

A Paul se le veía más relajado, él no miraba hacia ninguna parte en concreto, aunque André me contó tiempo después, que esperaba que estuviera agudizando algún tipo de sentido arácnido que les pudiera servir de algo.

Como ya habréis notado, el cura no pintaba nada allí, solo puso aquella excusa para poder ver a Cécile después de tanto tiempo. Me encantaría decir que era patético, si no fuera porque yo estaba allí por la misma razón.

Llegó un momento, cuando la sala estuvo al completo, en que ya no conseguía concentrarse en nada más que no fuera fijar la vista en el lugar por donde suponía que aparecería ella.

El párroco se sentía demasiado nervioso ante la expectativa de volver a verla. A pesar de que tuviera la certeza de no ser bien recibido; aunque ella pidiera a su seguridad que lo echara de allí delante de todo el mundo, dejándolo en evidencia frente a un montón de feligreses y decenas de extraños. Pero para él, la simple idea de verla, aunque fuera por un instante, valía la pena el bochorno.

No podía controlar sus nervios y, llegados a aquel punto, ni siquiera se planteaba la posibilidad de si, quienes estaban a su alrededor, lo notarían o no. En pocas palabras, estaba asustado. Su mente arrastraba un montón de noches interminables creando teorías sobre por qué no había podido ver a la chica de ninguna manera, desde aquel fatídico día. Tuvo tantas pesadillas en las que Cécile moría tras el golpe. Imaginó a los socios de su gran empresa ocultando la noticia al mundo, por el bien de sus negocios. Otras veces, también soñó con que, al encontrarla, su cuerpo presentaba diferentes secuelas cada cual más terrible. La ansiedad le estaba ganando terreno y no podría concentrarse en lo que tenía que hacer, si no lograba sacarse todo aquello de la cabeza comprobando que ella estuviera bien.

A ratos, se repetía a sí mismo parte del sermón que daba a algunas almas perdidas que se acercaban a la iglesia. «Nuestro Señor maneja un rebaño demasiado grande, no puede estar en todo. Así que el noventa y dos por ciento de los castigos divinos que creemos merecer, nunca

llegan a cumplirse».

No le funcionaba.

Hasta hubo un momento, en que le pareció ver una figura encorvada entre el gentío. La de Mèlissandre. A día de hoy, no me puede asegurar si sucedió de verdad o solo fue una sensación, un presentimiento convertido en alucinación, en paranoia, debido a los nervios. Porque yo no fui consciente de su presencia, pero él dice que comenzó a sudar y a buscarla entre la multitud, hasta que, al no localizarla, se convenció a sí mismo de que esa anciana no tenía nada que hacer en un lugar como aquel, tan alejado de sus intereses.

Al fin, llegó el gran momento y vimos cómo Margot salía al frente del escenario, micrófono en mano. Entre el público, el padre André contuvo el aliento. Se preguntó si todo sería un truco publicitario y tampoco vería a Cécile aquel día. Sus pesadillas comenzaban a hacerse realidad. En cambio, Paul esbozó una sonrisa al escuchar la voz de su amiga.

—Tranquilícese, padre. No sé qué demonios le pasa, pero noto sus nervios y su transpiración desde aquí. Se suponía que iba a comportarse —El abogado se tomó la libertad de reprender a André.

Para sorpresa de todo el grupo, nuestro sacerdote no fue capaz de articular palabra. Como un autómata sin voluntad, obedeció, trató de respirar hondo y de soltar el cuerpo un poco.

Margot permanecía en el escenario, dando la bienvenida a todos los asistentes y presentando el evento con elegancia. También introdujo un par de chistes para relajar el ambiente. Después de eso, se apartó con discreción a un lado del escenario, dando paso a Cécile, que hizo su entrada triunfal. Nada, algo sencillo como era su estilo, una potente música de introducción, unos cuantos cañones de luces de colores a cada lado del escenario y un par de bellos azafatos asidos de cada uno de sus brazos, acompañándola hasta el atril. Lo necesario para que unos aplaudieran con todas sus fuerzas y las alcahuetas del pueblo cuchichearan entre ellas. Mi Cécile nunca supo mantener un perfil bajo.

A mí se me erizó la piel y, supongo que al imbécil de André también.

Vi que dejó de respirar y se hizo pequeño entre la multitud. Se notaba que hubiera dado su vida en ese momento por ser invisible para no ser descubierto. Cécile estaba perfecta, atractiva y elegante como nadie. Sin duda alguna, seguía siendo la mujer más hermosa que hubiera visto nunca. Incluso al mirarla bien, habría jurado que ahora lo era más todavía. Cécile, que ya contaba con una gran experiencia en este tipo de eventos a pesar de su juventud, comenzó con la explicación de su nuevo producto sin prestar demasiada atención al público.

—André, ¿qué le pasa a Dupont en los ojos? —Con un codazo, Émile le hizo salir de su ensoñación.

—No, no lo sé. ¿Lentillas quizás? Ella no las necesita, el color natural de sus ojos es precioso.

—¿Qué? —Émile no esperaba aquella respuesta, ni ver la cara de bobo que se le puso a su amigo, al mirar a la figura en el escenario. Pero no pudo sonsacarle nada más, ya que Paul les interrumpió.

—¿Qué es lo que les pasa a sus ojos? ¿Me podéis ilustrar? Hace toda una vida que no veo a mademoiselle Dupont. —Paul podía sentir demasiadas cosas, pero no ver el brillo en los ojos de su amiga en el escenario.

—Ahora son… ¿muy azules? —contestó André sin dejar de mirarlos—. Quiero decir, de un azul mucho más claro e intenso que antes.

—Son de un azul flipante, color hielo. Imagina un azul glaciar o algo así, mola un montón —añadió Bernadette quedándose embobada al mirarlos.

—Deben de ser lentillas como dijo André. Cécile siempre me ha parecido una repipi. —El

tonto de Émile bromeó con el asunto, pero nadie le siguió el juego—. Quiero decir, una chica moderna y presumida, pero esto no lo esperaba.

Como respuesta, Paul le chistó para que guardara silencio y así escuchar lo que Cécile estaba explicando.

Por lo visto, su nuevo producto no era nada más y nada menos que una aplicación de móvil; sí, una simple aplicación de móvil. Vale que la presentación fuera sobre su nueva área de tecnologías de la comunicación y Le Village Oublié un pueblo poco dado a utilizar moderneces, pero todos nos quedamos impactados, por no decir decepcionados. Esperábamos algo más, algo diferente viniendo de ella. Cualquier cosa complicada que les recordara a las películas de ciencia ficción futurista. Margot también la miró extrañada, como necesitando una explicación, pero Cecile le dedicó una sonrisa de suficiencia y continuó sin inmutarse en absoluto.

Valiéndose de su verborrea e ingenio, en pocos minutos nos volvió a tener a todos comiendo de su mano. Nos moríamos por conocer aquella aplicación que, según Dupont, nos iba a cambiar la vida. Con ella prometía, ni más ni menos, que crear un mundo perfecto. Una sociedad donde todos serían perfectos. Nadie que la descargara volvería a sentirse inferior frente a nadie, ni feo, ni viejo, ni enfermo. No sufrirían ningún tipo de dolor ni en el cuerpo, ni en el corazón y, lo más importante de todo eso, era que todos podríamos descargarla en nuestros *smartphones* de forma gratuita desde aquel preciso instante. Ante tales promesas, el público enloqueció y, a su orden, todos comenzamos a descargar la prometedora *app*.

—¡Eh! ¡Andreset! Escucha. ¿No te vas a descargar la aplicación esa? —Le preguntó Èmile, usando aquel apelativo infantil, que ya solo él se atrevía a utilizar en honor a la eterna amistad que les unía.

—¡Shhh! Apenas si consigo llamar con esto, —el padre André sacó su pequeño teléfono del bolsillo y susurró con fastidio—, ¿cómo quieres que descargue nada?

—Por eso te lo dije. Yo tampoco sé usar bien estos chismes. Estoy por tallarme uno de madera para disimular, y tirar este a la basura. Y, además, a tu nuevo amigo Paul, tampoco le sirve una casposa aplicación de móvil para nada.

Paul suspiró ante el comentario y se preguntó en qué momento tuvo que comenzar a relacionarse con ese par de ignorantes, chapados a la antigua.

—¡No hemos venido hasta aquí *pa* que os flipéis con los móviles! ¿Queréis buscar sospechosos y dejar de hacer los tontos? —Bernadette dio un pellizco a los dos haciéndoles saltar y les regañó como si de niños se tratara.

El extraño movimiento de ambos hizo que algo llamara la atención de Cécile desde su lugar en el escenario. Instintivamente, se giró hacia ellos y tanteó con la vista hasta que fue capaz de diferenciar al párroco, que también tenía la mirada clavada en ella.

Cécile tragó saliva y comenzó a sentir el aire pesado.

Pude ver en su rostro la sorpresa tan desagradable que se acababa de llevar y, de inmediato, odié al sacerdote por ello.

Mi querida Cécile, ni siquiera se preguntó por qué demonios estaba el padre André ahí, pues una mezcla de sentimientos de rabia, miedo, odio y tristeza la invadieron de golpe. De repente, la idea de que hubiera venido a hacer daño a su bebé, por ridícula que esta fuera, se instaló en su amígdala, activando todas sus defensas y generando cantidades ingentes de adrenalina.

Margot, desde su lugar a un lado del escenario, enseguida notó en el semblante de su jefa que algo no estaba bien. No tardó más de dos segundos en comenzar a buscar entre el público, dirigiendo toda su atención hacia el mismo lugar al que miraba ella.

Ese fue el momento en que el gentío decidió alborotarse. Parecían enfebrecidos, tomando el

silencio de mademoisell*e* Dupont como una invitación para comenzar a trastear sus teléfonos móviles entre risas, y la algarabía que les provocaba la expectativa de lo que esa aplicación les pudiera brindar. En cambio, para Cécile, André y Margot parecía haberse parado el tiempo.

Margot se quedó de piedra al ver cómo, de repente, Cécile avanzaba hacia el público con los ojos encendidos y los puños apretados a sus costados.

Yo traté de esconderme entre la gente, pero no quería perderme ni un detalle de lo que pasaba. Ya dije desde el principio que soy un cobarde.

Aquí la heroína fue Margot, que se olió que todo podía salirse de control e hizo una seña a seguridad. Tras ello, corrió a su encuentro para tratar de detenerla. Apenas lograba alcanzarla cuando ya estaban frente al padre André y sus acompañantes. Cécile sintió que la agarraban de los brazos y tiraban de ella hacia atrás, justo a medio metro de su objetivo.

—¡¿Qué haces aquí, hijo de perra?! ¡Aléjate de mí! ¡No tienes vergüenza!

Los guardias apenas si podían sujetarla. Gracias al efecto de la fórmula del arrobamiento, ella sola estaba a punto de zafarse del agarre de cuatro fornidos gorilas.

—Lo-lo siento, Cécile. Yo... —El cura no logró moverse de su lugar, aun estando a punto de ser golpeado, solo podía mirarla a los ojos y sentir cómo los suyos se aguaban, preguntándose cómo, en algún momento, fue capaz de dañar al hermoso ser que tenía delante.

—¡Fuera de aquí! ¡¿No tenías otra mujer a la que joderle la vida?!

Émile y Bernadette no entendían nada, pero rápidamente tiraron del padre André para que retrocediera. Dupont estaba fuera de sí, eso todos lo podíamos ver. Sus mejillas encendidas y las venas de su cuello palpitantes. Los guardias no resistían más, alucinados por la fuerza de la joven mujer que los contrató y a la que, en un principio, tenían por una chica de fuerte carácter, pero complexión que rozaba lo delicado.

Margot no podía creer lo que estaba pasando, todo el mundo los miraba, tendría que mover cielo y tierra para que al día siguiente no fueran portada en todos los periódicos de las ciudades colindantes. Paul, una vez se hubo centrado en lo que estaba pasando y dónde se ubicaba cada uno, al notar que Cécile se soltaba del agarre de sus propios agentes de seguridad, le hizo un placaje interponiéndose entre ella y Côté, para acto seguido abrazarse a su cuerpo de frente.

—¡¿Paul?! ¡¿Tú los has traído?! ¡¿Trajiste a ese bastardo?! ¡Dime que no estás con él! ¿Te has dejado engañar? —Cécile miró a su amigo con odio y desesperación. Necesitaba respuestas y sentía que el corazón le iba a explotar. Mientras, tanto Émile como Bernadette se llevaron al padre André a rastras, sacándolo del lugar sin que él lo pudiera impedir.

Paul, pese a la furia y a las palabras de Cécile, se abrazó como pudo a su cuerpo, la estrechó entre sus brazos y cerró fuerte los ojos. Entonces fue cuando sintió algo casi imperceptible, pero ahí estaba. Enterró la nariz en el hueco de su cuello y cerró el abrazo.

—No estoy con él, Cécile, yo siempre estaré con vosotras, contigo. Cálmate por favor.

Cécile parecía confundida, pero aún forcejeaba, así que Margot no se atrevió a acercarse por miedo a recibir un golpe, solo pidió a los guardias que contuvieran a la gente y la dejaran en paz.

—Cécile, mírame. —El abogado sujetó el rostro de la chica entre sus manos. A aquella corta distancia, apenas podía distinguir su contorno y una tenue luz en lo que debían ser sus ojos, pero lo suficiente para susurrar muy cerca de su oído. —Tranquila, estoy contigo; contigo y con el hijo que estás esperando.

Capítulo 9. Confesión

Apesar de que el hotel se encontraba con el aforo completo, resultó relativamente fácil que abandonaran el salón de eventos, gracias a los profesionales de seguridad y a las indicaciones de Margot. Paul mantenía a Cécile rodeada por los hombros y pegada a su cuerpo. La sacó de allí ante la mirada suplicante de André, que estaba siendo arrastrado hacia la salida por sus compañeros, mientras trataban de ocultarlo de la vista de los vecinos que, en los días posteriores, estarían cuchicheando sobre aquel incidente en mi consulta.
Yo ya no pude seguirlos, así que el resto os lo tengo que narrar basándome en sus testimonios.

∞∞∞

El hotel contaba con un pequeño jardín central al que pudieron acceder acatando las indicaciones de los guardias de seguridad, que les tuvieron que abrir las puertas usando las llaves, ya que en aquellos momentos esa zona se encontraba cerrada al público. Paul y Cécile entraron primero y Margot les siguió los pasos, tras entretenerse al dar instrucciones a la seguridad de que desalojaran con cuidado a la gente. Tras esto, respiró hondo y miró a la pareja, aún dudosa de poder acercarse a ellos.
Llegaron a la zona central del jardín, un lugar lleno de vegetación que les ocultaba del exterior. En ella había un gran árbol de sombra y se escuchaba el discurrir del agua de una fuente cercana. Cécile se dejó caer allí y escondió la cabeza entre sus piernas, tratando de regular su respiración y aclarar sus ideas.
Paul, una vez desprovisto de su acompañante, tanteó el lugar con su bastón, se arrodilló frente a ella y le apartó el cabello de la cara, aun sabiendo que se arriesgaba a recibir un manotazo o un insulto por su parte. Para su sorpresa, no recibió ni una cosa ni la otra.
—Está bien, a ese imbécil lo han sacado del hotel y no lo dejaremos volver —susurró muy cerca de ella.
Cécile no era una persona que se dejara ver vulnerable, siempre rezumaba seguridad en sí misma y eso era una de las cosas que más le fascinaba de ella.
—Te odio, Paul. —El reclamo se escuchó amargo. Lo último que quería recibir en aquel momento era condescendencia, y menos de él, pues el agudo olfato de Paul le acababa de poner en una situación para la que aún no se sentía preparada.
—¿Y yo que hice ahora? —El abogado soltó una risa suave, prefería ver a su antaño amiga enfadada con él, a verla triste—. Lo que sea que piensas que hice, preferiría que no tuviéramos que aclararlo a golpes. Ya he notado que te pusiste en forma.
Margot se acercó dudosa y se agachó junto a ellos.
—Chicos, ¿puedo sentarme con vosotros o vais a seguir cuchicheando a mis espaldas? Si vamos a manchar estos costosos trajes de hierba, que sea a lo grande.
Ambos la miraron sin decir nada, así que optó por tomar asiento sobre el césped y junto a Cécile, ya que vio que esta no dejaba de mirar con furia a Paul. No estaba segura de lo que hacía, pero

aun así abrazó a su amiga por los hombros atrayéndola contra su cuerpo.
—No me importa porqué estáis enfadados, pero sí quiero saber qué me he perdido, porque está claro que sabéis algo que yo no.
—Aún hueles a esa asquerosa vainilla —le espetó Cécile, en un intento vano de desviar el tema.
—¡Pero si me lavé!
—No lo suficiente.
Margot la soltó de golpe y resopló con hartazgo.
—Paul, ¿me lo explicas tú? No puedo con ella. ¡Últimamente está insoportable!
—No creo que me corresponda a mi contártelo, Margot —dijo encogiéndose de hombros y preguntándose, si sus dotes como mediador estarían a la altura para interceder entre aquellas dos mujeres.
—¡Cállate, Paul! ¡O te dejo mudo además de ciego! —La voz de Cécile se quebró y Margot volvió a abrazarla sin dudarlo, sin tomar en cuenta lo borde que acababa de ser o si aún quedaba en ella aroma a vainilla. Le dolía verla tan triste y enfadada, y no saber cómo ayudarla o qué estaba pasando.
—Aun así, podría olerte. Si me dejases mudo, quiero decir. —Paul hizo un mohín, se apartó a un lado, localizó el tacto de la corteza rugosa del árbol y dejó reposar su espalda contra ella. No diría nada más delante de Margot sin permiso de Cécile, no le correspondía.
Los tres se quedaron en silencio durante un momento, cada uno sumido en sus pensamientos. Hasta que Cécile, con la mirada perdida en la nada, decidió hablar.
—Tengo un... tengo un maldito ¿embrión? de ese imbécil dentro de mí.
Margot se apartó de golpe de ella para después sujetarla con fuerza por los hombros. Tenía que mirarla a los ojos, a aquellos ojos color hielo que centelleaban por el enfado, pero que ahora, además, le hacían lucir derrotada.
—¿Un qué? ¿Ese zarrapastroso te ha pegado algo? —preguntó asqueada, pensando en alguna especie de virus o bacteria de color verde y con muchas patas.
—¡Un bebé, Margot! —aclaró Paul—. Está embarazada, ¡por Dios! ¡Qué obtusas estáis hoy las dos!
—¡¿Qué?! Espera, espera. ¿Del curilla? ¡Oh, mierda! ¡Mierda! ¡¡Joder!! —Se levantó de un salto al escuchar aquella verdad inesperada y comenzó a andar nerviosa arriba y abajo—. ¡Os voy a matar a los dos! ¡Cécile Dupont! ¿Era por esto por lo que te negabas a ver a un médico? ¿Qué se suponía que pensabas? ¿Que si nadie se daba cuenta el bebé iba a desaparecer por obra del Espíritu Santo? ¡Que el padre es un párroco de mierda, no un ser divino! ¡¿Y por qué narices no lo llamas bebé como todo el mundo?! —Cécile no pudo sostenerle la mirada por más tiempo. —¡Oh, mierda! ¡Mierda! Perdón, estoy diciendo esa palabra demasiado, pero... ¿No habrás tratado de librarte de él? —dijo totalmente horrorizada ante tal sospecha.
—Margot, no ayudas, deja de regañarle. Ella tiene derecho a decidir si quie...
—¡Paul! ¡Deja de un lado tus estúpidas leyes! ¡No me puedo creer que digas eso!
—No tengo derecho —Cécile interrumpió aquella discusión sin sentido.
—¿Qué? ¿Cómo que no tienes derecho? Ya te digo yo que sí —protestó Paul muy seguro de sí mismo.
—No, no lo tengo. Lo he intentado de todos los modos posibles. No puedo deshacerme de él y, la verdad, ahora ya tampoco quiero —dijo encogiéndose de hombros, como si aquello no tuviera mayor importancia. Margot respiró aliviada al escuchar lo último.
—¿Cómo puede ser que no hayas podido? —Paul continuaba contrariado—. No entiendo. No es que quiera que lo hagas si tú no quieres, entiéndeme. Solo trataba de explicar el punto de que

tienes derecho de decidir si quieres ser madre o no.
—No he podido porque el maldito brebaje que estaba preparando para utilizarlo con mi tecnología, me cayó encima y no sé cómo, pero protege mi cuerpo de cualquier daño.
Ambos necesitaron un momento para asimilar de qué estaba hablando, hasta que Margot consiguió atar cabos.
—Cécile, me dijiste que la exposición a aquel líquido azul y viscoso no te afectó en nada. ¿En qué más me has mentido?
—Un momento, chicas. ¿De qué exposición estamos hablando? Margot, me parece que cuando viniste a mi despacho no fuiste muy precisa con lo que pasaba con Cécile.
—¡¿Qué demonios?! ¿Habéis estado conspirando a mis espaldas? —preguntó Cécile contrariada.
—¿Y qué querías que hiciera? ¡Me tenías preocupada! Desde que pasó lo que fuera que pasara con el maldito cura ese, André Côté, no me cuentas nada. Te escondes por días en la zona de trabajo o desapareces sin más. Después de lo del accidente, lo único que creí saber es que André no quería nada contigo, cosa que no me extrañó, nunca os llevasteis bien. Idiota de mí, pensaba que ni siquiera os hablabais fuera del ayuntamiento y ahora resulta que, ¿esperas un bebé suyo? ¡¿Qué más tengo que descubrir?!
Margot hizo grandes esfuerzos por entender lo que acababa de pasar. Ella conocía la atracción que sentía Cécile por André y, a pesar de lo ridículo que sonaba que fuera detrás de un hombre que había consagrado su vida a Dios y sabiendo que jamás aceptaba un no como respuesta, nunca pensó que aquello se convertiría en algo trascendental en sus vidas. Quizás sí pensó en la posibilidad de que lograra llevárselo a la cama en un momento puntual, pero contaba con que los remordimientos del clérigo detuvieran aquello y, sobre todo, contaba con que tomaran medidas para que no existiera ningún fruto del pecado del que lamentarse.
—¡Nada! ¡No hay nada más que descubrir! Está bien, os lo contaré todo para que dejéis de hacer averiguaciones por vuestra cuenta. Sois unos cotillas, ¿lo sabíais?
Cécile centró su mente lo más deprisa que pudo. Les contaría todo, al menos hasta donde les pudiera contar sin dar con sus huesos en la cárcel.
—Veréis, la cosa es que sí que había algo entre ese gilipollas y yo. No sé deciros el qué, pero lo había. Yo... Supongo que sería muy iluso por mi parte decir que era solo atracción, o un encaprichamiento, porque no lo era.
»Admito que estaba... Que estoy enamorada de él. —Hizo una pausa para tragar saliva, le costaba expresarlo en voz alta—. Y pensé que él también lo estaba de mí, pero es tan..., bueno. Ya sabéis, es un tío cabezota como él solo y de costumbres anticuadas. —Margot puso los ojos en blanco, aquello lo habían comentado mil veces—. Me daba mucha rabia estar colada por alguien así, y quería convencerme de que no deseaba a una persona como él en mi vida, que eso no va conmigo. Discutíamos mucho, admito que trataba de retarle todo el tiempo, pero él a mí también. En cada discusión, me esforzaba por hacerle ver que no lo necesitaba, en parte porque me gustaba verle desesperarse y en parte, para convencerme a mí misma de ello. Pero supongo que jugué con fuego hasta que me quemé.
»En serio, hubo un momento, supongo que el mejor que tuvimos, en que pensé que el padre André no podía vivir sin mí, porque parecía buscarme todo el tiempo. Sí, sé que eso suena egocéntrico, pero vamos, soy yo, Cécile Dupont, y ya sabéis, se supone que soy fantástica y todo eso. —Hizo una pausa y forzó una sonrisa, pero a Margot no parecía hacerle gracia y Paul ni siquiera se dio cuenta. —Bien, eso ha sonado patético hasta para mí; pero como os decía, el caso es que después de la última junta, tuvimos una discusión muy fuerte. Él me siguió hasta casa y algún empleado debió abrirle, porque de repente, lo tenía plantado frente a mí en la zona de

trabajo.
»Allí continuó reclamándome a pesar de que yo le ignoraba lo mejor que podía. Pero estábamos justo donde yo tenía la fórmula que extraje del jugo de unas flores que… da igual. Que conseguí a través de una vieja del pueblo con una *performance* chulísima, os lo juro. En fin, que yo quería investigar las propiedades de esas flores y su aplicación al incluirla en la fusión con ciertos metales. Pero aquel día, la discusión creció más de lo que esperaba, nos dijimos cosas muy fuertes y él me confesó que yo no le importaba. Supongo que solo fui un polvo más y que mi soberbia me hizo imaginar otra cosa. Me confesó que tenía otra pareja, una que no jugaba todo el tiempo a ser igual que los hombres. El muy imbécil… Os juro que me miré de arriba abajo para ver en qué coño me parecía yo a un hombre.
—¡Será machista el muy gilipollas! —explotó Paul—. ¿Pero es que anda tirándose a todas las pazguatas que van a misa o qué? ¿Sabes qué te digo? Que ni siquiera creo que fuera verdad, Cécile. He estado investigándole, él es la pieza clave de un caso que tengo entre manos y no parece estar con nadie, creo que solo te lo dijo para hacerte daño.
—Pues peor aún, porque fuera verdad o no, quería librarse de mí y no le importó cómo, ni el daño que me haría. Cuando escuché aquello me sentí tan mal que le contesté que, si realmente fuera el gran hombre que creía ser, no le daría miedo estar con alguien como yo, ni que los demás se enteraran. Pero que lo que le pasaba es que tenía miedo de mí, porque no me podía manejar como él quisiera. Yo nunca sería la pareja sumisa que él esperaba. No nos engañemos, ni siquiera soy una de esas muñecas tontas a las que uno podría pasear por el pueblo para darse el pegote delante de sus amigos.
»Le grité «cobarde» en su cara. Entonces fue cuando estalló, me empujó con todas sus fuerzas y al caer, todo se volcó sobre mí.
»Debería haber perdido… «esto» que llevo dentro de mí con aquel golpe, Acababa de enterarme de que tenía una falta y habría sido perfecto, aún no estaba encariñada con él, ni siquiera había asimilado la idea de ser madre —dijo con amargura.
»Tenía una gran brecha en la parte de atrás de la cabeza y perdí el conocimiento. ¿Y sabéis que hizo el muy cabrón? No hizo nada, no me ayudó, me dejó tirada como si fuera un deshecho... Todo eso era lo que le importaba. Aún no puedo creer que me dejara ahí en aquel estado. Debí de estar inconsciente por bastante rato, no recuerdo cuánto, porque cuando recobré el conocimiento no pude moverme durante lo que me parecieron al menos, un par de horas. Ahora recuerdo que me dolía mucho el vientre, pero es que, en realidad, me dolía todo. Lo que más, el amor propio.
—Y fue cuando yo llegué y escuché tus quejidos. —Margot recordó la dolorosa escena—. La encontré mal herida en el suelo y murmurando el nombre de André, por eso supe que aquello se lo hizo él —dijo mirando a Paul—. Quise llevarla al hospital, pero me suplicó que no lo hiciera y, al rato, de forma milagrosa, parecía estar bastante recuperada.
—Fue la fórmula del arrobamiento, creo que regenera mi cuerpo y que también impide que el feto sufra daños, pero no estoy muy segura de que lo haya asimilado como yo. Veréis, al principio aborrecí la idea de estar esperando un hijo de ese imbécil, necesitaba deshacerme de él como fuera, porque bueno... ser madre nunca entró en mis planes y, además, me lo imaginé siendo la viva imagen de André. Eso iba a ser terrible, porque me recordaría a él todo el tiempo, lo tonta que fui y lo que me hizo. Pero después no sé qué me ha pasado. Lo siento, ya he sentido a este ser dentro de mí.
—Pues lamento estropearte eso, pero es muy pronto para que hayas notado nada —la interrumpió Paul, aún con su espalda contra el árbol—. Quizás solo sea tu cuerpo reacomodándose.

—¡Es mi bebé y punto! Mío y de nadie más. ¡Un Dupont!
—¡Ah! Ahora sí es un bebé. —Margot puso los ojos en blanco y alzó las manos por la sorpresa.
—¡Sí! Y por eso no quería que nadie lo supiera, porque necesito tiempo para pensar y para averiguar cómo protegerlo.
—¿Protegerlo de qué? No entiendo eso. —Ambos se miraron confundidos.
Algo en la forma en que el tono de voz de Cécile cambió, hizo que a Paul se le erizara el bello, pero todo era atribuible a las hormonas y al estado de ansiedad en que se encontraba, o eso quiso pensar.
—¡De todos! Del mundo caótico y lleno de amenazas en el que vivimos, pero sobre todo del padre André. Si no le importó hacerme daño y dejarme tirada como a un perro, ¿qué podría hacerle a MI HIJO?
—Mira, —Margot se sujetó la cabeza, comenzaba a dolerle—. No voy a disculpar a ese bruto. No debió empujarte y después abandonarte así, por muy enfadado que estuviera o por mucho que no le importes. Y esto lo digo sabiendo lo exasperante que puedes llegar a ser en algunas ocasiones, —sus labios se curvaron en una fina línea tratando de quitar hierro al asunto—, pero creo que estás un poco paranoica. No es que lo conozca tanto, pero no creo que el padre André sea de los que hacen daño a un niño, mucho menos si sabe que es suyo.
—Paranoica o no, ese estúpido no debe saber de la existencia de mi bebé —zanjó cruzando sus brazos sobre el pecho, visiblemente alterada.
—No le llames paranoica, Margot, en cierto modo es lógico en su estado.
Cécile cerró los ojos y expulsó el aire poco a poco.
—Me parece estar en una película. ¿Pero qué es lo que temes? ¿Que quiera exorcizar al niño? ¿Que lo esconda en un convento en el confín del mundo donde nadie conozca su procedencia? —ironizó Margot y Cécile la ignoró dirigiéndose solo al abogado.
—En realidad, creo que sí que estoy un poco paranoica, Paul. Estoy teniendo pesadillas y mucha ansiedad, cambios de humor, creo que no estoy pensando con claridad.
—Cécile, estás esperando un bebé y con todo lo que has pasado y guardándotelo dentro sin buscar apoyo en nadie, es normal. —La excusó Paul—. Todas las personas llevamos dentro el temor a que nos hagan daño; el instinto de supervivencia es algo que conservamos sin ser conscientes de ello, porque ha quedado grabado en nuestro ADN durante millones de años. Todo ser humano siente impulsos por proteger a su familia, nación, raza o especie. Por eso, cuando estás encinta, necesitas más aún sentir que todo va a estar bien, que el bebé va a estar seguro.
—Genial, ahora resulta que no me estoy volviendo loca, solo soy una estúpida y hormonal incubadora. Justo lo que siempre quise ser de mayor. —Cécile suspiró cansada.
—¿Y bien? —La pelirroja no iba a discutir sobre reacciones hormonales de las mujeres gestantes. No estaba puesta en el tema y agradecía que Paul fuera una enciclopedia andante en casi todo, pero aún no estaba satisfecha.
—¿Y bien qué?
—Que cuál es el plan —vocalizó cada palabra grande y despacio.
—¿Qué plan? —Cécile alzó una ceja—. No hay ningún plan. A no ser que te refieras a comer chocolate, odiar a la santa Iglesia católica con todas mis fuerzas, y engordar como una vaca durante los próximos siete meses.
—¡Cécile Dupont! ¡Deja ya de tomarme por tonta! Te conozco más que a mí misma. ¡¿Cuál es el estúpido plan y en qué estabas trabajando?!
—¿Una *app*? —Puso carita de cordero al cual llevan de camino al matadero. Eso no le iba a funcionar con Paul, pero con Margot nunca fallaba. Al menos hasta ahora, porque en aquel

momento ambos lucían expresiones de total desconfianza.

Capítulo 10. Sospechosos

Nada más regresar a la iglesia, André corrió a encerrarse en la sacristía. Solo que esta vez, aunque al principio se escucharon los característicos golpes y exhalaciones que solía producir al golpear el saco y que, de seguro, más de un feligrés confundía con auto flagelaciones, al cabo de un corto espacio de tiempo, todo quedó en silencio.

Tras esperar lo que a ellos les pareció un tiempo prudente, Bernadette y Émile, que habían decidido seguirle sin que él lo notara, se atrevieron a entrar.

André me explicó que, en aquella ocasión, sus amigos lo encontraron derrotado, triste y con la mirada perdida en algún punto del suelo. También me contó con cierta añoranza, como aquel improvisado saco parecía haber conocido tiempos mejores. Que, tras la paliza, todavía lo sujetaba casi colgándose de él.

Después, se dejó escurrir hasta quedar sentado en el suelo, justo en el rincón más oscuro de todo el lugar. Se soltó el alzacuellos y exhaló hasta vaciar su pecho.

No se sorprendió al comprobar que lo habían seguido; de hecho, agradecía que no lo hubieran dejado solo tras lo sucedido en el hotel, a pesar de que les exigió varias veces que se marcharan.

Fue consciente de la suerte que tenía de contar con grandes amigos como ellos. No era tan fácil conservar las amistades cuando tus obligaciones eran con Dios. Por esa misma razón, en cuanto estuvieron a su lado, comenzó a hablar sin que tuvieran que preguntarle. Las palabras salieron como si fueran vómito que hubiera estado intentando contener hasta no poder más.

—Cécile me odia —explotó— y aunque lo sabía, no puedo soportar verla frente a mí con todo ese rencor en los ojos… Es algo superior a mis fuerzas. —Comenzó a gimotear dejando a los otros dos estupefactos. Era la primera vez que lo veían así—. ¡He sido un idiota! ¡No! ¡Un cobarde y un cabrón! ¡Eso es lo que he sido! ¡No tengo perdón de Dios!

—Pero ¿qué ha hecho, páter? —Bernadette, con los brazos cruzados sobre el pecho y un tono entre condescendiente y de reproche, fue la primera en atreverse a preguntar. No lo conocía de tanto tiempo como Émile. Solo desde hacía un par de años, cuando tras un vergonzoso incidente, fue destinada a cubrir una vacante en aquel pueblo perdido al que ningún otro agente quería ir, pero ya se tenían cierta confianza—. ¿Qué pasó entre vosotros?

—Yo le hice daño y después, la abandoné malherida; me asusté, y antes de eso le dije que no la amaba. ¡La he cagado a lo grande! —Fue lo único que aquel intento de religioso pudo articular entre sollozos casi ininteligibles, pero, para él fue como una liberación. Llevaba demasiado tiempo con ese dolor atorado en la garganta, sin poder contárselo a nadie.

Tanto Émile como Bernadette se quedaron con la boca abierta. Al igual que el resto de las personas que los conocían, nunca imaginaron que hubiera algo entre ellos dos. Les sonaba tan imposible como estornudar sin cerrar los ojos o devolver a un muerto a la vida.

¿Acaso André no renunció a la carne el primer día que puso un pie en el seminario? ¿Esto significaba que había roto la confianza sagrada que sus feligreses depositaron en él como sacerdote?

—¡Eh, Andreset! —Émile se sentó a su lado para tratar de calmarlo— ¿Acaso Dupont y tú? ¿Estás confesando que estabais liados? —Soltó una risita cómplice y le propinó un codazo,

aunque André no estaba de humor.

—No lo sé, yo... Supongo que sí —dijo restregándose los mocos en el hombro de su camisa negra. Bernadette arrugó la nariz ante el gesto. La mayoría de las veces, el ser humano le parecía asqueroso—. Teníamos algo. Tal vez algo tóxico y que ambos queríamos negar, pero era nuestro y yo... lo eché a perder. La alejé de mí de la peor manera y ahora me odia. ¿Qué voy a hacer, Émile? Siento que me falta el aire desde que no puedo estar con ella.

—André, no exageres, que no eres un adolescente y seguro que ganas en capacidad pulmonar a todo el pueblo. Tú y yo no hace tantos años que éramos el terror de las nenas —dijo Èmile y Bernadette resopló—. Además, estoy seguro de que nada de esto ha sido culpa tuya. —Émile aún no lograba entender lo que pasaba, pero era de esas personas que se mantenían al lado de sus amigos y que los excusarían hicieran lo que hicieran.

—Pues yo no estoy tan segura —Bernadette los interrumpió—. Por si no se ha *dao* cuenta, aunque usted solo vea a una pija elitista, Cécile es una tía como cualquier otra. ¿Qué parte no pilló de eso cuándo se metió en sus bragas? Haga lo que haga, diga lo que diga, aunque crea que no se parece a las tías que suele tratar en el pueblo y aunque no lo admita, en el fondo desea ser amada, como *tó* Cristo, y por lo que ha dicho, parece ser que usted se ha *pasao* eso por el forro de las pelotas.

—No sé cómo arreglarlo, Bernadette. Os juro que desde que fui ordenado no he cometido pecados carnales. Perdón, no *había* cometido... —Monsieur André elevó la vista y la miró con ojos suplicantes—. Yo la amo.

—Colega, no puedo asimilar que Dupont y tú… bueno… que os hayáis enrollado —Émile interrumpió a sus amigos; siempre le tuvo cierta manía a Cécile. Él solo veía que se pasaba las reuniones discutiendo con André y atreviéndose a retarlo—. Pero si tan colado estás por ella, lo primero que deberías hacer es averiguar si siente lo mismo por ti y, si es así, luchar porque te perdone. De lo de la sotana ya nos encargaremos después—. Le restó importancia, como si ese tema fuera lo de menos—. La cruz te la puedes quedar —dijo señalando a su pecho—. Ya sabes que le eché una maldición para que no te durara mucho esa cosa del celibato.

Émile se atrevió a reírse. El último día que pasó con André, antes de que este se marchara a cursar dos años de filosofía y tres de teología en el seminario, se emborracharon juntos y este le regaló un pequeño crucifijo de madera, tallado y ornamentado por él mismo. Se lo ató al cuello y apretó bien el nudo mientas aseguraba entre risas, haberle pedido a la vieja Mèlissandre que lo maldijera, para que él entrara en razón y volviera a ser su colega de fiestas.

En su día, André pensó que bromeaba, pero ahora, miró con cierta desconfianza la expresión del rostro de Émile, que sentía por primera vez, que aquella bruja no lo estafó cuando le pidió que le dejara la pequeña talla durante una noche.

—Yo... siempre estuve seguro de que Cécile no sentía nada por mí, —el nudo en su garganta era evidente— que solo era un entretenimiento más para alguien... ya sabéis, tan malcriado como ella. Eso me irritaba tanto, pero ahora creo que estaba equivocado, que todo el tiempo estuvo ocultando lo que sentía, igual que lo hice yo. Si no, no estaría tan herida, ¿no? —preguntó esperanzado—. Aún con lo terrible de mis acciones. Y sé que ambos fuimos unos idiotas; pero más yo, porque fui quien terminó haciéndole daño.

—Bien, pues entonces deje de lloriquear como un crío de teta y póngase en marcha *pa* arreglar el marrón en el que usted mismo se ha *metío*. —Bernadette ofreció su mano a André para que pudiera incorporarse, aunque este, aún la miraba derrotado—. No me mire así, que más que como colega le estoy hablando como gendarme. Su lío con Cécile me importa un carajo, pero hay más cosas que ha *estropeao* por su orgullo de machirulo. Ha roto la confianza de los

miembros del consejo. ¿Es que no pensó en los proyectos del pueblo? ¡Se supone que es nuestro delegado, páter! Y, *pa* empezar, nos vamos a quedar sin sitio de reuniones por su cagada.

—Berni, no me parece que sea el momento de hablar de política local —Émile le recriminó el comentario.

—¡Ni Berni, ni cojones en salsa! ¡Si tan solo dejarais de pensar con la polla por una vez, me daríais la razón! ¡Joder! ¡Que es nuestro párroco!

A veces, Bernadette se ponía tan seria en sus funciones, que daba un poco de miedo. Se había propuesto ser una gendarme intachable, como si eso pudiera borrar todo su expediente. Sin embargo, le costaba eliminar su lengua barriobajera. Era parte de su esencia y siempre se le escapaban barbaridades por la boca, sobre todo, cuando se enfadaba.

Ella se crio en el barrio de Saint-Denis, en París. Rodeada de pobreza, droga y crímenes. Así que, aunque siempre soñó con encargarse de eliminar todo eso de sus calles, no pasaron ni dos semanas tras graduarse en la academia, cuando fue descubierta apropiándose de un precioso bolso de Gucci que vio en la sección de objetos incautados de su comisaría. Para más inri, el bolso resultó ser falso, pero ni eso, ni ser una novata, la eximieron de ser trasladada.

Aquel tema era algo que casi nadie en el pueblo sabía. Ni eso, ni que no era cleptómana, porque yo mismo me negué a hacerle un diagnóstico, ya que no era mi especialidad. Dejémoslo en que siempre fue bastante amiga de lo ajeno.

—Ella está en lo cierto, Émile. —André sujetó su mano y se puso en pie, enjugándose las lágrimas de los ojos—. Siempre pensé que Cécile era un problema para el pueblo, con todas esas moderneces y planes que parecían sacados de una novela de ciencia ficción, como las de B.R. Grille, pero de algún modo, todo terminaba fluyendo. Funcionaba, aunque yo me negara a admitirlo. Pero ahora mira: ella no está y, entre eso y los misteriosos asesinatos que están teniendo lugar, el consejo vecinal se va al garete. Todos están exaltados, desconfiamos los unos de los otros, no tenemos recursos y pronto, ni siquiera un lugar. Edmond me odia, me culpa por la marcha de Cécile y eso que aún no sabe cuánta razón tiene al hacerlo.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—No lo sé, pero tengo que conseguir que me perdone como sea. Bernadette tiene razón. Me olvidaré de mi orgullo y me arrodillaré si hace falta. Porque si vuelvo a tener que presenciar algo como lo de hoy, si la vuelvo a ver mirándome con el odio con el que lo hizo, me moriré. Os juro que no lo podré soportar. —Émile puso una mano en su hombro en señal de apoyo.

—¡Vamos, Andreset! No seas exagerado. Yo no la vi tan mal. De hecho, forcejeos e insultos aparte, la vi incluso más buenorra de lo habitual. ¿No es cierto, Bernadette?

—¡Joder, Émile! ¿Qué dije de dejar de pensar con la polla?

—Pero... —insistió pidiéndole apoyo con la mirada, antes de que André le saltara encima.

Bernadette puso los ojos en blanco.

—Sí, es cierto —aceptó ella—. Al parecer le sentó bien este tiempo lejos de ti, o de nosotros.

∞∞∞

Por una vez, Cécile tuvo que permitir que sus amigos la acompañaran hasta la masía Dupont. Se sentía mejor, había sido liberador poder compartir con ellos todo lo que le estaba pasando. Bueno, todo a excepción de su plan de investigación para crear un mundo perfecto en el que su bebé estaría protegido, claro. Mentiría si dijera que, en algún momento, no se sintió tentada de

hacerlo, pero una vocecita dentro de ella, supongamos que esa que le hacía denominarse «ser racional» le dijo que no lo entenderían.

Cuando al fin la dejaron sola, lo primero que pensó fue que, a partir de aquel momento, tendría que llevar más cuidado, pues aquellos dos no iban a dejarla tranquila ahora que sabían que se encontraba en estado de buena esperanza.

Era una mujer fuerte, pero también una chica sin pareja y con su familia a varios kilómetros de allí. Sería difícil convencerles de que necesitaba tiempo a solas.

Cécile suspiró profundamente al meterse en la cama.

No se iba a morir, ni le iba a pasar nada malo, o eso suponía y psicológicamente… En fin, ella se sentía bien. Solo iba a tener un bebé, un Dupont tan fuerte e inteligente como ella. Le enseñaría todo lo que sabía, incluso a mantenerse lejos de los garrulos con carita de ángel y acérrimos valores religiosos. Sobre todo, de esos.

Por primera vez, acarició su vientre con verdadera devoción.

—Tal vez, mi pequeña garrapata, si has heredado algo de la testarudez de tu maldito padre, puedas resistir lo que la fórmula del arrobamiento te pueda hacer, sin estallar, ni morir, o deshacerte como el resto de estúpidos en los que he probado a introducirla. ¿Qué dices? ¿Podrías? —Cécile se abrazó a sí misma—. Porque sigo sin saber el modo en que lo asimilé yo y, no encuentro la manera de comprobarlo. Hasta en mi desesperación, se lo derramé a un tipo por encima y se le derritió la piel como si fuera la cera de una vela color caca.

»Vaya... ahora tengo antojo de *fondue* de chocolate. —Suspiró dándose cuenta de que le daba pereza levantarse a buscarlo y Margot ya se había marchado—. Tal vez debería inyectárselo a él.

Se quedó mirando al techo. Era la primera vez que pensaba en esa posibilidad. Hasta aquel momento, su única ley suprema era la de no volver a ver al padre André bajo ningún pretexto. Pero ahora le había visto y sin saber por qué, volvía a sentirse atraída por él, más aún de lo que le atraía el chocolate belga o las fresas con *champange*.

Sin embargo, eso era inconcebible.

Tenía que contemplar todas las posibilidades: ¿y si la fórmula del arrobamiento no funcionaba en él del mismo modo que en los otros sujetos? O, casi peor; ¿y si por alguna extraña razón sobrevivía al igual que lo estaban haciendo ella y su hijo? Trató de convencerse a sí misma de que no le importaría, que no pasaba nada. O sea, con suerte ardería, se le caería la piel a tiras, se le fundirían las tripas o estallaría. Nada que lamentar. Pero si con él funcionaba…. La idea de que ese imbécil fuera indestructible le causaba auténtico terror. En su mente persistía la idea de que André iba a ir a por ella y, en cuanto supiera de su existencia, a dañar al hijo de ambos.

Tenía que concentrarse en ese asunto y, como siempre, sentía que un reloj imaginario corría al mismo ritmo que aumentaba su tripa. No le quedaba tiempo.

Se giró hacia un lado abrazando su almohada, dispuesta a dejar de pensar y a dormir. Se sentía bien, hasta que cerró los ojos y la traicionera almohada cobró la forma de aquel fibroso y estúpido sacerdote. Se encontró con sus ojos color miel con motitas verdes y su perfecta sonrisa de idiota. Y al querer dejar de mirarle a la cara, se dio cuenta de que ocultaba su rostro entre el ancho pecho de este. Furiosa, lanzó la almohada lejos. Esa noche tampoco podría dormir.

«Mejor, pensó. Más tiempo para seguir experimentando».

XXXX

Paul acompañó a casa a Margot. Permaneció en silencio durante todo el trayecto, absorto en sus pensamientos. Su amiga lo notó, pero tampoco se sentía con fuerzas para hablar, hasta que no

asimilara toda la información que acababa de recibir.

El letrado no dejaba de pensar en que quizás era el momento de contar a su amiga todo lo que estaba sucediendo alrededor de André Côté, porque ahora, después de lo acontecido con Cécile, le estaba dando miedo la posibilidad de que, de algún modo que no llegaba a comprender, ella estuviera involucrada.

Esperó a llegar a casa de la pelirroja, que tenía alquilada una vivienda de dos plantas en la orilla norte de Le Village Oublié. La chica se esmeró para que estuviera lo más alejada posible de las chismosas del pueblo, pero cerca de las pequeñas tiendas y servicios disponibles. Le horrorizaba la idea de vivir en mitad de la campiña, como Cécile.

No sin cierto reparo, le pidió permiso para entrar. Una vez allí, y guiado por la mano de Margot, tomó asiento en una de las sillas de la cocina y, mientras ella servía una copa de *Châteauneuf-du-Pape* para cada uno, fue explicándole todo lo concerniente al caso que involucraba al párroco. Detalles macabros incluidos, pues era importante saber si ella reconocía alguna pauta al respecto. Una vez comprobó que había asimilado todo el horror que le estaba explicando, con el mayor tacto del mundo pues temía su reacción, dio paso a sugerir si Cécile podría tener algo que ver con eso. Al fin y al cabo, en el hotel les dejó bien claro cuánto odiaba al padre André.

—¡¿Pero tú de qué vas?! —le reclamó levantándose de golpe de la mesa—. No me digas que me has contado todo esto, porque estabas sospechando de Cécile. ¡Por Dios, Paul! ¡Que es Cécile! No me puedo creer que estés siquiera sugiriendo algo así. ¿Viste lo dolida que está? No, claro que no lo viste. —Se llevó las manos a la cabeza—. ¡Ella es la víctima! Cécile puede ser muchas cosas, pero jamás haría daño a nadie y lo sabes.

—¿Lo sé? No sé, Margot —dijo Paul con un tono de voz tranquilizador—. Siempre me ha parecido una mujer admirable, la aprecio mucho y, aun así, intento no dejar que eso interfiera en mi raciocinio. Pero bueno, tú la conoces más a fondo que yo y, si dices que no tiene nada que ver, te creeré. Aunque la noté bastante... ya sabes… —El abogado hizo girar su dedo junto a la sien, indicando que a Dupont se le había ido la cabeza.

—Pero ¡¿Paul?! Tú mismo le dijiste que solo son las hormonas, que la tienen alterada. —Tomó asiento exhausta, pero dispuesta a dejar zanjado el tema con todos los recursos a su alcance—. Eso explicaría por qué se ha estado comportando de un modo tan extraño últimamente. Debe estar pasando por algún tipo de depresión. Ya la viste. Además, ¿para qué iba a hacer daño a toda esa gente? No la conoce. Si fuera por el enfado con ese curilla del demonio, le habría hecho daño a él, o si le diera miedo acercársele, habría pagado a alguien para hacerlo, pero no estaría haciendo esas cosas horribles a nadie más. Es asqueroso siquiera que lo pienses y no tiene ningún sentido.

—No, no lo tiene. —Dejó su copa y replanteó su posición, la idea de tener a Margot en su contra no le atraía, y mucho menos por un pálpito que ni siquiera tenía por qué ser real. Ella debía tener razón—. Seguramente sea eso, las hormonas. Qué otra cosa podría volverla así de paranoica. Eso y que aquí no tiene a nadie a su lado, excepto a ti. Hay que demostrarle que ese bebé no corre peligro, porque tratándose de Cécile Dupont, es capaz de crear un búnker o cualquier otra cosa que implique gastar mucho dinero.

El abogado soltó una carcajada recordando varias de las excentricidades cometidas por su amiga en la época universitaria. Como cuando pagó a una súper modelo para que se hiciera pasar por su madre y así convencer al salido del director de que estaba enferma, mientras faltaba a clases para adelantar su trabajo de fin de curso. O cuando compró todos los boletos del sorteo de un viaje de estudiantes, solo para que pudiera ir toda su clase.

—Vale, voy a dejar de estar enfadada contigo por lo que acabas de sugerir. Pero me tienes que prometer que dejarás a Cécile fuera de cualquier investigación que estés realizando al respecto, ¿de acuerdo? —Margot se puso frente a él de brazos cruzados, aun dándose cuenta de que él no la podía ver.

—Solo si tú me prometes que la tendrás vigilada. —Trató de hablar tranquilo y con una leve sonrisa para hacer sentir a Margot más calmada.

—Yo siempre la tengo vigilada, cariño.

—Lo sé —dijo en tono de burla.

—No, en serio. Soy su amiga y se supone que tú también lo eres. Entonces, en lugar de estar pensando mal de ella, deberías ponerle al tanto de lo que está pasando. Porque hay algún loco que parece estar obsesionado con el padre de su bebé. ¿Qué tal si, aunque lo niegue, eso le afecta? No sé, Paul. No quiero que, si le pasa algo al párroco, ella se lleve una sorpresa desagradable estando... ya sabes, en su estado. Deberíamos avisarla y confiar en ella. Eso es lo que hacen los amigos, ¿no es así?

—Supongo que sí. Además, nunca he podido negarte nada.

Paul tanteó la mesa hasta que puso sus manos sobre los brazos de Margot. Aquel gesto tan conocido trasladó a la chica a su época universitaria.

—Tienes pareja, ¿recuerdas?

—Sí, claro. Solo estaba comprobando que tú también lo recordabas. —Sonrió Paul. Aquellas bromas fueron habituales entre ellos mucho tiempo atrás.

Capítulo 11. A Cécile, no

Llegó un momento, en el que el padre André pasaba mucho más tiempo metido en una oficina que predicando en la iglesia, practicando escalada con Émile o simplemente ejercitándose. Ya era la segunda vez en tres días que, o bien Pierre, o Paul, le hacían ir a sus respectivos despachos para seguir con aquellas preguntas incómodas que poco o nada servían en el caso que les traía de cabeza. No paraba de pensar en que, si tan solo le dejaran un poco de tiempo para respirar, podría centrarse en ver qué rumbo seguiría su vida de ahí en adelante. Émile le aconsejó que hablara con Cécile, pero no sabía cómo acercársele y cada día que pasaba sin dar un paso hacia ella, sentía como si se alejaran un poco más el uno del otro.

—Honestamente, Larue, no sé qué hago aquí otra vez. En estos últimos días no ha aparecido ningún cuerpo nuevo. ¿No es así?

Paul no necesitaba verle la cara para sentir su frustración y, en el fondo, la estaba disfrutando. En cierto modo, sentía la necesidad de tomar un papel paternal con Cécile y vengar su honra y su buen nombre, como si en algún momento, ella hubiera sido una damisela en apuros.

—En los últimos cuatro días, no. Si eso le parece mucho a usted, es que tenemos conceptos diferentes sobre el tiempo y la importancia de las vidas humanas. —Como siempre, no podía evitar el sarcasmo con él. Si ya antes no le caía bien, ahora menos.

—Solo digo que, a lo mejor, el tipo ya se está cansando de este tema. ¿Ha prestado atención a las noticias? Ha habido robos en las tiendas del centro del pueblo, donde la plaza. Tal vez las autoridades deberían centrarse en eso y dejarme cumplir con mi labor como sacerdote. No puedo comprometerme a cerrar fechas de liturgias, y doy gracias de que no estamos en periodo de catequesis, ni en temporada alta de bodas. No sabría cómo hacerlo si todo el tiempo me están citando para que venga aquí. —André tomó al fin asiento, ya había comprobado en otras ocasiones que, el dar vueltas por aquel despacho, no le hacía terminar antes.

—Côté... Llevo un par de días tratando de preguntarle algo y no sé cómo hacerlo. —Paul escuchó el crujir de la silla ocasionado por el peso de André al sentarse y se dispuso a trabajar.

—Pues, hágalo, responderé a lo que sea si con eso dejo de tener que venir aquí. —André adoptó una pose soberbia que Paul no iba a poder ver, aun así, notó el cambio de tono en su voz.

—Bien, ¿recuerda cuando comenté que el tipo al que buscábamos podría ser alguien relacionado con Empresas Dupont? ¿Alguien que conociera a las personas vinculadas con la empresa?

—Sí, lo recuerdo perfectamente. Por eso fuimos a la presentación, para tratar de proteger a Cécile y a Margot.

—Usted propuso eso.

—En efecto, yo lo propuse. —No pensaba justificarse.

—Necesitaba que aprobáramos que se acercara a ella, ¿para qué exactamente? ¿Para no levantar sospechas? ¿Para quedar como su protector y dejarla a ella como una desagradecida por echarlo a patadas? ¿O porque sabía que a usted le iba a ser imposible entrar solo?

—Mire, Larue. Yo no ando buscando que la gente apruebe lo que hago, ni quedar bien con nadie. Si así lo hiciera, ya no sería un servidor de Cristo. ¡Para mí, lo único importante es que

Dios me apruebe!

—Pero nos involucró a todos, fuimos y usted vino con nosotros sin advertirnos de que tenía problemas serios con Dupont. —André terminó agachando la cabeza, preguntándose si Cécile le habría contado algo sobre lo que pasó entre ambos. Al fin y al cabo, aquel fatídico día le quedó bien claro que se conocían y se tenían cierto aprecio—. Así que mi pregunta es esta: ¿qué piensa que puedo creer que significa el bochornoso espectáculo que Cécile y usted dieron en la presentación de Empresas Dupont?

Paul estaba disfrutando. No solo trataba de investigar, sino que torturar al hombre que tenía delante era uno de sus pasatiempos favoritos. ¿Qué queréis que os diga? Ojalá hubiera podido ver la escena mientras comía unas palomitas y no haberla escuchado tiempo después, relatada por boca del propio André. Quien, conociéndolo, podría haberme ocultado cualquier dato que considere vergonzoso.

—No creo que ese tema sea de su incumbencia, Larue. Es algo personal.

—No me voy a andar con rodeos entonces. ¿Tan personal como para que sea la propia Cécile quien quiera, de modo directo o indirecto, hacerle daño?

—¿Qué? Espere... Un momento. ¿Está queriendo insinuar, tan solo por un segundo, que Cécile tenga algo que ver con las atrocidades que me han estado mostrando sobre este caso? —Soltó un gruñido, se levantó furioso y acorraló a Paul entre su silla y la pared—. ¿¡Pero qué clase de amigo se supone que es usted!? ¿Cómo se le ocurre si quiera? ¡Repítalo y será lo último que haga!

Paul no pareció inmutarse, ni trató de escapar de su adversario. En cambio, permaneció en su silla sonriendo como si haber logrado sacar lo peor de él significara algo.

Por el contrario, el cura estaba tan furioso, que le habría golpeado en ese mismo instante de no ser porque escuchó un ruido. Ambos giraron sus cabezas para comprobar que se trataba de Pierre, quien entró en la sala sorprendiendo a los dos en aquella penosa situación.

—No me importa a qué andan jugando, pero más les vale dejar las diferencias a un lado y trabajar juntos, como Dios manda —aseveró estas últimas palabras mirando a André y lo separó de un empujón, haciéndole retroceder varios pasos.

—¡Eso dígaselo a su defensor de las causas perdidas! ¡El supuesto amigo y admirador de Cécile Dupont! ¡Solo es un hipócrita celoso, que intenta calumniarla del peor modo!

—¡Yo no he intentado nada! Cécile *sí* es mi amiga. Solo hice una pregunta sobre los motivos que podría tener.

—No me importa lo que les pase ahora con Dupont, se supone que están aquí por otro tema. Con ella ya tendremos una charla por la que está liando con su nueva *app*. Entre todos ustedes no gano para dolores de cabeza. —El hombre, siempre imperturbable, se veía sobrepasado.

Tanto André Côté, como Larue, miraron a Pierre con cara de no entender. ¿Qué pasaba ahora con Cécile? Paul exhaló para tratar de relajarse antes de que soltara la bomba. Seguramente, Cécile ya se habría metido en alguno de esos líos que tanto temía Margot; aquellos para los que pidió un respaldo legal. Mientras, el párroco, muy ajeno a estos temas, aún no tenía claro qué era una *app* ni para qué servía, pero no le parecía que fuera algo tan importante como para provocar ningún tipo de problema.

—Disculpe, Pierre —preguntó André—, ¿pasa algo malo con Cécile? Porque no creo que su jueguecito para móviles pueda crear ningún problema a nadie.

—Jueguecito o no, hace varios días que terminó la prueba gratuita que regaló en la presentación, y la gente se volvió loca. Quieren volver a descargarla, pero puso unos precios tan desorbitados que nadie los puede pagar.

—¿Y bien? Pues que no la descarguen y punto. —Paul tampoco entendía dónde estaba el problema—. Los productos de Cécile son los mejores, por eso siempre han sido los más caros. No es nada nuevo.

—Mire, Paul, yo tampoco entiendo de esas mierdas, pero la gente está como loca. No contemplan la idea de no descargarla, y están cometiendo pequeños delitos de todo tipo para conseguir el dinero. ¿No habéis visto las noticias?

André sí las había visto y no podía creer que estuvieran acusando a Cécile de eso también.

Recordó una de las primeras tardes en las que el azar les hizo compartir lecho. Él entró a ducharse tras una dura sesión de sexo, mientras ella, menos acostumbrada a las bajas temperaturas de nuestro pueblo, aún no se atrevía a salir de debajo de las mantas, habiendo exigido el segundo turno para asearse. Fuera hacía frío y él tardó un poco más de la cuenta en salir de debajo del chorro del agua caliente. A través de la puerta, mientras trataba de secarse y ponerse algo que le cubriera, escuchó cómo ella trasteaba su viejo transistor con curiosidad. Aquello le hizo gracia, aún sin verla, se notaba que navegaba por los diales con torpeza, como si nunca hubiera visto un cacharro de aquellos antes.

Se detuvo en uno de ellos, el de las noticias nacionales. El locutor comentaba sobre unas manifestaciones en el centro de París; al parecer, el asunto se había complicado. Los manifestantes no dejaban pasar a los vecinos a sus casas, destrozaban escaparates y hasta quemaban contenedores. Las cargas policiales eran continuas. Él no le dio importancia, todo aquello estaba demasiado lejos como para que le afectara, pero cuando abrió la portezuela, ella ya estaba vestida, calzada y mantenía el pomo de la puerta entre sus manos. Al verlo ahí, apoyado en el marco y con cara de no entender qué estaba pasando, solo dijo: «necesito saber que mi gente está bien y si necesitan algo», dio un portazo y se marchó. Nunca más hablaron del tema.

—¡Por lo visto, hoy es el día de acusar a Cécile por todo lo que pasa en este dichoso pueblo! Bien, pues ya pueden ir y detenerla por subir el precio de artículos que NO son de necesidad. ¡Tal vez sus abogados no sepan librarla de tamaña tontería! —el padre André se burló mientras se dirigía a la salida— ¡Ah! Y si eso, ¡también de que los habitantes de Le Village Oublié sean idiotas! —Gesticuló exageradamente—. ¡Cometer delitos para pagar una aplicación para el teléfono! Y luego yo soy el que no entiende estos tiempos. ¡Escuchadme bien! Y hacedlo los dos. —André se volvió desde la puerta—. Cécile será muchas cosas, pero es buena persona. Ella siempre ha intentado ayudar al progreso del pueblo. A su extraño modo y, yo he sido el primero en poner pegas a todo eso, pero así ha sido. Ella nunca haría daño a nadie, todo lo contrario. Es de esas personas que harían lo que fuera por proteger a los que quiere, por darles todo. Así que dejad de juzgarla de una buena vez y de meteros en sus asuntos.

Dio un portazo al salir. Todas aquellas sandeces eran lo que menos necesitaba. Aún no conseguía dar con el modo adecuado para acercarse a Cécile sin que esta le rehuyera, o le atacara. Se decía a sí mismo que no encontraba una excusa lo bastante buena. Pero en realidad, sabía que lo que no encontraba, era el valor para hacerlo.

¿Cómo haría para recuperar su confianza, si es que alguna vez la tuvo? Lo único que sabía era que ahí dentro, sintió el impulso casi incontrolable de acabar con Pierre y Paul para proteger a la chica. En esa ocasión logró contenerse, pero no estaba seguro de poder, ni de querer volver a frenarse. Nadie volvería a decir nada malo de Cécile delante de él. Fue justo en ese momento, cuando decidió que, aunque ella le odiara, iba a protegerla de todo y de todos. Tal vez así se daría cuenta de que la amaba de verdad y de que estaba totalmente arrepentido. Tal vez con acciones en lugar de palabras, podría demostrarle que lo único que le importaba era volver a

tenerla entre sus brazos, sentir la calidez de su cuerpo, su aliento y su aroma, con los que aún soñaba cada noche.

∞∞∞

El estar subiendo de peso tenía su parte buena, y era poder estrenar aquel fino y costoso conjunto de chaqueta, encargado a uno de los mejores modistos de todo París. «Lo mejor para la mejor», esa era una de las principales máximas de Cécile.

La ocasión era tan buena como cualquier otra para arreglarse y presumir. Aquella tarde, Margot la había citado en la oficina que esta tenía en casa. A la pelirroja se le amontonaba el papeleo debido a la subida de las acciones y demás consecuencias derivadas de la nueva aplicación de Empresas Dupont, así que no pudo desplazarse hasta la masía para hablar con su jefa. Cécile, por su parte, estaba encantada con aquello. No tenía que andar con tanto cuidado de ocultar sus investigaciones y experimentos, y ya no estaba de tan mal humor. El haber confesado parte de sus problemas, sumado a los grandes ingresos que estaba recibiendo gracias a sus nuevos clientes, habían sido un buen revulsivo.

No obstante, de camino a casa de Margot, Cécile recordó porqué siempre citaba a su amiga en la masía. No es que hubiera una prohibición explícita de no entrar con vehículos a Le Village Oublié, pero nadie en su sano juicio lo hacía, si no quería que este quedara atascado entre las estrechas callejuelas de aquel lugar. Tuvo que dejarlo tras la muralla y atravesar andando desde el arco de la Porte Cachée hasta la parte más alta. El pueblo le pareció más tranquilo que de costumbre, si es que eso era posible y, al pasar por la plaza del mercado, casi desierta, a punto estuvo de salírsele el corazón por la boca al verse sorprendida por el tañer de las campanas de la iglesia de Sainte Marie Enceinte. Miró a lo alto del edificio, más parecido a una fortaleza que a un lugar de culto, y lanzó un resoplido de indignación a quien quisiera que, desde lo alto, las hubiera tocado a aquellas horas tan irregulares, que eran más de siesta que de misa.

Ella recordaba haber pasado por allí en otras ocasiones, en las que se cruzó con *messieurs* que caminaban charlando con las manos a la espalda y niños jugando a juegos que ella ya creía extintos. En esta ocasión, solo una vieja *madame* atravesó la plaza mirando hacia todos lados, mientras sujetaba a una niña tan fuerte, que casi no se distinguía quién era la una y quién la otra. Al llegar a un postigo en el que, incluso ella, habría tenido que agachar un poco la cabeza para poder pasar, se la entregó a otras dos mujeres que miraron hacia Cécile con desconfianza.

Nunca entendería a las gentes de aquel lugar.

Cuando alcanzó el final de la calle de Margot, entró a la casa con su propio juego de llaves. Se trataba de una vivienda que, a pesar de estar reformada con muy buen gusto, siempre le pareció poca cosa para su amiga. Pese al esfuerzo realizado para subir aquellas cuestas, Cécile se sentía bien, con energía de sobra.

Sonrió a Margot nada más verla y bromeó con regalarle una noche con ella si hacían un buen trabajo. La chica bajó sus defensas y se sintió nerviosa, llegando a dejar escapar una risita que no pudo contener. Odiaba cuando Cécile la hacía sentir así de tonta. Como si aún esperara algo en ese sentido entre ellas, pero también le gustaba; para qué negarlo. Enterró la vista entre los papeles e hizo como si no hubiera sentido nada más abajo de su ombligo.

—¿Puedo esconderme aquí, mi pelirroja favorita? Las viejas del pueblo me miran raro. Creo que les pongo muchísimo.

Margot carraspeó muy seria, y levantó un poco la vista de sus papeles. Ya estaba demasiado acostumbrada a aquellos comentarios.

—¿Qué hiciste ahora?

—¿Luchar por no torcerme un tobillo para llegar a tu casa? —Se miró los *stilettos* de piel natural con verdadera preocupación—. Dime que ya te deshiciste de aquel asqueroso olor.

—Sí, Cécile, ya me deshice de él. Aunque no fue por ti, sino por el bebé. —La miró con suficiencia, había quedado al descubierto que el motivo de sus nauseas no tenían nada que ver con ella ni con su perfume—. No quiero que tus angustias le hagan sentir mal. Voy a ser su tía favorita, ¿recuerdas? —Margot sonrió y se inclinó hacia su amiga. Sus ojos brillaron por la emoción al mencionar al bebé.

—¡Shhh! Deja de hablar sobre la garrapata. Alguien te podría escuchar. ¡Dios! Dime que no me hiciste venir por eso. Si estás pensando en una *Baby Shower* u otra chorrada por el estilo, vete olvidando. —Dupont se cruzó de brazos haciendo un puchero.

—¿Cómo le llamaste? —Margot la miró desafiante.

—No sé de qué me hablas.

—¿Llamaste a mi sobrino o sobrina, garrapata?

—Es mío y lo llamo como quiera. —Continuó con su actitud defensiva e infantil.

—¡Por el amor de Dios, Cécile! Hasta tus IA tienen mejores nombres. Podrías haberle llamado… no sé, ¿bichito? ¿Frijolito como en aquella telenovela que vimos cuando pasamos juntas la varicela? Existen mil cosas menos ofensivas que ese apodo. Me hiciste recordar una escena terrible de la novela *El perfume*.

—No me has llamado para buscar nombre al bebé, ¿verdad? —Cécile comenzó a ordenar los caramelos Sugus de la bandeja de cortesía del escritorio de Margot.

—No, Cécile. Contigo nunca puede ser algo tan fácil. ¡Dios! No tengo bastante con todo el papeleo de esta compañía, que siempre hay un montón de problemas más agregados por tu culpa.

—¿Y ahora qué hice? —Cécile puso los ojos en blanco—. Yo estaba tan tranquila en casa, dedicándome a la vida contemplativa, tal y como me dijiste, para que mi garrapata y yo estemos bien. —Margot la miró hastiada—. ¿Qué? ¡Me estoy portando bien! Como mejor, bebo leche caliente y «casi» no tengo sexo. Y resulta que sigo siendo la culpable de todos tus problemas.

—Y a veces aún me pregunto por qué lo nuestro no pudo ser. Tiras la piedra y escondes la mano, como siempre. Tener sexo con desconocidos no va a hacer que te olvides de…

—¡No se te ocurra nombrarlo! —escupió dando un golpe repentino a la mesa, que hizo saltar dos Sugus y un clip al suelo.

—Del innombrable —soltó Margot, un poco harta de la situación.

—¿Ahora hablamos de Harry Potter? En fin, no hemos venido a esto, y que conste que lo nuestro no pudo ser porque mereces algo mucho mejor. —Lanzó un caramelo al aire y trató de atraparlo con la boca, fallando en el intento—. No se puede ser buena en todo. ¿Decías?

—La *app*. Baja los precios o lo haré yo misma.

—*Nope*. Necesito fondos, ya sabes. Voy a requerir un guardarropa nuevo y una habitación para la garrapata, con muchos sistemas de seguridad. Y te regalaré unas vacaciones de ensueño en verano. ¿Qué te parece? ¿Esa era toda tu preocupación?

—Y también está lo del padre André. —Margot se frotó las sienes al ser consciente de haberse atrevido a nombrar al supuesto innombrable.

—¿André? Nadie se preocupa por André. De hecho, ¿quién es André? Es un nombre horroroso, así que no me pidas que se lo ponga a mi descendencia. De hecho, el escucharlo no me ayuda nada con mis nauseas. —Cécile exageró una arcada.

—Deja de hacer la tonta. Sé que no quieres hablar de él, pero Paul está trabajando en un caso, y resulta que el padre André parece estar en serios problemas.

—Es un aries de marzo y un tipo grandote, podrá arreglárselas. —Lanzó otro caramelo al aire —. Además, ¿a mí que me importa?

—En serio, hay un tipo muy peligroso ahí fuera, haciendo cosas horribles a hombres con sus mismas características.

—¿Quieres decir vestidos de negro? ¿Con sotana y alzacuellos? —ironizó jugando con un Sugus de piña entre sus dedos.

—Yo solo te aviso de que piensan que su objetivo final puede ser André y... —Cécile sintió una punzada de orgullo; al parecer, había conseguido asustar a su archienemigo, aunque inicialmente, este no fuera el objetivo de sus experimentos.

—¿Y cómo es? Digo, el tipo que va tras el estúpido del curilla. ¿Crees que estará bueno? ¿Como yo, o más que yo? ¿Te lo zumbarías?

—Deja de jugar, Cécile. Nadie sabe quién es, pero te aseguro que lo que les hace a esos hombres, no es nada agradable. Es asqueroso, horrible; ojalá no me lo hubieran descrito nunca. De hecho, vamos a dejar el tema aquí, porque no quiero provocarte más nauseas.

—Me parece perfecto. —Sonrió—. Y digo que me parece perfecto que lo dejemos aquí, no que haya un tío buenorro asesinando gente por ahí. Eso no, claro. Eso es horrible... tal y como tú dijiste. —Alzó las cejas buscando su complicidad.

—Yo no dije que estuviera bueno.

—Claro, claro. Solo es que… Ya sabes, pensé que, si le cae mal el padre André, pues a lo mejor era un tipo inteligente, sexi e interesante de conocer. Al fin y al cabo, aún soy una mujer soltera —bromeó.

—No tienes remedio. Me vas a volver loca, así que vete a casa y descansa. Creo que las hormonas te están afectando demasiado.

Capítulo 12. Mentiroso

Cuando regresó a la masía continuaba sintiendo náuseas. Deseaba darse un buen baño, comer algo dulce y, tal vez, después vomitarlo tranquilamente; pero recordó que, en su despacho, había dejado una carpeta con todos los estudios que llevaba hechos sobre la fórmula. También, escondido en el cajón más bajo de su escritorio, un pequeño cuaderno con tapas en piel roja, lleno de anotaciones de su abuelo. Observaciones muy básicas sobre las flores del arrobamiento y los efectos que estas tenían sobre las personas.

Quería volver a echarle un vistazo.

La primera vez que vio aquellas anotaciones, adornadas con dibujos a carboncillo que explicaban las distintas partes de dicha flor y, manuscrito con la caligrafía típica de las personas que aprendieron a escribir con la técnica de grueso y perfil, le parecieron anotaciones totalmente inofensivas, casi un cuento de fantasía adolescente. Unas flores que, al cocinarlas, potenciaban sentimientos como el amor, que hacían que el ser amado se te declarara nada más tomarlas, que te mirara con tal arrobo que sabías que no existía un amor más grande en el planeta que el que esa persona te profesaba. También describía la excitación de los sentidos experimentada por su abuelo al haber ingerido dicha planta, las incesantes palpitaciones, la falta de sueño y la obsesión por el objeto de su embeleso.

Ella, que siempre admiró a Joseph Dupont, no recordaba haberlo visto nunca con aspecto de sentir ansiedad, ni más obsesionado por su trabajo de lo que cualquier genio del signo Piscis lo estaría. Su abuelo desbordaba creatividad, imaginación y una intuición poderosa, pero de un modo tranquilo, siempre amable con los demás y mucho más altruista de lo que ella lograría ser nunca. Lo que le hacía pensar que dichos efectos, cuando se sobrevivía a ellos, no eran permanentes. Al menos no a muy largo plazo, pues esa parte del cuaderno tenía una fecha muy anterior al año de nacimiento de Cécile.

Recordó haber deslizado los dedos por aquellos dibujos, imaginando que lo hacía sobre la mano de su abuelo, acompañándolo en cada trazo. Haberse perdido en cada curva del dibujo, en cada cuento escuchado tantos años atrás, pero no recordaba que hubiera nada anotado sobre la combustión de los órganos, el fallo sistémico, el colapso cardíaco de quienes la consumían.

Quizás, la primera vez lo observó con una visión más romántica que científica. Debía repasarlos. Tal vez, aquellos antiguos estudios podían serle útiles para averiguar por qué ella había asimilado la fórmula del arrobamiento de aquel modo y el resto no lo hacía. Algo más allá del hecho de que las flores no fueron cocinadas, o no del modo en que todos imaginamos cocinar unas plantas.

Al fin y al cabo, la primera vez solo pensó en utilizar dichas propiedades para lograr una mayor adhesión de sus clientes por sus productos. Algo que superara a la típica adicción al móvil, que significara la elección de sus dispositivos por encima de ningún otro de la competencia. Para ello, estos debían ser el objeto de la obsesión del cliente, cosa factible cuando alguien acababa de sostener un dispositivo nuevo entre sus manos. Solo era cuestión de crear un compuesto con el que moldear las carcasas, fundas y vidrios templados que contuvieran dicha fórmula. Después, y teniendo en cuenta el tiempo que una persona media sostiene entre sus

manos un dispositivo móvil, una pequeña parte de la fórmula sería absorbida a través de la piel por el usuario del dispositivo, pasando esta a su torrente sanguíneo. Era justo lo que necesitaba, pequeñas dosis seguras, pero renovadas cada día.

La adicción era parte importante en su negocio, su principal objeto de estudio, tanto para los dispositivos como para las aplicaciones o programas (IAs).

Se plantó en la zona de trabajo en menos tiempo del esperado. Otra vez la adrenalina recorría su cuerpo.

Lo primero que sintió mientras, apoyada en la mesa, repasaba con frenesí aquellos viejos papeles, fue que las náuseas desaparecieron. Era una buena noticia, pues en pocos momentos lo hacían. Ya casi podía decir que se estaba acostumbrando a convivir con ellas. Lo segundo, fue algo que hizo que se le erizara el vello a lo largo de toda la espina dorsal. Sintió el sonido de una puerta al cerrarse, cuando ella creía haberla empujado a su espalda hasta escuchar el típico ruido del pestillo al encajar. Pero también era cierto que no lo comprobó, ni echó la llave, pero es que aquella ala de la masía estaba prohibida para los empleados, así que no esperaba que nadie se presentara allí por propia voluntad, a no ser que quisiera ser despedido.

Pensó en buscar su daga, pero ni siquiera le dio tiempo de soltar los papeles que tenía entre manos. Pronto, un aroma conocido invadió sus fosas nasales, su sentido del olfato era muy fino desde que se encontraba en estado de buena esperanza. Inconscientemente, su cuerpo se tensó y su mente comenzó a funcionar a mil por hora.

André estaba allí.

Cerró despacio el cuaderno sin conseguir separar la vista de él, ni siquiera se movió del sitio. Estaba desarmada, sola en aquella área de la casa y, de repente, se sintió vulnerable, buscando con los ojos cualquier objeto sobre la mesa que pudiera servirle para defenderse. El poder y la fuerza que le daba la fórmula del arrobamiento era más que suficiente para sentirse segura ante la posibilidad de una simple visita indeseada en su despacho. Pero aquella presencia, las leves notas en el aire a agua del río Isère, a girasoles y zumo de arándanos que inundaron el ambiente, le hicieron recordar la última vez que el padre André y ella estuvieron a solas en el mismo lugar.

Se paralizó y, al girarse y verlo frente a ella, solo acertó a llevar su mano libre hacia su vientre, a modo de protección. Al notarlo, puso el cuaderno delante, tratando de disimular dicho gesto.

André no dijo una palabra, solo se quedó mirándola embobado, como si un milagro se hubiera hecho realidad frente a sus narices al abrir aquella puerta.

—No des un paso más o llamaré a seguridad. —Cécile consiguió que su voz sonara tranquila pero firme. El pavor porque su futuro hijo fuera dañado, la hizo olvidarse de que ahora ella no era ningún ser indefenso. —Debí enseñar una foto tuya a los de seguridad, para que te prohibieran el paso en mi casa, pero borré la que tenía para no tener que ver esa cara de estúpido nunca más.

—No he venido a pelear, Cécile. —André dio unos pasos más y levantó las manos en son de paz—. Solo quería pedirte disculpas, yo... Te ves muy bien, de verdad. —La belleza desmedida que él apreciaba en nuestra Cécile, el tenerla de nuevo tan cerca le estaban jugando una mala pasada. En tan solo un momento, había olvidado todo el diálogo practicado en su cabeza desde hacía varios días.

—¿Aparte de idiota eres sordo? —espetó con un temblor en la voz que la sorprendió y, al darse cuenta, empuñó un boli bic, lo primero que pudo alcanzar, como si fuera su habitual daga —. He dicho que ni un paso más, o te vas a arrepentir.

André frenó en seco, percibía el miedo de Cécile en el ambiente, y sabía que, en cierto modo, se lo había ganado. Pero aun así era un temor extraño, más evidente, o más grande de lo que él

hubiera esperado. Él, que también sentía un pavor exagerado por aquel encuentro, que no dejaba de sentir palpitaciones desde que se decidió a aparecer en su casa, que no conseguía que sus manos dejaran de temblar. Sí, él también tenía miedo, pero miedo al rechazo, que es un temor muy diferente.

Deseaba arroparla entre sus brazos y borrar a besos cada palabra, cada frase llena de soberbia. Y que Dios le perdonara, porque deseaba acariciarla.

—Yo... solo pretendo saber si estás bien. Necesito que me perdones por todo, Cécile. —Buscó algo de comprensión en su mirada, sin encontrarla—. Tienes razón, fui un idiota de lo peor y he venido para que…

—Has venido para que todos tus pecados te sean perdonados —le interrumpió entre dientes. Luego, carraspeó para recomponerse un poco antes de proseguir. Pretendía demostrar seguridad —. ¿No es así? Siempre me pareciste un mojigato y he escuchado por ahí, que un héroe sin capa está tratando de acabar contigo. ¿Necesitas que te absuelva para que puedas subir al cielo cuando te atrape? —se burló maliciosa.

Para ella, era importante tomar el control de aquel encuentro y, si podía ser siendo cruel con él, mejor.

André dio un respingo; no sabía que ella estuviera al tanto de lo que pasaba en el pueblo. ¿Hasta dónde estaría enterada? Una gran decepción invadió su pecho al darse cuenta de lo poco que le importaba su suerte. Aun así, recordó la conversación con Paul y Pierre y decidió establecer prioridades.

—Ese no es un tema para tomar a la ligera, con tu actitud solo vas a provocar que sospechen más de ti, y que te metas en un lío.

—¿Sospechan de mí? —ironizó—. Vaya, eso sí es nuevo. ¡Qué honor! —Cécile soltó la carpeta de sus manos. De repente, se sintió poderosa—. ¿Y qué piensas hacer al respecto? ¿Me vas a dar un sermón de mierda?

—Mira, Cécile. Está bien por mí. Sé que merezco que me ridiculices, pero sé que no me odias tanto. —André se acercó un poco más; el aroma de Cécile impregnado en todo aquel lugar le estaba haciendo perder la cordura—. Sé que no es así, tú no me odias. Ya fallé una vez al creer que lo hacías y no lo haré de nuevo. Pero, por tu bien, no dejes que los demás lo crean.

—Te equivocas, porque sí lo hago. ¿Necesitas escucharlo de mis labios? Pues ahí va: te odio, te odiaba y te odiaré siempre. —Lo miró desafiante, luchando contra los impulsos que le hacían doblegarse ante su presencia. Era como si aquel maldito bebé tirara de ella en dirección a su padre. Se dio cuenta de que estaban tan cerca, que temía estar siendo leída como un libro abierto.

André se inclinó hacia ella, deleitándose con su típico aroma a champú de camomila y a desinfectante químico; al capuchino que tomaba tres veces al día.

—No lo haces. No me odias.

Cécile, al notar su respiración sobre ella, se sintió expuesta y empujó a André lo más lejos que pudo. Un empujón considerable, ahora que tenía más fuerza que nunca.

—¡O te vas, o yo misma te sacaré a patadas!

—No he venido a pelear. —Tras estabilizarse, André se recompuso, dio un par de pasos más atrás, y volvió a colocar las manos en alto—. Solo a prevenirte sobre tu amigo Paul. Él está sospechando de ti y yo, lo único que quiero es protegerte. ¿Qué tengo que hacer para que me creas?

La mente de Cécile tuvo que procesar todo aquello demasiado deprisa. Era nueva información que no esperaba y sintió como si sus engranajes cambiaran el sentido hacia el que habían estado

girando hasta ese momento.

—¿Protegerme? ¿Ahora quieres protegerme? No necesito tu protección, idiota. Yo ya no soy la chica indefensa que conocías, ahora soy capaz de cualquier cosa, y no necesito a nadie; mucho menos a ti. Más bien deberías cuidarte tú de mí, no sea que Paul tenga razón y yo sea la persona que quiere acabar contigo. Por cierto, ¿por qué siempre suponen que este tipo de cosas solo las hacen los hombres? —Torció el gesto molesta.

—¡No seas estúpida, Cécile! ¡No juegues con eso! ¡Si supieras las atrocidades que ha cometido ese sujeto, jamás se te ocurriría bromear con el asunto! ¿Qué pasa si piensan que tú pagaste a alguien? —André se sintió furioso, aún no conseguía dejar de tener pesadillas con las cosas que había visto, pero recordó que así era como Cécile le hacía sentir siempre, cada vez que le retaba.

Ella se sintió gravemente ofendida. ¿Pagar a alguien? ¿Acaso no consideraba que supiera salvarse a sí misma? Él la hizo caer y ella se había levantado y sacudido el polvo. Ahora, como decía Katy Perry, «rugía como un tigre, podía con todo».

—¿Acaso creéis Paul o tú, que no tengo otra cosa en qué pensar que en ti? ¿En acabar contigo? Vamos, yo soy Cécile Dupont. Y mi única ambición siempre ha sido crear un mundo mejor para todos. Un mundo perfecto... o al menos perfectamente conectado. No para mí, y mucho menos para ti. Sino para las generaciones futuras, para que, quienes han de venir, no tengan que vivir con miedo o ignorancia. A eso es a lo que dedico mi tiempo, lo que me hace levantarme por las mañanas. —Abrió los brazos abarcando todo a su alrededor y después, se encogió de hombros como si acabara de interpretar una obra de teatro y nada de aquello fuera importante.

»¿Es eso un pecado? Solo trato de hacer lo que tu Dios no hizo. Un mundo más seguro. Y si eso es un delito, puedes decirle a la policía de tu cochino pueblo que me detenga. —Le mostró las muñecas unidas en una pose dramática.

—¡Por Dios santo! Yo nunca creería que tú… —Se frotó las sienes.

Al padre André le pareció que Cécile comenzaba a divagar, a pronunciar incoherencias. Y con ello, se le removieron los recuerdos de cada vez que, estando a solas, esta fantaseaba con el día en que lograría crear un mundo perfectamente conectado, con todos los beneficios que eso podía aportar a la sociedad. Ese era el sueño de Cécile desde siempre, o eso le dijo en más de una ocasión, mientras sus dedos aún continuaban enroscados bajo las sábanas. Aunque hasta él fue capaz de notar que, en aquellos tiempos, ella nunca hablaba de seguridad, solo de conexión y acceso a la información.

Su sueño había sufrido un pequeño cambio.

—¿Y qué harías? —Cécile le sobresaltó, interrumpiendo sus recuerdos y elucubraciones—. Digo, si tanto me quieres proteger, ¿qué harías si yo fuera el tipo que ha cometido esas atrocidades? Si fuera quien quiere acabar contigo.

—Tú nunca harías eso. Tú, Cécile, no haces daño a la gente. Cuidas de todos a los que quieres ——puntualizó, con voz suave; solo un mero intento por ganársela.

—¡Venga! No seas aburrido. ¡Es un juego, André! —Otra vez estaba retándole, burlándose de él—. ¿Y si fuera yo? Imagínatelo, venga. Que tú habrás visto poca tele, aún tienes que tener algo de imaginación. ¿Y si lo hubiera hecho? Porque, como tú dices, eso fuera lo necesario para proteger a los que quiero. ¿Qué harías?

»¡Oh! ¡Perdóneme, padre, porque he pecado! —dramatizó.

El párroco se sintió descolocado. No le estaba gustando ese reto, pero sabía que con Cécile nunca era nada fácil. Debía jugar a este supuesto juego de palabras, y tratar de salir ileso.

—Aun así, te protegería —soltó sorprendiendo a Cécile y un poco, a sí mismo—. ¿Entiendes? Cuidaría de ti. Lo haría y me iría al infierno contigo si es preciso —le confesó, mirándola a los ojos. Luego, le mostró las palmas de las manos en señal de paz y le pidió—: ¿Me puedo acercar de nuevo?

—¿Tú? ¿El párroco más hipócrita que ha existido jamás? Eres un mentiroso. Y no, no puedes acercarte. —Volvió a empuñar el bolígrafo.

—No, no lo soy. Lo haría solo para que me creyeras.

—¿Para que creyera que de verdad sientes lo que me hiciste? Me podía haber muerto por el golpe, o haberme quedado medio tonta, Côté —dijo frotando la parte de atrás de su cabeza, como si tuviera una cicatriz evidente ahí, donde el párroco solo veía su lacia melena morena; brillante y planchada con precisión milimétrica—. Y no solo eso, me dijiste que amabas a otra, me dejaste abandonada en la zona de trabajo, ¿y ahora, apareces a los meses y quieres que te crea cuando dices que lo sientes?

—Lo haría para que me creyeras cuando te pido perdón por aquello. Aunque no lo entiendas, mi conciencia lleva sufriendo desde entonces. Te juro que nunca hubo otra chica, que la única que hizo que incumpliera mis votos fuiste tú, y que haría lo que fuera por ser tu pareja. De verdad. Te amo, Cécile Dupont. Y siento muchísimo no haber podido admitirlo antes.

Sin darse cuenta, André se acercó de nuevo, era inevitable. Como si un enorme imán lo atrajera hacia aquellos ojos fríos como el acero. Acarició su mejilla mientras el cuerpo de Cécile temblaba en contra de su voluntad dejando caer el bolígrafo. Ella desvió la vista; por un segundo, tuvo miedo de que, al mirarla a los ojos, el padre André pudiera ver el tipo de cosas que había tenido que hacer para tratar de proteger al hijo de ambos, precisamente de él, y de cualquier peligro que pudiera tropezarse en su vida. Escuchó la respiración profunda del cura y, de nuevo, estaba aspirando su aroma, deleitándose con él. Ese gesto tan típico de alguien que te ama, pero que le recordó a lo que hizo Paul el día de la presentación.

Algo hizo clic en su mente, despertando todos sus demonios.

Lo sujetó del cuello empujándole hasta la pared tras él. Su fuerza parecía haberse multiplicado por diez, los ojos le brillaban y una vena en su frente podía verse palpitar. Le hubiera sacado todo el aire de los pulmones si algo en su interior no hubiera contenido parte de esa fuerza, solo para evitar que pudiera descubrir que algo raro estaba pasando.

—¡No! ¡No te creo! Y te juro, que te haré tragar esas palabras.

André lucho por zafarse, pero la fuerza de Cécile estaba siendo muy superior a la que él recordaba. Se sintió mareado por la falta de aire y comenzó a ver unas manchas negras que amenazaban con tragárselo y llevarlo a la oscuridad más absoluta. Sin saber cómo, ella logró lanzarlo contra la puerta de su oficina.

—¡Te vas a arrepentir! ¡¿Me escuchas, gilipollas?! ¡Te arrepentirás de haber venido, de haberte acercado a mí, y de todas y cada una de las mentiras que me acabas de decir! —De un último empujón lo sacó del despacho, cerró la puerta con llave, aprovechando que André trataba de recuperar el aliento, y llamó a seguridad para asegurarse de que lo sacaban de su casa.

El mal estaba hecho. El protagonista de sus mayores miedos la había olido de cerca y a su mente, le daba igual que no pudiera detectar su preñez de ese modo, como lo hizo Paul, que contaba con un sexto sentido para todo. Según sus pensamientos paranoides, ahora solo quedaba rezar porque André no sumara dos y dos. Debía pensar rápidamente su próximo movimiento. Además, ahora sabía que sospechaban de ella, aunque quien lo hiciera, fuera su amigo Paul.

No iba a confiar en que eso la salvara de ningún modo. Conocía al abogado y sabía de su integridad. Además, no era como que solo hubiera robado unos caramelos.

Necesitaba librarse del padre André, hacerle tragar sus palabras una a una, pues, obviamente, le estaba mintiendo. Él nunca renunciaría a ser el hombre modelo de Le Village Oublié, el pelota mayor del alcalde y el ligón del pueblo, por muy religioso que fuera. No lo haría ni por ella, ni por nadie. Así que había sido muy hipócrita por su parte haberle prometido que la protegería a toda costa, hubiera hecho lo que hubiera hecho. Simplemente, se acababa de marcar un farol, suponiendo que todo era un simple juego.

Escuchó cómo los guardias de seguridad sacaban casi a rastras a André del otro lado de su puerta, pero no se atrevió a abrir, solo dio unos cuantos pasos atrás. Al notar cómo temblaba su labio inferior, se cubrió la boca en un intento por detener cualquier flaqueza por su parte.

Las náuseas volvieron tan pronto como la presencia del sacerdote se esfumó; el pecho le dolía como si se lo hubieran estrujado con saña y sintió que el estómago le ardía. Margot tenía razón: el estrés no era bueno para su bebé. De haberlo sabido antes, ella misma se habría sometido a altas concentraciones de estrés al principio del embarazo. Pero ahora todo era diferente, estaba en el tercer, casi cuarto mes y odiaba a André por haber provocado que se sintiera así.

Por lo visto, la fórmula del arrobamiento podía proteger a la pequeña garrapata de los golpes, punciones y agresiones químicas, pero no lo haría del dolor que le provocaba el no tener al padre de la criatura cerca.

Capítulo 13. Mejores amigos

Al principio todo era más fácil, solo había cogido un poco de peso. Nada que no pudiera justificar por sus excesos. Pero aquella mañana, cuando salió de la ducha dispuesta a dormir tras una larga noche repasando cálculos, vio cómo, a pesar de sus esfuerzos, su vientre antes firme y plano intentaba sobresalir de un modo difícil de ocultar sin una chaqueta puesta, o una camisa holgada.

«Esto comienza a no ser nada sexi, pequeña garrapata».

Pensó en entrar en pánico, pero la noche anterior fue fructífera y ahora, era demasiado feliz como para permitirse una crisis de ansiedad. Al fin, repasando los cálculos de su abuelo y contrastándolos con los suyos, podía decir que tenía más claro cómo funcionaba la fórmula del arrobamiento y cómo hacerla efectiva sin que llegara a ser peligrosa.

Ella, tras llevar meses estudiando por su cuenta día y noche, entendía bastante bien las bases de la biología y la química tanto humanas como botánicas. Por eso, y por sus experimentos basados en prueba, ensayo y error, había llegado tan lejos. Pero, para realizar el último paso, iba a necesitar la opinión de una mente más experta que la suya.

Al fin y al cabo, aquel día ya no estaba tan enfadada con el mundo.

Trató de descansar dos o tres horas, más que nada porque tenía la vocecita de Margot metida en el cerebro, taladrándole y advirtiéndole de que ahora debía cuidarse más que nunca.

Tras el susto en su oficina, no dejaba de calentarse la cabeza con la posibilidad de que un fuerte disgusto o una impresión como la de ver frente a ella a la persona que más ansiaba detestar en el mundo, pudiera afectar al buen desarrollo del bebé. Sin embargo, no lo consiguió, solo perdió esas horas dando vueltas en la cama, pues la excitación previa a un descubrimiento, nunca la dejaba dormir.

Se levantó temprano y llamó a quien llevaba meses esquivando: a mí, el científico más brillante que conocía, según sus propias palabras. Aquello sonó en mis oídos como un coro de ángeles, a pesar de saber que no conocía a ningún otro que la pudiera iluminar en aquellos menesteres.

Cuando recibí la llamada, mi corazón dio tres volteretas mortales, no cabía en mí de la alegría. Me detuve por un momento y me miré con decepción en el espejo del baño. No es que fuera desconocedor de mi obsesión por ella, pero que Mèlissandre hubiera tratado de ejercer de casamentera entre nosotros, le daba una dimensión muy diferente a ese sentimiento. Yo jamás me enamoraría; era una promesa que hice a la tumba de mi madre y la cumpliría hasta las últimas consecuencias. Pero esa promesa no impedía que volviera a verla, incluso, que gozara de su compañía.

Estuve tratando de contactar con ella durante mucho tiempo, pero mis llamadas nunca fueron atendidas. No os voy a engañar, sentí el impulso de reclamarle aquel día de la presentación, como si yo tuviera algún derecho sobre ella, pero no me atreví por miedo a que desapareciera de nuevo. Aun con el poco tiempo que habíamos compartido juntos, la conocía lo suficiente como para saber que era el tipo de persona que nunca, nunca, rogaría por tu perdón. También, que le pasara lo que le pasara, a la primera de cambio sería capaz de buscarse la vida sin mi ayuda.

Además, para no sentirme tan miserable, me recordé que, desde el principio, sabía que su distanciamiento no tenía que ver conmigo, sino que debía de estar pasando por un mal momento y que por el motivo que fuera —André Côté o cualquier otro— no se sentía con las fuerzas suficientes para relacionarse. Así que, basándome en esa hipótesis, le di su tiempo, pero ni un solo día dejé de preocuparme por ella.

Aquella mañana, ni siquiera abrí la consulta, colgué un cartel en el que puse que había salido a atender una urgencia y coloqué mi maletín bien sujeto en la parte trasera de mi motocicleta.

Como la llamada telefónica no despejó ninguna duda acerca del motivo por el que me buscaba, eché en él papel y bolígrafo, un fonendoscopio y cuatro medicinas básicas, aunque dudaba que necesitara usarlas.

No tardé mucho en presentarme en la masía, donde tomé la estúpida decisión de aparcar mi motocicleta en la parte trasera, con el objetivo de que nadie del pueblo, que decidiera salir a pasear por las montañas, pudiera ver que el único doctor de Le Village Oublié abandonaba sus responsabilidades para ocuparse, en exclusiva, de lo que fuera que requiriera Cécile Dupont.

Recuerdo que andaba limpiándome el sudor de las manos en la tela de mis vaqueros, cuando uno de sus empleados me hizo pasar hasta su lugar de trabajo. Mentiría si dijera que no me sentía nervioso. Lo estaba, como si fuera uno de esos muchachos de las películas americanas, al que han dado la posibilidad de llevar a la chica más guapa del instituto al baile de graduación.

Nunca me gustó sentirme nervioso. El corazón palpitando en mi pecho, lejos de hacerme ver que estoy vivo, siempre me recordó lo cerca que estamos de la muerte. Como si al echar este a cabalgar desbocado, en cualquier instante pudiera dar un frenazo y detenerse para siempre.

Como le pasó a mi madre.

¿Conocéis esa sensación de cuando estás esperando a que cambie un semáforo para poder cruzar la calle en una gran ciudad? Los coches pasan veloces y las puntas de tus zapatos se clavan en el borde para no avanzar más. Pero tienes a un montón de desconocidos a tu espalda. Cualquiera podría empujarte en ese momento y todo acabaría. No sería tan raro. Las personas tienen ese tipo de impulsos todo el tiempo y solo, una pequeña vocecita en su interior, la de su conciencia, les impide dar ese pequeño paso. Porque si lo piensas bien es un paso minúsculo, es como cuando alguien canta la primera parte del estribillo de esa canción que te encanta y de repente, tú sientes la necesidad de acabar la siguiente frase, porque te la sabes y porque puedes. Y lo haces sin dudar, como podrías empujar a quien espera en el borde de la acera.

Ese era el tipo de vértigo que sentía al pensar en volver a ver a Cécile y aun así… la sonrisa no desaparecía de mis labios. Quería ver a mi amiga y darle un gran abrazo, pese a que nunca fui de los que inician tal ritual social.

—¡Querido Edmi! Justo el hombre al que estaba buscando. Te ves muy bien, amigo. —Cécile abrió los brazos para recibirme, como si yo fuera su ser más querido.

Al trabajar sola en casa, únicamente llevaba puestas sus gafas de leer, una camisa a medio abotonar en la parte superior y un culot, en esta ocasión, color azul pastel con un pequeño lazo rosa en la parte delantera. En mi cabeza, esta circunstancia sonaba como algo lógico, pero tenerla delante de tal guisa era algo muy distinto. Me dio un abrazo rápido pero intenso, como era ella, y me esforcé por desviar la atención de su atuendo, repitiéndome una y otra vez, que estaba en su derecho de ir como quisiera, al fin y al cabo, aquella zona de trabajo estaba dentro de su propia casa.

—Tú... tú también te ves bien, Cécile. —Me sentí un poco mareado por aquel abrazo y tuve que separarme de ella para enfocar mejor—. Te veo más repuesta.

Cécile puso los ojos en blanco. En realidad, fue lo único que acerté a decirle. Se veía más

bonita que de costumbre, había ganado unos kilos y sus mejillas estaban ligeramente sonrosadas. Yo no era de los que se fijaban en esas cosas, pero, como médico, sí era observador y preferí decir eso a mencionar que el color de sus ojos también había cambiado ligeramente, si ella no me comentaba nada al respecto.

—No estoy disponible, Edmond, así que mantente a raya —bromeó sacudiendo la cabeza—. No te he llamado para lo que quiera que sea que estás pensando al ver este delicioso cuerpo. —Giró sobre sí misma para que pudiera deleitarme con las vistas y, al hacerlo, la camisa voló un poco alrededor de su cintura.

Recuerdo como si fuera ayer el preciso momento en que di un paso atrás y me llevé las manos a la cabeza mirándola de arriba a abajo

—No... No, no y no. Esas formas no pueden significar que estás embarazada. ¿Pero acaso no tomabas anticonceptivos? Me consta que más de una vez comentaste sin corte alguno que tenías una vida sexual de lo más activa.

Ella se encogió de hombros.

—Dime que aún puedo hacerlo pasar por un empacho, o por gases. Que aún soy una mujer deseable. —La miré de arriba abajo. Estaba más rellenita, sí, pero sus formas eran proporcionadas. También me fijé en sus labios levemente hinchados por las hormonas y en su rostro, que al igual que sus ojos, brillaba.

—Eres lo más jodidamente hermoso que he visto en mi vida —balbuceé sin reconocerme en aquella expresión.

—¡Y es por eso que eres mi mejor amigo! —Me palmeó el hombro sonriendo como una niña, lanzándome a la *friendzone* sin piedad y mintiéndome descaradamente, pero yo no estaba pensando, solo la admiraba—. Bien, pues tenemos que trabajar.

—¿Trabajar en qué? Espera... ¿Me vas a dejar así? ¿No me vas a decir quién es el padre de la criatura? —Salí detrás de ella, persiguiéndola por todo el lugar—. No me digas que no sabes quién es, Cécile. Necesitamos saber si es alguien sano o... No sé, tener todo controlado. Ya sabes. Por favor, no me digas que no conoces la identidad del padre, porque de ti no me extrañaría nada.

En nuestros anteriores encuentros, sobre todo, cuando charlábamos a solas y ella se sentía cómoda, me había contado tantas batallitas, que aún me asombraba que fuéramos tan diferentes en cuanto a las relaciones con el sexo opuesto. Cécile no les daba importancia y se empachaba de ellas como si fueran chocolatinas capaces de calmar su ansiedad. En cambio, yo era reticente a que cualquier desconocida se me acercara, sin saber si estaba libre de ETS.

—Sé quién es el padre; no te preocupes que, desgraciadamente, lo sé. —Resopló.

—¿Seguro?

Cécile, ya con sus cálculos en mano, me miró de forma reprobatoria.

—Aunque no lo creas, tuve una laaarga y decepcionante racha de monogamia con un sujeto «sano», pero no hemos venido a hablar de mis fracasos amorosos, así que ponte una bata que tenemos que trabajar —dijo señalando una percha con varias colgadas.

—Está bien, Cécile. No voy a meterme en tu vida si tú no quieres, pero tengo que pedirte un favor. —La miré con la misma cara con la que te mira un niño cuando quiere pedir un juguete.

—Dispara, Edmi. Favor, con favor se paga.

Me apremió porque así era ella: práctica, resuelta, tan centrada en sus objetivos, que todo lo demás carecía de importancia.

—A eso me refiero. Lo que quería pedirte es si me puedes pagar por ayudarte —le pedí, casi supliqué. Y su respuesta fue mirarme extrañada.

—¿Qué pasa? ¿El ayuntamiento está en suspensión de pagos? ¿No te pagaban ellos por ser el médico del pueblo?

—No, no es eso. Es que... veras, ya es la segunda vez que descargo tu *app* y está a punto de acabárseme el periodo de nuevo. Necesito volver a pagar y...

—Pero, Edmond, ¿y tú para que descargaste mi *app*? —Cécile se golpeó la frente, como si hubiera cometido una falta impropia de alguien como yo.

—No sé, pues… Era tu producto y la gente parecía encantada. Además, prometía hacerte sentir tan bien en tu propia piel… Así que, como yo me encontraba muy nervioso desde que te fuiste y sabes que odio sentirme nervioso, pues… pensé que era buena idea. Y ¡oye! De verdad que lo fue; desde que la puse estoy mucho mejor. Mis niveles de ansiedad han bajado sin necesidad de medicación. Estoy como nunca, es solo que mi cuenta bancaria no lo va a soportar por mucho más tiempo y.

Ella me miró como si yo fuera un caso perdido. Un niño que había probado los porros por primera vez y ahora necesitaba más.

—No te preocupes por eso, Edmi, no se trata de la *app*. Te suministraré lo que quieres gratis, porque es justo con eso con lo que me tienes que ayudar.

—¡Genial! Acabas de conseguir un ayudante incondicional —dije como un idiota, sin pensar en que acababa de confesar el haberme doblegado a una sustancia química desconocida que, al parecer, aumentaba la producción de dopamina en mi cerebro y quién sabe qué cosas más. Pero el poder que Cécile ejercía sobre mí, ya estaba ahí desde mucho antes de que descargara esa *app*, aunque yo no hubiera querido verlo.

—Verás, Edmond, hay muchas cosas que te tengo que explicar, y de las cuales vas a tener que guardarme el secreto, pero sé que puedo confiar ciegamente en ti. La primera es que no es la *app* la que te hace sentir mejor, sino un suero que estoy suministrando en pequeñísimas dosis a cada persona que descarga la aplicación. Al hacerlo, los clientes simplemente están activando un dispositivo de rastreo, para que el suero se les pueda suministrar a través de unos pequeños drones que he instalado en varios puntos estratégicos del pueblo y de otras cientos de localidades. De eso se han encargado mis empleados desde distintos puntos del país, claro.

»Esto no ha sido ni fácil, ni barato. De ahí que los precios sean tan desorbitados. La gente siempre asocia mis productos y sus altos precios a mi arrogancia, sin tener en cuenta que, si les doy algo que los demás no les dan, es porque no es tan sencillo. Luego, como en cualquier negocio que se precie, tengo que aplicar la regla de 3x: no venderás un producto a menos que puedas marcarlo tres veces el costo.

»Cuando todos adquieran mis dispositivos, no necesitaré rastrear nada, porque dicha sustancia estará también adherida a ellos.

A mí todo aquello no me interesaba, estaba enganchado a esa sustancia y quería más. Un doctor enganchado a una nueva droga de diseño era un cliché en el que nunca esperé verme, pero que asumiría con tal de mantener a Cécile a mi lado.

—Espera... ¿Y por qué no una dosis mayor? Quiero decir, los efectos ahora, apenas si duran entre tres y seis días, según el paquete que compres. Es muy poco.

—Porque es peligroso, Edmi —dijo en tono condescendiente, como si ahora ella fuera el maestro Yoda y yo su Luke Skywalker—. Suena feo decirlo, pero tú me entenderás, porque ha sido en pos de la ciencia. Este suero no es cualquier medicamento, está sacado de la fórmula del arrobamiento, bueno… Eso es algo que ya te explicaré. Tengo una fórmula en marcha, pero en estos casos utilizo una concentración muy baja y la extraigo de otra manera.

»Digamos que, además del negocio que supone, he estado utilizando a los ciudadanos como

conejillos de Indias. Al aceptar las normas y condiciones que nadie lee, porque ya las puse yo en letra diminuta y en inglés —soltó como si aquello fuera lo más ético del mundo—, habéis dado vuestro consentimiento, pero tú y yo sabemos que la legalidad de esto está cogida con pinzas. Lo suyo es que nadie se entere. Si subo la dosis los efectos adversos pueden ser devastadores además de evidentes; aunque ahora, gracias a que contrasté mis cálculos con los de mi abuelo, sé cuál es uno de los factores necesarios para que el suero funcione sin ser peligroso.

Ella parecía tan segura de sí misma y estaba plantada ahí, frente a mí, descalza y con aquellas piernas firmes y redondeadas moviéndose en lo que a mí me pareció una danza tan hipnótica, que hice grandes esfuerzos para desviar mi vista hacia su cara, en la que sus labios hinchados se abrían y cerraban dándome igual cualquier cosa que me quisiera decir.

—¿Edmond?

De pronto la vi acercarse y con dos dedos, subir mi barbilla hasta cerrarme la boca. Que, dicho sea de paso, no me había dado cuenta de que tuviera abierta.

—¡Bien! Me da igual que sea peligroso. Confío en ti, Cécile. Sube la dosis conmigo. Voy a ser tu conejillo de pruebas —le pedí recomponiéndome e hinchando el pecho como si fuera un pavo real.

—Admiro tu entusiasmo, pero creo que se me ha olvidado comentarte que también es muy adictivo, claro. ¿Si no dónde estaría el negocio? Aunque eso, amigo, creo que ya lo estás comprobando por ti mismo. —Ella rio ante mi desesperación—. Además, lamento decirte que no me sirves. Por lo visto, el suero se hace inestable en los hombres, únicamente lo toleran en dosis muy bajas o en su receta original, manteniendo una dosis muy estricta. Del modo que yo trabajo con ella, solo puedo administrarte como hasta ahora. Por eso ninguno de mis experimentos anteriores funcionaba.

—¿Espera? ¿Has tenido otros sujetos de pruebas? —Aunque en un principio los celos se apoderaron de mí, no me hizo falta más que mirarla a la cara para darme cuenta de la dimensión de lo que me estaba contando. A aquellos supuestos sujetos de pruebas, no les informó ni les pidió su consentimiento como sí lo estaba haciendo conmigo—. ¡Cécile! ¿Has estado experimentando con humanos? ¡Dime que nadie ha salido herido!

—Nadie de interés, no te preocupes. —Agitó su mano restándole importancia al asunto.

—¡Pero Cécile! —le grité escandalizado ante la posibilidad de que hubiera traspasado una línea infranqueable.

—Míralo así, Edmond. He encontrado un suero maravilloso. Es capaz de curar cualquier tipo de malformación o herida, enfermedades previas y aumentar la fuerza y la resistencia. Es la cura definitiva. Al menos… en mujeres.

—¿Y planeas que también termine siéndolo para los hombres? —Mi curiosidad científica comenzó a ganar terreno, olvidando por completo el juramento hipocrático médico que había regido mis labores profesionales hasta aquel momento.

—Eso depende.

—¿De qué depende? —Ella rio, seguro que con la melodía de Jarabe de Palo en la cabeza.

—Sí, depende de si garrapatita es niña o niño. Necesito que me hagas las pruebas que tengas que hacer para averiguar eso.

—¿Garrapaqué? ¿De quién estamos hablando?

∞∞∞

El padre André llegó derrotado a la casa parroquial. No por el forcejeo con la gente de seguridad de Empresas Dupont, sino por la sensación de abatimiento y rabia que le provocaba el no haber logrado un acercamiento con Cécile. Le dolían la espalda y el cuello. Cécile le había golpeado con más fuerza de la que nunca pensó que fuera capaz. Se preguntó entonces, si en sus peleas anteriores, la chica estuvo conteniendo su fuerza y solo ahora que ya no le importaba, se atrevía a golpearlo en serio.

Su pequeño teléfono sonó: era Paul Larue de nuevo. Como cada vez que le llamaba, el párroco se sintió hastiado. Con la excusa de resolver el caso y protegerlo, aquel tipo tan odioso se había convertido en un grano en el culo. No le encontraba el sentido, si tanta manía le tenía, que le dejara morir en paz. Descolgó con hartazgo, pues no quería tener más problemas aparte de los que ya tenía.

—Côté, ¿podemos hablar?

—No, no podemos, Larue. Creo que ya hemos hablado bastante. Estoy cansado de que sea mi sombra.

—Solo será un momento, quería comprobar algo.

—¡Estoy harto de sus comprobaciones! ¡No hace más que molestar y no avanza en el maldito caso! ¡Déjeme vivir! —Dicho esto, cortó la llamada. No era un buen día para molestarle.

Tras aquello entró en el baño y se duchó con agua helada para ver si así se despejaba. Se mantuvo debajo del chorro durante un largo rato, sintiendo sus músculos tensarse. Era un día frío, aunque para el padre André lo habían sido todos desde que Cécile se fue. Pensó que, seguramente eso también formaba parte de la penitencia que debía pagar. Si así era, con gusto pagaría con creces.

Él no mintió, le juró a Cécile que la protegería hasta el final y así lo haría. El muy hipócrita, a pesar de haber faltado a su promesa de celibato en reiteradas ocasiones, aún se consideraba un hombre de palabra.

Salió de la ducha y se tumbó sobre la cama con su cuerpo aún húmedo y sin vestir. Quería sentir ese extraño dolor que le provocaba la sensación del frío contra la piel. Se estaba auto castigando y lo sabía.

El timbre de la entrada sonó y el sacerdote, sin mucha gana, se cubrió de cintura para abajo con parte de esa colcha a cuadros que cubría su cama, y que, cómo no, recordaba que también fue objeto de burla de Cécile en el pasado.

Echó un vistazo a través de la mirilla, había cogido el hábito desde que sentía que Le Village Oublié ya no era un pueblo seguro para él y, al comprobar quién era, abrió casi sin detenerse ante la visita.

—¡Hey, Andreset! —Émile canturreó—. ¿Echas de menos las expediciones a la nieve? ¿O soy yo el único que sabe que llegó el invierno? Se te va a encoger el pajarito hasta volver a meterse dentro del huevo.

—No tengo ganas de bromear, Émile. Nada está saliendo como yo esperaba. —Trató de cubrirse más aún con la manta, mientras cedía el paso al interior a su amigo. Cerró la puerta y lo siguió hacia el comedor, donde ya se estaba sirviendo una copa de coñac para entrar en calor.

—Hablamos de Dupont, ¿verdad? ¿Conseguiste verla? —A Èmile le dolía ver a su amigo así. Ni cuando perdió a su primer amor a la tierna edad de quince años, recordaba haberlo visto tan abatido.

—Conseguí que me diera una paliza. —Esbozó una sonrisa resignada.

—Mira que eres exagerado. ¿Una chica te dio una paliza? Mejor aún, ¿una chica le dio una paliza al cura del pueblo? El mundo se va al carajo —bromeó para aligerar el ambiente.

—Bueno, en realidad, más que una paliza me sacó a patadas de su casa, pero... ¿sabes qué? Que si lo pienso bien, mereció la pena. —André se encogió de hombros y sonrió.

—Hermano, cada vez creo que se te va más la cabeza. —Èmile puso los ojos en blanco.

—En serio, no sabes lo que fue volver a estar tan cerca de ella. Sentir su aroma; siempre me encantó su olor, pero ahora... No sabes, Émile, nunca me había sentido así al tenerla tan cerca. Me estaba volviendo loco. —André comenzó a salivar ante el recuerdo.

—Y entonces fue cuando bajaste la guardia y esa estúpida y sensual mujer pudo sacarte a patadas, ¿no? —bromeó—. Estás perdiendo facultades, páter.

—Sí, eso debió ser. Nunca noté que tuviera tanta fuerza. Ha debido de estar entrenando.

—¿Y la culpas? Después de haberla dejado tirada la última vez, lo mismo quiso dar clases de defensa personal de esas que hacen las chicas. Si yo fuera una tía buena, además de andar masajeándome las tetas todo el día, también me apuntaría a eso para quitarme de encima a los plastas como tú. —Los desafortunados comentarios de Èmile hicieron mella en André y, de pronto, pasó de aquella sonrisa cansada, a dejar rodar una lágrima furtiva por su rostro—. Definitivamente estás mal, Andreset. Totalmente pillado por una tipa que tiene un ego más grande que esta casa. Más te vale solucionarlo pronto; no quiero tener que llevarte al psiquiatra por culpa de una depresión. Nos tocaría viajar a la ciudad para encontrar a un comecocos de esos y ya sabes que no me gusta salir del pueblo.

Capítulo 14. Una visita inesperada

Solo necesité un par de días para entender los experimentos de Cécile y realizar las pruebas pertinentes para verificar todo lo que ella creía haber descubierto. Lo único que nos faltaba era averiguar el sexo de la criatura, que, por más que lo intenté, no se dejaba ver en las ecografías. Ella estaba frustrada y repetía en más de una ocasión, que su pequeña garrapata le exigía que continuara experimentando. Cuando esto sucedía, sus ojos brillaban adquiriendo una tonalidad de azul demasiado familiar para mí. Un azul cerúleo, casi glaciar, muy similar al que tenía la formula en la que me estaba haciendo trabajar.

Desde el primer instante en que fui consciente de esta coincidencia, supe que tenía que hablar con Mèlissandre, por mucho que me pesara. Yo conocía de sobra esa tonalidad y, aunque hiciera mucho que no la veía, jamás pude olvidarla. Era la de las infusiones que ingirió mi madre en sus últimos días. Una sensación de agobio me subió por la garganta y me oprimió el pecho, haciendo que me olvidara de cualquier otra cosa que no fuera la seguridad de Cécile.

Tanto fue así que, en cierto modo, adopté el rol sobreprotector que debía ejercer el padre ausente de la criatura que esperaba, no sin repetirme día y noche, que ese lugar no me correspondía, por mucho que me esforzara. Traté de convencerla de que podía dejar todo en mis manos y dedicarse a descansar y preparar todo lo necesario para la llegada del bebé. Esta idea no pareció atraerle. Le recordaba la inminente llegada de su hijo a nuestras vidas. Es más, le parecía hasta ridícula.

—¿Cuánto tiempo crees que necesito para eso? —me espetó—. Cuando me sienta preparada pediré a Chipirón que encargue todo por Amazon y lo tendré aquí al día siguiente. Luego, mis operarios pueden encargarse de montarlo si es preciso.

—Por supuesto, Srta. Dupont. —La voz mecánica de la IA me sobresaltó, como cada vez que hacía su aparición—. He estado recopilando datos al respecto por si algo así fuera necesario. Conozco las marcas y especificaciones de cualquier producto relacionado con la crianza humana de cero a veinticuatro meses.

Yo tenía una teoría con respecto al desapego que Cécile fingía hacia su futuro hijo. No contaba con su familia cerca ni con el padre del bebé; tampoco era algo buscado y me repetía mentalmente, que ella solo trataba de olvidarse del tema para no sentirse desgraciada ante tal situación. Pero, otras veces, hablaba de la criatura como si fuera lo más preciado que tenía, un tesoro al que hubiera de proteger de todo y de todos. También me preocupaba que no veía en ella la típica somnolencia de las embarazadas, apenas dormía y se pasaba la mayor parte del día trabajando con la dichosa fórmula. Cualquier cosa menos centrarse en algo que tuviera que ver con cunas, patucos o lactancia. Estaba obsesionada con aquel potingue azul y viscoso que yo tanto detestaba.

No recuerdo con exactitud el momento en que le pregunté si ella había probado la fórmula que en tan pequeñas dosis me administraba. Toda mi preocupación era que ella también se hubiera enganchado a la sustancia y el daño que esto podría causar al feto. Se rio con desgana, asegurándome que no la tomaba, porque era como Obélix, el galo que se cayó en la marmita de pequeño.

Este comentario, que ella soltó sin darle la mayor importancia, me puso los pelos de punta. No podía esperar a enfrentarme a Mèlissandre. Necesitaba respuestas y también, entender por qué estaba pasando por alto que Cécile parecía haber cometido actos poco éticos con sus experimentos, aunque eludiera el explicarme exactamente cuáles. No llegaba a comprender mis sentimientos con respecto a ella, ese afán de protección, de necesidad de excusarla ante cualquier indicio de sospecha de que hubiera podido cometer actos terribles en nombre de la ciencia.

También de su compañía. Sobre todo, de su compañía. Yo siempre fui un muchacho solitario, no sé si por elección o porque mis iguales me consideraban raro, un empollón, el hijo de la loca del pueblo. Pero, esta necesidad de aceptación por parte de Cécile, hizo que el término *hibristofilia* se asentara en mi mente en más de una ocasión y también, la ridícula idea de que el motivo fuera que encontrara en Cécile toda la valentía y el coraje que me hubiera gustado para mi madre.

Me había convertido en un doctor digno de ser analizado, y lo peor era que me daba igual.

Tiempo después, me confesó que mientras yo elucubraba sobre todo esto, ella simplemente me observaba sentada sobre la fría mesa de metal de la zona de trabajo, ignorando mis sentimientos y preguntándose si sería capaz de soportar la inactividad que suponía el dejar de experimentar con más sujetos, mientras yo estuviera allí.

No le apetecía dejar de hacerlo; aquello le mantenía la mente ocupada, le permitía regodearse en su miseria y desahogarse físicamente de vez en cuando. Además, el morbo que le producía la sensación de poder sobre aquellos hombres, se asemejaba bastante a una buena sesión de sexo. Cada sujeto, cada mechón de cabello rubio del que tiraba, cada par de ojos color miel que extraía, cada abdominales que abría en canal, cada inicial o número que marcaba en su cuerpo, le traían recuerdos de André. Sí, para ella, la sensación era como la de gritarle a un espejo lo que hubiera querido decirle a su mayor enemigo, con la ventaja de que no le haría ningún daño. Aún no tenía claro que su corazón quisiera hacérselo y eso la desquiciaba.

Mirando a la nada, buscaba excusas para que seguir experimentando fuera necesario; porque, aunque pareciera mentira, la gran Cécile Dupont necesitaba justificarse. No ante los demás, pero sí ante su conciencia. Así que comenzó a pensar que, si su bebé terminaba siendo niña, sabría exactamente cómo introducir la fórmula del arrobamiento en su organismo, de modo que fuera efectivo y no la dañara. Pero ¿y si resultaba ser niño? Debía ser uno muy fuerte, para protegerse de todo lo que ella imaginaba que querría hacerle su padre. En ese caso, tampoco tenía suficientes datos como para aplicar la fórmula sin dañarlo, así que no se atrevería a hacerlo.

Ahora sabía que, una cosa era hervir aquellas flores como la receta original sugería, y otra muy distinta mezclarla con los compuestos que ella utilizaba. Ni las propiedades eran las mismas, ni los riesgos tampoco.

Sintió un movimiento que se le antojó divertido, como si algo recorriera su abdomen. Garrapatita estaba despierto, y ella se encontraba a punto de acariciar aquel pequeño bulto con sus manos, cuando algo la interrumpió.

—¿Le puedo ayudar en algo, mademoiselle Dupont? —La voz metálica de Chipirón la sacó de sus pensamientos—. Perdón, pero lleva demasiado tiempo quieta para ser... bueno, usted misma, y pensé que tal vez, necesitaba ayuda.

—Muy agudo, Chip, pero solo estoy aburrida, nada más. —Se sentía fastidiada—. No hay mucho que hacer por aquí, si pretendo seguir los consejos de los pesados de Edmi y Margot. —Esto último lo dijo en voz alta y con retintín, para que me diera por aludido.

Yo fingí no escucharla y seguí con mi trabajo. Como no encontró respuesta por mi parte, bajó de la fría mesa de un salto y se dispuso a sacar un vaso y una botella de champán del armario que

tenía a un lado.

—No creo que eso sea bueno en su est…

La IA me acababa de quitar las palabras de la boca. Eso hizo que me preguntara si mis servicios no solicitados como guardaespaldas eran tan necesarios como yo quería creer.

—Nadie te ha preguntado, Chip, así que cállate o te desenchufo. —Cécile se dirigió hacia el panel de control, pero la voz metálica le instó a detenerse.

—Quizás pueda ofrecerle algo mejor para pasar el tiempo, madeimoselle Dupont.

—¿Algo como qué? ¿Un parchís? ¿El Monopoly tal vez? —Se mofó; a ella no le gustaban los juegos de mesa.

—*Mademoiselle*, le recuerdo que insultar mi inteligencia es insultar la suya propia. No deseo ser desconectado, así que me atreveré a sugerirle algo más de su agrado. —Cécile decidió escuchar sin muchas expectativas—. ¿Podemos hablar en privado?

No me lo podía creer, ¿aquella máquina desconfiaba de mí? Me sentí decepcionado, teniendo en cuenta que Cécile era la única encargada de meter en ella cualquier cosa que pudiera pensar. Cierto era que, por lo que me había contado su creadora, también aprendía de los datos que iba recopilando de su entorno y del acceso a la red. Datos que acababa reinterpretando a su manera, pero, aun así…

Miré a la chica esperando a que le dijera que yo era de confianza, pero simplemente, hizo un ademán con la mano para darme a entender que podía marcharme a cualquier parte donde no les molestara.

El que se molestó fui yo, pero no era capaz, ni siquiera, de discutir con ella. Aprovecharía la ocasión para buscar a Mèlissandre; no me quedaba otra.

∞∞∞

—Mademoiselle Dupont, ya sé que tengo órdenes de no atender a una lista de sujetos muy específicos, pero uno de ellos se encuentra hace rato tratando de acceder a la masía, así que, si respondemos deprisa, quizás no le dé tiempo a dar media vuelta y marcharse.

A Cécile se le heló el cuerpo al pensar en la posibilidad de que a cierto religioso se le hubiera ocurrido acercarse hasta allí. Aún estaba tratando de alejar de su mente todo lo que sintió en su último encuentro. Verle de nuevo, sentir esa atracción fatal que no conseguía quitarse de encima y no poder permitirse abrazarlo siquiera, podría alterarla tanto que el bebé sufriera algún daño. El fuerte dolor en el pecho que sintió la vez anterior al separarse de André, no fue como para tomarlo a broma.

—¿Y quién es el sujeto, si se puede saber? —preguntó con miedo a la respuesta.

—Se trata del sujeto número dos en su lista: Èmile Blanchet, *mademoiselle*. Hace rato que se encuentra tocando a la puerta. Hasta probó distintos ritmos, tanto con el timbre como con sus nudillos. Los he guardado en mi memoria por si alguno de ellos se tratara de un código importante.

Mi querida Dupont puso los ojos en blanco, después soltó todo el aire que estaba conteniendo y, en lugar de la mueca de fastidio que lucía hasta el momento, una sonrisa socarrona se implantó en su cara. Por lo visto, Chipirón estaba en lo cierto: algo de diversión tocaba a su puerta.

—Ábrele, Chip. Está feo hacer esperar a las visitas.

La puerta se abrió despacio, dejando a Èmile un tanto sorprendido; conociéndolo, lo más

seguro es que hubiera estado a punto de desistir. No era de las personas que se tomaban nada demasiado en serio. Si no lo hizo, fue porque estaba convencido de que el asunto que le traía hasta aquella enorme casa era lo suficientemente importante. Yo no pude verle, aunque ojalá lo hubiera hecho. Había abandonado la masía por la zona trasera, donde mi motocicleta llevaba días aparcada. Es por esa razón que esta parte os la tendré que contar basándome en datos ajenos al protagonista, que recopilé más tarde.

No hubo nadie en la puerta para recibirlo, cosa que pareció no extrañarle; supongo que porque todo lo que rodeaba a Dupont solía ser automático. Lo primero que notó al entrar fue que en la casa se percibía aquel dulce aroma que combinaba olor a capuchino, champú de camomila y desinfectante químico. El mismo que detectó en la gala de presentación de la *app*, cuando la chica estuvo a pocos centímetros de golpear a su amigo André. Trató de ubicar a Cécile con la mirada; estaba seguro de que se encontraba allí.

—¿Dónde estás, Dupont? O estás cerca o toda tu casa huele como tú. Apuesto a que rocías un carísimo perfume de marca por todas partes.

Casi no había terminado de hablar cuando pudo verla bajando por la escalera principal, con un andar elegante y un punto sensual, pero sin ser exagerado.

—¡Vaya! Qué atrevido, Blanchet. ¿Esa es tu forma de ligar con chicas? Apuesto a que eres sagitario, de los de diciembre, para ser más exactos. —Las curvas de Cécile contoneándose al bajar, sumadas a su sugerente voz, estaban complicando la situación de Èmile más de lo que habría cabido esperar. Era consciente de que nunca antes encontró tan sugerente a quien se mostraba frente a él y, eso que, a pesar de no contar con su simpatía, siempre le pareció muy atractiva—. ¿Y qué lleva a alguien como tú, a visitar a esta solitaria y desvalida chica? —Dupont dramatizó aproximándose y Émile retrocedió un paso sin darse cuenta—. No me digas, muchachote, que no te gusta lo que ves.

Cécile se acercó tanto y con tal sigilo, que alcanzó a rozar la mejilla de Blanchet con la suya.

En tan solo unos segundos se arregló para recibirlo, vestida como lo haría para la mejor de sus citas de una noche. Émile creyó desfallecer al ver tan cerca aquel escote de vértigo y la abertura de aquella prenda, que dejaba ver toda la longitud de su pierna. Aun así, su voluntad se mantendría fuerte. Estaba allí por su amigo y por nada más. Así que, no sin algo de esfuerzo, dio un paso atrás, poniendo cierta distancia entre él y aquella tentación llamada Cécile. Para él, lo primero era la lealtad hacia André, antes que cualquier deseo de comerle la boca a semejante hembra.

—Si hubiera sabido que tu encierro se debía a que estabas en… alguna especie de celo, no habría venido a molestarte. —Èmile trató de ser sarcástico. Su amistad hacia André era inquebrantable y Dupont notó algo de todo eso en su mirada. Algo que le indicaba que quería salir corriendo de allí. Anticipando sus movimientos, Cécile soltó una carcajada ante lo que le acababa de decir.

—Para tu información, *mon cheri*, no estoy en celo; así que no te sientas culpable si lo que ves te está gustando —susurró junto a su oído, haciendo soltar un gruñido bajo a Blanchet, que trataba de contener su excitación—. ¿O vas a ser el único sagitario fiel que conozco?

De repente, ella vio cómo daba un respingo y se aclaraba la voz.

—Entonces eres tal y como pensaba. No te mereces a André —escupió esperando herirla—. Él está completamente colado por ti, y tú despliegas todas tus armas y te restriegas con el primer tío que toca a tu puerta, como si fueras una puta gata en celo.

—¿Y lo vas a desaprovechar? —Blanchet no esperaba esa respuesta, ese descaro.

Cécile miró con candidez a los ojos verdes del chico; sus zafiros azul glaciar brillaron de

manera hipnótica. Entonces inclinó su cabeza, haciéndole saber que esperaba una respuesta positiva. Èmile se bloqueó por un momento, que Cécile aprovechó para dirigir una mano a su entrepierna, apretando su erección con ella.

—¿Qué mejor manera de hacer ver a tu amiguito el cura que no le convengo, que mostrarle de primera mano que cualquiera puede disfrutar de mí?

Èmile jadeó, el deseo se estaba apoderando de él, tanto que deseaba someter a aquella descarada en ese mismo instante. No era de piedra, así que rodeó la cintura de Cécile y sin darse tiempo a recapacitar, la atrajo hacia sí. Necesitaba devorar aquella jugosa boca, que no paraba de enredar sus pensamientos con cada cosa que decía. Dupont se dejó hacer, imaginando con gozo, que André estuviera viendo aquella escena, que estuviera sufriendo por la traición de su mejor amigo. De hecho, había dejado órdenes a Chipirón de grabarlo todo. Grabación a la que yo tendría acceso en un futuro para poder relataros lo más fielmente posible lo que pasó.

La boca y las manos de Èmile comenzaron a recorrer su cuerpo con ansiedad, mientras Cécile trataba de contener las náuseas con una estoica sonrisa dibujada en el rostro.

Él nunca conoció una piel tan blanca, suave y firme entre sus manos. Sin darse cuenta, estas pasaron a recorrer la espalda de la chica, y después, se atrevieron a acariciar sus senos, sus duros pezones y luego, su abdomen, percibiendo en él una forma inesperada. De repente, Èmile salió de su trance, empujando a Cécile hacia atrás.

Ella no pudo soportarlo más, y se giró, dándole la espalda para vomitar sobre la costosa alfombra del recibidor.

—¡Estás… estás preñada, Dupont! ¡Por el amor de Dios! ¡¿Serás zorra?! ¡¿Desde cuándo lo estás?!

—Y este es el momento en que tengo que aceptar que ya no hay manera de ocultarlo más —murmuró entre dientes mientras se limpiaba la comisura del labio con el dorso de la mano. Tras esto, una risa cínica salió de su boca, helando la mente de Èmile.

—¿Cécile? ¿Estás bien? ¿El... el bebé es de André? —Se acercó despacio, pensando que era mejor hacerlo ahora, que la chica aún se encontraba de espaldas a él.

—Que manía tenéis los tíos de este pueblo de quitarle lo divertido a la vida. —Dupont se giró lentamente, mientras un largo y puntiagudo metal brillante, comenzaba a asomar por la manga de su otra mano. Émile no podía dejar de mirarla, sus ojos habían perdido toda la candidez con la que le recibieron—. Pensándolo mejor, la verdadera diversión comenzará ahora, porque ¿sabes qué? Me vas a ayudar a demostrar mi punto.

Quien, hasta hacía un momento, aparentaba ser una débil chica, avanzó rápida y contundente hacia él, levantándolo del suelo como si se tratara de un muñeco de trapo. A Èmile no le dio tiempo ni a pestañear. La expresión de Dupont ya no era la misma. Ahora, sus ojos brillaban con una extraña excitación paranoica. Con un movimiento rápido clavó la fina punta de su arma en el cuello del muchacho, justo en el punto exacto que sabía que le dejaría sin fuerzas, prácticamente inmóvil.

Tras someterlo a su voluntad, lo cogió por las axilas y avanzó con él, arrastrándolo pasillo adentro. Émile luchaba en su interior por deshacerse del agarre de Cécile, pero a duras penas podía moverse. Se sentía como un muñeco de trapo en sus manos, sin poderse mover ni liberarse, mientras podía sentir cómo su pecho subía y bajaba en un vaivén de impotencia total.

A veces, aún me da por pensar en qué habría pasado si no me hubiera ido de allí, o si él hubiera hecho caso a los consejos de Bernadette y no se hubiera entrometido. Si tal vez hoy aún seguiría con vida.

Pero Èmile siempre fue de poco pensar. Era fiel al padre André como Sancho Panza a Don

Quijote, como un caniche capaz de enfrentarse al primer rottweiler que gruñera a su dueño, sin pararse a pensar en el tamaño de sus dientes. Vamos, un tonto que seguía a otro tonto. Seguramente se preguntó, qué podía ser lo que le había pasado a Dupont. Ellos nunca fueron lo que se dice amigos, pero estoy seguro de que tampoco imaginó jamás, que pudiera desearle ningún mal, ni atacarle de aquel modo. Al fin y al cabo, Émile era un hombre básico, inocente, de los que siempre piensan que, en el fondo, nadie es malo.

La forma en que la chica lo cargaba y zarandeaba al caminar, y la fuerza con la que apretaba su agarre, hicieron que sus ojos se tornaran rojos y suplicantes, lo cual estaba resultando ser un aditivo extra de morbosidad para Cécile.

—Cécile, qué te pasa. No hagas esto —suplicó casi en un susurro, tratando de aferrarse con ambas manos al brazo que lo cargaba; pero sus manos, su cuerpo, eran de trapo. Los golpes y patadas al aire de Èmile eran más una imaginación suya que realidad, y la reconocida ingeniera, la filántropa amada y admirada por tantos, no parecía escuchar.

Una vez en la zona de trabajo, Dupont utilizó la punta que emergía de su manga como un punzón de hielo, y ensartó el hombro derecho del joven como si fuera una pieza más en un matadero de cerdos, lanzándolo después contra la fría mesa de metal.

Capítulo 15. Mèlissandre

Me cité con Mèlissandre en la Place du Pendu y, aún hoy, me repito que maldita la hora en que pensé que sería un buen lugar, tranquilo y a la vista de todos. Que así, si me cruzaba con algún vecino chismoso, podría excusar mi ausencia con el pretexto de haber tenido que atender a la anciana por algo grave. Aquello tendría sentido y funcionaría. Mèlissandre era temida, respetada y amada en Le Village Oublié. Todo a la vez, por muy raro que parezca.

Pero yo llevaba demasiado tiempo oculto en la masía, por lo que no me había enterado de las revueltas ocasionadas por la dichosa *app* de mi querida Dupont.

En cuanto giré la esquina que daba a la plaza, me di cuenta de que lo de vernos en el pozo que adornaba su centro iba a ser difícil y, sobre todo, nada discreto. Todo estaba lleno de gente, y no eran personas paseando tranquilas, charlando o tomando el fresco. No, aquellos vecinos, la mayoría personas con las que trataba habitualmente, parecían furiosos.

Alguien me empujó por la espalda, rebasándome sin esgrimir ni un amago de disculpa; era un compañero de la junta de vecinos.

Bastián, el panadero, gritaba que estaba harto de robos, que tiraría el pan a las gallinas antes que seguir alimentando a tanto desagradecido. Anette, la maestra del pueblo, le chilló «¡come pan y calla!». Y le lanzó un chusco de pan duro a la frente. Muchos la vitorearon, cacareando y mofándose del pobre hombre; otros, los comerciantes, apoyaban a Bastián.

Recuerdo que Renauld, el dueño del bar, dijo que cerraría el local si alguien más le entraba a robar y Simón, el tallista de piedra, protestó. A él no le había robado nadie, pero destrozaría el pueblo entero si al regresar de la cantera, no tenía un lugar donde ir a echarse unos buenos tragos.

De pronto, el miedo a que comenzaran a razonar y toda esa ira fuera en dirección a mi Cécile, me hizo reaccionar. Comencé a avanzar entre el gentío, abriéndome paso a empujones y sin mirar a nadie a la cara, para poder fingir demencia en el caso de que alguien me reclamara.

Para cuando conseguí llegar al pozo, Mèlissandre ya estaba allí. Era de agradecer que la gente hubiera hecho una especie de círculo a su alrededor, dándole la espalda, para preservar una distancia de seguridad y no molestarla. Ese tipo de cosas, solo las podía provocar ella. Tengo que decir a su favor, que nunca faltó a una cita conmigo, aunque normalmente, el lugar, la hora, y la necesidad de la reunión, eran cosa suya.

Se retiró hacia atrás un viejo pañuelo negro que cubría su cabeza y me asió de la mano. Tras esto, tiró con fuerza de mí sin pronunciar una sola palabra, con intención de alejarnos de allí. Era lógico, porque aquel día, ese lugar era el peor del mundo para tener una conversación privada. Me hizo caminar cuesta abajo con prisas, como si algo nos esperara al otro lado de la plaza, hasta que salimos del tumulto y pudimos ocultarnos un par de calles más allá. Desde ahí aún podía ver al gentío, pero nos encontrábamos al margen, lo bastante alejados como para que nadie pudiera escucharnos y pasar desapercibidos.

—Nos están buscando —me advirtió en voz baja, mientras observaba todo a su alrededor.

—¿Quién? ¿Por qué?

Aquello me sacó de la realidad. El pueblo estaba sumido en el caos, pero eso no tenía nada que

ver con nosotros. ¿Quién nos iba a buscar con la que había montada? Dadas las circunstancias, lo de que mi consulta hubiera estado cerrada, en un pueblo donde todos eran partidarios de los remedios naturales, no me parecía tan grave al lado de las revueltas ocasionadas por Cécile.

—No sé quién, pero nos están buscando. Lo he visto en uno de los nudos del tronco del viejo roble —dijo tan segura como quien ve algo en el telediario de la mañana.

Después se volvió hacia mí y, aun con su baja estatura, sacó fuerzas para sujetarme de la pechera de la camisa y empujar mi espalda contra la fachada de una vieja casa. Los salientes de las piedras se me clavaron en la espalda, pero en ese momento era lo que menos me preocupaba.

Al contrario que al resto de habitantes de Le Village Oublié, a mí, Mèlissandre no me daba miedo.

—Llevo días queriendo hablar contigo, ¿dónde estabas? Nuestro tiempo aquí se agota —susurró con urgencia.

—Ah, ¿sí? Pues yo también quería hablar con usted. Estoy casi seguro de que Cécile ha ingerido el jugo de las flores y creo que se las ha dado a más gente. Eso dejando de lado que, en dosis minúsculas, ¡nos las está suministrando a todos!

Me miró hastiada, como si lo que le acabara de decir no fuera importante, o cierto. Como si sus adivinanzas tuvieran más importancia que mis certezas.

—Eso es imposible, solo le di un manojo y esa criatura no sabría volver a dar con ellas.

—¡Ni falta que le hace! Ha creado una fórmula a partir de las que le dio, eso significa que ha multiplicado la cantidad quién sabe por cuánto, adulterándola con otras sustancias. El jugo de las flores solo es el principio activo. Usted… usted no entiende de estas cosas. ¡Madre mía, la que ha liado!

Mèlissandre frunció el ceño. No estaba acostumbrada a que nadie le hablara así, pero la verdad era que, si alguien se iba a atrever algún día, ese tenía que ser yo.

—Ella me mintió, dijo que las utilizaría para ayudar a la gente.

—Ella me mintió, mi madre le mintió. ¿Es que no tiene otra excusa? —le reclamé con hartazgo—. Admita que subestimó a Cécile, que pensó que podía manipularla. Y deje de tratarme como si fuera tonto, usted se las dio sin explicarle nada a sabiendas de lo peligrosas que eran. ¿Sabe que ha estado probándolas con gente sin su consentimiento? Y no me refiero al uso casi infantil que usted les daba, para crear parejitas a su antojo. No sé con quiénes ha estado experimentando, pero tenemos que buscarlos y comprobar que estén bien.

El rostro de Mèlissandre palideció y negó con la cabeza, como si algo hubiera caído por su propio peso.

—Hice lo que tenía que hacer, y ahora todas esas malas personas abonan la tierra de estas montañas —aseguró con voz áspera pero satisfecha—. Ha sido rápido, no todo en lo que intercedo sucede tan deprisa.

La sangre se me heló al escucharla. Rápidamente até cabos y a mi mente llegaron los cadáveres encontrados por las montañas en los últimos meses. ¿Qué tenía que ver eso con Cécile y con Mèlissandre? Para bien o para mal, eran las dos mujeres de mi vida.

—No abonan nada, baje de una vez de sus putas nubes y aterrice en el plano de la realidad. Se los han llevado para hacerles la autopsia y devolverlos a sus familias. Al menos a los que encontramos. ¿O es que hay más? ¿Cuántos?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Eres tú quien vio los números grabados en sus cuerpos. Yo no soy adivina.

Puse los ojos en blanco, ahora no era adivina, pero bien que le gustaba aparentarlo delante de todos. Además, si me ponía tiquismiquis, ella no tenía por qué saber lo de aquellos números,

pero era Mèlissandre, así que…

—No entiendo por qué hace todo esto. Ella no le ha hecho nada, pero la expuso al efecto de las flores sin poner ni una sola pega. No es justo, ni esperaba algo así de usted.

Por una vez en la vida creí ver una brizna de arrepentimiento en sus ojos

Quería reclamarle, que me dijera cómo sacar a Cécile de aquel embrollo, cómo liberarla del embrujo al que la hubiera sometido aquella sustancia. Si alguien lo sabía, tenía que ser ella.

—Yo solo pretendía retenerla aquí, ya que no pude hacerlo con el único hombre al que amé en mi vida. Joseph, su abuelo —confesó con la mirada perdida en algún lugar—. Y no niego que una parte de mí la odió al ver sus ojos azul índigo por primera vez, tan familiares, tan iguales a los suyos y, al mismo tiempo, tan distinta al ser parte de su descendencia con otra mujer que no era yo. Pero, tras pensarlo durante una luna y preguntar a los espíritus de la montaña, la quise para ti, para Le Village Oublié. Necesitaba aferrarme a lo único que me quedaba de él.

Cerré los ojos y solté el aire. Con Mèlissandre todo era siempre así de difícil. Se las dio a Cécile porque sabía que yo nunca las habría aceptado.

—Entonces, con esto me demuestra lo que ya sospechaba. Que usted también tiene sentimientos. Que ama y entiende lo que es preocuparse por otra persona. Dígame entonces cómo la salvo, cómo consigo que vuelva a ser ella misma.

—No lo sé, ella ha modificado sus propiedades. Pero el efecto de las flores no es eterno, nunca lo fue. Quizás, te sirva saber que desaparece más rápido si la sangre se renueva. ¿Podrías realizarle una sangría?

La miré confundido. ¿En qué siglo estábamos? No pensaba hacer tal cosa y menos en su estado. La pérdida de sangre habitual en los partos tendría que servir para empezar y después, con tranquilidad, podría pensar en una exanguinotransfusión.

Quise discutir esto con ella, contarle lo del embarazo y que yo no era el padre. Necesitaba que se diera cuenta de que el mundo no giraba alrededor de sus maquinaciones, que ella no era ninguna deidad para manejarnos a todos como quisiera, pero no pudo ser.

Alguien nos dio el alto desde lejos, provocando que mi vista se enfocara tras la espalda de Mèlissandre.

Bernadette se acercaba hasta nosotros, seguida por Pierre. Más atrás, Paul, al que yo no conocía más que de vista, iba acompañado de Leopold, su compañero, que le guiaba a través del gentío.

Mèlissandre me sujetó del brazo y volvió a tirar de mí con decisión. Cuando me quise dar cuenta, ambos corríamos cuesta abajo en dirección al gran arco de la Porte Cachée*;* estábamos huyendo de gente a la que tenía cierto aprecio y no acertaba a saber la razón. En realidad, yo no había hecho nada. ¿O sí? Quizás, ya sabía demasiado; tal vez, el no haber ido a denunciar a Cécile, incluso a Mèlissandre, me convertía en cómplice de asesinato. Miré mi mano asida a la de aquella anciana que me vio crecer e imaginé que ambas estaban cubiertas de una sangre espesa y granate, que chorreaba delatando el camino que fuéramos a tomar.

Comenzaba a atardecer cuando pisamos las montañas, recuerdo que deseé con todas mis fuerzas que hubiera sido de noche para poder ocultarnos, pero la visibilidad aún era buena. Me di cuenta de que mi acompañante se dirigía hacia su lugar favorito. La zona donde crecían las hierbas medicinales que ella siempre recolectaba, donde se encontraba el viejo roble que tanto amaba y dónde, de vez en cuando, aparecían aquellas flores a las que yo tenía tanto odio.

Hacía años que no pasaba por allí. Ella me lo había prohibido la vez que me sorprendió arrancando aquellos pétalos y hierbajos con furia, muchos años atrás.

Y, aun así, me di cuenta de que aquel no era el camino habitual.

Os parecerá increíble, pero me costaba seguir el ritmo de Mèlissandre. Ella conocía cada risco, cada recoveco de aquel lugar; era como si fuera imposible que pudiera dar un paso en falso, así que procuré pisar justo por donde ella pisaba. La voz de Bernadette resonaba de fondo, incluso, escuché lo que debió de ser un disparo al aire. Aquello era más serio de lo que yo pensaba.

A través de unos riscos, llegamos al cauce del río Isère. La intensidad del viento aumentaba conforme subíamos la pendiente de la montaña. Mèlissandre pretendía que el ruido del agua ocultara el de nuestros pasos. Siempre fue una mujer inteligente, a pesar de los errores que cometió en su vida. O quizás, a consecuencia de ellos.

Avanzamos por un sendero estrecho y empinado, las piedras sueltas amenazaban con hacernos caer en cualquier momento, pero no podíamos detenernos. Yo suplicaba porque, al menos, la mitad de la comitiva, que nos perseguía, no consiguiera trepar por donde nosotros, aunque fuera muy optimista por mi parte pretender que gente del pueblo, no fuera capaz de manejarse por aquellas montañas.

De pronto, escuchamos algo que bien podría ser uno de ellos que hubiera rodeado el terreno por otro lado, o algún animal buscando sustento, pero no podíamos parar a comprobarlo. Mèlissandre me miró con determinación, tiró de mí y me hizo entrar en un recoveco de la montaña. Era una pequeña cueva, poco profunda, pero casi invisible desde fuera, gracias a la maleza que la rodeaba.

Para mi sorpresa, ella no entró. Pretendía que nos separáramos y eso hizo que mi corazón se acelerara. Deseé la muerte de aquella mujer cientos de veces, pero Bernadette tenía un arma de las de verdad, la única que yo había tenido cerca en mi vida, y la sola idea de que tal desenlace pudiera suceder me paralizó.

La vi alejarse y seguir trepando con una agilidad inesperada, agarrándose a las rocas con sus manos huesudas y artríticas, como si fueran la mejor herramienta de sujeción creada para tal menester. Mientras, yo me debatía por seguirla o acatar sus órdenes y permanecer oculto entre aquella maraña de maleza, rocas y el murmullo del agua discurriendo a gran velocidad.

Que soy un cobarde, ya os lo dije al principio de esta historia, así que, antes de que pudiera reaccionar, un ruido de pasos cercanos me hizo caminar hacia atrás, hasta dar con mi espalda en el fondo de la cueva. Me agaché y dejé de respirar por unos segundos.

Fueron las botas reglamentarias de Bernadette, las que cruzaron por delante de donde yo estaba escondido; un escalofrío recorrió mi columna vertebral. Sus pies, que eran lo único que yo alcanzaba a ver desde mi posición, giraban comprobando el terreno.

Arrancó a andar de improviso, seguramente vio o escuchó algo. Una mezcla de alivio y preocupación se instaló en mi cuerpo. Mèlissandre me había puesto a salvo, pero ella no lo estaba.

Salí de mi escondite despacio, decidido a alcanzarlas desde atrás sin hacer ruido. Podía seguirlas por la pendiente, un poco más alejado del río para que Bernadette no me sintiera llegar por su espalda. Una vez las alcanzara, ya vería lo que hacía. Aún no tenía claro por qué no me daba la vuelta y corría en dirección hacia el pueblo, cogía mi moto y huía hacia Italia o Suiza.

—No dé un paso más.

Una voz gruesa me sorprendió, era Paul Larue, que pudo rastrearme gracias a que su olfato y su oído eran más finos que los del resto. Alterné mi vista entre él y su compañero, ambos parecían exhaustos, y me pregunté cómo demonios habían conseguido subir hasta allí. La fuerza del viento arremolinaba nuestros cabellos dificultándome la visión.

—¿Qué es lo que quieren de mí? ¡Yo no he hecho nada!

—Entonces, ¿por qué huye? ¿Está protegiendo a la vieja Mèlissandre o es su mano ejecutora?

—me preguntó apuntándome con su bastón.

—No sé de qué habla —dije mirando hacia ambos lados, buscando una salida por donde se les dificultara seguirme, pero me encontraba acorralado por las rocas que unos momentos atrás, me protegían.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿dónde ha estado metido? No sé cómo no lo vimos antes. Solo usted en el pueblo tiene los conocimientos mínimos para realizar tales experimentos con los cuerpos que fuimos encontrando. Además, se relaciona con esa bruja con la que nadie trata y tiene antecedentes familiares de demencia.

—No olvide, que también estuve en todas las escenas del crimen. —Puse los ojos en blanco—. Como si fuera algo que yo hubiera elegido. ¿Tan faltos están de pruebas? ¿Qué fue de las iniciales y todo lo demás?

—No vamos a dejar que se marche, doctor Legrand —dijo con aquel tono que la gente ponía cuando me trataba con pinzas.

Me estaba conteniendo demasiado, que hubiera hablado de aquel modo despectivo aludiendo a las debilidades de mi madre, despertó en mí unas ganas enormes de aprovecharme de su ceguera y empujarlo colina abajo. Pero también estaba su compañero, que me miraba amenazante por los dos. Ambos caminaron hacia dónde yo me encontraba, mi respiración se hizo cada vez más rápida, y mi corazón amenazaba con salir huyendo por mi boca.

Y ya sabéis cuánto odio esa sensación.

Volví a mirar hacia los lados con prisa, valorando por cuál de los dos podría tratar de forcejear y huir. Leopold era un hombre de corta estatura y rechoncho, pero Paul era ciego. Estaba a punto de gritar por la desesperación, cuando Pierre apareció por detrás de ellos y, con un gran garrote de madera, golpeó la cabeza de Leopold primero y la de Paul, el sobrino de su difunta y amada esposa, después.

Él sí supo decidir en unos segundos.

No esperaba aquel giro de los acontecimientos, mucho menos viniendo de Pierre, que jamás cruzó conmigo más que las mínimas frases de cortesía entre vecinos. Que incluso, tras obligarme a pertenecer a la junta, nunca interactuó conmigo más que lo necesario.

Me observó jadeante por el esfuerzo, ya no era el hombre joven por el que mi madre perdió el norte. Quizás me miró durante más tiempo del que requería aquella situación, tanto que yo ya no sabía si había querido librarme de ellos o albergaba la esperanza de matarme a garrotazos con sus propias manos.

—Vuelve al pueblo y huye, hijo. Te daré todo el tiempo que pueda antes de pedir ayuda —me ordenó con gesto frío.

—¿Por… por qué? —tartamudeé.

—¡Edmond! No me hagas arrepentirme.

Sonó tan autoritario que salí corriendo como alma que lleva el diablo, solo que, en lugar de dirigirme hacia el pueblo, continué subiendo la montaña, a pesar de la maldición que escuché salir de la boca de Pierre, tras de mí.

∞∞∞∞

Sabía dónde debía ir, el fuerte ruido de la cascada que descendía del pico de la montaña, así me lo indicaba; el viejo roble andaba cerca. Recordé que Mèlissandre mencionó que uno de sus

nudos le dijo que nuestro tiempo en Le Village Oublié se había acabado, así que tenía que ir a por ella antes de huir. No podía dejarla atrás a pesar de todo.

Pero llegué demasiado tarde. Cuando las vi, Bernadette, con la que siempre me llevé a las mil maravillas, apuntaba a Mèlissandre a la cabeza, mientras esta se mantenía aferrada al roble, exhausta tras la subida, pero con la mirada tan firme que daba miedo.

Me detuve en seco al ver la escena: la gendarme estaba en posición de disparo, con las piernas ligeramente separadas y el arma cogida con las dos manos. Pero, aun así, noté cierto temblor en ellas. Quizás era su primera vez, o el halo misterioso que siempre envolvió a aquella mujer la estaba afectando. De todos modos y para sorpresa de nadie, no me atreví a mover un solo músculo.

Temía por ella, sentía cómo si una mano invisible oprimiera mi garganta y mi pecho, pero también me daba pavor que, si Bernadette escuchaba algo a su espalda, se diera la vuelta y disparara movida por el miedo.

Sé que Mèlissandre me vio llegar, sus ojos apenas se desviaron unos segundos, pero hizo como si no estuviera para que Berni no lo notara.

—¿Vas a dispararle a una pobre anciana? —le preguntó con voz quejumbrosa, fingiendo ser la vieja desvalida que nunca fue.

—Solo quiero hacerle unas preguntas, *madame*.

Caminé despacio para acercarme un poco más; el ruido del agua helada, que en aquel lugar bajaba con fuerza, impedía que escuchara bien sus palabras.

—¿Sobre su buen amigo, el doctor?

Bernadette titubeó.

—Sí, sobre él y sobre usted. ¿Dónde se han *metío* estos días?

—No hemos estado juntos, si es lo que pregunta —dijo falseando una voz de viejecita encantadora que no le pertenecía—. Él, creo que fue a cuidar a una paciente muy enferma. En cambio, yo he estado entregando sacrificios humanos a los dioses de la montaña. ¿Alguien tiene que hacerlo? ¿No?

Abrí mucho los ojos, ¿por qué había dicho eso? ¿Estaba inculpándose para salvarme? ¿Para salvar a Cécile?

—Va… va a tener que venir conmigo, *madame*. Necesito que repita eso en la gendarmería, ¿vale? Yo bajaré la pipa si usted viene conmigo. —Soltó una mano de la pistola y se sacó unas esposas del bolsillo. ¿Realmente pensaba encerrar a Mèlissandre?

Para mi sorpresa, la anciana levantó las manos.

Ya no podría huir del pueblo si la encerraban. No sería capaz de dejarla sola, al igual que ella nunca me dejó solo del todo. La imagen de Mèlissandre pudriéndose en una celda era lo más antinatural que podría haber imaginado jamás y, aun así, comencé a visualizarlo como una certeza inamovible. Dio dos pasos para separarse del roble y noté cómo los hombros de Bernadette comenzaban a relajarse. Me alegré por ambas de que no hubiera llegado a disparar, se notaba que no estaba lista para hacerlo.

De repente, cuando ambos comenzábamos a bajar la guardia, Mèlissandré, tal vez sintiéndose acorralada y prefiriendo morir por sus propios términos a acabar metida en una jaula, corrió hacia el borde de la roca, abrió los brazos como si fuera un pájaro y, de un gran salto, decidió lanzarse al vacío cerca de la catarata.

Mi respiración se cortó y caí de rodillas justo donde estaba.

Bernadette lanzó un grito de impotencia y corrió hacia el borde, donde se agachó para ver la enorme caída que había desde aquel lugar. Yo no lo necesité, conocía aquel sitio. Hubiera

necesitado tener alas para salvarse. Quizás las tenía, pero no de ese tipo. Ella siempre tuvo las alas que le daban la libertad de haber sido ella misma toda la vida, sin ataduras ni leyes más que las suyas propias.

Continuaba en *shock*, cuando sentí unas fuertes manos que me sujetaban desde atrás levantándome del suelo. Era Pierre, que había conseguido alcanzarme. Me alzó con brusquedad y me empujó sin decir nada, para que me fuera antes de que Berni notara mi presencia.

Volvimos a mirarnos a los ojos y pude notar una tristeza en ellos que nunca antes supe ver. Una idea cruzó por mi mente, pero no pude detenerme en ella, me sentía demasiado superado por los acontecimientos. Acababa de perder a lo más parecido a una familia que me quedaba, por extraña que hubiera sido mi relación con aquella mujer. Estaba asustado, triste y no sabía cómo reaccionar.

Decidí obedecer sus órdenes y escapar montaña abajo, evitando pasar por la zona donde dejé atrás al abogado y su compañero.

Dos personas acababan de jugársela por mí, Mèlissandre y Pierre, y aún no acertaba a entender qué había hecho yo para merecer aquello. Más tarde, me daría cuenta de que, a veces, no se trata de lo que uno haga o deje de hacer, sino de lo que esas personas arrastran en sus conciencias.

Capítulo 16. Celos

Cuando unas horas más tarde, Bernadette se recompuso lo suficiente como para llamar al móvil del padre André, este no se encontraba con ánimos de levantarse de la hierba. Había estado ignorando llamadas de Paul Larue desde temprano, así que, por miedo a que fuera hasta la puerta de su casa, decidió salir a la montaña. El problema era que llevaba encima el dichoso teléfono, porque aquel aparatejo del demonio, le creaba la necesidad de estar siempre localizable. Miró la pantalla y al reconocer el número de la gendarme, se debatió entre contestar o no.

No podía quitarse de la cabeza la sensación de que estaba fallando estrepitosamente en su decisión de tomar las riendas de su vida; e invertir el máximo de sus esfuerzos para recuperar a Cécile.

No era dejadez, ni falta de iniciativa. El miedo que vio en sus ojos las últimas veces que se encontraron se repetía una y otra vez en sus pesadillas y, eso le frenaba. Lo último que quería era lastimarla. Además, se sentía miserable ante la idea de convertirse en uno de esos desquiciados que persiguen a quienes ya les han dejado claro que no quieren saber nada de ellos: acosadores, perturbados, trastornados que imaginaba con pintas horrendas, malolientes, con los dientes podridos y aliento a aguas fecales estancadas.

En sus últimas pesadillas se veía tras las rejas de las ventanas de la casa parroquial con esas pintas. Mientras, en la plaza, una manifestación de muchachas contra la violencia de género, berreaba su nombre y aporreaba su puerta.

A veces, pensaba en la posibilidad de que Cécile no volviera a darle un beso jamás, que no se le acercara ni, aunque todas esas constelaciones del cielo que tanto amaba, predijeran lo contrario. Aquello, le quitaba el aire y las ganas de vivir.

Al final, decidió contestar a Bernadette, más que nada para dejar de escuchar el incesante zumbido de aquel cacharro en su bolsillo, que no le permitía seguir regodeándose en su miseria. Cerró los ojos y dio gracias al cielo por haberlo hecho, pues las nuevas noticias le daban la excusa perfecta para acercarse hasta la masía Dupont.

Como ya supondréis, la llamada de Bernadette no era para otra cosa que para avisarle de que Émile se había desplazado hasta allí, precisamente para visitar a Cécile. Ni que decir tiene, que el padre André enfureció ante la idea de que su amigo se hubiera tomado la licencia de meterse en su vida, pues nunca le pidió que intercediera por él como si fuera un puberto. Pero Berni parecía muy preocupada; lo notaba en su voz. Además, le aseguró que había perdido todo contacto con Émile hacía varias horas, cuando quedaron en que la llamaría nada más terminara de hablar con la ingeniera, para contarle lo que le hubiera dicho. No le quedaba más opción que ir a buscarlo; tonto o no, era su mejor amigo.

Además, tendría que ir solo. Bernadette le juró que tenía que rellenar unos informes sobre el asunto de los asesinatos y no podía acompañarlo.

«Asegúrate de que llegó hasta la masía y de que sigue allí. Sabes que es peligroso andar solo por las montañas estos días».

Esas fueron las palabras exactas de la gendarme, aunque él confiaba en la pericia de su amigo para moverse por aquellas tierras sin que nada le pasara.

Pero el caso era que, el tono de voz y la corrección en las palabras de Bernadette, le preocupaban. Ella solía ser más seca y mal hablada; quizás por eso siempre congenió con Èmile, quien también podía ser un poco bruto a veces, pero sin llegarle a ella ni a la suela de los zapatos.

Conociendo a Èmile y a Cécile y, a pesar de que sabía que nunca se cayeron bien, pensó en la remota posibilidad de que hubieran limado asperezas. Imaginó que, al llegar a la masía, los encontraría con resaca, después de haber llegado a un entendimiento tras apostar quién aguantaba más chupitos de absenta, o brindando con un buen Moët a la salud de su desgracia.

Durante el camino, una maraña de pensamientos se agolpaba en su cabeza. Su imaginación se debatía entre la posibilidad de que Cécile lo repudiara de nuevo, cosa que esperaba pero que, aun así, no soportaría; o la extraña idea de que, al hablar con Èmile, ella lo hubiera perdonado y se lanzara a sus brazos, concediéndole su perdón. Pero eso solo era un sueño bastante improbable.

La puerta de la masía se encontraba cerrada a cal y canto. No se podía entrar si no era pidiendo permiso, cosa que dudaba que Cécile le fuera aconceder; así que, muy a pesar suyo, se decidió por trepar hasta una de las ventanas. Sabía que era una decisión tonta, pues de un modo u otro, en la casa debía haber seguridad, pero ¿qué otra opción le quedaba? Tenía que volver a casa con Émile o Bernadette no le dejaría en paz.

«Bonita misión para un sacerdote», pensó sintiéndose ridículo mientras trepaba.

El teléfono volvió a vibrar. Era Larue, que regresaba a la carga tras unas horas de descanso. Maldijo por lo bajo, al menos podía darse con un canto en los dientes porque el sonido no le hubiera delatado, ya que tenía el aparato en modo vibración desde hacía horas. Lo último que le faltaba era ser descubierto por culpa del abogado.

Le parecía algo surrealista estar allí arriba, aferrado a la fachada como un mono con alzacuellos. Tal vez, Émile se hubiera marchado hacía rato y simplemente estaba sin batería. Quizás apagó el móvil para echarse a dormir la siesta. O peor, ¿y si estaba tan entretenido alternando con Cécile que no se acordó de llamar a Bernadette? ¿Y si ambos estaban riéndose de él en el interior del edificio, burlándose de sus sentimientos, y él solo les iba a dar más material cuando vieran que se había desplazado hasta allí y se había esforzado tanto para entrar en la casa?

Al menos vería a Cécile, aunque con ella ya estuviera todo perdido.

Ya que había llegado hasta allí, siguió adelante y atravesó una ventana del primer piso. Pero nada más poner el pie en el suelo, la voz metálica de Chipirón resonó por toda la estancia.

—Monsieur Côté, solo deme un motivo para no electrocutarlo en este mismo instante.

—Hola, Chipirón. ¿Cómo estás? —Sonrió muerto de miedo—. Cécile me habló mucho de ti. ¿Tienes órdenes de hacerlo? —Terminó de entrar con movimientos muy, muy lentos y las manos en alto.

—No, pero tengo órdenes de no permitirle entrar por la puerta.

—Esto no es una puerta, ¿verdad?

—No se haga el gracioso, monsieur André Côté. Yo también tengo datos sobre usted y no es su estilo. Ahora, dígame, ¿qué hace aquí?

El párroco sabía que la seguridad de la casa ya habría fulminado a cualquier ladrón, así que se preguntó, por qué él no estaba electrocutado en el suelo.

—Solo vengo a buscar a Blanchet, Èmile Blanchet. ¿Sabes de quién te hablo? ¿Está aquí? Si me contestas a eso, me marcharé por donde vine.

—Bien, si es así, la respuesta es sí. Èmile Blanchet se encuentra en la masía. —El padre André suspiró aliviado; tal y como pensaba, Bernadette exageró al sugerir que alguien podría haberlo

atacado por el camino.

—¿Y puedo pasar a verlo?

—Ahora mismo se encuentra mejorando el humor de mademoiselle Dupont. No creo que sea buena idea que les interrumpa. —André sintió una punzada de celos, incluso Émile podía acercarse a ella y él no.

—Chipirón, hice un viaje muy largo solo para ver a Cécile y a Blanchet, así que estoy pensando que quizás, yo también podría contribuir en eso de mejorar el humor de tu jefa. ¿No crees? —Le pareció que la IA se tomaba un momento para valorar la situación.

Seguramente, así era. Obtener sujetos de prueba voluntarios podría ser más cómodo para su creadora y, por lo tanto, beneficioso para el buen desarrollo del bebé. Ese tipo de cosas eran las que Chipirón solía tener en cuenta. Incluso, se preguntaría si debía redactar un consentimiento informado y dárselo a firmar.

—Cierto, tal y como se está desarrollando este día, usted podría ayudar en eso. Mademoiselle Dupont necesita bajar los niveles de estrés, dado su estado actual. —El cura no analizó el trasfondo de aquella frase, y simplemente sonrió de oreja a oreja. Nunca pensó que sería tan fácil convencer a la IA de que le dejara entrar.

—¡Gracias, Chipirón! ¡No sabes cuánto te lo agradezco!

—Solo una advertencia. Si trata de dañar a mi creadora de nuevo, estoy autorizado para electrocutarle hasta que no queden de usted, ni los huesos. Dicho sea esto, le informo de que puedo hacerme presente en cualquier estancia de la casa.

El padre André se santiguó y se dijo a sí mismo que debía andar con cuidado. Pasara lo que pasara cuando Cécile le viera, no debería hacer ningún movimiento que fuera considerado como una muestra de agresividad por Chipirón, o las cosas se pondrían feas.

Analizando esto último, fue que le dio por pensar en qué habría querido decir la IA con «el estado actual de Cécile». ¿Acaso estaba enferma y por eso necesitaba con qué distraerse?

Recorrió la primera planta de la masía en busca de los dos y, al no verlos, pensó que lo más probable era que estuvieran en la zona de trabajo de Cécile. Al fin y al cabo, ahí pasaba la mayor parte del día, según tenía entendido.

No era la primera vez que estaba allí, pero las veces anteriores entró por la puerta principal y siempre fue guiado por algún empleado. Esa fue otra cosa extraña que notó, que no parecía haber nadie más allí, cuando las otras veces aquel lugar era un trasiego constante de empleados que nunca supo muy bien para qué servían. Quizás les había dado la tarde libre.

La masía Dupont era, además de enorme, una de esas casas que parecían haber sido hechas a trozos, añadiendo más y más estancias a lo largo de los años, por lo que le costó encontrar algo que le resultara familiar.

Mientras avanzaba, varias cosas le rondaron la cabeza, como que, la razón de que Èmile no le hubiera llamado por teléfono fuera que en aquella casa hubiera inhibidores de señal; había escuchado esas cosas por la radio. O que su amigo estuviera más embelesado con Cécile de lo que él consideraría aceptable y se hubiera olvidado por completo del mundo exterior. Obviamente, prefería lo de los inhibidores, porque la otra opción incluía retirarle la palabra a Blanchet por el resto de su vida.

La zona de trabajo siempre se encontraba cerrada a las visitas, esa era una norma esencial en la vida de Cécile. Pero al haber convencido a Chipirón de que su visita era necesaria, el padre André no encontró problemas para que las puertas se abrieran frente a él. La IA, incluso, le dio

algo de conversación por el camino, contándole chascarrillos que el cura me definió como «ocurrencias con muy poca gracia».

—Sabe, padre. Mi creadora suele decir que soy como un pariente molesto. Siempre presente, aunque nadie me haya invitado. ¿Se lo han dicho a usted alguna vez?

André se preguntó si Chipirón era capaz de percibir la incomodidad que le provocaba con su presencia, ya que pretendía pasar desapercibido. Aun así, forzó una sonrisa y no protestó por miedo a ser fulminado.

—Supongo que opina algo parecido de mí, o peor. Son cosas de la vida, intenta no tomártelo como algo personal —susurró por miedo a ser descubierto. No sabía a cuánta distancia estaba de su objetivo, así que intentaba ser lo más silencioso posible.

—No entiendo. ¿Algo personal? Soy una IA, mi existencia e interacciones no están consideradas vida, por fortuna. ¿Sabe cuál es el problema que he descubierto con la vida, padre André? Que es altamente terminal.

André se quedó callado pensando en aquellas palabras, preguntándose si la última frase se trataba de una amenaza velada.

—Perdone el desorden, padre. Le aseguro que, *mademoiselle* suele recoger después de sus quehaceres —Chipirón se disculpó justo antes de que el párroco pudiera poner un pie en el interior de la estancia. Después, la parlanchina IA guardó un extraño silencio que André agradeció, aunque tampoco se lo dijera.

Aparte del miedo que le causaba eso de hablarle al aire a alguien que no fuera Dios, ni siquiera había tenido nunca un terminal con acceso a internet, por lo que jamás probó otras versiones más sencillas, como Alexa o Siri, en su teléfono.

Al entrar el olor a metal, desinfectante y café lo golpearon. Todos sus sentidos se pusieron alerta. Algo le decía que estaba a punto de toparse con Cécile. Puso todo su empeño en mantenerse sereno, pero le fallaban las piernas y su corazón golpeaba con fuerza contra su pecho una y otra vez, hasta provocarle una sensación de fatiga desconocida.

Exhaló despacio para tranquilizarse, cerró los ojos y visualizó la campiña salpicada de girasoles. Aquel era un escenario que, por alguna extraña razón, siempre le trasmitía calma. Estaba convencido de que tenía que mostrarse tranquilo ante ella, seguro de sí mismo, o lo estropearía todo una vez más.

Pronto abrió los ojos y su respiración se entrecortó, desembocando en un ronco jadeo que tuvo que controlar; no quería ser escuchado antes de hora. Era nuevo en aquello de tener ataques de ansiedad, nervios desbocados y el corazón galopando como un caballo que, recién espoleado, cabalga ciego asumiendo la posibilidad de caer por un precipicio, porque es incapaz de controlarse.

Como pudo, llegó a una especie de segunda sala en la que nunca había estado. Jamás pensó que aquel lugar en el sótano, que él pensaba que constaba de una sola habitación, albergaba más estancias. Se preguntó si, en serio, Cécile necesitaba un lugar tan grande como zona de trabajo o aquello solo formaba parte del alardeo típico en alguien como ella. Enseguida se respondió a sí mismo que él nunca podría entender esas cosas, pues se crio en una familia humilde que pastoreaba cabras y poco más.

Tampoco entendió que si, como le aseguraba Chipirón, Cécile estaba allí, se encontrara todo tan oscuro.

La sala estaba sumida en penumbra y solo era capaz de percibir unos pasos al fondo, los cuales no sabía si pertenecerían a las personas que andaba buscando. El olor metálico comenzó a intensificarse, a superponerse por encima de cualquier otro, pero seguía estando tan oscuro que

no era capaz de diferenciar bien nada. Tampoco de encontrar ningún interruptor, por más que buscó.

Continuó caminando porque era consciente de que tal vez, ni siquiera los hubiera y la forma de encender la luz fuera dando una orden al techo o una palmada. Cualquier extravagancia menos un simple interruptor, pero todas más ruidosas. Más adelante le pareció ver algo de luz, por lo que avanzó sin dudarlo. Sus sentidos excitados, casi hasta su punto de quiebre, le pedían llegar al final cuanto antes.

Imaginó que, al verla, tomaría a Cécile por la nuca independientemente de si Émile estaba con ella o no, la besaría hasta perder el poco aliento que le quedaba y después, le pediría perdón de rodillas, una y mil veces; todas las que fuera necesario hasta lograr que ella cediera.

Al filtrarse aquella tenue luz, miró atónito su propia sombra alargada, moviéndose al ritmo de sus jadeos... También sentía los ojos fuera de sus órbitas y pensó, que debía ir con cuidado. Si ella lo veía así, tendría razones de más para malinterpretarle de nuevo, para temerle.

Semioculto por un tabique, logró ver unos pasos ajenos que parecían moverse de un lado a otro al fondo de la sala. La luz que le llegaba provenía de un foco.

Escuchó una voz murmurar y no dudó que pertenecía a Cécile, luego una carcajada, la cual se escuchó muy bajo. Tan bajo que le resultaba difícil distinguir entre su sonido y el ruido de sus pensamientos.

El padre André se encontraba muerto de celos, aunque le costara admitirlo. ¿Y si esos murmullos estaban dedicados a Émile? Era obvio que una luz tenue y voces susurrantes no eran lo que precedía a dos amigos charlando o jugando al parchís.

La idea de que Émile hubiera encontrado a Cécile tan irresistible como él lo hacía, y no se hubiera podido controlar le estaba matando. La desconfianza se había instalado en su mente, intentando acaparar todo el espacio de su cerebro y acentuando el agudo dolor de cabeza que le torturaba.

«No, Émile jamás me haría eso», se repitió una y otra vez, para tratar de calmarse.

En la oscuridad en la que estaba sumergido intentaba definir, distinguir la silueta del cuerpo de la mujer que lo mantenía en vela, pero su imagen era tan diáfana que no sabía si la veía o la imaginaba. Su mente estaba confusa, seguramente por los efectos de la ansiedad. Intentaba centrarse, obviar el extraño aroma que envolvía aquel lugar, reprimir sus instintos, pero era imposible.

Al avanzar, el suelo se volvió viscoso de un momento a otro, y despegó su mirada de la silueta frente a él, solo para averiguar cuál era la razón. De pronto, aquel olor metálico cobró sentido, lo que estaba pisando no era otra cosa que sangre. Sangre mezclada con algún tipo de vísceras. Se asustó, aquello no debería de estar allí, no tenía sentido.

Levantó la mirada y la figura bajo el foco se volvió a desplazar hacia un lado. Estaba canturreando feliz y ahora, más cerca de ella, pudo ver claramente que se trataba de Cécile. Por un momento, la sonrisa del padre André se ensanchó. Ella parecía feliz; reía bajo y canturreaba algo que no entendía, pero parecía estar sola. Algo no cuadraba en la mente del clérigo y cuando fue consciente de ello, su sonrisa perdió fuerza.

Cécile disfrutaba arreglando pequeños cachivaches, cosas llenas de chips y de cables; pero aquello ya no era un taller, sino que tenía una gran mesa metálica, como si fuera una especie de quirófano de los que utilizaban los forenses en las series policíacas. Sobre todo, por la idea persistente de que había manchas de sangre y vísceras por el suelo. Y Cécile, aunque fuera muy inteligente, no era como aquellas chicas de las series de televisión. No era una forense, ni siquiera una doctora de medicina general y más de una vez, le aseguró que odiaba cocinar. Era

¿tecnóloga? Ni siquiera recordaba bien cómo se llamaba lo que ella hacía.

Sin hacer ruido esperó escondido bajo la protección que le proporcionaba aquella penumbra. Cécile se veía tan hermosa, que podría haber esperado ahí eternamente, observándola.

Pasado un rato, ella se despegó de la camilla; parecía haber terminado por ese día y se dispuso a recoger. El padre André la vio caminar hacia una pequeña puerta y desaparecer tras ella. Supuso que iría a lavar sus manos; así que aprovechó la ocasión para acercarse a la camilla y ver qué era lo que tan feliz tenía a su amor.

Se aproximó despacio, tratando de no hacer ruido. Con cuidado levantó el plástico que cubría lo que hubiera en aquella camilla y de pronto, su mente se nubló. No conseguía moverse, no lograba hablar. Solo podía escuchar su respiración entrecortada y sus propios latidos desbocados, en el interior de sus oídos, al ver el macabro espectáculo ante sí.

El cuerpo de Èmile, su amigo de toda la vida, su hermano, se encontraba envuelto en aquel plástico. Rasgado y suturado de arriba abajo. Sus ojos se hallaban cosidos, seguramente vacíos, pues el padre André ya había visto otros cuerpos iguales a ese. Iguales pero anónimos, algo que, en su mente, en sus entrañas, marcaba una distancia abismal entre aquellas otras veces y esta. La piel de su amigo, parcialmente quemada, también era un dato tan igual a las que ya vio anteriormente, iniciales y número incluidos, que hasta le parecía mentira que fuera Émile, su Émile, quien estuviera ahí.

Agarró la cruz de madera de su pecho y la apretó con fuerza contra sus labios.

El grado de desesperación en el pecho del padre André se acercaba a dimensiones infinitas. Necesitaba llorar, gritar, pero nada salía de su garganta. Hubiera deseado abalanzarse sobre el cuerpo de su amigo, abrazarlo y llorarle sin descanso, pero estaba petrificado, no conseguía reaccionar. Mientras, el sonido del discurrir del agua y las carcajadas desquiciadas de Cécile —ahora percibía ese ligero matiz— volvían a sonar desde el otro lado de la portezuela por donde había desaparecido.

Ella todavía continuaba allí, canturreando feliz desde su sucio rincón, alimentando su nuevo estado de locura. Se preguntó desde cuándo estaba así, si serían semanas, meses, si desde que él la dejó tirada aquel día en la zona de trabajo. En su cabeza no contemplaba la posibilidad de que hubiera sido desde antes, esa no era la Cécile que él conocía, la que amaba. ¿Desde cuándo era un monstruo? Y lo más importante, ¿en qué momento se convirtió en tal? El dolor inundaba su caja torácica e iba propagándose lenta y frenéticamente por su fuerte figura. De pronto, el sonido de los reclamos de Cécile las últimas veces que se vieron, golpearon su cerebro. ¿Él había provocado eso?

Tal era su estado de *shock*, que no se dio cuenta de que la melodía suave de la canción de Cécile sonaba más cerca. De repente, ambos estaban parados, uno frente al otro, sin atreverse a que la voz saliera de sus gargantas.

Capítulo 17. Huida

La voz cantarina de Cécile cesó, desvaneciéndose por completo la sonrisa que, hasta hace unos instantes, adornaba su rostro. El padre André le dirigió una mirada de confusión y dolor que, a ella le perforó las entrañas como un frío y afilado puñal.

Metáforas de la vida, o el karma, quién sabe.

Cécile disfrutó masacrando a Èmile. En cierto modo, incluso se podría decir que no pudo evitarlo, ni quiso tampoco. Se sintió extasiada al ver el sufrimiento en la cara del joven, e imaginando el dolor que indirectamente, eso podría provocar en el padre de su hijo.

Si no era capaz de infringirle dolor en persona, al menos así, sí lo era.

En fin, que disfrutó fingiendo que necesitaba esa nueva experimentación, solo para corroborar lo que ya sabía; pero ahora que tenía al padre André delante suyo, todo el dolor, que este sentía, estaba siendo más de lo que su mente podía soportar. Se preguntó por qué tenían que afectarle tanto los sentimientos de aquel estúpido y su cercanía. Ellos no eran nada; nunca lo fueron, al menos oficialmente. Además, él decidió despreciarla. Lo menos que esperaba era que su corazón y su instinto aceptaran esa decisión, no que se revelaran ante ella.

Una fuerte punzada hizo que el rostro de Cécile palideciera, y que se llevara las manos al abdomen. Ahí fue donde el párroco, al bajar la mirada, pudo notar el abultado vientre de nuestra chica. Su camiseta ajustada no dejaba nada a la imaginación. Cécile estaba encinta de, al menos, cuatro meses o más. Tiempo de sobra para que ese bebé fuera suyo. Todo ese tiempo lo había estado.

Ahora recuerdo, cuando el padre André me confesó que, en aquel momento de revelación, de sentir cómo el universo le lanzaba la verdad a la cara como quien deja caer sobre ti una losa de granito, quiso morirse. Deseó golpearse a sí mismo por haber sido tan idiota y no darse cuenta antes. Por haber provocado, aún no sabía muy bien cómo, que el pobre Émile hubiera pagado por ello.

El teléfono de André comenzó a vibrar en el bolsillo de su pantalón y sacó a ambos de aquel trance en el que se habían sumido. Deslizó el aparato despacio, llevándolo a su oreja con manos temblorosas y, sin dejar de sostener la mirada a Cécile.

Algo más, aparte de aquella escena surrealista, no le cuadraba. Ella parecía asustada, no tenía mucho sentido después de todo lo que había estado haciendo, pero sus ojos no mentían. No para él, acostumbrado a observar cada mínimo gesto en su rostro desde el primer día en que la conoció.

—¿Ss... sí? —contestó con voz temblorosa, mientras Cécile permanecía plantada frente a él, sin ser capaz de mover un solo músculo.

El miedo la paralizaba. Solo emitía un leve jadeo, provocado por el intenso dolor en su bajo vientre. Además, su instinto le pedía calmar la angustia que sentía aquel hombre que tenía enfrente, abrazarlo, aferrarse a él y fingir que todo volvía a ser como aquellas primeras veces, cuando, con la luz apagada, se atrevían a dejarse llevar por los sentimientos. Sentía que solo así su dolor menguaría, pero la sensación de terror no la dejaba dar un paso en su dirección.

—Padre. Habla Paul. ¿Está bien? Le dejé varias llamadas esta mañana y no recibí respuesta.

Sabe que ha de estar localizable. —Su voz sonó cansada.

—Sí, claro, Paul... Discúlpeme, todo está bien —contestó en un tono frío, pero aun así demasiado amigable entre ellos dos.

—¿Seguro? Le escucho extraño. Me gustaría contarle algo.

—Sí... seguro. Ahora tengo que colgar, Larue. Luego le llamo.

Colgó la llamada sin que ninguno de los dos hubiera hecho un solo movimiento.

—Corre.

Aquella palabra, apenas audible, salió de los labios del padre André, y Cécile ladeó la cabeza como dudando de lo que acababa de escuchar.

—He dicho que corras.

La orden hizo clic en su mente, el afilado punzón emergió de su manga y cien haces de luz de un tono rojo vibrante, cortesía de Chipirón, se interpusieron entre ambos sorprendiéndolos a los dos. El cura quiso dar un paso adelante, pero el modo en que Cécile le dijo que no con la cabeza, mientras aquel azul hipnótico de sus ojos le miraba ahora con más dolor que rabia, le hizo detenerse.

En pocos segundos, el mismo material del que estaba hecha aquella daga creó una coraza alrededor de su cuerpo. André estiró una mano e introduciéndola con cuidado entre los haces de luz, trató de tocarla con ella, pero al rozar aquel metal sintió como si le sajara la yema del dedo. Tuvo que retirar la mano y vio que sangraba un poco, tan solo por haberla rozado.

Quiso decirle algo, cualquier cosa, pero ella se dio la vuelta y salió corriendo del lugar.

Entonces el padre André lo supo, supo que Cécile había cumplido su palabra de dar un paso más allá en su búsqueda por encontrar cómo proteger al mundo.

Escuchó cerrarse una puerta y los haces de luz desaparecieron. Supo entonces, que la única mujer por la que lo sentía todo, la futura madre de su hijo, se había marchado para siempre. Pero también la asesina de su mejor amigo y, seguramente, de todas aquellas víctimas más.

∞∞∞

Cécile condujo durante horas sin rumbo fijo, tan lejos como el malestar de su cuerpo le pudo permitir. En su cabeza todo era confusión. ¿Qué le pasaba a André? ¿Por qué no trató de detenerla cuando aún estaba paralizada? ¿Por qué no la golpeó hasta el cansancio al ver lo que había hecho con Émile? Estaba segura de que aquella vez había traspasado todas las líneas posibles para alejarlo de ella, para demostrarle que no era cierto que la amaba y que, si era así, ella ya no era digna de ser amada. Había llegado tan lejos para conseguirlo, que terminó matando a Blanchet sin ninguna razón que pudiera justificar, así que aquello tenía que ser una jodida broma.

¿Y si el padre André solo le estaba dando ventaja para jugar a algún estúpido juego del gato y el ratón? ¿Tan superior a ella se sentía? Se consideraba una mujer inteligente, así que necesitaba encontrar una razón lógica para el comportamiento de aquel rubio, por muy tonto que fuera; una que no tuviera nada que ver con la palabra amor. Así que, si esa era la situación, si solo le estaba dando ventaja, no iba a dejar que la atrapara. Condujo aún un poco más lejos de lo que su cuerpo le quería permitir. Cécile se propuso llegar hasta algún lugar tan perdido, que nadie pudiera relacionar con ella, con su empresa o su familia.

Solo cuando ya no pudo más, cuando los cólicos y las náuseas fueron inaguantables, salió del

vehículo. Después, desactivó el escudo plateado que la protegía; aquel metal adaptable, maleable pero letal, que igual servía para trinchar a sus sujetos de experimentación, como ahora para protegerla.

Necesitaba descansar y respirar profundo todo el aire puro que pudiera encontrar. Se dejó caer sobre lo que parecía ser un gran campo de trigo y, solo entonces se pudo percatar de que estaba empapada en sudor, temblando y llorando el dolor y la lejanía de su casa, de su vida y sus amigos.

De André.

Asustada ante aquel dolor punzante que la amenazaba con que tal vez, el bebé que tanto había repudiado al principio de su embarazo, no pudiera seguir aferrándose a la vida como la garrapata que siempre presumió ser. No después de tanto estrés, de aquel viaje tan largo, del sufrimiento al que ella misma lo había sometido.

∞∞∞

El padre André se dio cuenta de que se había quedado solo entre aquellas paredes, con el teléfono todavía en la mano y el frío cadáver de Émile a su espalda. Si se giraba y volvía a verlo de nuevo, no podría soportarlo. Chipirón tampoco daba señales de vida, dejándole la duda de si creó esa barrera entre ellos para proteger a Cécile o para impedir que ella acabara con él.

El dolor, la culpa y la rabia pugnaban por salir a borbotones de su garganta, pero no lo permitiría. Había hecho lo correcto, aunque pareciera que no. La última conversación que mantuvo con Cécile, se repetía ahora una y otra vez en su mente, como un bucle infinito.

«¿Y si fuera yo? ¿Y si lo hubiera hecho porque eso fuera lo necesario para salvar a los que quiero? ¿Qué harías?»

«Aun así te protegería, ¿entiendes? Cuidaría de ti. Lo haría y me iría al infierno contigo si fuera preciso».

El padre André no lo dijo en broma, pero jamás pensó que tendría que enfrentar aquellas palabras de ese modo, ni mucho menos que Émile pagaría por ellas. No paraba de preguntarse de qué manera Cécile llegó a considerar necesario todo aquello para proteger a quienes quería.

Rogó por el alma de Cécile, solicitando perdón por sus pecados. También pidió por los suyos propios y orientación hacia el buen camino.

Necesitaba pensar, saber cómo iba a arreglar el desastre que había creado. Porque lo tenía claro, de un modo u otro, él había contribuido a la locura de nuestra chica.

«Esta es la penitencia impuesta por Dios y la debo pagar», se repetía recordando sus pecados de naturaleza carnal, así como el día en que se atrevió a empujar con todas sus fuerzas a Cécile, a abandonarla tras la caída, a pesar de la sangre y del desastre vertido sobre su cuerpo.

Arrastró los pies hasta salir de la zona de trabajo. No podía soportar más estar tan cerca del cuerpo de su amigo. Subió por las escaleras buscando algún rastro de Cécile, aunque sabía que estaría tan lejos que seguramente jamás la podría encontrar. Pero ¿qué podía hacer? Se sentía tan desolado, tan culpable y tan solo, que necesitaba sentirla de cualquier manera.

Tras abrir varias puertas, encontró la que era sin duda su habitación, una estancia moderna, de colores claros y pulcramente ordenada, pero con varias de sus prendas a la vista, como si la última vez que estuvo allí, se hubiera vestido con prisas, dejando un desastre sobre la cama. Se dejó caer exhausto, abrazándose al revoltijo de telas sin sentido. Entre ellas pudo reconocer su

dulce aroma y se preguntó, si alguna vez podría abrazar así al bebé que Cécile traía en su vientre. A su hijo.

La voz de Bernadette golpeaba ahora en su cabeza*;* «Cécile es una tía como cualquier otra, ella también desea ser amada. ¿Qué parte de eso no entendiste?»

Todo comenzaba a cobrar un doloroso sentido.

∞∞∞

Las horas pasaron lentas y tortuosas para el padre André, que apenas si pudo descansar. Acababa de perder a su mejor amigo, Èmile, con quien creció y quien siempre estuvo a su lado de un modo incondicional. Pero lo que más le dolía, era darse cuenta de que necesitaba a la asesina de este en su vida, mucho más de lo que le gustaría admitir. Se preguntó en qué momento pasó de censurar y regañar a Cécile por cada una de sus acciones, a desear salvarla y protegerla a toda costa de las consecuencias de estas; y justo ahora, cuando ya no lo merecía, cuando ya no se trataba de tonterías, de formas distintas de ver la vida o de costumbres enfrentadas. Cuando ya había roto todas las barreras de las malas decisiones.

Se levantó de aquella cama y comprobó que su buzón volvía a estar lleno de mensajes. Ni siquiera quiso comprobar de quién, porque obviamente serían de Paul o de Bernadette. Aún no sabía qué iba a decirles.

Se armó de todo el valor que poseía y bajó de nuevo a la zona de trabajo. Tuvo que tomar varias respiraciones y tratar de dejar la mente en blanco antes de enfrentarse de nuevo a aquella realidad. Tenía que deshacerse del cuerpo de Émile de algún modo, y no sería dejándolo abandonado en algún lugar público, aunque eso rompiera con el patrón establecido en los anteriores crímenes. Era Èmile, y merecía recibir al menos, algo de clemencia y una sepultura cristiana.

Cerró el plástico tratando de no mirarle directamente, no sin antes localizar el tarro con sus orbes e introducirlos dentro de este. Si hubiera sido por él, habría metido hasta la última gota de su sangre o hasta el más mínimo vestigio de sus entrañas, pero mirando a su alrededor, estaba claro que era imposible.

—Chipirón, ¿puedes encargarte de terminar de limpiar todo esto? —Probó de nuevo, por si la IA se dignaba a contestar.

—Por supuesto, padre. A mi jefa le gusta que quede todo bien desinfectado. Es importante la higiene ahora que está esperando «eso».

—¿Eso?

—Sigo sin estar seguro de si ya me está permitido llamarlo bebé, *monsieur*. Mademoiselle Dupont no me dio una respuesta clara.

—Entiendo... —dijo sin entender nada, pero tan agotado psicológicamente que no iba a seguir preguntando.

Después, cargó el cuerpo en su hombro hasta llegar al jardín, donde inexplicablemente, tampoco había nadie. Le hubiera gustado ayudar a Chipirón a limpiar todo, para asegurarse de no dejar rastros, pero eso tendría que esperar. No le parecía buena idea dejar a Émile olvidado sobre el césped.

Agarró una pala y comenzó a cavar cerca del árbol más grande de todo el lugar; era un fresno y le pareció un lugar bonito para que Èmile descansara en paz. Aunque le daba algo de pena

pensar que no podría volver para llevarle flores, ni para consultarle cuando tuviera algún problema como siempre hacía. Tampoco podría decir a sus familiares dónde estaba y eso le mataba.

El padre André había sido, sin duda, uno de los jóvenes más fuertes del pueblo, pero el terreno era duro, así que le estaba llevando un buen rato hacer el agujero lo suficientemente profundo, como para que el cuerpo quedara totalmente cubierto. No quería estar preguntándose todos los días si alguna tormenta o maquinaria de jardín terminaría descubriéndolo.

«Este rosario te rezo, con tan gran devoción, por mis culpas pido perdón. Que en el cielo te vea, piadosísimo Jesús. Mira con benignos ojos el alma de este difunto, que ha muerto y recibido tormentos de cruz. Amén».

Tan afanado estaba en su tarea, tan triste, tan sumido en sus pensamientos y en sus rezos, que hizo caso omiso al sonido ensordecedor que, de repente, inundó el lugar. Un helicóptero de la gendarmería francesa aterrizó demasiado cerca, arruinando el césped de aquel maravilloso jardín. Entonces, un montón de agentes bajaron rodeando su posición y apuntando sus armas hacia él.

Pierre bajó por las escalerillas negando con la cabeza.

—¡André Côté! Cuando me sugirieron la posibilidad de esto, hasta le defendí. —En un primer momento no supo de qué estaba hablando, pero algo le decía que el encontrarle cavando un agujero junto al cadáver de Émile, no era la situación ideal.

—Le aseguro, que esto no es lo que parece —dijo aquella típica frase con las manos en alto, sintiéndose ridículo porque aquello hubiera salido de sus labios.

—¿Y qué es lo que parece?

Abrió la boca, pero ningún sonido salió de ella. ¿Qué podía decir? Desde luego, la verdad no. No delataría a Cécile, no dejaría que la llevaran presa sin averiguar primero qué la había llevado a toda aquella locura y mucho menos, que lo hicieran mientras esta cargaba a un hijo suyo en su vientre.

Capítulo 18. Culpable

Le Village Oublié. Cuartelillo

Nunca antes pensó en cómo se sentiría al estar en el interior de una celda. Doy fe de que él, antes de aquella fatídica tarde, se sentía superior a quienes incumplían cualquier norma legal, moral o social. Era de los que, si se enteraba de que su vecino sacaba la basura antes de la hora permitida, o si veía que alguien no recogía las deposiciones de su perro, levantaba el teléfono y dejaba el resto para las fuerzas del orden. Sin preguntarse las razones de cada uno para hacer lo que hacían, y sin saber si realmente eran culpables o no; solo creía en lo que sus ojos veían y se ceñía a las leyes, que para algo estaban. Pero en aquel momento y, desde el interior de la fría puerta de metal, el padre André se preguntó si, a lo largo de su vida, no debió cuestionarse más las cosas, porqué nunca miró más allá.

Yo sé que siempre se sintió parte importante del sistema, el centro de su pequeño universo; pero en aquel momento, lo único que podía sentir era rabia y decepción. Se sentía utilizado como una herramienta: alguien que les había sido útil porque seguía las instrucciones sin cuestionar nada, pero de quien podían prescindir en cuanto surgía el primer problema.

Ni siquiera opuso resistencia cuando fue detenido. De haberlo hecho, pensó que habría sido una prueba más de que ellos tenían razón, pero ahora dudaba de si fue la decisión correcta. ¿Quién iba a defenderle? Él no contaba con amigos influyentes y, los que tenía, no eran tan incondicionales como para creerle en aquella situación.

Ninguno era tan fiel como lo fue Èmile.

Tampoco le quedaba familia y sus padres le faltaban desde hacía tiempo. Si lo pensaba bien, no existía ninguna persona que le quisiera. Eso sí, contaba con muchos conocidos, personas que, a partir de aquel momento, lo señalarían por la calle si lograba salir de aquella situación.

—«Cécile» —susurró aquel nombre y, enjugándose las lágrimas, se preguntó si estaría bien. Si ella y el bebé se habrían puesto a salvo.

Trató de serenarse, llorar no era de hombres y, se dijo a sí mismo que, si su padre hubiera levantado la cabeza, le habría corrido a correazos por ello. «Un hombre de verdad no llora ante los problemas, los resuelve».

Cerró los ojos para descansar la vista; la luz blanca que desprendían los fluorescentes de la sala de detención era demasiado fuerte y reflectaba sobre las paredes del mismo color. Pensó en si se habrían dado cuenta de que eso podía ser considerado como una especie de tortura sensorial. Con los ojos cerrados, el padre André comenzó a recordar la primera vez en que fijó los mismos en Cécile Dupont. Necesitaba pensar en algo que le reconfortara y que, al mismo tiempo, le hiciera huir de la realidad.

Rememoró cuando Cécile era una recién llegada en el pueblo, desde el primer día todo el mundo hizo correr rumores sobre ella, desde la panadera hasta los muchachos de la fonda donde André solía desayunar. No se hablaba de otra cosa. En la iglesia, algunas feligresas de edad avanzada debatían sobre su integridad moral, y en el Ayuntamiento se disertaba sobre su llegada,

pero en un tono más formal. Todo ello provocó su curiosidad por conocer a la famosa mademoiselle Dupont.

Pierre Chevalier decía recordar a su abuelo, pero para él era una completa forastera. Le contaron que la heredera de Empresas Dupont era una mujer fuera de serie, que había llegado mucho más allá de lo que en un día lo hicieron sus antecesores, y que dirigía con gran éxito sus empresas, habiendo aumentado sus ingresos en más de un trescientos por cien. Pero de lo que nadie le avisó, era de que se trataba de la mujer más hermosa que hubiera visto jamás. Al menos así era para él, y lo entiendo.

A ojos del religioso, en fin, a ojos de ambos, ella no contaba con una de esas bellezas típicas de las actrices de cine, ni con un rostro perfecto como los que tallaban en las más prestigiosas clínicas privadas de París. Tenía, en cambio, otras cosas que la hacían ser única, como varias pecas distribuidas a lo largo de su tez blanca, sin un tamaño u orden establecido. Sus cejas naturales eran negras y finas, fuera de moda, pero expresivas y hermosas a su modo, como si un famoso artista las hubiera dibujado a mano alzada, dejando un pequeño hueco sin rellenar en una de ellas. También se le hacía un hoyuelo al sonreír, más marcado en el lado derecho que en el izquierdo. Su melena negra y brillante era recta, como la lluvia cuando cae con fuerza. Antes de tocar sus hombros, dejaba al descubierto un cuello elegante y unas clavículas delicadas, con una peca que parecía haberse desprendido de su rostro, también en el lado derecho.

Después, recordó cuando la vio entrar en las instalaciones del Ayuntamiento, con aquella seguridad aplastante; no dudó en que era una mujer fuera de lo común. Nunca imaginó ver en aquel pueblo a una chica de su edad paseándose así entre los miembros de la junta, la mayoría de ellos hombres de edad avanzada que la miraban con más guasa que interés. Ella entró dispuesta a imponer sus ideas, no dejándose amedrentar por él ni por nadie.

Se habría mentido a sí mismo si hubiera negado que, en aquellos días, no le molestaba el aire de superioridad en aquella morenita impertinentemente encantadora, pero tuvo que dejar de lado ese pensamiento. A esas alturas era una tontería negar que, ya en aquel momento, se había quedado embelesado al ver sus ojos azules por primera vez. Unos ojos grandes y rasgados, con un brillo y una fuerza como nunca antes había visto.

Su mente evocó la primera vez que la escuchó hablar. Él asintió sin entender, en un principio, nada de lo que decía. Su mirada estaba puesta en aquellos labios llenos y rojos y en cómo se movían; en su sonrisa amplia y demoledora, la cual le contagió con tan solo mirarla. Entonces él también sonrió, solo que la suya resultó ser, más bien, una sonrisa boba.

Cécile rio con fuerza, dándose cuenta de su penosa situación, e hizo un chiste acerca de lo bien que lucía esa mañana. Desde ese momento, el padre André amó el timbre de su voz, el sonido de su risa, y hasta la forma en que su pequeña nariz se arrugaba al notar cómo él enrojecía cada vez que le dejaba en evidencia.

Deseó poder volver justo a aquel primer momento. Al segundo antes de que un par de ancianos se burlaran de su exposición, y él decidiera ponerse del lado de ellos solo para demostrarle que no estaba a sus pies.

Suspiró, consciente de que eso era imposible. Solo él y sus malas decisiones acabaron con todo lo que pudiera unirles y se sintió miserable. No concebía la idea de no volver a tenerla entre sus brazos. Recordó entonces las curvas pronunciadas de su cuerpo, audaces como todo lo que tenía que ver con ella.

También, quiso hacer memoria de la primera vez que lo hicieron. Tiempo después y, en un arranque de nostalgia, me contaría cosas que no necesitaba saber, como que su primera vez tuvo lugar en la parte trasera del coche de Cécile. Yo podía recordar el día del que me hablaba, porque

en la junta se decidió que el párroco la acompañaría a comprobar el cableado de Le Village Oublié, para valorar las modificaciones que serían necesarias y así poder estimar un presupuesto. Él se mostró en contra del proyecto desde el principio, así que fue el primero en ofrecerse para tal revisión. Necesitaba datos para poder continuar rebatiendo cualquier cosa que ella propusiera. Pronto se dio cuenta de que no iba a ser fácil, como tampoco lo fue visitar todos los lugares propuestos ni llegar a tiempo para presentar sus impresiones.

El instinto se apoderó de ellos, haciendo que incumpliera sus votos y todos los planes. De ahí en adelante sabría que eso era inevitable, cada vez que Dupont entraba en la ecuación. Pero compartir aquello que tenía con Cécile, fuera lo que fuera, compensaba todo. Compensaba los errores de cálculo, la falta de datos, los retrasos en las citas, los miles de informes que tuvo que rellenar por ello y que todos achacaron a sus intentos por boicotear el proyecto, y, por encima de todo, el incumplimiento del voto de castidad.

En aquel momento aún no lo podía admitir, pero ya la amaba. Adoraba ver cómo aquel suave cuerpo se retorcía entre sus brazos, su humor sarcástico, aunque a veces le sacara de quicio. El cómo se sonrojaban sus mejillas mientras hacían el amor, y la forma en que caminaba con tanta gracia, cuando sabía que él iba detrás. Como si cada uno de sus movimientos lo hubiera ensayado solo para él.

Un ruido metálico se escuchó sacándole de sus pensamientos, y dos conocidos entraron en el pequeño habitáculo. El padre André ni siquiera levantó la vista para enfrentarlos. No era necesario, al ruido de los pasos, lo acompañaba el sonido inconfundible del bastón de Paul.

Guardó silencio, repitiendo en su cabeza uno de sus mantras, como quien espera una irremediable sentencia a muerte.

«Cuando Dios es tu guía, ni aun el valle más oscuro ni los enemigos más bravos, pueden hacer algo contra ti».

—*Qui ne dit mot, consent*. (Quien calla, otorga) —le interrumpió Paul, rompiendo el incómodo silencio que reinaba en el lugar.

—Digo, que pasáis tanto tiempo juntos que me pregunto si tu pareja sabe lo que hacéis cuando os quedáis a solas. —El párroco respondió burlándose de un modo en que nunca antes se habría atrevido, tuteándole incluso. Algo dentro de él había muerto, o despertado. O ambas cosas.

—No está en disposición de hacer bromas, Côté —espetó Pierre—. Le hemos encontrado junto al cuerpo masacrado de Émile Blanchet, tratando además de enterrarlo en el jardín propiedad de la familia Dupont, y no ha dado razón alguna que le libre de ser el primer sospechoso de todos los asesinatos que han venido ocurriendo en el pueblo.

—No tengo nada que decir al respecto —soltó André entre dientes, pero con la valentía de clavar su mirada en la del alcalde. Era inocente, aunque también reconocía que tenía todo en su contra. Aun así, prosiguió hablando—. No sé qué le pasó a Blanchet, pero ya saben que él era como un hermano para mí, y si me dejan salir de aquí, trataré de ayudarles a averiguarlo.

Paul dio un paso al frente; se le veía enojado. Llevaba un día de perros, le dolía la cabeza por el golpe recibido en la montaña y sus sospechosos cambiaban demasiado rápido.

—¡Venga, Côté! ¿Va a dejar de jugar? ¡Usted ha sido mi primer sospechoso desde el principio! —Tanteó con su bastón la distancia hasta la mesa y golpeó su superficie con fuerza tras localizarla—. ¿Pensó que ponerse en el centro de todo el asunto haría que dejaran de fijarse en usted? ¡Por Dios! Si hasta tuvo la osadía de marcar sus iniciales en los cuerpos. ¡Hasta ahí llega su arrogancia! Jugó a hacerse la víctima para despistar, con su carita de bueno y su sotana, pero ese, amigo mío, es un truco muy viejo. Ya nadie se traga que los curas seáis unos santos.

—Pero, vamos a ver, lumbreras… Si al menos uno de los asesinatos sucedió cuando yo estaba

bajo arresto domiciliario. ¿Ya no os acordáis? ¿Cómo habéis pasado eso por alto?

—No lo hemos pasado por alto. Está claro que Blanchet y usted estaban compinchados, pero algo salió mal y tuvo que eliminarlo de la ecuación, ¿cierto?

—Pierre, por mucho que sea de tu familia, ¿le quieres decir a este picapleitos con aires de Sherlock Holmes que deje de decir tonterías? —André miró al alcalde con cara de hartazgo.

—Diré lo que me venga en gana. ¿Qué ha hecho con Cécile Dupont? —insistió Paul.

André resopló.

—En fin. Yo defiendo la verdad, tú eres abogado. ¿Por qué gastaría saliva contigo?

—Monsieur André —intercedió el alcalde—. No nos lo ponga más difícil. Responda a las preguntas de mi sobrino para que podamos terminar con esto. No le cuesta tanto.

El padre André siempre admiró a Pierre y por lo mismo, había tratado de ganarse su confianza durante años. Que ahora estuviera en contra suya le hacía sentirse traicionado y decepcionado.

—¡Basta! Vamos a calmarnos —aconsejó Paul respirando despacio para recuperar el control —. André, la prensa está fuera. Tenemos un circo montado entre los asaltos por culpa de la aplicación de Dupont y ahora, también se han enterado de que tenemos al posible culpable de los asesinatos aquí detenido. Se están volviendo locos. ¡Confiese de una vez! ¿También la ha matado a ella? ¿Necesitaba hacerlo porque le estaba quitando protagonismo a sus crímenes, con todo el revuelo de su *app*? ¡Ah, no! Disculpe. Que usted ya tenía otros motivos personales para quitársela de en medio, por eso fingió preocupación por ella, pero ya le hemos visto las orejas.

El párroco ya no lo soportó más y se lanzó sobre Paul, quien resultó saber defenderse más de lo que habría esperado. Aun así, Pierre también tuvo que intervenir para separar a los dos hombres.

—¡No vuelvas siquiera a insinuar que yo le hice algo a Cécile!

—¡No sería la primera vez! ¿No es cierto? ¡No la soporta, nunca lo hizo! ¿Verdad? No tenía bastante con... —Paul guardó silencio como si hubiera hablado más de la cuenta.

—¡¿Con qué?! ¡Dilo! —El padre André sabía lo que Paul iba a decir. Un tipo, como Larue, nunca vería con buenos ojos que Cécile estuviera esperando un hijo suyo. No obstante, lo que más le dolía era darse cuenta de que aquel hombre parecía saberlo desde el principio, así que había estado jugando con él. El cura asumió que Paul aparentó estar preocupado por él, cuando solo le importaba acusarle de los crímenes. Por eso le provocó fingiendo que Cécile era su sospechosa y, por la misma razón, quería tenerlo siempre localizado.

—No merece saberlo. —El abogado endureció su gesto.

—Pues lo sé. Te jodes, porque *lo sé*. —Se cruzó de brazos, dejando claro que estaba a la defensiva.

—¿Sé puede saber qué saben ambos que yo no sepa? —El silencio se apoderó de toda la estancia, dando a entender a Pierre, que no iba a sacar nada en claro de los dos hombres; hasta que el padre André decidió dar un giro a la conversación ignorando al abogado.

—Pierre —le habló en tono conciliador—. ¿Ya averiguaron algo sobre el paradero de Cécile? ¿Preguntaron a sus amigos o al resto de los miembros del consejo del pueblo?

—No está aquí para hacer preguntas, Côté, sino para responderlas, pero sí, ya preguntamos a todos, y ni siquiera mademoiselle Dubois sabe dónde está. También ha dejado de estar localizable el doctor Legrand, pero ese es otro tema.

—¿Sabe usted dónde podría haber ido Legrand? Tengo entendido que estudiaron juntos, ¿eran amigos? —interrumpió Larue, ganándose un nuevo gruñido por parte del padre André.

Iba a ser casi imposible que no trataran de golpearse de nuevo. Al párroco le importaba menos que nada mi paradero y Pierre necesitaba que se archivara mi causa. Así que, aún ante la negativa

del abogado, tuvo que pedirle que abandonara la celda o no conseguiría sacar nada en claro.

—Lo siento, Côté. —Tomó asiento muy cerca de él, en un intento de camaradería para ver si así hablaba de una vez—. Paul es un excelente investigador, pero usted representa todo lo que él odia. No solo por la forma en que se ha criado, con valores que ya no se estilan, sino por su oficio y porque está seguro de que ha hecho daño a mademoiselle Dupont. Ella es su amiga y alguien a quien admira muchísimo. Lo está pasando mal, aunque disimule para que no se dé cuenta. Tiene miedo de haberla perdido.

El padre André sintió un pinchazo en el pecho, el abogado sabía que Cécile esperaba un hijo suyo desde mucho antes que él y, encima, tenía que soportar que Pierre le compadeciera por haberla perdido. Esa era una razón más para odiarle, pues también le había robado ese derecho. El derecho a estar triste porque ella ya no estaba, como si en su caso, no fuera legítimo.

—No me venga con cuentos, Pierre. Hasta ayer, se suponía que Cécile era una de sus sospechosos.

—Según me confesó, eso solo lo dijo para provocarle. Fue detrás de usted todo el tiempo y la verdad, yo quiero creer que se equivoca. Creía conocerle, André. Pero necesito que me dé algo con lo que defender su inocencia después de lo que han visto mis propios ojos. —Puso una mano sobre su hombro y lo miró suplicante, animándole a confesar—. Ahora que estamos solos, por Dios, dígame todo lo que sepa, porque no puedo creer que haya hecho nada de lo que se le acusa. Yo mismo vi su cara de horror cuando estuvimos en las escenas de los crímenes, y sus nauseas en la sala de autopsias. No puedo creer que fingiera eso.

El sacerdote cogió aire antes de contestar.

—No tengo nada para usted, Pierre.

∞∞∞

Afueras de Altea. Alicante (España)

—Cécile, ¿en serio tenemos que quedarnos aquí? Te estás recuperando a una velocidad asombrosa, como era de esperar. No entiendo por qué te empeñas en permanecer en un lugar tan absurdo. Sin una zona donde podamos trabajar ni tú, ni yo. Sin nada que hacer, en realidad.

—¿Cómo que nada que hacer, Edmi? Podemos salir, comer paella, beber sangría, y bañarnos en la playa.

—Marsella también tiene playa, con sus parques de atracciones y todo. No hacía falta venir hasta aquí, mi español es malísimo.

—Se supone que el berrinche lo tengo que hacer yo, Edmond.

—Es que no entiendo por qué has tenido que huir así del país, poniendo en riesgo tu embarazo. Sé que soy tu doctor, además de tu amigo, pero de todo el globo terráqueo, ¡me has traído a un lugar sin internet! —Cécile miraba un punto fijo en la pared, desde el sillón en el que estaba sentada—. ¿Me estás escuchando, Cécile? ¡Tú! ¡A un lugar sin internet!

—Los reclamos a Chipirón. Él me guio hasta esta casona para que no pudieran rastrearme y no pienso ir más lejos. Tengo los pies hinchados. Además, necesito broncearme y este lugar parece ser bueno para eso. ¿Sabes que la casera no me ha reconocido? ¿¡Te lo puedes creer!? ¡Esto debe ser el culo del mundo! —Me sonrió como si aquello fuera algo bueno, asombrada de que, en aquel lugar, no fuera un personaje público.

—Eso es normal, Cécile. No se trata de este país, ni siquiera de este pueblo. Es que, en esta vieja casa perdida de la mano de Dios, no debe haber ni televisión.

—¡Oh! Sí hay. En aquel mueble. —Señaló hacia algún punto a mi espalda con un movimiento de cabeza—. Pero tendría que sincronizar la antena, arreglar varios fusibles y no pienso levantarme de donde estoy. La tele está sobrevalorada.

La miré sin entender por qué aquello parecía importarle tan poco.

—¿Me has traído en calidad de médico o como criado? —Aquello se lo dije medio en broma, medio en serio. Continuaba sin ser capaz de negarle nada, pero haber acabado en aquella situación me fastidiaba bastante. Me acerqué hasta el lugar que me había señalado y levanté un tapete de ganchillo; bajo él se encontraba un viejo aparato de televisión de esos en los que cabían todos los personajes dentro. La miré levantando una ceja—. ¿En serio? Con suerte no es en blanco y negro.

—Con suerte conectas con esa parte brillante y creativa que soléis tener los acuario y consigues hacerla funcionar un año de estos. —Me lanzó una sonrisa retadora.

—Yo no.

—Llevar la contraria por sistema también es muy de acuarios.

—Cécile, escucha... No soy ese tipo de hombres. —Me volví hacia ella con los brazos en jarras.

—¿De qué tipo de hombres me hablas? ¿No eras del signo Acuario? —me dijo mientras observaba sus manos, tratando de hacerse la desentendida.

—Al tipo de hombre que se desvive por consentir a una mujer embarazada, mientras esta se pasa el día mirando a la pared y suspirando por el padre de su bebé.

Sentí cómo se le aceleraba el pulso al verse expuesta. Yo acababa de tirarme un farol para ver si reaccionaba y así salía de aquella apatía tan impropia de ella. Funcionó, estaba claro que no esperaba ni mi amenaza, ni que sus sentimientos fueran tan obvios.

—Yo no estoy suspirando por el padre André, solo estoy...

Tuve que agitar la cabeza para asegurarme de que había escuchado bien.

—¿El padre André? —Mi rostro debía de estar blanco como la fachada encalada de aquel lugar—. Un momento. ¡¿André Côté?! ¡Porque no conozco a otro! ¿El del cabrero? ¿Pero...? ¡¿Cuándo pensabas darme ese dato?! —Me eché las manos a la cabeza—. ¿Sabías que cuando éramos niños se burlaba de mí en la escuela? Me llamaba raro. ¡A mí! ¡Y decía que mi madre estaba loca! Pufff… ¡No me lo puedo creer! ¡Con ese idiota! ¡Pero... Cécile, eso no puede ser! Os lleváis fatal, esa es una de tus mayores virtudes. O eso creía yo… No te entiendo. ¿Cuándo? ¿¡André Côté!? Dime que te obligó.

Me di cuenta de que me miraba como si lo de que yo era raro fuera una obviedad. Tal vez estaba chillando más de la cuenta, entrando en bucle, y aquella actitud no era lo que Cécile esperaba de mí. La vi coger aire antes de abrir la boca, como si yo fuera un niño que la tiene harta con sus berrinches. En aquellos momentos ella solo buscaba paz, alguien que la cuidara y acompañara. En cambio, yo me encontraba fuera de mí.

—En lo que estaba pensando, Edmi, era en que, si me sale una sola estría, entonces sí volveré a Le Village Oublié, pero para darle una patada a Côté en ese trasero tan perfecto que tiene.

—Cécile... —Me sobé la cara dejándome caer en el tresillo frente a ella—. No voy a poder con esto. Yo enseguida me estreso y odio alterarme. Deberíamos pedir ayuda. No sé, llamar a alguien, a tu amiga Margot, a quien sea.

—Ni hablar. —Al fin se giró hacia mí, prestándome toda su atención.

—Pero ¿por qué? Ella siempre ha cuidado de ti.

—Hay un millón de razones por las que creo que Margot debería de alejarse de mí en estos momentos, pero básicamente, porque tú has salido a tiempo de Le Village Oublié y ella no.

—¿A tiempo de qué?

—Si te lo dijera, amigo mío, tendría que matarte. —Rio como si de una broma se tratara, pero estaréis conmigo en que era una broma de mal gusto, dado que yo ya sabía de lo que era capaz.

Hice como que la ignoraba, pero las funciones de mi cerebro se acababan de dividir entre estar alerta a cada uno de sus movimientos y el pensar que, a esas horas y según mis conocimientos al respecto, André ya debía de haber cantado. Tanto Margot como todo el mundo, sabrían la clase de monstruo en la que se había convertido el objeto de mi obsesión.

∞∞∞

Le Village Oublié

André estaba agotado física y psicológicamente. En algún momento, se planteó cómo iba a callar todo lo que sabía y, además, conseguir salir de ahí con tantas pruebas en su contra. Pero llegó a la conclusión de que, si no era posible, aquella fría celda sería su hogar de ahí en adelante. Una vez muerto Èmile, ya no tenía a nadie a quien le importara.

Por lo menos, ahora sabía que una parte de él iba a quedarse en este mundo. Su hijo.

Estaba seguro de que Cécile iba a cuidar bien de él. Si existía algo que, desquiciada o no, sabía hacer era preocuparse y cuidar de quienes quería.

La puerta volvió a abrirse sin previo aviso, dejando pasar a quien más miedo tenía de enfrentar. Bernadette siempre tuvo una relación especial con Èmile, y sabía que estaría pasándolo casi tan mal como él con la noticia de su muerte.

—¿Côté? —La gendarme, usando el apellido de André por primera vez, se plantó delante de él con los brazos cruzados sobre su pecho; su expresión era fría.

—Es bueno ver una cara amiga en estos momentos. —Miró a la chica con pena.

—¿Tan amiga cómo Émile? —El gesto duro no sorprendió al padre André, pero eso no hizo que doliera menos.

—¡Vamos, Bernadette! ¡Ayúdame un poco! —Trató de acercarse, pero la expresión de la chica hizo que detuviera su paso—. Se supone que tú eres una persona sensata y lista. Tienes que saber que yo no lo hice.

—Yo no sé una mierda, Côté. Solo hago como que lo sé.

—No lo hice. ¡Tienes que creerme, Berni! Tú sabes lo importante que era Émile para mí. Tienes que sacarme de aquí para que pueda encontrar al verdadero culpable. —Juntó las manos en súplica y se sintió mal por utilizar esa carta con ella también. Era cierto que quería encontrar a Cécile, pero no por las razones que todos esperarían.

—Lo único que yo creo es que, sea o no quien se lo cargó, tiene que saber más de lo que dice. Èmile fue allí *pa* hablar con Cécile, y usted fue detrás porque, maldita la hora, yo lo mandé. —Sus ojos se volvieron vidriosos y tragó con dificultad al mencionar esto último—, y ahora, Émile la ha *palmao* y Dupont ha *desaparecío*. Así que comience a cantar, pájaro espino. ¿Pasó algo entre Dupont y usted? ¿Discutieron y la cosa se le fue de las manos como la otra vez? —André se arrepentía ahora de haberle contado aquel incidente, que dio pie a todo el sinsentido que estaba viviendo.

—Pero ¿qué dices, Berni? ¿No crees que ya pagué bastante caro lo de aquella vez?

—¿Usted cree, páter? Porque a mí se me ocurren un par de teorías: la primera, que cuando llegó a la masía encontró a Èmile con Cécile *liaos*, ya me entiende, follando y eso. Se cabreó como un mono, lo vio *to* negro y se los cargó. La otra, que le hizo algo a Cécile y Èmile lo descubrió, y que por eso lo liquidó también. Los crímenes pasionales no son *na* nuevo, ni siquiera entre dos grandes colegas.

—¡Vamos, Bernadette! Puestos así, sabes que si yo le hubiera hecho algo a Cécile y Émile lo hubiera descubierto, él me habría ayudado a librarme. Era mi mejor amigo y lo sabes. Nunca le habría matado.

—¿Entonces es la primera opción? —dijo con rabia y desvió la mirada del interrogado un instante, centrándola en su teléfono. Acababa de recibir un mensaje y comenzó a leerlo, mientras André trataba de defenderse.

—Solo puedo decirte que Dupont no estaba allí, y a Émile ya lo encontré así en el jardín.

—¡Miente! ¡¿Será mentiroso el jodido páter?! —soltó un gruñido despegando su vista de la pantalla. Sus ojos parecían a punto de romper en llanto.

—¿Por qué todo el mundo se empeña en que miento?

—¿Por qué? ¿Tal vez porque no sabe mentir? —Dirigió la pantalla del teléfono hacia André —. Porque *s'an encontrao* unas grabaciones en las cámaras de la mansión, en las que Èmile está comiéndole los morros a Dupont y manoseándola. No me lo explico porque esa pija no le gustaba, pero como los tíos seguís pensando con la polla… —continuó aguantando las lágrimas —. Seguido se ve cómo ella trata de quitárselo de encima. Luego la cinta se corta, pero usted debió ver algo de eso, ¿verdad?

El corazón de André se detuvo por un momento. ¿Cómo podía ser que Émile hubiera sucumbido a sus instintos de esa manera? Se suponía que conocía a la perfección sus sentimientos por Cécile. Émile nunca habría hecho eso. Tampoco era su estilo forzar a las chicas, al menos que él supiera.

Empezó a pensar en si conocía tanto como creía a su amigo.

—No me diga que eso no lo cegó lo bastante como *pa* cargárselo, porque, aunque los demás no lo sepan, yo sí sé lo *enchochao* que estaba por Cécile. Si es que… viene la puta pija de los cojones al pueblo, con sus taconazos, sus treinta idiomas y sus hablares correctísimos y se os funden las dos neuronas borrachas que os quedan. Yo lo flipo. Que no tengo *na* en contra de la tía esa, pero joder. ¡Si es que sois gilipollas!

El padre André se dejó caer sentado sobre el camastro con las manos en su cabeza. Sentía que le iba a reventar de un momento a otro.

—No sabía nada de eso. Lo juro. Yo... Tal vez Chipirón, defendiendo a Cécile. No sé...

—Si se refiere a la IA de seguridad de Dupont, no puede hacer *to* lo que Blanchet tenía. Para eso se necesita un cuerpo físico, tener manos con una buena motricidad fina. La IA lo hubiera frito de un calambrazo o algo así. Además, están *tos* los otros cuerpos. Ayúdeme a saber qué pasó, páter, porque si no, le juro que no saldrá del trullo en su puta vida.

—No tengo nada para ti, Bernadette. —Bajó la mirada triste y confundido. Le dolía pensar en que Émile pudiera haber hecho algo así, y también, guardó la esperanza de que, al menos en ese caso, Cécile hubiera tenido una razón de peso para hacer lo que hizo. Para él, ella siempre sería la víctima. Ya la perdió una vez por no comprender su comportamiento, y no volvería a cometer ese error.

—Monsieur André. —La gendarme apretó los puños y endureció sus palabras—. No sabe la que *sa montao* ahí fuera. Han *venío* de la prensa, piden respuestas sobre qué ha *pasao* con

Dupont. La tipa es tela famosa. *To* un referente en el campo tecnológico. La gente pide justicia por los otros asesinatos, y la población en general está cagada de miedo por si a partir de ahora, Empresas Dupont deja de proporcionarles la mierda de *app* esa. Si no confiesa qué pasó, yo misma le sacaré de aquí, pero para entregarle a ellos y, le aseguro que ni los rezos ni todas las súplicas del mundo, le podrán ayudar.

Capítulo 19. Inocencia

Cécile terminó de subir las calles estrechas y de casas blancas del casco antiguo de Altea. Aquello era muy diferente a Le Village Oublié. Más luminoso, más cálido. Se había empeñado en llegar a lo más alto. Allí se encontraba la iglesia de Nuestra Señora del Consuelo: «La Cúpula del Mediterráneo».

Como a estas alturas ya la conoceréis un poco, sabréis que no subió hasta allí para confesar sus pecados y buscar la redención. Sabía de sobra que, si hacía eso, era más que probable que acabara en la cárcel. Pero la *madame* que nos arrendó la casa, le comentó que desde allí se podía contemplar una hermosa vista del mar, y pensó que necesitaba algo así para encontrar un poco de paz mental.

La noche anterior, mientras cenábamos, me comentó que se sentía inquieta, como cuando tienes la sensación de que algo se te está escapando de las manos. Me lo dijo así, sin darle demasiada importancia; como si no entendiera el porqué de esa sensación, como si su vida no hubiera sido una completa locura durante los últimos meses y, sobre todo, como si no hubiera matado a nadie ni hubiéramos salido ambos huyendo del país.

Tal vez por eso, tampoco me preguntó en ningún momento por cómo me sentía yo, que había abandonado mi pueblo natal sin echar la vista atrás, para seguirla a donde quisiera, como si ella fuera algo mío. Que lo era. No lo que cualquiera esperaría o lo que pensaba nuestra casera. Como os dije desde el principio, era mi objeto de obsesión, de estudio, de admiración, pero nada más.

Yo lo sabía y ella… Ella no se planteaba nada más allá de que necesitaba un punto de apoyo y yo le servía como bastón.

En la plaza, junto a la iglesia de piedra, encontró una valla que delimitaba el borde, convirtiéndola en un mirador. Lo más probable era que ese lugar se llenara de turistas a diario; pero ella, a pesar de su estado, llevaba días sin poder dormir, así que madrugó tanto que el lugar aún permanecía desierto.

Apoyó sus brazos en la baranda, y observó la bahía que rodeaba el mar Mediterráneo. Abajo, se podía ver un puerto con barcos de pesca y un paseo junto a estos, por donde sin querer, se imaginó caminando cogida de la mano con el niño que traía en su vientre.

Deseó más que nunca que no la atraparan. No pagar por lo que hizo y que el padre André no lograra cobrar venganza por la muerte de Èmile. También pensó en si sería capaz de traer al mundo a un bebé envuelto en aquella extraña fórmula azul, viscosa y brillante.

Ahora, con lo que sabía, rezaba porque su bebé fuera una niña.

Como ya se le había hecho costumbre, Cécile deslizó la mano sobre su vientre.

«Aún no he conseguido el mundo perfecto que te prometí, pero si eres una niña, estaremos cerca: será casi perfecto».

Ahora que, al fin, todo era paz a su alrededor, continuaba sin poder relajarse. Sus pensamientos seguían siendo recurrentes y obsesivos, pero, al menos, tenía tiempo para deleitarse con los movimientos que aquel ser, su bebé, provocaba en su abultado vientre.

«Lo estás haciendo bien, pequeña garrapata. Si sigues así, quizás haga caso a Margot y te busque un nombre».

Giró sobre su eje apoyando su espalda en la barandilla e inspiró fuerte. Aquel mar olía diferente al océano Atlántico, al mar del Norte. El aire se sentía más cálido y con más olor a salitre. Le fastidió la idea de tener que recorrer todo el camino de vuelta al caserón, donde nos hospedábamos, antes que yo la echara en falta. Ya no se sentía tan ágil como antes, como los primeros tiempos desde el accidente. Ahora, su cuerpo era pesado y le dolían los pies. Además, no podía dejar de pensar en aquella sensación que le hacía sentir tan mal, como si un inexistente lazo le dijera que algo no marchaba bien. Era como si hubiera dejado alguna cosa atrás que necesitara, como si algo muy importante para ella estuviera a punto de naufragar, de caer desde un séptimo piso o de resbalar colina abajo.

Su imaginación volvió a volar, azotando sus pensamientos de un lugar a otro. Sin darse cuenta, se vio a sí misma caminando con la ayuda del brazo del imbécil de André y eso, de alguna manera, le dio fuerzas. Se puso a imaginarlo ataviado con una camisa clara y unos pantalones de lino con las perneras remangadas. Acostumbrada a verlo con su atuendo clerical, le pareció guapísimo. Pensó en que a aquel palurdo le gustaría ese lugar si fuera capaz de rebasar las murallas de Le Village Oublié. Incluso, que, si abandonara el sacerdocio, sería el tipo de persona que sueña con la idea de una boda religiosa en aquel antiguo templo.

André era, sin duda, el tipo de hombre que necesitaba pasar por la iglesia para dar el sí quiero.

En su ensoñación, Cécile sonrió al verse avanzando hacia el altar a través de la gasa fina de un velo blanco. Fue entonces, cuando quiso abofetearse a sí misma por tener aún esas ilusiones grabadas en su subconsciente. Se recordó que él la odiaba y con razón. Además, sus conocimientos básicos en feminismo le decían que soñar con bodas vestida de princesa era una debilidad inculcada por los cuentos de hadas, las telenovelas y las baladas de amor *rockeras* que escuchaba sin descanso en su adolescencia. Que necesitaba desprenderse, reaprender, liberarse de esas ideas opresoras al menos, mientras el padre André fuera el protagonista de ellas.

Su teléfono vibró de pronto. Solo yo podía llamarla, puesto que había bloqueado su señal para todos menos para mí, pero no fue mi nombre el que apareció en pantalla, sino el de Margot. Cécile se sintió contrariada, dudando sobre si había ejecutado bien el bloqueo en su dispositivo o se estaba volviendo más loca de lo que ya suponía. Al menos solo era Margot. Respiró hondo e imaginó el montón de gritos e insultos que iba a recibir por parte de su amiga.

—¿Cécile?

—Sip —soltó y apartó un poco la oreja del auricular, como quien se encoje al ver venir un golpe.

—¡Dios mío, Cécile! ¡Llevo días tratando de localizarte por todas partes! En realidad, todo el mundo intenta encontrarte. ¿Dónde estás? ¿Por qué narices has ocultado tu señal, incluso de mí? —Dupont carraspeó, ese no era el tono de voz que esperaba escuchar. En realidad, su amiga sonaba más preocupada que enojada con ella—. ¡¿Cécile?! Di algo.

—¿Necesitaba vacaciones? —Cerró los ojos volviendo a esperar la regañina.

—Cécile... —Pero la voz al otro lado sonó triste y cansada—. Piensan que has muerto, no sabes el miedo que he pasado. Gracias a Dios, entré en la masía y logré activar una parte de Chipirón con la clave que me diste para emergencias, ¿recuerdas? Él aún confía en mí y conseguí que me diera línea contigo.

—¿Y por qué iban a pensar que estoy muerta? Mis pies están muertos, y yo, estoy por tirar unos costosísimos *stilettos* de Prada a la papelera, pero por lo demás... ¿Es que no puedo haberme ido de vacaciones? Sois unos dramáticos. Por cierto, dile a Chipirón que lo voy a desmontar y a convertir en una sandwichera.

Cécile tomó el camino de vuelta. Ahora Margot podía localizarla y, si la torturaban como en

las películas, tal vez cantar. Así que tendría que hacer las maletas y mudarse de nuevo. Adiós a su recién estrenada idea de tener un parto junto al Mediterráneo.

—Cécile, escúchame... El padre André… —Margot se mordió los labios, no sabía cómo continuar y Cécile, anticipando lo que iba a venir, pensó en que mejor sería si la tierra se la tragaba—. A André lo acusan de haber matado a su amigo Èmile, y, además, de tu desaparición. Piensan... creen que él también pudo matarte, a ti y a todos esos hombres que investigaba Paul y que murieron de esa forma tan terrible. Se han centrado más en buscar tu cadáver que en averiguar si te pudiste marchar por voluntad propia.

Sintió un mareo y se apoyó en la fachada blanca de una de las primeras casas de la calle. De pronto, todo le daba vueltas y las náuseas amenazaban con hacerle vomitar todo lo que desayunó.

—¿Margot? —Su voz sonó apenas en un hilo—. Dile a ese idiota que se defienda. —Hasta ella se sorprendió de sus palabras.

—No sé qué quieres decir con eso. Cécile, ¿estás bien? Lo siento, no debí decirte nada en tu estado, pero nos guste o no, se trata del padre de tu hijo, pensé que debías saberlo.

—Pues hiciste enfadar a Garrapatita. —Cécile trató, sin conseguirlo, de bromear y sonar tranquila, pero un nuevo dolor en el bajo vientre la hizo doblarse. Se dejó escurrir hasta el suelo, ya pensaría después en cómo levantarse.

—¡¿Quieres dejar de llamar así a mi sobrino?! —Margot rio con amargura. Estaba feliz de haber encontrado a su amiga, de que estuviera viva, pero también triste por la situación.

Cécile quiso acompañarla fingiendo una sonrisa, como si tuviera a su amiga delante y la pudiera ver, pero no lo consiguió.

—¿Confías en mí? —preguntó.

—Siempre, ya lo sabes. Aunque la mayor parte de las veces no te lo merezcas.

—Pues hazme un favor y saca a ese estúpido de ahí. ¿Quieres? —Suplicó—. Iría yo, pero ya sabes, comí algo y... bueno, me encuentro un poco indispuesta ahora. Además, estoy con el doctor Legrand en el culo del mundo.

—Cécile, no me gusta cómo te escucho.

—Tú solo dime que sacarás al curilla de donde lo tengan. —Cécile tragó el nudo en su garganta—. Él no lo hizo, tienes que creerme.

Se preguntó por qué le importaba tanto, si no era más cómodo que cargara con las culpas y ya. Sería un final práctico, lo viera por donde lo viera. Incluso sería una venganza épica, quizás un tanto desproporcionada, pero nada más. Se recordó que no había ninguna regla que dijera que, en el amor, las consecuencias de tus actos tuvieran que ser proporcionales a la ofensa. Nada de eso hizo que se sintiera mejor.

—Pero todas las pruebas apuntan en su contra y, él no se ha querido defender, ¿cómo piensas que puedo sacarlo de ahí? —Cécile se sorprendió a sí misma limpiando el torrente de lágrimas que apareció tras escuchar a su amiga—. Cécile... Le aplicarán la máxima pena por esto.

—Escúchame atentamente y toma nota, Margot. Regresa a la masía, baja a la zona de trabajo y busca unos inyectables azules en el cajón de mi escritorio. Ordenaré a Chipirón que lo abra cuando llegues. Son solo para ti, ¿entiendes? Y no más de uno al día. El efecto te durará eso, un poco menos de 24 horas en las que te sentirás capaz de cualquier cosa —le indicó despacio. Luego, se detuvo un instante, antes de continuar—: También, encontrarás algunas herramientas de un metal que no reconocerás en el armario metálico del fondo. Cógelas después, cuando te hayas inoculado la fórmula del arrobamiento. Margot… Procura no enamorarte de nadie durante esas 24 horas y, si logras rescatarlo, —agarró aire para continuar—, prometo ponerle el nombre que quieras al bebé.

La línea se quedó en silencio por lo que a Cécile le parecieron los segundos más largos de su vida.

—¿Si es niño le pondrías Renauld, como a mi padre?

—Seguro, porque será una niña. Lo sé. Bueno, eso espero.

—Entonces, ponle...

Dupont cortó la llamada dejando a la pelirroja con la palabra en la boca.

Le costaba respirar, la cabeza comenzó a darle pinchazos y todo a su alrededor se empezaba a tornar borroso. Acababa de darse cuenta de que todo aquel tiempo en el que estuvo soñando con hacer daño al párroco, solo había estado tirando piedras sobre su propio tejado. No podía soportar la idea de que le fuera a pasar nada malo, y mucho menos por su culpa. ¿Era así cómo se sentían los remordimientos? Sujetó el teléfono entre las manos y marcó mi número antes de que fuera incapaz de ver la pantalla. Se estaba mareando. Como ya comprobó en anteriores ocasiones, la fórmula del arrobamiento podía protegerla de todos los golpes, pero no de sí misma. No de sus emociones.

Le pareció que mi voz al otro lado de la línea se deformaba hasta volverse casi ininteligible.

—Me estoy muriendo, Edmond.

—No seas dramática, Cécile. No te estas muriendo, la fórmula que asimilaste te...

—¡Edmond! ¡Iglesia! ¡Ahora!

Después de eso, solo recuerda oscuridad.

∞∞∞

Una vez que Margot se hubo cansado de dar vueltas por la oficina que tenía instalada en casa, sin saber cómo demonios lo haría para sacar al hombre más vigilado de todo el país de las dependencias municipales donde lo tenían retenido, se preguntó si realmente existían razones para hacerlo. Si Cécile le había dado alguna razón para que ella estuviera segura de su inocencia. La respuesta fue que no. Cécile no le dio ninguna razón de peso, ninguna prueba que exonerara al religioso, que tan gordo le caía, de aquellos asesinatos.

No lo hizo, pero la forma en que la noticia la había afectado, aunque hubiera jurado mil veces que odiaría a ese hombre por el resto de su vida, no le dejaba dudas. Continuaba sintiendo algo por el padre André y, si pensaba soltarlo sabiendo de lo que se le acusaba, debía ser inocente. Cécile nunca aprobaría que alguien que pudiera hacer daño a quienes quería quedara en libertad, aunque lo amara. Ella tenía un marcado sentido de la justicia y de la protección, que ningún enamoramiento circunstancial podría quebrar. Además, era el padre de su futuro sobrino y eso, le convertía en miembro de su familia. Para bien o para mal, ella conocía a Cécile más de lo que conocía a ninguna otra persona en el planeta. No en vano, y ahí tengo que admitir que empatizo con Margot, también fue objeto de su obsesión durante un tiempo. El caso era que, de alguna manera, sabía a ciencia cierta que no le estaba mintiendo.

Se sintió tentada de pedir ayuda a Paul, pero algo la detuvo. Él estaba demasiado implicado en esto. Era el abogado que llevaba la acusación contra el padre André, sería fácil convencerle de que lo enterrara bajo tierra y tirara la llave, pero no de que la ayudara a liberarlo.

Entonces, tendría que rescatarlo ella sola.

Salió de su casa directa hacia la masía; no tenía tiempo que perder ni quería pararse a pensar demasiado en el lío en que podía meterse por todo aquello. Lo de sacar a monsieur André Côté a

la fuerza, ya que no podía demostrar su inocencia, le parecía de película y lo de inocularse aquella fórmula azul, la aterrorizaba. Ella, que ni siquiera había fumado en su vida, que solo tomaba antitérmicos si pasaba de treinta y ocho grados y jamás antiinflamatorios por si le dañaban el estómago, se iba a inyectar algo de dudosa procedencia. O peor aún, algo que le había pedido que se inyectara la desquiciada de Cécile.

Recordó todas aquellas veces en que le decían que era una tonta por cumplir siempre los deseos de su jefa, sin importar cuáles fueran. Pero esta vez de verdad sentía que debía hacerlo, por Cécile y por el bebé del cual esperaba ser la madrina, si no acababa en la cárcel.

Tal y como habían quedado, en cuanto apoyó una mano sobre el escritorio de Cécile, el cajón superior se abrió. En él encontró un estuche negro con cremallera, que bien podía haber guardado lapiceros o maquillaje, pero al abrirlo, ahí estaban, tres inyectables con aquel líquido de un tono azul que brillaba y la atraía como una polilla a la luz. Junto a ellos, una nota que decía: «Prueba treinta y dos, realizada el día en que hay luna llena, y Mercurio retrógrado vuelve a entrar en el aventurero Sagitario. Lo sabía, las chicas somos las mejores» y una carita sonriente. Margot quiso reír ante esto; echaba tanto de menos a su amiga. Sacó uno de los inyectables con cuidado e inspeccionó el contenido; se notaba que aquel no era un líquido corriente, porque las agujas que traía al lado eran más anchas de lo que ella recordaba que solían ser. ¿Y cómo iba a serlo? Las cosas de Cécile nunca lo eran.

Decidió no pensarlo demasiado, o sus escrúpulos impedirían que se inyectara nada. Preparó el escenario, buscó algodón y alcohol para preparar la zona. También un poco de esparadrapo para sujetarlo después; odiaba cuando al subirse la manga, perdía el algodón tras las extracciones de sangre rutinarias. Retiró la protección de la aguja y añadió esta a la jeringa, asegurándose de que quedara bien fijada. Luego, miró el contenido de la jeringa y, aunque no vio nada preocupante, presionó un poco el embolo para asegurarse de que no quedara ninguna burbuja en el interior. No quería morir por las tonterías de Cécile. Subió su manga e inspiró con fuerza al tiempo que introducía la aguja en su carne. Gimió y maldijo a su amiga; aquello la sobrepasaba. Después, comenzó a realizar respiraciones muy parecidas a las que había visto que, en el cine, las parturientas hacían para no sentir dolor y fue introduciendo el líquido poco a poco, pero sin descanso.

Cuando acabó, estaba temblorosa y sudada, pero no sabía si era por los nervios o por lo que acababa de introducir en su organismo. Puso una gran bola de algodón empapado en alcohol y lo sujetó con esparadrapo, expulsó todo el aire que pudo y escondió todo. Enseguida, el cajón quedó sellado con un clic que se escuchó en el interior. Chipirón no se dejaba ver ni oír, pero estaba claro que aún operaba en la casa.

Ser consciente de ello le daba cierta tranquilidad, así que, quizás por eso, o quizás porque estaba demasiado centrada en lo que hacía, no escuchó que alguien se acercaba por su espalda. De pronto, sintió una mano en su hombro haciéndola saltar del susto.

—¿Qué hace aquí, mademoiselle Dubois? —Giró para encontrase de frente con los ojos verdes de Bernadette—. Creí que ahora que Dupont ya no estaba, sus curritos esperarían en casa hasta nuevo aviso —indagó.

—Sí, pero ella no es solo mi jefa, también es mi amiga y vine a ver si daba con alguna pista sobre su paradero. Necesito averiguar si está bien. —Margot trató de pasar por un lado de la gendarme, pero esta le cortó el paso interponiendo su brazo, a solo unos milímetros de la chica.

—¿Y no será que sabes dónde *sa metío* y vas a llevarle alguno de esos conjuntitos tan monos que os gastáis?

Margot suspiró, estaba cansada y muy asustada por lo que acababa de hacer.

—No. Yo no sé nada, es solo que olvidé aquí mi reloj. —Señaló su muñeca, al tiempo que se fijaba en la hora para saber hasta cuándo haría efecto lo que acababa de meter en su organismo, ya fuera para bien o para mal.

Bernadette la sujetó del brazo de repente.

—¿Y esto? —dijo señalando el algodón, que era cualquier cosa menos discreto.

—*Merde*.

Bernadette se cruzó de brazos alzando una ceja.

—¿Y bien? Si me va a contar que viene de sacarse sangre, vaya cambiando de cuento, porque el único doctor del pueblo *sa fugao* y no es el tipo de apósito que él pondría. Así que no sé qué mierdas puede tener esto que ver con Dupont, pero me lo va a contar, o no sale de aquí si no es para ir derechita al retén.

Costó varias horas que Margot consiguiera que Bernadette viera las cosas desde su punto de vista. La gendarme no parecía tener prisa con tal de aclarar sus ideas, pero Margot no pensaba volver a pincharse esa cosa, si es que volvía a tener la oportunidad. Las veinticuatro horas que en un principio le parecían muchas, se iban acortando poco a poco. En realidad, ninguna de ellas sabía qué había pasado, pero tampoco podían creer que el padre André fuera el responsable de aquellas barbaridades y, mucho menos, de la muerte de Èmile, su casi hermano.

—Bernadette, sé que necesitas encontrar un culpable para lo que pasó con Émile. Os vi varias veces en el pueblo, parecíais muy unidos, pero no es justo utilizar al padre André como cabeza de turco, ¿no crees? A mí no me cae bien y, aun así, no me parece que dé el perfil de asesino —le explicó condescendiente, apelando a esa parte sensible que sabía que debía estar escondida en algún lugar del fondo de la gendarme—. ¿Por qué tú no le das una oportunidad? Se supone que sois amigos. ¿Qué crees que pensaría Èmile si lo encierras de por vida y es inocente? Él habrá sufrido su muerte más que nadie. Cécile, donde quiera que esté, tiene muchas razones para odiarle, por lo que veo sabes todo lo que pasó entre ellos y, a pesar de eso, estoy segura de que ella creería en su inocencia. ¿Por qué no tendríamos que creerle nosotras?

Le pareció ver un leve destello de esperanza en los ojos de la chica, una chispa casi imperceptible, pero que denotaba un cambio significativo de actitud.

Con Bernadette como aliada, todo iba a ser más fácil. Ella podría llevarla hasta Côté y luego, ya vería cómo salían de allí.

Capítulo 20. Rescate

La preparación tuvo que ser rápida. El padre André se encontraba retenido en el calabozo de alcaldía, un lugar donde solo se podía estar durante 24 horas, prorrogables por el fiscal general otras 24, y eso ya había sucedido, así que aquella era la última noche con la que contaban.

Margot se vistió con la ropa ejecutiva más profesional que encontró en su armario; se haría pasar por una prestigiosa abogada, imitando todo lo observado en Paul durante aquellos años. Asimismo, recogió su abundante melena roja en un moño prieto y bajo, y roció sobre él un par de botecitos de spray castaño de los que se usan para disimular las canas en las raíces cuando están creciendo. Solo un toque que ocultaría su rojizo natural, que la hacía ser reconocible allá donde fuera. Después, se colocó las gafas de leer con las que nunca salía a la calle y cubrió con una base compacta sus cuantiosas pecas. Una carpeta bajo el brazo llena de papeles en blanco completó su atuendo. Bajo su chaqueta, un par de herramientas de las recomendadas por Cécile, por si acaso.

Bernadette, con su uniforme de trabajo, y la mochila que solía llevar en sus excursiones de montaña, tenía bastante.

—Entrar va a estar *tirao*, lo *jodio* será acceder a su celda. El director general de prisiones ha restringido sus visitas y yo ya usé la que me concedieron. Además, es mazo tarde, aunque aquí en el pueblo no seamos muy estrictos con los horarios. Total, *pa* tres presos y medio que suele haber.

—¿Entonces cómo lo hacemos? Llevo instrumental que quizás servirá para cortar barrotes —aseguró Margot, extasiada ante la idea de aquella aventura que, momentos atrás, la aterrorizaba.

—¿Qué llevas, un bocata con una lima dentro? ¿En qué mundo vives, pelirroja?

—Te vas a reír, pero nunca he estado en la cárcel —contestó con sarcasmo.

—Criaturita.

Bernadette se le acercó y, sin darle tiempo a reaccionar, le soltó los dos primeros botones de la camisa. Sus alientos demasiado cerca y el roce de sus dedos sobre la piel desnuda de su pecho, provocaron que el corazón de Margot comenzara a bombear con una fuerza arrolladora.

—Distráelos lo suficiente como para que yo pueda campar a mis anchas durante un rato. Antonine, mi compañero, está más *salio* que el rabo de una sartén. No te va a costar *ná* que se empalme, si hasta hueles bien y *tó*, pelirroja.

Margot asintió, sonrojándose un poco sin querer. Tal y como le aseguró Cécile, se sentía capaz, incluso, de seducir a un baboso. A pesar de que cualquier otro día, solo imaginarse la situación, le habría dado arcadas.

La entrada a comisaría no estaba tan despejada como ella habría imaginado. Había vecinos rondando con cara de pocos amigos. Alguno, incluso, con pancartas entre las manos, aunque estas ya arrastraban por el suelo debido al cansancio.

Alguien conocido salió por la puerta. Se trataba de Paul Larue que, con su cartera en una mano y su bastón en la otra, parecía tener prisa por volver a casa. Margot cogió aire hasta llenar sus pulmones y con paso decidido cruzó la calle para alcanzarlo. Mientras, Bernadette se dio un golpe en la frente al ver a su nueva compañera de correrías. ¿No habría sido más sencillo dejarlo

marchar? Total, ese hombre estaba ciego, no las habría reconocido ni a dos palmos. Mucho menos, desde la acera de enfrente.

—Buenas noches, Margot.

Ella sonrió, sabía que iba a reconocerla antes de que pudiera abrir la boca.

—Buenas noches, Paul. Supongo que mis tacones volvieron a delatarme —le sonrió—. Pareces cansado. ¿No deberías relajarte ahora que el asesino está entre rejas?

—No es cansancio —dijo rascándose la parte de atrás de su cabeza—. Recibí un golpe a traición mientras perseguía a otro sospechoso por la montaña.

—Nunca dejarás de sorprenderme —dijo feliz ante la posibilidad de ver a Paul persiguiendo a alguien como si fuera un gendarme más. A su amigo nada lo paraba—. ¿Entonces tenéis a más de un sospechoso?

—Lamento decirte que ya no. Solo al desgraciado del cura. ¿Tú estás bien? No me imagino cómo debes de sentirte tras la desaparición de Cécile. Aunque… perdona si te digo que no te escucho tan afectada como había imaginado. ¿Qué haces aquí? —dijo alzando una ceja. A aquel hombre nunca se le escapaba nada, al margen de Cécile.

—Cariño, te dije que me esperaras dentro —los interrumpió Bernadette, asiendo a Margot por el brazo en un intento desesperado por socorrerla—. No mola estar aquí afuera con tanto *pringao* con pancartas por la calle. Me da la sensación de que se va a liar parda de un momento a otro.

Larue ladeó la cabeza al escuchar aquella voz.

—Sí, espérame en la entrada un momento, voy a despedirme de mi amigo y nos vamos —se apresuró a decir Margot, mientras, con sus brazos, rodeaba el cuerpo del abogado y le daba un suave beso en la mejilla.

Bernadett alzó las cejas con escepticismo y negó con la cabeza al ver aquella actitud cariñosa entre los dos.

—Luego, si algún moscón te molesta, no vengas pidiendo auxilio a la autoridad —dijo y se alejó en dirección a la puerta.

—Ella es buena gente, pero no es de tu estilo —susurró Paul al lado de su oreja, una vez que hubo escuchado los pasos inconfundibles de unas botas reglamentarias alejándose— ¿Hay algo que no me hayas contado? Tú no eres de las de «un clavo saca a otro clavo». Eso era más propio de Cécile.

—¿Era? No hables así, como si estuviera muerta —le reprochó sujetando sus manos—. No lo está, y yo seguiré haciendo cualquier cosa por ella, porque la quiero igual que tú me quieres, y por eso confiarás en mí y dejarás que continúe por mi camino. ¿Verdad?

Paul agudizó sus sentidos de tal modo que casi la podía ver, al menos, del modo en que él podía ver a las personas: por dentro.

—Entonces, ¿con ella nada? —dijo con una sonrisa de medio lado, casi señalando hacia donde se había marchado Bernadette.

—Nada, te lo prometo.

Soltó sus manos y se animó a dejarla marchar. Siempre supo que por amor sería capaz de saltarse las reglas, de ignorar sus instintos y obviar sus valores. Solo por amor y él, a Margot la quería más que a nada en el mundo.

Ella continuó su camino, decidida a no mirar atrás mientras observaba a Bernadette, que le hacía señas desde la puerta.

Recordó las veces en que la vio antes de aquel día, haciendo su ronda por el pueblo o en compañía de Émile y el padre André. No era fea, pero sus andares resultaban poco femeninos y su falta de clase era más que evidente. Nunca se sintió atraída por alguien así, ni lo estaba por

ella un rato antes de inyectarse aquella cosa. En cambio, ahora, un cosquilleo subía por su espalda cada vez que ella estaba cerca, sus mejillas se encendían y su corazón se aceleraba.

Recordó las palabras de Cécile. «Margot… Procura no enamorarte de nadie durante esas 24 horas».

Sacudió su cabeza y se dio cuenta de que aquella sustancia debía de ser alguna especie de droga capaz de magnificar todas las señales y sensaciones a su alrededor. Maldijo para sus adentros, nunca fue de las que se dejan llevar por los impulsos. Ella solía comprobar el terreno cuando alguien le atraía, acercarse, investigar, colocar su cabeza por delante de las bragas.

Debía centrarse en lo que de verdad importaba: la misión y ayudar a su maravillosa Cécile. Porque para ella lo era.

A Cécile la había evaluado hasta el cansancio, analizado, observado y superó las pruebas una y mil veces. Jugársela por ella, incluso desde que supo que no tenía posibilidades o a pesar de sus últimos cambios de actitud, merecía la pena.

Los que habéis estado enamorados de verdad lo sabéis. Ella era lo único que le había importado desde siempre.

Una vez en la puerta, entraron en comisaría como si no se conocieran de nada, saludándose con educación como si fuera lo más normal del mundo que se encontraran allí tan tarde, cada una por un asunto diferente. A aquellas horas, el personal, ya de por sí escaso, estaba bajo mínimos. Solo Antonine se encontraba vigilando el arco de seguridad y, ya en el interior, sentado en una mesa, otro gendarme bastante más mayor, que fingía vigilar las tres únicas cámaras, mientras dormitaba sobre la mesa.

Margot se tensó al ver el arco, no esperaba que hubiera uno en un pueblo tan pequeño. Todavía llevaba las herramientas bajo la chaqueta y estaba segura de que harían saltar la alarma nada más acercarse a aquella cosa.

Bernadette saludó a su compañero con desgana, asegurando que olvidó la cartera en el interior al marcharse aquella tarde.

—¿Y le *mademoiselle*? —dijo Antonine analizando a Margot de arriba abajo. Ella mantenía una pose digna de una diosa griega, que acababa de bajar de los cielos para hacer que los simples mortales se arrodillaran ante su belleza.

—Soy abogada, vengo por el caso de *le* monsieur Côté.

—El abogado que se encarga de monsieur André acaba de marcharse y ya es muy tarde. ¿No le han dicho cuál es el horario de visitas?

Bernadette abrió mucho los ojos. El ejercicio de contención de su compañero, fingiendo una profesionalidad que ella sabía que no tenía, le pareció admirable a la par que ridículo.

—Abogada defensora, me envía el obispado —dijo en un tono meloso que hasta a ella le sorprendió—. Acabo de realizar un viaje muy largo desde la archidiócesis de Lyon. Como comprenderá, *monsieur*, estoy deseando cruzar dos palabras con mi cliente para poder marcharme a descansar al hotel.

Agitó el cuello de su camisa, como si necesitara darse aire para mitigar un sofoco, al tiempo que dejaba aquel espacio de piel blanca y suave a la vista del gendarme.

Antonine dejó de pensar. Sus ojos casi saliéndose de las cuencas.

—Vamos, Anto, deja a la mujer que pase —le solicitó Bernadette para después girarse fingiendo indiferencia—. ¿Qué más te da? Que se confiesen y recen tres padres nuestros. Si el páter ya no se libra de la perpetua, ni aunque Dios baje de la cruz.

—Si serás bruta, Bernadett. El de la cruz es Jesús, el hijo de Dios —dijo el otro gendarme, que de repente daba señales de vida.

—¿Pero el padre de Jesús no era un palomo cojo? De verdad, qué culebrón más surrealista —protestó Berni, y a Antonine, que ya se le hacía difícil mirar a Margot a la cara, se le pusieron las orejas coloradas.

—Disculpe a mi compañera, *mademoiselle*. Es un poco bruta, pero buena gente. Puede usted pasar en paz, digo, pasar a ver al preso, pero no tarde.

»Estamos a punto de cerrar, así que tendrá que hablar con él a través de las rejas. A estas horas nos está prohibido abrirlas, ya que somos pocos. Entienda que, si yo la acompaño no puedo vigilar las puertas y mi compañero tiene que estar en las cámaras, así que solo puede acompañarla hasta allí y no hay nadie más.

—¿Hola? Y yo que estoy, *pintá* o qué.

—Tu turno ya ha terminado, Bernadette. Coge la cartera de los cojones y déjanos trabajar —soltó Antonine casi sin mirarla, su atención era toda para la supuesta abogada sexi que aguardaba sus indicaciones.

—Sí, claro, que voy a dejar a esta *mademoiselle* tan repipi en vuestras manazas. Yo la acompaño y me quedo vigilando.

—Ni hablar —protestó el segundo gendarme—. Yo la acompaño, es mi trabajo.

—¿Y por qué no la acompaño yo y tú vigilas la puerta y las cámaras? —protestó Antonine.

—¿Y por qué no me chupáis un huevo los dos? —soltó Bernadette y se quedó tan ancha.

Cuando quisieron darse cuenta, Margot había cruzado el arco y se mantenía al otro lado inmóvil, con los ojos cerrados y soltando el aire con lentitud. Había pasado sin que las alarmas saltaran.

Se preguntó si allí eran tan cutres que apagaban el arco incluso antes de cerrar y también, de qué estarían hechas aquellas herramientas, que no eran detectadas en el caso de que aquel chisme estuviera funcionando. Los hombres se giraron con rapidez, abalanzándose sobre ella para ofrecerle su compañía.

—No se preocupen, *messieurs*. Pueden venir los dos y su compañera se quedará vigilando la puerta. No me molesta la compañía de dos gendarmes tan apuestos. —A Margot le brillaron los ojos con una luz extraña, casi irreal.

Bernadette frunció el ceño, ¿de qué iba todo aquello? ¿Cómo pensaba sacar al padre André si iba acompañada de los dos agentes? Margot comenzó a caminar contoneando las caderas con seguridad y Berni se preguntó si aquella niña pija pensaba dejarlos inconscientes, sentándose sobre sus caras hasta dejarlos sin aire. Si su as bajo la manga era ese, prefería no mirar. En cuanto los vio desaparecer por el pasillo, corrió a cerrar las puertas para que no pudiera entrar nadie más.

Después, corrió hasta la oficina del comisario, donde se guardaban las llaves de cada celda. Hacía tiempo que estaban a la espera de que contaran con apertura automática, como las de las ciudades colindantes. Pero, como siempre, la modernidad pasaba de largo en Le Village Oublié, incluso en las cosas importantes.

Sujetó aquel pedacito de metal y lo observó sobre la palma de su mano. Era la segunda vez que robaba algo en una comisaría y se sintió nerviosa. Ya sabemos cómo acabó la otra vez.

Miró a su alrededor, había más objetos que llamaban con insistencia su atención. Una pluma estilográfica dorada, el armario con los expedientes de todos los que trabajaban allí, incluido el suyo y, sobre una mesita auxiliar, un ejemplar en tapa dura de la última novela de Victoria F. Leffingwell, su autora favorita. Cerró los ojos y respiró hondo; solo debía coger las llaves y después, pasar por los vestuarios para hacerse con algo de ropa de la talla de André.

Mientras, Margot caminaba acompañada de los dos guardias más pesados de la historia, que le

hacían cumplidos, obviando por completo su afirmación de tener conexiones con la santa madre Iglesia. Aún hoy en día, muchas veces nos cuenta entre risas que pensó, que muy mal lo tenía que estar haciendo el párroco de aquel pueblo, cuando aquellos hombres tenían tan poco respeto por la institución que representaba.

—Disculpen, caballeros. Ha sido un viaje muy largo. ¿Me podrían indicar dónde está el baño antes de ver a mi cliente? —preguntó con voz melosa, mientras jugaba con una pequeña cadenita sobre su cuello.

Ambos gendarmes se ofrecieron a acompañarla. Podrían haberle indicado el camino y ya está. Podría haber ido solo uno de ellos, mientras el otro se quedaba vigilando fuera, como era su obligación, pero... ¿Recordáis aquello que os conté sobre el destino y cómo todo el mundo se pregunta si pudo haber hecho algo que cambiara su suerte tras un evento desafortunado? Pues Antonine y su compañero debieron de pasar también por esas dudas, aunque como mucho, fue solo durante una milésima de segundo.

Ofreció gustosa su brazo a Antonine; no era mayor, pero sí lo suficiente como para encontrarse demasiado cómodo entre aquellas paredes, como quien está en su propia casa. El segundo gendarme, cerca de la jubilación y cansado de la rutina diaria, les siguió esperando su oportunidad, tratando de ganarse la confianza de la mujer, con algún chascarrillo inoportuno con el que pretendía demostrar que él era el más hombre de los dos.

Margot sintió el peso de la tensión mientras caminaba por los pasillos del retén, flanqueada por dos agentes de la ley. Su corazón latía con fuerza contra su pecho, pero, al mismo tiempo, esa adrenalina la excitaba. Se sentía capaz de hacer cualquier cosa, aunque no sabía el qué. Había pedido ir al baño en un intento desesperado por desviar la atención de los guardias y ganar una oportunidad para liberar al padre André. Quizás con la esperanza de recibir apoyo por parte de Bernadette o quizás, esperando a que se le presentara la virgen, ya puestos a representar al cien por cien su papel. Ahora, se encontraba en una situación peligrosa, con dos hombres armados a su lado, completamente inconscientes del peligro que ella misma ignoraba que representaba.

Con cada paso, Margot calculaba sus movimientos. Su mente trabajaba a toda velocidad mientras observaba todo a su alrededor: la posición corporal de los gendarmes, su peso y estatura, la distancia con cualquier superficie u objetos que pudiera utilizar. Cualquier cosa que le pudiera servir para idear un plan de escape.

Con la cara más dulce que pudo poner, dadas las circunstancias, pidió a Antonine que le sujetara la carpeta y metió su mano libre en el bolsillo de su chaqueta, buscando alguna de las pequeñas herramientas escondidas en él. Notó un mango y lo apretó con fuerza, rezando para que correspondiera a la herramienta que se asemejaba a un pequeño cuchillo, con la punta más corta que había visto en su vida. Unos tres centímetros a lo sumo. Le parecía lo más adecuado, teniendo en cuenta que no pretendía hacer daño a nadie, pero sí asustarlos lo suficiente como para que la obedecieran. Lo acarició con el pulgar y se sintió preparada para actuar en el momento adecuado.

Finalmente, llegaron al baño. Un escalofrío recorrió su espina dorsal cuando el gendarme más mayor los rodeó para abrir la puerta y la sostuvo para que ella entrara. Manteniendo la compostura, Margot le sonrió agradecida y entró, con los dos hombres pegados a ella como dos lapas.

Una vez dentro, se enfrentó a un dilema. ¿Cómo podría neutralizar a los dos hombres sin levantar sospechas? Sabía que debía actuar con rapidez y precisión, antes de que se dieran cuenta de sus intenciones.

—Será mejor que nos quedemos cerca, al estar junto a la muralla del pueblo a veces se meten

ratas —dijo el más mayor, usando un tono que delataba su excusa para acompañarla más de lo debido.

—Sí, yo también la acompaño, esas ratas son peligrosas, pueden traer hasta garrapatas —aseguró Antonine con guasa.

Algo se encendió en la mente de Margot al escuchar esa palabra, que la hizo pensar en su futuro sobrino, en Garrapatita, a falta de un nombre más decente que estaba segura que le pondría ella. Pensó en Cécile angustiada por André, la imaginó también sufriendo si a ella le pasaba algo, pensó en todos los momentos vividos juntas, en lo que la quiso, en lo que *aún* la quería.

Con un movimiento rápido, empujó a Antonine contra la pared, quien todavía la sujetaba del brazo, aprovechando su momento de sorpresa. Al mismo tiempo, se lanzó hacia atrás con fuerza, utilizando el peso del otro agente, que la seguía de cerca para desequilibrarlo mientras caían al suelo. Nunca se había sentido tan fuerte ni tan ágil. No se reconocía en aquella piel. Sacó el pequeño cuchillo y, sin pensar, lo hundió con fuerza en el abdomen del gendarme que tenía a sus espaldas.

Supuso que la abundante grasa que le cubría esa zona sería lo bastante gruesa como para que la diminuta hoja no tocara ningún órgano vital, aunque no entendía ni papa de biología humana. Lo suyo eran los números.

El hombre emitió un grito ahogado de sorpresa y dolor, quizás más exagerado de lo que habría cabido esperar. Un grito que le recordó al de los cerdos que escuchó por primera vez en Le Village Oublié, al ser sacrificados en la matanza. Pero Margot no le dio tiempo para reaccionar. Fue ver la primera muestra de sangre manchando la camisa azul del uniforme del hombre y algo se encendió dentro de ella. Un odio visceral por quien impedía que lograra su objetivo, satisfacer las necesidades de Cécile. Con movimientos rápidos y certeros, lo apuñaló una y otra vez hasta que el gendarme dejó de luchar. La hoja había crecido por arte de magia; ya no medía tres centímetros, sino que se alargaba afinándose cada vez más, hasta alcanzar una longitud considerable y acabar siendo una fina aguja. Margot no pudo parar, hasta que vio caer el cuerpo inerte en el suelo del baño.

Antonine, aturdido por la repentina violencia, intentó levantarse, pero ella fue más rápida. Su cuello giró veloz y sus ojos marrones brillaron con el color de los rubíes al contactar con los del gendarme, por lo que no debió de ser más de un segundo. Con un golpe preciso, le cortó la garganta, silenciando cualquier intento de alertar a nadie más.

Margot se quedó quieta por un momento, el cuchillo temblando en su mano, mientras el eco de sus propios latidos resonaba en sus oídos. Había cumplido su misión, pero ¿a qué precio? ¿Y por qué se había sentido tan viva al causar aquella masacre? Se tomó un par de minutos para apoyar su espalda contra la pared y respirar profundamente. Luego, limpió el cuchillo con determinación, usando la ropa de los agentes caídos, y empujó al más mayor hasta que su cuerpo quedara por completo dentro del baño. Se lavó las manos, comprobó su moño, remetiendo algunos cabellos sueltos, cerró la puerta y salió lista para fingir que todo estaba bien.

Mientras, Bernadette llegaba hasta la celda de André.

Se sorprendió al no ver a Margot ni a sus compañeros allí, pero, lejos de preocuparse, se alegró de su buena suerte. Le había costado aclararse para desconectar las cámaras y no sabía cuánto tiempo le habría concedido su nueva compañera, así que actuaría deprisa.

Se encontró a André de espaldas a ella, arrodillado en el suelo y rezando a quién sabe qué. Bernadette no se crio en una familia muy devota. Eran católicos, pero de los que pisaban la iglesia solo en las bodas, bautizos y comuniones. O fingían que la pisaban, si existía un bar cerca

donde esconderse. Pero siempre respetó la labor de André en el pueblo, como algo necesario que removiera las conciencias de los malhechores.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Chimpún. Páter, levántese que no hay tiempo de más —su voz, aunque pretendía ser un susurro, resonó por todo el lugar, mientras trataba de acertar con la llave en la cerradura.

André se volvió sorprendido.

—¿Qué haces aquí otra vez, Berni? ¿Vienes a matarme con tus propias manos o vas a soltarme para que lo haga toda esa gente de ahí fuera?

—Yo ya no sé ni *pá* lo que vengo. Pero he *pensao* que, si usted fuera inocente, si la culpable fuera la vieja Melissandre o cualquier otro *pringao*, Émile no me lo perdonaría jamás.

Abrió la reja, escarbó en el interior de su mochila y sacó las únicas prendas que había encontrado en la taquilla de Antonine. Las mismas que debían de esperar a que su dueño acabara el turno para volver a casa.

André no pudo evitar llevarse una mano a la cruz de su cuello y repasar el grabado con la yema de sus dedos. Émile continuaba cuidando de él, desde donde quisiera que estuviera.

Lanzó sus ropas frente a Bernadette y comenzó a vestirse con lo que se le ofrecía. No esperaba ser rescatado por nadie, así que solo se dejó llevar por los acontecimientos.

Según me contó, escucharon una puerta cerrarse con brusquedad y sus cuerpos se tensaron al percibir el sonido de unos tacones que se acercaban con pasos firmes y rápidos. Aunque al comprobar cómo Bernadette respiró con alivio al ver acercarse a Margot sin la compañía de los dos agentes, André se relajó.

—Ya tardabas, pelirroja —dijo Berni mientras se agachaba para guardar las prendas del cura en la mochila.

André, recién provisto de su nuevo atuendo, se calzó una gorra a la espera de entender qué estaba pasando, por qué Margot también estaba allí y qué planeaban hacer con él.

—Me he entretenido borrando las grabaciones de las cámaras. No vale solo con apagarlas, ¿sabías? Supongo que quieres seguir trabajando aquí.

—Supongo. ¿Y tus novios?

Margot se acercó por la espalda de Bernadette y, sin dar tiempo a que esta se girara, sacó una especie de llave inglesa del bolsillo de su chaqueta y se la hincó en las costillas. La chica soltó un grito ahogado. Acto seguido, Margot le sujetó la parte posterior de la cabeza con las dos manos y la lanzó hacia atrás, haciendo rebotar su cabeza con violencia.

André reaccionó, gritándole que se detuviera, se abalanzó sobre ella y la sujetó por las muñecas. Tal vez fue eso lo que hizo que parara y levantara sus manos en señal de rendición. Todos sabemos que en aquel momento Margot contaba con la suficiente fuerza como para haberse resistido. O puede que se hubiera detenido de todos modos. Eso jamás lo sabremos, porque ella nunca ha querido hablar de aquella parte, pero el cuerpo de Bernadette quedó desparramado en el suelo, inmóvil y con los ojos cerrados. El cura se agachó corriendo a socorrerla, llevó dos dedos hasta su cuello y le buscó el pulso.

—Aún respira —acertó a decir André aliviado al sentirlo bajo sus dedos.

—Perfecto. Tienen que ver que ella también fue atacada. Voy a llevarla al baño, con sus compañeros. Tú termina de disfrazarte y nos vamos.

Capítulo 21. Final

Altea

Tuvieron que pasar varios días desde el momento en que Cécile perdió la consciencia hasta que pudo abrir los ojos. Lo primero que vio fue mi cara de circunstancias, con la que llevaba observándola expectante desde que dio las primeras señales de movimiento, minutos atrás.

Ahora sé que, durante aquellos días, Cécile no estuvo sumida en la nada, sino que, como me explicó tiempo después, se encontró atrapada dentro de un delirio en el que solo veía y escuchaba al padre André. Un André que se dejaba maltratar y castigar por algo de lo que solo ella era culpable.

Cécile estaba jodida, porque se había dado cuenta de que André le dijo la verdad. Puede que al principio de su relación se la hubiera ocultado, o quizás aún no tuviera claros sus sentimientos. Que le hubiera mentido en mitad de aquella discusión, cuando le dijo que estaba enamorado de otra. Solo Dios y ella sabían el daño que se puede hacer a quien amas cuando estás despechado. Pero el último día que hablaron en la zona de trabajo, no le mintió. La amaba y la protegería siempre de todo, hubiera hecho lo que hubiera hecho. Ella no lo entendía, pero él estaba cargando con la culpa de todas aquellas muertes. La estaba protegiendo y eso significaba que nada de lo que ella había hecho hasta aquel momento tenía sentido.

«Pero el padre André me empujó con furia y me abandonó tras el accidente», se repetía sin parar. «Eso no fue un sueño, ¿o sí? ¿En qué momento dejé de tener contacto con la realidad?».

Encima, tras recibir la noticia de su arresto, su corazón encogido no le había dejado ninguna duda de que aún lo amaba. A pesar de todos sus esfuerzos, nunca dejó de hacerlo. Durante los últimos meses, se esforzó por odiarlo con todo su ser, por alejarlo de ella y del bebé, ocultándole su existencia, cuando cada noche al cerrar los ojos, seguía imaginándolo una y otra vez sobre ella, tan vívidamente, que hasta juraría que podía sentir su olor. Incluso ahora lo hacía.

Cécile hubiera jurado que, en sus sueños, sus ansias por tenerle cerca le hacían percibir su aroma y el calor de su aliento sobre la piel, ayudándola a calmarse. Pero estaba segura de que eso debía ser otro juego de su mente, para sobrellevar su estado de gestación.

Mi voz llegó hasta ella, devolviéndola poco a poco a la realidad. Yo creo que, antes de abrir los ojos, ya pudo sentirme, observándola muy de cerca. Recuerdo que lo primero que hizo fue tratar de aferrarse a mi camisa con tanta fuerza, que pensé que me la iba a romper.

—Todo es culpa mía, Edmond —susurró en mi oído aún con la voz rasposa. Tuve que poner todo de mi parte para soltarme de su agarre.

—Me alegra tenerte de vuelta, esta vez sí que me asustaste de verdad. Tenías razón, la fórmula del arrobamiento no es suficiente para mantener cuerda y a salvo a una gestante, sobre todo, si la preñada eres tú. —Sonreí y le señalé con un bolígrafo. Después, anoté en mi cuaderno los datos del monitor de telemetría y la hora exacta en que recobró la consciencia.

Cécile observó confundida cada rincón del cuarto. Yo había montado una especie de hospital móvil dentro de aquella habitación de la casona donde nos hospedábamos, solo para ella. Estuve

a punto de llevarla a un hospital, pero finalmente me contuve. Las autoridades la habrían encontrado y no sabía cómo reaccionarían los médicos si detectaban algo extraño en su sangre.

Incluso antes de conseguir aclarar su cabeza, lo primero que hizo fue llevar las manos a su abdomen y, al comprobar que aquel bulto inquieto seguía ahí, me alegró ver cómo soltaba un suspiro de alivio al comprobar que todo seguía su curso.

—Cuando vi que no despertabas, pensé en sacar al bebé y venderlo en el mercado negro, porque, ya me contarás qué hago yo con un renacuajo a mi cargo. No entra en mis planes. —Sonreí con picardía—. Pero alguien que lleva pegado a tu cama desde hace un par de días, me lo prohibió. —Cécile quiso abrir la boca para reclamarme, pero de ella no salió una palabra; su cerebro estaba procesando lo que le acababa de decir—. Será mejor que le avise, creo que fue al baño un momento.

No hizo falta que saliera a buscarlo. Las palabras no habían terminado de abandonar mi boca, cuando la manivela de la puerta giró dando paso al imbécil redomado de André. Ojalá hubiera tenido mi móvil a mano, hubiera sacado una foto de la cara de panoli que se le puso al ver a nuestra chica despierta. Aunque para qué, si seguíamos sin *wifi*. Tampoco es que hubiera sido inteligente subirla a redes, por muy buen material para memes que me pareciera.

Margot y André lograron llegar hasta nosotros gracias a Chipirón, y llevaban alojados en otra finca cercana desde hacía unos días, en los que no conseguí quitarme de encima a aquel hombre ni un momento.

Lo de hacer turnos junto a la cama de Cécile no era una opción. En un principio, no confiaba en él y siempre me pareció demasiado estúpido como para hacerse cargo de algo más que colocarse el alzacuellos, que aquí poca falta le iba a hacer. Así que nos vimos obligados a compartir espacio y confidencias. O más bien, me vi obligado a escuchar su versión de la historia, con pelos y señales. Una mucho más ñoña que la que estuve recibiendo por parte de Cécile en los días previos a su desvanecimiento. En esta nueva versión, él asumía culpas, pero también se pintaba como alguien mucho más humano que el *bully* que yo conocí de niño.

Algunas veces pensaba que mi percepción hacia él debía avanzar como lo habían hecho los años sin que nos diéramos cuenta, pero después pensaba en nuestro pasado juntos. En lo que nos hizo sufrir a nuestra chica y a mí, y se me pasaba.

Con Margot todo fue más fácil. Tras las veinticuatro horas que duraron los efectos de la droga que se inyectó, y después de todo el estrés vivido, tenía claro que necesitaba unas vacaciones. Unas muy largas que, además, juraba que su jefa le prometió. Nos visitaba por las tardes, a la hora de la merienda, siempre muy preocupada pero segurísima de que su amiga era demasiado cabezota como para no salir de aquel embrollo más pronto que tarde. El resto del día se lo pasaba haciendo turismo y tomando el sol en la playa.

Había descubierto una donde, desde su tumbona, veía pasar todas las mañanas a una chica bonita y elegante, muy de su estilo, con la que planeaba entablar amistad un día de aquellos.

Yo me sentía raro con tanta gente a mi alrededor, como si nuestra bella durmiente contara con tres príncipes tratando de darle el beso que la trajera de vuelta al cuento. Pero así no iba la historia y, además, ninguno de nosotros se atrevería a robarle un beso no consentido. No a ella, que dormía como si fuera un ángel, pero que sabíamos que albergaba algo más perverso en su interior.

En fin, que era domingo por la mañana, Cécile estaba despierta y podía jurar, que aun en aquel estado de *shock* en el que se encontraba, con su cabello negro apuntando a todos lados y sus hermosos ojos azules llenos de confusión, todavía era la mujer más hermosa del planeta.

Ella, incrédula, no podía apartar la vista del padre André. Y, sin que pudiera detenerla, ni

miramiento alguno por el doctor que les habla, se arrancó la vía del brazo e hizo el intento de levantarse. Estuve a punto de regañarle, cuando vi que André acudía a grandes zancadas hasta su cama. Puse los ojos en blanco y decidí que era hora de abandonar aquella habitación. Mi presencia allí sobraba.

Sintiéndome desplazado, pero sabedor de que esto iba a suceder antes o después, aún alcancé a ver cómo él la ayudaba a incorporarse, apoyando las dos manos de ella sobre sus hombros. Cécile lo miraba a los ojos, todavía dudando de si era él o si continuaba en una ensoñación.

—No puedo creer que haya llegado a este punto de delirio, en el que ya no distingo mis sueños de la realidad. —Llevó una mano a su rostro y delineó el perfil con los dedos. André cerró los ojos al sentir aquel delicado tacto, que deseé para mí. —Eres aún más guapo de lo que recordaba —dijo sin reparo alguno, quizás porque aún no estaba del todo centrada, quizás porque ella nunca fue vergonzosa.

André sonrió solo un poco, y ella le imitó en respuesta.

—Cécile —pronunció con su voz ronca pero suave—. No es un delirio, estoy aquí de verdad, estoy bien. —Le besó la frente, posando una mano en su abultado abdomen—. Te pondrás bien, ambos lo haremos.

Ahí fue donde cerré la puerta y abandoné la sala. Había dado tanto por Cécile, que traté de explicarme que era normal lo que sentía. Aquella sensación de traición, de abandono, de desplazamiento. Siempre supe que ella no me pertenecía y me convencí de que eso era lo correcto. Yo nunca quise amor romántico en mi vida y, aun así, dolía. Quizás, mi lugar estaba en una tumbona en primera línea de playa, junto a la de Margot. Ella parecía tener mucho más asumido que yo su papel como accesorio prescindible de Cécile y lo ostentaba con orgullo y sin resignación.

Entendí que eso era un trabajo de tiempo, y que, si era coherente conmigo mismo, sería un fracaso dejar que mis sentimientos interfirieran en mis investigaciones profesionales.

Cécile continuaba siendo mi objeto de estudio, nada más. Yo le había sido útil y ella me lo era a mí. Si existía algún otro tipo de sentimiento entre ambos, de aprecio o de lealtad, era indiferente.

∞∞∞

Una vez conmigo fuera de aquel cuarto, Cécile dejó su apoyo para poner una mano sobre la de André, y mirando ahora su vientre, curvó los labios en un puchero.

—Mira lo que hiciste, estoy muy gorda. —Lágrimas rodaron por su mejilla y André pensó que se iba a derretir. Aquella versión de Cécile, tan vulnerable, le pareció lo más hermoso que había visto en su vida.

—No, mi amor. —La rodeó con sus brazos para que se pudiera relajar, para hacerla sentir protegida y amada. Cécile enterró su cara en el hueco entre su cuello, aspirando aquel aroma que tanto había necesitado—. Estás más bonita de lo que nunca antes lo estuviste. Tu barriga es preciosa, y tú… —Acunó sus mejillas entre sus manos, logrando conectar sus miradas—, tú eres la chica más hermosa del mundo, la chica con la que siempre soñé. Mi chica.

Un suave suspiro brotó de los labios de Cécile, llenando de calor el pecho de André. Al fin había logrado llegar hasta ella, ahora la cuidaría como siempre debió hacerlo, respetando al ser valiente e inteligente que era, pero también cuidando y protegiendo su lado sensible, ese que estaba lleno de amor y que necesitaba sentirse amado. Todavía le daba miedo aquella parte

oscura que había descubierto en ella, que despertara de repente y rompiera la burbuja idílica en la que ahora se encontraban, pero no la culpaba. Ambos cometieron muchos errores, y se juró que los superarían cogidos de la mano.

Altea. Varios meses después

El programa de noticias internacionales finalizó y André, como cada día desde hacía un par de semanas, desconectó el transistor con una sonrisa en los labios. Ese era el tiempo exacto que hacía que no habían vuelto a hablar de los asesinatos, ni de la desaparición de la heredera del imperio Dupont. En realidad, a ella la dejaron en paz mucho antes, cuando contactó con su familia en París, y publicó en sus redes imágenes de su rostro anunciando que pretendía tomar unas largas vacaciones después del éxito comercial de su *app*, la cual terminó retirando del mercado para no seguir escuchando más las reclamaciones de Margot.

Era sorprendente comprobar como lo que un día parecía ser la noticia más importante del mundo, al día siguiente, ya no interesa a nadie. Incluso si estas tratan de la muerte de un buen puñado de personas. Gente con familia y amigos, que aún debían de estar echándolos mucho de menos.

Desde donde estaban, tampoco les llegaba aquella sensación de siempre, de que los sucesos en su país eran los más importantes del mundo. En aquel lugar, poco o nada le importaban a nadie.

Observé desde el chiringuito, cómo André se separaba de la tumbona, donde había estado reposando hasta hacía un momento, y levantaba sus gafas oscuras para poder otear mejor el lugar. Al verano todavía le quedaba mucho por delante, y era normal que cada vez hubiera más turistas, pero a esas horas de la tarde se podía estar tranquilo.

Côté, que al ser un prófugo de la justicia ya no era ni sacerdote, ni nada más que un hombre enamorado en busca de una nueva identidad, observó a lo largo de la costa.

Ya se había acostumbrado a caminar por aquella playa de guijarros, pero aún prefería, si era posible, utilizar chanclas para hacerlo; se las calzó y caminó un poco. El agua estaba cristalina y tranquila aquel día. Se detuvo y ensanchó aún más aquella sonrisa de galán trasnochado que tanta rabia me daba. Se notaba a leguas la felicidad en sus ojos, la alegría de encontrar a Cécile parada frente al agua, observándola mientras cargaba entre sus brazos al bebé de ambos.

Fue un largo camino hasta lograr que la presencia de los niveles de aquella sustancia bajase en sus analíticas, y que encontrara de nuevo el equilibrio mental que antes de todo esto siempre pareció tener. Aun le faltaba bastante trabajo por delante, pero yo estaba satisfecho con los avances logrados.

André, que muy a mi pesar, me había elegido como a una especie de confesor, me juró más de una vez que nunca iba a dejar de culparse por haberla roto de aquella manera. Admito que yo nunca le confesé lo que sabía sobre las flores del arrobamiento ni sus consecuencias. Preferí echarle la culpa a algún desajuste químico de su cerebro y él, ignorante de todo como siempre fue, decidió creerme. Era mi pequeña venganza, porque entre asesinos, despechados, abusones y demás calaña, también sentía que me había ganado mi derecho a desahogarme. Creo que Cécile tampoco llegó a contárselo nunca, y ante él, yo siempre podría alegar que no supe la magnitud total de lo que pasó, pues decidí que mis últimos momentos junto a Mèlissandre quedaran sepultados junto a ella y para siempre.

Fue bastante tiempo después, cuando nos sentí a salvo, que me decidí a recabar información de unos y otros, de todo lo que yo recordaba y me habían contado, y escribir estas líneas.

En ellas volví a viajar a mi pueblo natal, a respirar el aire de los Alpes y a sentirme en casa.

También volví a ver mi consulta, a mis pacientes habituales y a la vieja Melissandre alzando sus manos hacia el cielo. A ella aún la consulto a media noche, muchas más veces de las que admitiría.

Analicé también todo lo sucedido con Pierre y me juré que algún día me reuniría con él para pedirle cuentas. Por un lado, quería agradecerle que me hubiera salvado en la montaña y que siempre hubiera estado pendiente de mí, aun sin yo saberlo. Pero, por otro, había noches en las que soñaba con pedirle a Cécile que me acompañara a hacer justicia a la memoria de mi madre, que nunca estuvo loca. Que tenía sus razones para estar obsesionada con él, aunque tratara de entender la difícil posición del excelentísimo Pierre Chevalier, quien en aquellos entonces aún no era viudo.

No pondré en estas líneas que fue fácil deducir que Pierre siempre fue mi padre, porque para mí nunca lo será. Pero sí que deseo que los remordimientos le acompañen hasta el último de sus días, por haber puesto por encima su carrera, su matrimonio y su imagen, dejando que otros pagáramos por sus errores.

∞∞∞

Regresé del chiringuito y me recosté en la tumbona que, hacía unos instantes, había ocupado André. Mis ojos se posaron en la bonita escena familiar que tenía ante mí, lo bastante cerca para captar su conversación.

—Un millón de euros por tus pensamientos —dijo Cécile, al ver que André estaba tan ensimismado, que no se había dado cuenta de que estaba junto a él.

—Se dice, un euro por tus pensamientos, Cécile.

—Como sea, nunca compré tan barato. —La bebé les regaló una sonrisa, en la que solo se veían sus pequeñas encías.

—Siempre se ríe de tus ocurrencias, creo que tendrá tu sentido del humor.

—Yo creo que se ríe de todo, trata de caernos bien. —Cécile alzó una ceja examinando la expresión de su hija. Había resultado ser una niña, tal y como ella soñó. Además de ser la poseedora de unos hermosos y expresivos ojos azules como el océano, a juego con su cabello castaño.

—No sé por qué no aceptas que es clavada a ti. —André rodeó a ambas entre sus fuertes brazos, besando los cabellos de Cécile.

—Porque la pequeña Margot es... tan perfecta, y yo no lo soy.

Él aflojó un poco el abrazo, solo lo suficiente para así sujetar la barbilla de Cécile obligándola a mirarlo.

—¿Eso es en serio? ¿Tú me estafaste? Te escuché tantas veces decir lo perfecta y maravillosa que eras, que ya perdí la cuenta. —Ella se encogió de hombros y besó la pequeña mano de su bebé—. No te hagas la desentendida, pondré una reclamación —bromeó André.

—No lo soy, ni tampoco creé el mundo perfecto que prometí, así que soy un fraude, puedes devolverme si es que encuentras la factura.

André dio un paso atrás observándola con los brazos en jarras.

—Mientes.

—¿Me estás llamando mentirosa? —Vi cómo Cécile abrazaba más aún a la pequeña Margot, apretándola contra su pecho, fingiendo estar muy ofendida. Luego, le dio la espalda y puso todo su interés en la línea del horizonte.

André avanzó hacia ellos sonriendo; las pequeñas peleas seguían formando parte de su especial relación, pero jamás dejaría que ninguna volviera a llegar más lejos que eso. No permitiría de nuevo que Cécile pensara que no la amaba. Rodeó su cintura desde atrás, dejando pequeños besos sobre el hueco de su cuello, ahí donde Cécile presumía de una nueva gargantilla de esas con la palabra mamá como protagonista.

—¿Tratas de disculparte? —Puso los ojos en blanco sin despegarse ni un ápice de él.

—No, en absoluto.

—¿No?

—Mientes, porque vosotros dos sois mi mundo, y ambos sois perfectos. Entonces, sí creaste un mundo perfecto para mí.

Cécile cerró los ojos y, cogiendo aire, pareció pensarlo por un momento.

—Entonces, también lo es para mí.

Fin

Nota de la autora

Queridos lectores.

Ha llegado el temido momento de hablar del porqué de esta novela. En este caso, es difícil y al mismo tiempo no lo es. Tenía clara una idea en mi cabeza antes de comenzar. Qué digo clara, la tenía clarísima. Quería dedicarle esta historia a mi hijo, aunque sé que nunca me lee, porque prefiere a J.R.R. Tolkien o a Graham McNeill (¡Traidor!). Pero, aun así, quería escribir sobre el amor inmenso, inabarcable, interminable, de una madre por sus hijos. Del ejercicio de generosidad tan grande que es la maternidad, tengan la edad que tengan nuestros hijos. También de las renuncias, de cuánto nos perdemos a nosotras mismas a mitad del camino, de la lucha por encontrarnos. De todo lo que somos capaces o seríamos capaces de hacer si fuera necesario. «Prometo no poner aquí la célebre frase de cierta ex de un torero en la que todos estáis pensando».

Pero, como diría Cécile, la mente de una géminis no puede centrarse en un solo asunto y salir victoriosa, así que nacieron las flores para excusar las acciones de Cécile; nació Melissandre, porque una mujer joven y fuerte necesita a otra más fuerte y más sabia que la guíe, o que la pierda. Nació la admiración que siempre deseé hacia lo que representa esta protagonista, que sé que no habrá caído bien a todos, como suele suceder en estos casos. (Empoderamiento femenino, amor propio, lucha por lo que cree firmemente, sea real o no). Esta admiración la encarna el trío de personajes que haría cualquier cosa por ella: André Côté, Edmond Legrand y Margot Dubois, cada uno con su forma diferente de amar, con sus virtudes y sus defectos.

Nació la idea de un pueblo demasiado rancio para una chica demasiado moderna. Secretos, arrepentimientos, mentiras, muertes. Y al final, no sé si hablé de lo que quería hablar o conté otra cosa, pero espero que el camino haya sido entretenido para todos, que es lo importante. Al fin y al cabo, esto es una novela de ficción, que no tiene que enseñar nada a nadie, solo entretener.

Otra cosa que me gustaría explicar es que nunca busco enamorar con mis personajes, ni siquiera que caigan bien. Solo trato de mostrar partes de la naturaleza humana que muchas veces no queremos ver, porque nos representan o forman parte de personas a las que, a pesar de ello, queremos. Por eso, no me voy a excusar por la vanidad y la prepotencia de Cécile, ni por el amor incondicional de Margot. Tampoco por la timidez, los celos, la negación ni la ansiedad de Edmond. No voy a excusar al padre André por haber sido un abusón ni por haber agredido a Cécile en un momento dado. Tampoco a ella por perdonárselo, aunque antes de eso, el ojo por ojo se le haya ido de las manos. ¿He olvidado decir que no voy a excusar a Cécile por los asesinatos? No, no lo he olvidado, porque la responsable no fue ella, sino las flores y su obsesión por salvar a su hijo no nato.

Y no me enrollo más, porque podría seguir analizando a Paul, a Pierre, incluso a la madre de Edmond, pero no soy psicóloga, aunque me pase la vida rodeada de algunos de ellos. Y porque estoy segura de que ya lo habréis hecho vosotros, con más acierto que yo.

Agradecimientos

Voy a intentar ser breve, porque si tuviera que agradecer a todas las personas a las que doy por saco cuando estoy escribiendo, esto sería interminable, y en principio, iba a ser una novela corta.

Lo primero es agradecer a mi marido y a mi hijo, porque lo digo poco, pero son los que más aguantan mis frustraciones y mis dramas cuando estoy escribiendo o tratando de acabar un proyecto.

A mi gente de El tren de los libros, que los tengo ya quemados con mis inseguridades, ansiedades, preguntas e idas de bola. Gracias a Victoria F. Leffingwell por tus consejos de señora sabia, tu ánimo y apoyo. Por asegurarme que voy a triunfar con esta novela, porque siempre hay que proyectar en positivo. A Dani Huertas que, aunque sea el más jovencito del grupo, sabe un montón y siempre nos está enseñando cosas interesantes. A Benito Grille, por acompañarme en el camino de la publicación desde el principio de los tiempos, aunque sea solo por fastidiar. A Andrea P. Muñoz, que crea siempre unas cosas preciosas; admito que a veces la imagino escribiendo como a una chica victoriana. A David Barberá, que este año está un poco desaparecido porque estoy segura de que está triunfando por ahí, pero que se nota cuando llega y suelta una broma o una filosofada de las suyas, que mi osada ignorancia se atreve a discutir. A Aketza Aguilera, por sus aportes, su acompañamiento, sus obsesiones y su forma tan particular de poner sobre la mesa lo necesario que es amar y respetar a los gatos. Porque sería el mejor escritor de thrillers policiales si se lo propusiera. A Eva Gil Soriano, por aguantarme en el mundo virtual y en el real, que tiene más mérito, ya que tiendo a hablar tres puntos por encima de lo aconsejable para el oído humano. A José Luis Guerrero Carnicero, por estar siempre ahí y por su ayuda como lector cero de esta novela, sin ti Margot aún sería Clarice. A Sarah Satom, que ahora está muy liada con su tienda y sus cosas, pero que tiene una forma de ver el mundo y de transmitir cualquier cosa, que siempre te deja embelesada pidiendo más de lo que sea que te esté dando. Y una mención especial para Sara Sabine, lectora incombustible, que nos aguanta a todos día a día. Santa paciencia, hija.

También quiero agradecer a mis compis de la asociación Ilicitana, Escritores en su tinta, a los que no puedo nombrar uno a uno porque sus miembros fluctúan y no quiero dejarme a ninguno fuera. Nuestras charlas de los martes se han convertido en imprescindibles porque, como dice Verónica Gibbs, sois mi grupito de raros.

A mi hermano Miguel, que como siempre me hace de lector cero leyendo primeros borradores sin sentido, mal redactados, llenos de incoherencias y errores de documentación. Vaya paciencia, hijo. Monsieur André te agradece que le hayas dado un sentido a su quehacer en la vida.

A Rafa Onichan, encargado de dar uniformidad a la imagen de portada de mis novelas con esas ilustraciones tan chulas que hace y por atender mis peticiones siempre.

A Charo Pérez, amiga, editora, lectora cero y correctora. Todo en uno. Gracias por echarme una mano aun cuando no tienes absolutamente nada de tiempo. No sabes cuánto lo valoro, porque como dice Amaral, sin ti no soy nada.

Y a mi gente de la asociación Aiteal, que aguanta que ahora tenga este hobby que a veces me roba tiempo y concentración para lo que es verdaderamente importante en esta vida: ellos.

Y como no a ti, lector. Que acabas de emplear lo más valioso que todos tenemos, tu tiempo. Gracias por adentrarte en uno de mis mundos. Ojalá te haya gustado.

Diccionario de Términos

Cap 13. ETS: Siglas que significan «enfermedad de transmisión sexual».

Cap 14. Hibristofilia: es una parafilia en la cual la excitación sexual y la obtención del orgasmo se producen como respuesta a mantener una relación con una persona que ha cometido una fatalidad, engaño, mentira, infidelidades conocidas o crímenes como violaciones, asesinatos o robo a mano armada.

Cap 21. Bully: matón.

Referencias

Los gemelos Hernández y Fernández aparecen mencionados en el capítulo uno y son personajes ficticios creados por el dibujante belga Hergé en su serie de cómics *Las aventuras de Tintín*. Sus nombres en la versión original en francés son Dupond et Dupont. Pero he decidido poner sus nombres de la versión española, para no crear confusión con el apellido de la protagonista.

Psiónico. La psiónica aparece mencionada en el capítulo 2 y se basa en la idea de que la mente humana tiene el poder de influir en el entorno y en sí misma a través de la concentración. Es una palabra muy utilizada en los cómics.

Skynet que aparece en el capítulo dos, es el nombre que recibe la inteligencia artificial que lidera el ejército de las máquinas de la saga de películas Terminator y el antagonista principal de esta. En la película, Skynet es un programa informático capaz de controlar el arsenal militar de Estados Unidos con independencia de los humanos.

Nunca Jamás que aparece en el capítulo tres de esta novela, es la traducción al español del término inglés (Neverland) referido a una isla ficticia descrita en la novela fantástica del escritor escocés JM Barrie, Peter Pan.

El Guardaespaldas es una película romántica estadounidense de 1992 dirigida por Mick Jackson. En ella el protagonista principal es interpretado por Kevin Costner y Whitney Houston.

Whitney Houston. Whitney Elizabeth Houston fue una cantautora de rhythm and blues, pop y gospel, pianista y actriz estadounidense. Una de las más populares y famosas cantantes durante la década de los 80 y de los 90. En el momento de su muerte era la mujer que había recibido más premios de todos los tiempos. En uno de los comentarios de Cécile, ella hace alusión a su adicción a las drogas y es que, según la autopsia, la cocaína fue la causa de su fallecimiento en 2012.

Andreset. Las personas que sepan algo de francés habrán notado raro este diminutivo cariñoso, empleado por Émile. En el primer borrador, él le decía Andresín, como lo diríamos en España, o al menos en la zona en la que vivo. Pero no podía quedarse así, porque la novela trascurre en los Alpes franceses y era una incoherencia que, aunque no me hacía gracia quitar, había que dejar solucionada. El problema vino cuando averigüé que los franceses no utilizan diminutivos de este tipo en los nombres propios y que lo normal habría sido cambiarlo a «*le petit* André», tal y como menciona Melissandre el día que se encuentran en la montaña. Eso no quedaba bien con Emile, así que decidí, contrastando opiniones, que una fusión adecuada entre francés y lo que entenderían mis lectores españoles, sería el diminutivo Andreset, teniendo en cuenta que las palabras diminutivas en francés acaban en et o ett.

Cincuenta sombras de Grey es una trilogía cinematográfica británica-estadounidense basada en la trilogía de Cincuenta sombras del autor inglés EL James. En ella aparece un cuarto rojo del dolor, del placer, de Juegos que pertenece al protagonista, Christian Grey. Es una habitación muy agradable presenta una luz tenue, sutil. Las paredes y el techo son de color burdeos oscuro, y el

suelo es de madera barnizada muy vieja.

Obélix es un cantero, especializado en menhires y compañero inseparable de Astérix en los cómics de este personaje de René Goscinny y Albert Uderzo.

Biografía



Nacida en Alicante, pero solo porque en aquel verano del 76 ya eran demasiado modernos como para nacer en casa y en Elche todavía no construían el hospital.

Pasó parte de su infancia en Torrevieja, por aquello de que allí había playa y unas cuantas cosas más, pero, al final, ella y su familia terminaron volviendo a Elche, porque si eres de Elche «la millor terreta del món», ¿qué haces dando vueltas por ahí?

Su profe de primaria le dijo que sería escritora y sus padres, que mejor trabajara en el calzado,

que era lo que se llevaba por allí en aquel entonces. Al final fue envasadora temprana y escritora tardía, intento de trabajadora social y esteticista a ratos. Si estás leyendo esto y eres estudiante, hazle caso cuando te dice, que a los profes siempre hay que darles la razón.

Qué más: lee cosas muy cursis o muy perturbadoras, canta con los auriculares puestos cuando no hay nadie, trabaja la paciencia con un método llamado «ser una mamá azul», se empeña en enseñar a su gato a demostrar cariño, baila aun siendo de madera, lucha junto a Aiteal por los derechos de las personas con autismo, libra una guerra con la comida (ella se la quiere comer y los alimentos protestan). Publicó su primera novela, Estrellita, en 2021. Una historia subidilla de tono, y sus papás no le dijeron nada.

Con esta historia que acabáis de leer, Un mundo casi perfecto, ya van cuatro novelas, un hijo, ningún árbol, porque esos los planta su marido, y el resto, según dice, es secreto de estado.

Si queréis saber más de ella, podéis visitar su blog o seguirla en sus redes.

Bibliografía

ESTRELLITA



Novela publicada por primera vez el 14 de febrero de 2021.

Esta historia nos transportará a un lugar donde el amor solo podía darse bajo la ley de Dios y la de los hombres. A veces divertida, otras dramática, Estrellita nos hará viajar a través de la autoaceptación, los sentimientos, el erotismo y el valor de la verdadera amistad.

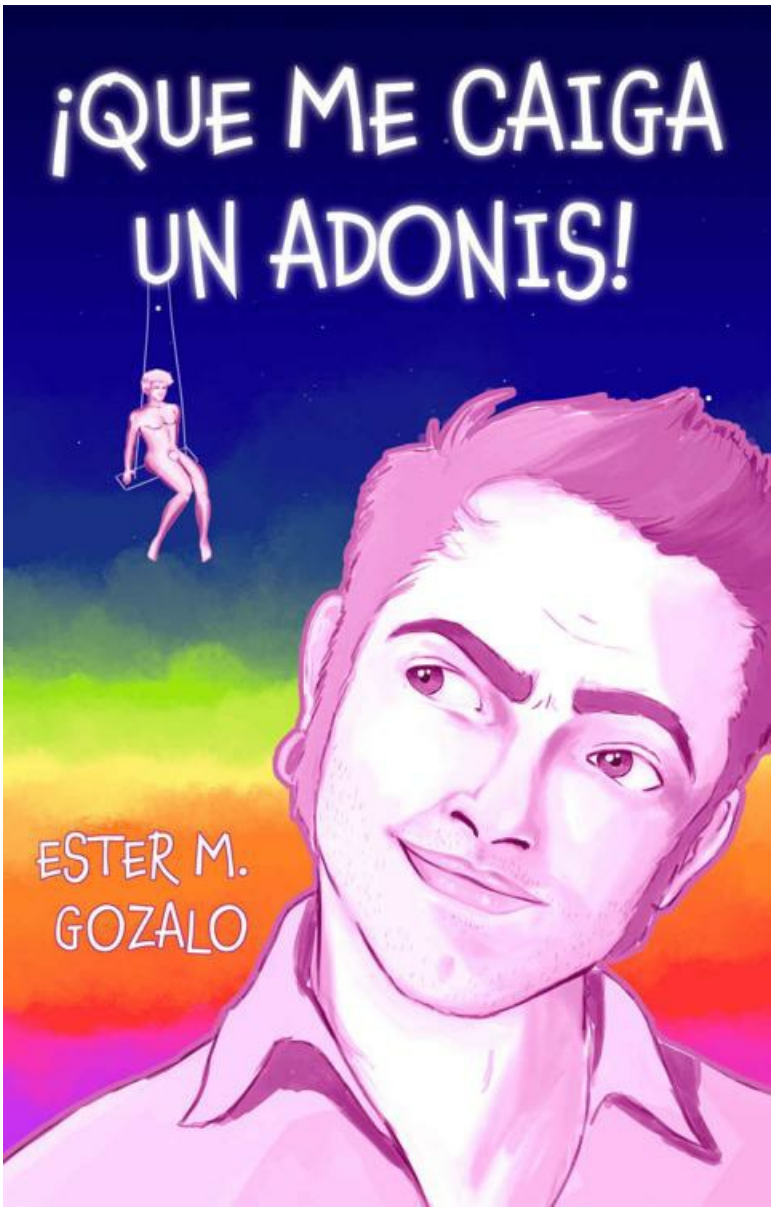
DISONANCIA (Amor en formato inyectable)



Novela publicada por primera vez el 4 de mayo de 2022.

Una aventura inquietante y hostil donde habrá que buscar el amor verdadero; el propio. Patriarcado, violencia doméstica, romance, experimentos químicos y la opresión del gobierno, serán los ingredientes de esta distopía futurista.

¡QUE ME CAIGA UN ADONIS!



Novela publicada por primera vez el 4 de mayo de 2023.

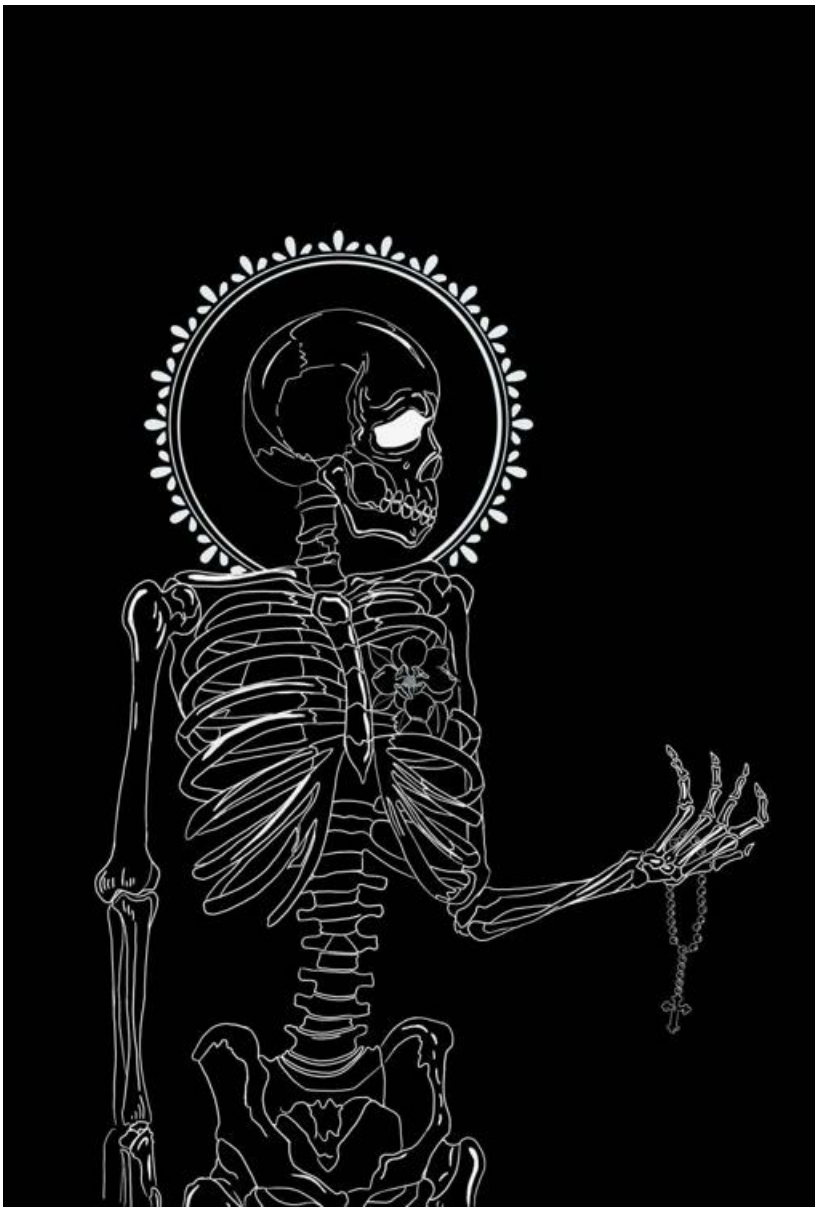
Mateo ha jurado no volver a enamorarse, pero todos sabemos que hacer juramentos en vano no está bien. Por eso, de repente, le ha caído un Adonis del cielo. ¿Quién será este hombre que, a todas luces, necesita algunos ajustes para ser alguien medio normal?

UN MUNDO CASI PERFECTO



Novela publicada por primera vez en junio de 2024.

Una ola de asesinatos sin resolver trae de cabeza a todo un pueblo. Mientras, varios de sus habitantes dedican sus atenciones a la misteriosa Cécile, quien parece tener obsesiones propias y una forma peculiar de resolverlas.




Au revoir ♡